



# LA SELVA DORMIDA

JUANJO LAMELAS

# **La selva dormida**

**Juanjo Lamelas**  
**<http://juanjolamelas.blogspot.com>**

La primera vez que entré en la Sainte Chapelle  
hacía sol.

Contemplé cómo toda la luz del mundo  
quería entrar por los vitrales del templo  
y eso me produjo un estremecimiento brutal.

Cuando observé a los turistas, pasmados como yo,  
sentí llenarse de paz  
la selva dormida  
que todos llevamos dentro.

En ese momento nació la idea de esta novela.

**El autor**

## **CAPÍTULO PRIMERO**

### **Una flor de otro mundo**

“¡Mi adorada Clarice!” Esas eran las palabras que, prendidas en mis labios como un susurro lacónico y cansino, madrugaban conmigo. Eran la forma en que mis recuerdos se hacían llaga perceptible. Eso murmuraba adelantándome al amanecer mientras iniciaba el paseo por la inmensa playa, pero el dolor no me permitía articular nada más y era el pensamiento el que se encargaba de torturarme desde lo más profundo, clavando las dagas hirientes de sus reproches con una saña tan certera que mis ojos se llenaban de lágrimas. Qué cruel fue la diosa del destino conmigo al permitir que te fueras. Qué vacíos quedamos los demás, destruyéndonos sin darnos un respiro para volver a amar. Cómo se desmorona todo en un segundo fatídico señalado por una mano divina que no muestra la menor benevolencia.

No me llames, que no estaré nunca dispuesto. Deja que me lleven al abismo. Ese es mi sitio. Allí iré a cumplir la culpa de ser inocente. Allí me esperarán tus ángeles negros para reírse de mi desdicha. Tal vez ellos tengan un poco de compasión y me junten con todos aquellos que han sufrido tanto en esta vida que les importa muy poco la eternidad porque temen que solo sea una prolongación de su agonía. Allí estaré bien, lo sé, porque allí habrá otros como yo; muchos otros con los que repartir mis remordimientos haciéndolos así más impersonales, más rudimentarios y por ello menos dañinos. Aunque, pensándolo mejor, si estoy en el infierno qué puede importarme.

Que extraña manera de hacer dolor de los pecados y propósito de la enmienda, cavilaba mientras arrastraba pesadamente los pies por la orilla del mar. Lentamente me recomponía intentando soslayar aquel pesimismo que me impedía levantar la vista y mirar al horizonte. Y poco a poco lo estaba consiguiendo. Con gran esfuerzo; con verdadera voluntad de iniciar, con la salida del nuevo sol, también una nueva vida.

Así, entre divagaciones y quimeras, fue como la encontré, antes que la aurora; aquella mañana de abril en la que, como de costumbre, había salido a revisar unos anzuelos. Aquel era un sano ejercicio para mi dolorido corazón. Un corazón de viejo en un cuerpo juvenil y robusto. Un corazón usado y tirado sin ningún miramiento que, harto de humillación y desprecio, estaba derrotado y baldío, pero que, afortunadamente, estaba siendo sometido por el raciocinio. Y precisamente fue esa lucha entre el sentimiento y la razón la que me había llevado tan lejos. Feliz momento el de aquel arrebatado loco de consciencia que me arrastró fuera del mundo para acercarme a mis adentros. Y estaba ganando, lo confieso. Estaba ganando terreno a la ira y al odio. Eso me devolvía el sosiego y las ganas de ser y de vivir de nuevo. Solo el murmullo de las olas contestaba a preguntas que no tienen respuesta. Solo la luna era testigo, desde su altura que todo lo puede, de que yo estaba ganándome de nuevo para mí mismo. Un solitario errático en la playa; una figura de humo y sombra dejando huellas de pisadas que las ondas lamían golosas devolviéndolas a la mar inmensa del olvido; esa mar en la que me esforzaba por nadar como un aprendiz acobardado.

Las primeras luces del día iluminaron su cabellera ondulada. Su rostro mezclaba la juventud del que aprende con la serenidad del que ha vivido. Su cuerpo, de un moreno brillante, se confundía con el color de la arena que se había colado, ayudada por la brisa, a través de los huecos de los harapos amarrados por un ancho cinturón que a duras penas tapaban su escultural figura; y cuando el vientecillo apartaba los jirones del tejido y su espalda quedaba desnuda, se podían contemplar arañazos que rompían con violencia la tersura de su piel.

-----

Hoy, en el corazón de esta inmensa ciudad, recordando aquellos días, juro que no me importaría que mi vida empezara en aquel mismo instante. Que todo cuanto abarcara mi memoria naciese aquel mismo día. Daría lo que fuera para que la traidora verdad que nos persigue, escribiendo desventuras en los lugares de nuestra mente inaccesibles al olvido quedase allí enterrada, en aquella arena fina y caliente. Así yo renacería libre para escribir de nuevo mi vida, aun a sabiendas de lo que iba a depararme. Pero ese es un deseo inalcanzable para el ser humano. Las reminiscencias amargas del pasado se labran meticulosamente en el cerebro, siendo capaces de vivir por su cuenta y decidir por ellas mismas cuándo acudir a la consciencia para enturbiarme el presente.

-----

Yo, que en aquel tiempo vivía como un ermitaño en una choza destartada, lejos del bullicio de las ciudades y de las gentes civilizadas, para olvidar las muertes de mi hija Clarice y de mi esposa, nunca habría soñado encontrarme ante una situación así; pero era cierto. Allí estaba, tendida, inerte, indefensa. Reclamando desde su fragilidad todo el auxilio que pudiera darle. Sí, allí estaba yo, poniendo en orden mi cabeza, en medio de la inmensa y solitaria playa, cuando el destino quiso enseñarme lo extraño y arbitrario que puede ser al escoger a sus protagonistas.

La así suavemente, como se coge a un bebé de su cuna y, en brazos, la transporté a la improvisada vivienda que me cobijaba de las inclemencias del clima, que en cualquier momento sorprende con la súbita descarga de todo el agua que contienen los cielos. La deposité en mi hamaca raída y seca. Le quité los sucios trapos y la lavé con cuidado y con un respeto que a mí mismo sorprendía. Su cuerpo era hermoso, terso, suave pero no despertó en mí la lascivia de quien desea sino la ternura del que ama. La cubrí con una manta y me senté a mirarla. No se cuanto tiempo estuve pasmado ante la estampa de su hermosura inocente. ¿Cómo serán sus ojos? Me preguntaba.

Pasó el día con su tarde y con su noche y me despertó el frescor de la mañana, a su lado. Ella me estaba mirando, sentada en la hamaca, abrigándose tiernamente con la manta. Con sus ojos verde aceituna me estudiaba, sin decir nada. Me precipité a hablar pero apenas conseguí despegar mis labios cuando me dijo:

—Me llamo Marie —sonó tan dulce.

No pude articular palabra. Me limité a entreabrir inconscientemente mi boca mientras ella se levantaba y con paso decidido cruzaba los escasos metros que nos separaban del agua. La manta cayó con un gesto estudiado y Marie se dejó mecer por las olas mientras yo la contemplaba con el sol al fondo de aquel amanecer que hacía que el mar pareciese un espejo de plata. Decidí que lo mejor era preparar algo para almorzar, pues mi invitada tendría apetito. Eso me hizo recobrar la serenidad perdida. Ella regresó cansinamente, arropada en la manta, jugueteando con la arena. Cuando sintió mi presencia irguió lentamente su cabeza y sus ojos me preguntaron mi nombre.

—Me llaman Frank —dije vacilante—. Te he conseguido un poco de ropa en la aldea. La vas a necesitar —miré hacia el interior de la choza indicándole el camino y continué abriendo el pequeño aguacate que tenía entre las manos.

Pronto estuvimos sentados el uno frente al otro, en sendas toradas, separados por una mesa improvisada a partir de un viejo tablón de madera rescatado del mar; dando cuenta de un frugal desayuno. No tuve que preguntar nada. No fue necesario. Ella debió sentir mi ansiedad por saber y no quiso hacerme esperar más.

—Estuve perdida en la selva durante varios días, ya no recuerdo cuántos; quizás una semana... Los días en la selva se hacen eternos.

Hablaba pausadamente, como contando las palabras; midiendo su alcance en mis gestos, en mi

mirada; valorando fríamente lo que debía decirme y lo que debía callarse. Supo relatarme tan gráficamente su misteriosa aparición que aun me parece sentir en mis carnes su frenético avance entre la tupida maleza que inundaba aquella zona del bosque tropical. Supo transmitirme su soledad, su indefensión; rodeada de sutiles murmullos, susurros de la noche que no cesan, leves crujidos de ramas nunca pisadas. Dejaba atrás algo más que el camino. Abandonaba, a toda prisa, un pasado sombrío, trágico y desfigurado en su memoria. Y corría, corría endemoniada, presa de un pánico acumulado más allá de lo descriptible. La peligrosa jungla se afanaba en rasgar sus vestidos, en arañar su piel, en herir sus pies descalzos que sangraban de tanto pedirles pasos que la alejaran de una muerte cierta. La espesura se abatía a su paso febril. Poco a poco, la frondosa capa del sotobosque fue haciendo menos aparatosa su marcha. Por fin, tras un desesperado grito hacia adelante y cayó exhausta sobre la arena de una playa.

—Cuando te encontré me diste un susto tremendo. Por un momento pensé que estabas muerta o malherida, pero tu cuerpo no tiene más que magulladuras y rasguños que me dicen que has tenido que correr alocadamente entre la maleza, y esas cicatrices de tu espalda que... —dejé la frase en suspenso, premeditadamente, ofreciéndole un cabo al que agarrarse para continuar el relato de sus penurias, pero en lugar de asirse a él lo apartó con seca determinación.

—No quieras saber más, no lo necesitas. Estas marcas son un recuerdo muy amargo del que quiero alejarme. No me las traigas ahora a la memoria, ahora que soy libre —sus palabras sonaron con un ramalazo visceral e instintivo de autoprotección.

Aquel arranque nacido de su inconsciente me produjo una inquietud que no pude disimular ni con una forzada sonrisa. Ahora tenía un doble castigo mi curiosidad: el hecho de no satisfacerla y la ansiedad de saber que tras aquellos ojos claros se escondía un alma atormentada por recuerdos de los que no puede escaparse en vida; recuerdos que te acompañan donde quiera que vayas para, lentamente, torturarte. Conocía perfectamente esa sensación, pues estaba todavía convaleciente de amores.

La estuve poniendo en situación durante un buen rato. Dimos un largo paseo por la playa. Le fui describiendo el paisaje, los lugares, aquellos lugares que mis soledades conocían tan bien. Contándole cómo mis desventuras me habían traído allí, pero sin demasiados detalles. Nunca fui amigo de abrir corazones. Todas esas cosas se me antojaban demasiado inocentes para alguien como yo, un arquitecto de familia bien, un francesito al que se lo habían dado todo hecho y que estaba de vuelta de todo con la sensación de haber vivido más deprisa de la cuenta. Pero a ella no parecía interesarse nada que no fuera la manera de salir de allí lo antes posible. Intentaba explicarle que Cayena no estaba lejos cuando llegamos a la entrada de un pequeño pueblo de pescadores. Con nosotros caminaban las nubes que pronto tiñeron de gris el azul del cielo y el paraíso se tornó más terrenal que nunca.

—Voy a presentarte a unos amigos. Ya verás, te encantarán. Son muy buena gente, y mi única compañía desde que estoy aquí —la cogí de la mano, deseoso de compartir con ella lo poco que tenía, o lo poco que podían darme.

—Me alegra saber que no estamos solos en el mundo —repuso con cierta ironía al tiempo que acompasaba premeditadamente sus pasos con los míos.

No me ofendió, lo reconozco. La dulzura con la que sonaron sus palabras me impidió cualquier comentario sarcástico que, en otro tiempo, hubiera salido fácilmente de mi boca. ¿Qué me estaba pasando? Aquella desconocida estaba despertando en mí mil preguntas. Estaba devolviéndome precipitadamente al mundo del que yo me había apartado voluntariamente, al menos por un tiempo, para curarme un pasado que me torturaba. Leía el misterio en su mirada, que también me transmitía miedo y determinación.

Había allí varias cabañas de madera, no más de diez, en su mayoría destartaladas; alineadas a unos metros de la playa, bajo unos enormes cocoteros que las camuflaban escondiéndolas en el cuadro del paisaje. Al lado de las chabolas, un alpendre se mantenía en pie a duras penas protegiendo de la intemperie los aperos de pesca tradicionales de la zona. La aldea estaba casi vacía. Los niños se encontraban en la escuela de otra cercana, más grande, y los pescadores faenando en el mar. Las mujeres seguramente se hallarían en los campos, robándole a aquella tierra algunos vegetales que completaran una dieta basada en los frutos del océano. Solo las dos primeras de aquellas viviendas, con sus chimeneas humeantes, nos avisaban de que había alguien allí.

Apareció Milene, cantando como de costumbre, envuelta en su vestido estampado. Era una mujer mulata de unos cincuenta años, entrada en carnes. En la cabeza llevaba un pañuelo a juego. Sus cabellos ondulados, color miel, asomaban a una frente surcada por dos profundas marcas que imprimían en su rostro ovalado determinación y firmeza, pero no conseguían aun así despojarlo de ese halo de juventud eterna concentrado, sobre todo, en unos pómulos prominentes que se redondeaban más a medida que ampliaba su sonrisa. Se apoyó en el dintel y nos miró con la resignación de quien no tiene nada que perder ni que ganar. Rió socarronamente, con esa herencia de los negros caribeños curados de espantos. Examinó a Marie en un golpe de vista y pareció decidir que le gustaba.

La tormenta tropical comenzó a salpicarnos con húmedas y refrescantes gotas gordas que se deshacían estallando en nuestros rostros. Pronto se hicieron tan impertinentes que nos obligaron a entrar precipitadamente en la cabaña de Milene. Dos habitaciones componían la estancia, pobre pero cuidadosamente ordenada. Una estantería con recuerdos de un pasado lejano y lleno de penalidades que parecía mostrarse en los rostros de unas muñequitas de porcelana sentadas mirando la vida desde una pared de madera raída por los años. Una alacena dejaba ver unos cuantos platos y vasos a través del hueco que había ocupado algún día un cristal translúcido. Una mesa y cuatro sillas en el centro del cuarto y, a un lado, la cocina de gas, un pilón y unos calderos de agua. En la habitación contigua, un pequeño catre cubierto con una colcha de flores que ponía la nota discordante en el marrón general que poseía la casa.

Afuera la tormenta arreciaba. Milene nos acomodó mientras nos observaba estudiando a mi acompañante con la diligencia de un buen detective buscando pistas.

—Señorita, está usted muy delgada —dijo con seguridad, elevando la voz a cada palabra—. Tiene que cuidarse. Le voy a preparar una buena comida. Y tú, francesito, —así era como me llamaba cuando iba a ponerse sarcástica—. ¡A ver si cuidas mejor de tus mujeres! —Añadió al comentario una sonrisa pícaro que me recordaba a mi madre, cuando me reprendía por mis andanzas de joven despreocupado y ligero de cascos. Se puso, entre carcajadas, a limpiar una pequeña raya recién pescada y nos la guisó con batatas, tomates y chalotas; mientras canturreaba una cancioncilla en creole.

La tormenta se fue suavizando, ayudada por nuestras risas, ya que Milene era muy dada a contar las peripecias de su azarosa vida. Peripecias que pasaban por los burdeles más afamados de Cayena, donde los terratenientes y hacendados le sorbieran la hermosura a golpe de dinero y alcohol; pero ella recordaba todo aquello trastocando los llantos y las penas en comedia, con la jocosa cadencia de haber sobrevivido a sus tiempos peores.

Entonces apareció Nico en la puerta. Un chiquillo de unos nueve años, moreno, pecoso y espigado. Su cabello rizado y su cara afilada le daban el aspecto de saber más de lo que fuera aconsejable a su edad. A su lado correteaba el pequeño perro de aguas que le acompañaba a todas partes. El rapaz estaba sofocado. Una vez más se había quedado a medio camino de la escuela,

pero esta vez tendríamos que agradecerécelo. Recuperó el aliento a duras penas y dijo entrecortadamente:

—¡Tu cabaña..., tu cabaña está ardiendo! Hay hombres, cuatro o cinco. Están armados y vienen hacia aquí —señalaba nerviosamente hacia la playa mientras su perro no dejaba de ladrar, contagiado por su nerviosismo.

Marie palideció en el acto. Sus ojos tintineaban y su rostro adquirió una mueca de horror que borraba sus finos rasgos. Balbuceó cuatro palabras inconexas que me sobrecogieron. Su sobresalto me advertía que estábamos en peligro, que teníamos que huir, pero yo era incapaz de reaccionar. Me quedé paralizado, lanzando al aire preguntas estúpidas que no encontraban respuesta.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quiénes son esos tipos? —La pregunta de Milene quedó en el aire para que nos la repartiéramos entre los dos, pero yo estaba tan confundido que lo único que hice fue mirar a Marie trasasándole mi confusión.

—¡Tenemos que irnos inmediatamente! —Marie no dio opción a ningunas explicaciones—. Cuanto menos sepáis más seguros estaréis —sentenció al tiempo que se asomaba a la puerta para calcular el tiempo con el que contábamos—. No quiero que os hagan daño. A ninguno. Así que lo mejor es marcharse.

Pasados unos segundos recobré el control sobre mi mismo; ya habría tiempo para explicaciones, para unas explicaciones que se me hacían irresistiblemente necesarias.

—¿Pero cómo? —Pregunté más como un lamento que como una pretensión de recibir una respuesta adecuada.

Afortunadamente la reacción de Milene fue casi instantánea. Salió corriendo hacia la cabaña de al lado, donde vivía su hijo Jean, y tras unas escuetas explicaciones el joven se asomó a la última línea de cocoteros y se perdió de nuestra vista. Al cabo de unos cinco minutos regresó corriendo y fue directamente a su madre dándole respuesta a sus preguntas en aquel raro dialecto. Milene se hizo cargo enseguida de lo que estaba pasando y nos ofreció una solución de urgencia.

—Mi hijo os sacará de aquí. Subid a la camioneta y os llevará a Cayena. Allí estaréis más seguros.

—Pero, ¿y vosotros? —Estaba preocupado por lo que pudiera sucederles, en especial a Nico. Tengo que confesar que me había encariñado con él. Me había hecho compañía muchas veces compartiendo mis paseos por la orilla del mar. Incluso me había enseñado a pescar y a buscar sabrosos bocados entre las rocas de la playa. No quería, por nada del mundo, que le sucediera algo por mi culpa.

Milene fue tajante:

—No os preocupéis por nosotros. Sabremos arreglárnoslas. Además no tenemos nada que esconder. Marchaos ya —prácticamente nos empujó dentro de la camioneta que Jean usaba para llevar el pescado a la ciudad. Bajé el cristal y asomé la mano para despedirme de Nico.

—No te preocupes, chaval. Todo va a salir bien —acaricié su cabeza enérgicamente para darle ánimos, pero él y yo sabíamos que aquel era un adiós definitivo. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando su abuela lo agarró para que pudiéramos marcharnos. Recuerdo perfectamente aquella estampa de los dos abrazados junto a la casa, indefensos y apesadumbrados y a aquel perro ladrando detrás de la camioneta como si fuera una propiedad suya que le estuvieran robado.

Salimos de allí a toda prisa, por un camino sembrado de charcos y barro, mientras Milene recomponía su casa para eliminar el rastro de nuestra visita. Nico y su perro se asomaban a la playa para localizar a los extraños.

Miré hacia atrás, a través del sucio cristal trasero y vi alejarse el poblado y los cocoteros,



coronados a lo lejos por una fina columna de humo que se inclinaba hacia la selva por efecto de la brisa. Volví mi vista hacia el camino, paseándola con lentitud por los rostros de mis acompañantes. Jean, el pescador, tenía en su cara morena y sudorosa una mueca de excitación. Era como si aquello viniera a romper la monotonía de su vida.

—Son buscadores de oro... y deben de estar ansiosos por encontraros, porque es muy extraño verlos por aquí. Raramente bajan de las montañas, o bien para vender su mercancía en la ciudad o para comprar víveres en alguna aldea de la costa —demostraba conocer el asunto, pues hablaba con una seguridad total.

Sus palabras emblanquecieron más todavía el rostro de Marie, que apenas pudo soportar mi mirada inquisitiva. Aquello la obligaba a contar más de lo que había previsto. Masculló unas palabras, pero la presencia de Jean la hizo retroceder en su intento de ser franca. Entendí perfectamente su gesto y correspondí con otro de aprobación, sin embargo a mi mente no cesaban de acudir preguntas. ¿Quién era aquella extraña mujer, más propia de un elegante boulevard de París que de aquella selva? ¿Por qué era tan cuidadosa en las palabras que decía que parecía escogerlas una por una? ¿Quiénes eran aquellos hombres que nos perseguían con tanto interés y tan malas intenciones? El traqueteo de la camioneta que precipitaba su marcha por un camino repleto de baches grabados por el aguacero contribuía a revolver mis pensamientos.

## **CAPÍTULO SEGUNDO**

### **Un sombrero de ala ancha**

Desde este puente parisino que ahora auspicia el repaso de mis miserias recuerdo con una claridad absoluta la carta que, semanas después, me envió Milene. Una carta donde me relataba lo acontecido con aquellos hombres. Mi mente viaja de nuevo a la Guayana y reconstruye el rato amargo que debieron de sufrir por nuestra culpa. Y agradezco a ese buen Dios que nunca está cuando le necesito que sí se apiadase de la vieja y de mi querido Nico. La brisa que recibo en la cara es más fría y menos reconfortante que la de entonces, pero después de todo lo que he vivido, la acepto con indiferencia. Sé que no es ella la responsable de este escalofrío que me recorre, sino la evocación de todo lo sucedido, que ahora regresa a mí desprovisto de todo misterio. Ajeno al bullicio que me circunda, me ausento de este lugar animado por decenas de personas que van y vienen y atestado de coches que circulan ultrajando el real paso, ignorando a la gente y a mí mismo. Estoy volando, retrocediendo a aquellos días del punto y aparte. En realidad no sé si me alivia, pero lo necesito. He tenido tiempo de colorear todo lo que aconteció en el poblado dotándolo de vida propia, por eso lo vivo como un suceso en el que hubiera estado presente, adornándolo de minúsculos detalles imaginados a partir del relato de Milene. Casi puedo percibir el olor que desprendían aquellos individuos, casi puedo verles los rostros y oír el murmullo de sus voces reverberando entre los árboles. Construyo la escena dentro de mi cabeza, tal vez esté volviéndome loco.

-----

Llegaron al poblado. Eran cuatro. Caminaban en hilera, demostrando seguridad en sus pasos amplios. Indudablemente se sentían dueños de la situación. Uno de ellos traía a Nico suspendido en el aire. El niño, pese a la oposición de su abuela, se había acercado a la playa para vigilar los movimientos de aquellos extraños. Lo sujetaba por la espalda como si fuera un fardo. A unos metros, su perro ladraba alocadamente. El rapaz pataleaba, pero ello no parecía importunar a aquel hombre alto y corpulento, de sombrero calado, barba de días y expresión taciturna. Sin duda era el que tomaba las decisiones. Miraba al frente con fijeza mientras los otros tres parecían imitarlo buscando su aprobación. De hecho era el padre de aquel trío de haraganes que presumían de tener pocos escrúpulos, menos paciencia y ningún aprecio por la vida ajena.

Se pararon delante de la casa de Milene, que se asomó a la puerta tan aprisa como sus gruesas piernas se lo permitían. A sus pies cayó el chiquillo, lanzado hacia el pequeño porche de tablas mal encajadas. El niño estaba asustado y sangraba ligeramente por una de sus rodillas. Gateó precipitadamente y fue a esconderse entre las faldas de su abuela que trataba de calmarlo con caricias y palabras incomprensibles.

El de sombrero de ala ancha y mirada taciturna dio dos pasos al frente, haciendo ostensible una leve cojera consecuencia, tal vez, de algún mal encuentro. Estudiaba meticulosamente la situación. Su ceño, fruncido por los rayos del sol que se filtraban entre las ramas de los cocoteros, camuflaba una pequeña cicatriz en la ceja izquierda. Primero escudriñó el poblado, con parsimonia; luego el alpendre para pararse, finalmente, en los ojos de Milene.

Su hijo mayor se reía por lo bajo. En su bizca expresión se leía un aturdimiento permanente que aspiraba en vano a esconder su locura. El chasquido de los dedos de su padre pareció sacarlo del letargo y reaccionó desplegándose junto a sus hermanos. A él le tocaba inspeccionar el poblado, mientras que el mediano admitía su desgana desordenando el ya maltratado alpendre. Era un tipo desgarbado e irritable, sucio de nacimiento y seguramente de pensamientos también. Y el más joven, un muchacho moreno de unos veinte años, el más sometido, el más dependiente y

tímido de los tres, apartó a la vieja a un lado para entrar en la casa. Al poco rato los tres estaban de nuevo junto al padre, que había permanecido mudo e inmóvil. Tras el breve e infructuoso informe esperaron su reacción, cuidándose de no estar al alcance de uno de sus violentos arrebatos.

Sin mediar palabra sacó de su funda un revólver y, con desdén, disparó al perro que se desplomó en el acto. Nico gritaba poniendo toda su intención en socorrerlo, pero su abuela lo frenó enérgicamente con un tirón seco en su antebrazo. Luego el arma humeante se movió con lentitud, incluso con cierta elegancia, si es que aquel acto de gratuita barbarie permitía la expresión. Bailó de un rostro a otro; de la abuela al niño, para elegir a su siguiente víctima. Por fin, tras unos instantes que fueron infinitos, se paró en el chaval, de rodillas, clavado en el porche, llorando desgarradamente por su querida mascota. Se oyó el chasquido que carga una nueva bala.

—Soy hombre de pocas palabras, así que solo lo preguntaré una vez. ¿Dónde está? —Estaba claro que dispararía si la respuesta no era convincente.

El miedo se apoderó del rostro de la mulata. Su piel estaba contraída y el escalofrío que la recorría de la cabeza a los callosos pies le había erizado el vello hasta el punto de sentir dolor al tacto de sus manos húmedas. Solo Nico le daba una razón para mantener la compostura que les conservaría la vida. Valoró unos segundos el mentir, pero el niño estaba por encima de cualquier otro argumento, así que dijo la verdad.

—¡Así que nuestra Marie va para Cayena con un señoritingo que juega a Robinsón!

La mujer, al oírlo, sintió una enorme pesadumbre, como si hubiera ayudado a dictar una sentencia condenatoria, pero al ver a aquel hombre relajar el brazo que les apuntaba sintió un gran alivio y recuperó la compostura. Su pecho se hinchó con el aire húmedo y caliente de la tarde. Su respuesta les había concedido una especie de tregua.

El más joven, que se había apartado unos metros, escudriñó las huellas frescas de la camioneta en el barro y regresó junto a su padre susurrándole al oído.

—Hará un cuarto de hora. Han cogido el camino que lleva a la carretera de Cayena —hablaba como un experto rastreador. Su convencimiento hizo que su padre no necesitara más preguntas.

Su voz afeminada y pastosa sonó más grata de lo que acostumbraba cuando masculió cuatro palabras que sonaron a epitafio. Luego, un nuevo disparo. Milene se cubrió la cara en un acto reflejo. Tal vez para retener su espanto, tal vez para negarse una realidad que sospechaba: la de perder para siempre a su nieto. Pero el muchacho se abrazó tan fuertemente a su pierna que el contacto devolvió el pulso a su casado corazón. Estaba vivo, Nico estaba vivo. Solo el cuerpo inerte de perro dio un violento brinco al recibir el impacto de una bala que había cambiado su destino original. Luego, los cuatro hombres dieron la vuelta y se alejaron tan cansinamente como habían venido.

-----

Jean nos dejó con lo puesto en el parque de Cayena, apremiado por la incertidumbre. Su cara mostraba angustia y por eso; en pocas palabras porque no era hombre de muchas, nos deseó suerte. Compartiendo sus mismas sensaciones, saltamos rápidamente del vehículo y lo vimos alejarse a toda prisa en busca de la respuesta a sus dudas y nos quedamos allí, de pie, viendo alejarse la camioneta, con el palpito contagiado de algún trágico suceso.

La explanada del parque era una zona verde, sembrada de palmeras de distintos tamaños que dejaban ver amplios pedazos de cielo, salpicados por alguna que otra nube como en una pincelada algodonosa. Sus ramas relucían al sol con el brillo que deja la lluvia tras de sí. Posiblemente la de la misma tormenta que, en el poblado, había precedido al final de mi tediosa existencia. Las casitas rectangulares de una o dos plantas y sus tejados pálidamente rojizos no circunscribían la

plaza sino que se integraban en ella. Provocaban la sensación de extensa continuidad solo quebrada por la perpendicularidad de las avenidas, en las que apenas se veía alguna que otra pareja de adolescentes disfrutando de un paseo lento en busca del complaciente pedazo de césped que acogiera sus primeros besos. Un césped también verde, también brillante, que atravesábamos con urgencia; pues era necesario encontrar cobijo. Y para eso yo conocía un discreto hostel donde hallaríamos el tiempo necesario para las explicaciones.

Dejamos atrás el parque y las avenidas se fueron convirtiendo en calles. En un cajero automático saqué un poco de dinero y luego, en una calle comercial, cambiamos nuestra indumentaria por otra más apropiada. Con un aspecto más tranquilizador a la vista de los transeúntes, cogimos un taxi y nos fuimos al hostel; un edificio de cuatro pisos, con su fachada blanca plagada de balcones de los que colgaban algunas plantas. Estaba anocheciendo cuando, ya registrados como marido y mujer, encargamos algo para cenar y nos fuimos a la habitación.

Marie comenzó a desnudarse. A quitarse aquella hermosa blusa rosada que estaba estrenando. Una sonrisa cándida me hizo comprender que debía volverme y así lo hice. Salí al balconcillo y pasé unos minutos contemplando el paso de los coches y escudriñando las esquinas, en un inconsciente acto de autoprotección.

Cuando entré de nuevo, de la puerta entreabierta del baño salía una espesa niebla de vapor y entre ella apareció Marie, envuelta en una enorme toalla blanca. Sus cabellos estaban húmedos y dejaban caer alguna gota de agua por sus mejillas, que recuperaran el tono sano y jugoso que da la relajación. Entonces, la inocencia de nuestro primer encuentro se transformó en deseo. Creo que por más que intenté disimularlo ella tuvo que notar algo en mi voz titubeante. Avanzó lentamente hacia mi y acarició mi rostro con suavidad, como otorgando un perdón. Incliné la cabeza para atrapar aquella caricia el mayor tiempo posible y sentí, en ese momento, una ternura que revivía en mí, después de mucho tiempo sumida en el letargo al que yo la condenara deliberadamente. Luego, fui yo el que se perdió en la espesura del vapor, para gozar de la misma agua que la había bañado a ella. Y así pude confundirme en su aroma, deleitarme en su ausente intimidad. Y mi ansia, en lugar de confortarse, aumentó desmesuradamente.

Cuando salí del baño, no la encontré en la habitación. Entonces sentí el desasosiego de alguien al que algo valioso se le escapa. Me vestí a toda prisa, para correr no sé bien hacia dónde, pero cuando abrí la puerta, allí estaba. Con su sonrisa traviesa y con la cena en sus manos pasó por mi lado con ligereza, y, dándome las gracias por la silla que yo le apartaba con galantería, se sentó.

—Creo que te debo unas cuantas explicaciones —lo dijo pausadamente, regalándome las palabras—. No deseaba que te vieses enredado en mis problemas, pero te necesito desesperadamente. Necesito un amigo en el que confiar, y ese eres tú.

Me senté sin huirle la mirada y me dispuse a escuchar.

Comenzó hablando de su marido. Era un hombre de negocios, de mediana edad, que se había enriquecido con la compraventa de oro y piedras preciosas en Sudamérica. Llevaban cinco años casados, pero como suele ocurrir tantas veces, el deseo de más dinero y de más lujos, apartaron al amor y así el hombre fue arrinconando a su mujercita hasta que la situación se hizo insostenible. Viajes, mentiras, ausencias, perdones y algún que otro desliz sin importancia habían desgastado su relación, lenta, pero irremisiblemente. A pesar de todo, se querían con ese amor condescendiente y exento de pasión que madura con los años y por ello se habían lanzado en una huida hacia delante, buscando la salvación del matrimonio. Para eso habían emprendido un viaje de reconciliación; aquel viaje que con el año nuevo les devolvería al pasado. Pero aquella ilusión terminó convirtiéndose en un nuevo negocio de su marido.

Habían llegado a Sao Paulo tras un largo y cansado trayecto, más anodino que la relación que

querían dejar atrás. Luego se desplazaron a Belem, cerca de la desembocadura del inmenso Amazonas. Allí esperaba uno de sus contactos habituales en la zona. Pasados un par de días Alain, que así se llamaba el marido, decidió repentinamente viajar en una avioneta alquilada a Santa Elena, al sur de Venezuela, para cerrar una operación que le supondría unos beneficios que le hicieron olvidar los objetivos del viaje. Y fue en ese desplazamiento en el que sufrieron el accidente; con el alba que anunciaba un nuevo día peligroso e incierto. Acababan de atravesar la Sierra de Tumucumaque, fronteriza entre Brasil y el Macizo des Guayanas, cuando una avería en el avión les hizo estrellarse en plena selva. Su último contacto por radio, su última posición conocida les situaba en la ladera norte de esos montes, en el corazón verde del infierno.

La suave cadencia de su voz se tornó en amarga resolución para contarme el violento aterrizaje en uno de los campos abandonados que los indios crean quemando el bosque para habilitar pequeños terrenos de cultivo. El avión fue frenado por los jóvenes árboles y arbustos que luchaban por devolverle al lugar su pérdida virginidad y acabó incrustando su morro en un enorme árbol que entregaba a la selva su espesura. El piloto sufrió un golpe fatal que lo fulminó al momento, y su sangre tiñó de rojo los cristales de la cabina donde desfiguró el rostro. Su marido yacía en el pasillo cuando ella se despertó, magullada y dolorida. Estaba inconsciente. Tenía un trozo del fuselaje clavado en su pierna derecha, que ella arrancó con quirúrgica destreza. Desinfectó y vendó la herida, aplicando después un torniquete. No era mortal, pero sí lo suficientemente grave para tratarla con urgencia, y más en aquellas circunstancias todavía sin evaluar.

Supo traspasarme, en su relato, la angustia de estar atrapada en el medio de una espesura infinita, con un muerto y un herido como incentivos para la desesperanza. Supo darme unos ojos para que la viese, por el ventanuco del avión, debatirse en un mar de dudas; y también sentir que no era yo quien la espiaba. Pero no eran mis ojos, sino los de un hombre con sombrero de ala ancha y mirada taciturna que la observaba impertérrito. Aquel aparecido se tomó su tiempo, enfundado en un impermeable gris, bajo la lluvia, en una penumbra robada al sol por los castillos de nubes, también grises, que retrasaban el día. Y allí, en el ventanuco, decidió sus destinos.

Al principio se presentó como un hombre amable, que vivía con su familia cerca de allí. Ella lo vio como su tabla de salvación y terminó entregándole su confianza a aquel individuo que cargaba con su marido al hombro bajo una lluvia intensa que borraba el sendero. Llegaron al claro donde estaba la cabaña. Gritó el nombre de uno de sus hijos y los tres fueron apareciendo. Uno de dentro, el que solía encargarse de la comida; otro de un promontorio cercano, de donde desviaban el agua para lavar los materiales; y el último subió de una especie de lavadero. Entró para depositar a Alain en un catre mientras los tres revoloteaban alrededor de la joven, debatiéndose entre el deseo y el miedo. Pero aquella escena grotesca terminó súbitamente cuando el hombre salió y con una fiereza propia de una alimaña dijo:

—¡Es mía! —Mi alma vibró con la de Marie en una macabra resonancia.

Con un gesto rápido la mandó entrar en la casa, mientras daba órdenes a sus hijos sobre el trabajo de la jornada. Ella, aterrada, lo agradeció doblemente y corrió junto a su marido. Pero al ver aquella cara desencajada, sus ojos vidriosos, la tez pálida y la boca abierta con la mueca de la muerte lo comprendió todo. Lo había matado, asesinado a sangre fría, asfixiándolo con un trozo de cuerda raída que ni siquiera se había esforzado en ocultar. Ella gritó desesperada, arañó, se defendió con todas sus fuerzas, para acabar de rodillas, llorando amargamente.

El hombre la asió casi sin esfuerzo y con habilidad le ató las manos fuertemente, dejando unos metros de cuerda que terminaban en una gruesa viga del techo. Y se sintió en el derecho de domarla. Era un proceso lento que le regocijaba. Un proceso que no sonaba a primera vez. En sus

parcas palabras ella entendió fácilmente que su destino, escrito a través del ventanuco del avión, era el de ser su esclava; en aquel inhóspito paraje, a más de cincuenta millas de cualquier parte.

Mientras ella se debatía en los metros de habitación que le eran accesibles, él llamó a dos de sus hijos para que se deshicieran del cadáver. Con él salió por la puerta todo el pasado de Marie y el futuro se escribió en venganza vestida de espera. Se retorció como un animal salvaje en peligro; valoró la fuerza de sus ataduras, primero con estudiosa dedicación y luego con desaforada rabia, hasta producirse heridas en los puños, y al final, tras horas de desesperación se rindió a la evidencia de su soledad, de su impotencia y de su martirio, mientras el rostro de su marido se le aparecía entre la neblina de sus pensamientos, como proyectado en la pared.

Entre tanto, los cuatro hombres invertían sus fuerzas en extraer del lodo el preciado metal que se resistía a ser arrancado de la tierra. La poza de contención era un pequeño cubículo de unos veinte metros cuadrados, rodeado de piedras que evitaban el desmoronamiento de los laterales. Allí era donde el agua depositaba los lodos que luego los hombres arañaban el lecho con sus rudimentarios utensilios, lavando meticulosamente la arena con una escudilla redonda de latón, suavemente convexa, pulida pero mellada por golpes de rabia. En ella, tras un primer lavado, añadían el mercurio para que este hiciese el trabajo de amalgamar las minúsculas partículas de oro. Pero el premio siempre era escaso; apenas unas pepitas que daban para un poco más de esperanza. Metidos hasta la cintura trabajaban hasta la extenuación, entre pocas palabras, rudas en el mejor de los casos. Todo muy lejos del sueño de los pioneros que se hicieran ricos en aquel mismo lugar cincuenta años atrás, en la época del penal.

Caía la noche cuando los cuatro hombres regresaron a la cabaña y se encontraron a la mujer derrumbada en el suelo, inconsciente. A una orden del padre, dos de los hermanos la soltaron y la sentaron en una silla, apoyando su cuerpo contra la mesa, mientras se recuperaba. Entre tanto, el hermano pequeño preparaba algo parecido a un guiso de carne para cenar. El padre tomó la palabra y le fue diciendo a Marie cuales eran sus obligaciones:

—Tu marido ha muerto. Lo he matado yo con estas manos que también son de la talla de tu cuello. A partir de ahora te debes a nosotros porque me debes la vida; y cumplirás tus obligaciones para cuidar de esta familia —sus palabras sonaban como un veredicto de cadena perpetua—. Procura tenernos contentos y no recibirás daño alguno. Y si uno de mis hijos te molesta o importuna no dudes en decírmelo porque lo lamentará. No te queremos como carne, para eso ya están las putas del pueblo. Te queremos para que nos atiendas cuando llegamos cansados, para que nos cocines y nos hagas olvidar que vivimos en un vertedero inmundo. Puedes empezar con tus tareas ahora mismo: sirve la mesa —las risotadas repicaron en las paredes mientras los cuatro hombres se entregaban a devorar la cena y mi pobre Marie se reponía de su derrota mezclando en sus pensamientos la resignación y la venganza.

—Lo que me estas contando resulta increíble —no sé si hice el comentario para rebajar un poco la tensión que había adquirido la voz de Marie o si fue para darme un respiro. Ella me hizo un gesto sutil con la mano para que me callase y retomó su relato.

Pasaron los días, unos montados en otros. Días en los que trazó un plan oculto basado en la sumisión y en el estudio concienzudo de sus dueños. Aprendió rápido, conforme se iba recuperando del enorme shock vivido y así fue valorando sus posibilidades mientras pasaba las noches amarrada a aquella pared y los días haciendo de esclava sometida, prisionera de su propia desdicha; privada de todo derecho menos del de vivir. Envilecida por la impotencia de perder a un compañero al que ya no amaba; pero al que, desde luego, no deseaba ningún mal.

Con el padre, del cual desconocía el nombre, porque sus hijos no le daban más que ese, demostrando un respeto nacido del miedo, no tenía ninguna posibilidad. Era un hombre

extremadamente terco, experto en el manejo de ganado humano, vacío de ternura, pero lleno de una obsesión religiosa enfermiza que pudo ser forjada en su niñez a golpes y humillaciones. Todo momento le era propicio para convertir un comentario en un sermón, una charla en una arenga que sirviera para enderezar a sus renglones torcidos. Sin embargo, el miedo aplaca a las fieras mas no las amansa; y él sabía que sus ramas estaban demasiado curtidas para ser moldeadas. Solo el pequeño parecía bueno a sus ojos. A través de las homilias, en las que luciendo sus dotes de orador callejero, se dejaba llevar por la efusividad que le inspiraba una Sagrada Escritura que siempre llevaba consigo, lo ponía siempre de ejemplo para escarnio de sus hermanos.

La mañana de la vigésima muesca en la pared Marie presenció una escena que descartó también al mayor. Había subido a lo alto del montículo para liberar el agua que arrastraría los lodos hasta el lavadero cuando uno de los muros de contención, hechos de una mezcla de barro y piedras, se rompió, desparramando el contenido por la ladera y destrozando días de trabajo. Bajó hacia la casa y le describió al padre el desaguisado, que había ocurrido porque el paso del tiempo resquebrajara la pequeña y rudimentaria presa. Pero el padre no le dejó acabar y le golpeó en la cabeza con una violencia impropia e inútil, derribándolo al suelo ante los pies de Marie que se agachó rápidamente para taponar la brecha por la que manaba abundante sangre. Pero aquel tipo asió su mano con fuerza, la pasó por la herida y luego lamió su propia sangre como una bestia malherida; se levantó y se marchó corriendo hacia la selva, de la cual no volvería en toda la noche. Marie comprendió que tras la mirada vidriosa de aquel individuo se ocultaba una locura a punto de aflorar. Una mezcla de amor y odio hacia su padre se contenía a duras penas en el alma de aquel desequilibrado que estallaría en ira el día más inoportuno. Definitivamente aquel hombre no parecía fácil de manejar porque sus reacciones respondían al más básico comportamiento animal. Había sido domesticado a la fuerza y sus instintos salvajes se mantenían latentes sujetos por el terror que su padre infundía en él. Como todo depredador, estaba llamado a desbancar a su ascendiente de una forma cruenta e irracional. Aquella vileza en los gestos, aquella dramática huida hacia la soledad, desvelaban una personalidad confusa y una obstinación fracasada por agradar a su padre y mostraban la decepción de niño despreciado y ausente de afecto, medrado a golpe de desilusiones y rabia.

Los días pasaban con una irremisible lentitud y con una cadencia sorda que se ensañaba en la amargura de Marie. El llanto y la ansiedad habían hecho mella en su rostro, antes límpido y candoroso. La perplejidad, el desconcierto se habían transformado en una frenética fijación guiada por el instinto de supervivencia. Y del profundo análisis de los hechos había extraído tres conclusiones. La primera, la de permanecer sumisa y obediente, procurándose los parabienes de sus secuestradores para que la confianza fuese su más sutil aliada. La segunda, el estudio meticuloso de sus personalidades, para conocer la debilidad del adversario y la tercera preparar un plan de huida si se presentaba una ocasión que ya parecía imposible.

Una mañana el mediano entró en la casucha, visiblemente alterado. Se miró en el sucio espejo que anunciaba en sus grietas la mala suerte y se lavó el rostro buscando recuperar la sobriedad; reclamándola en el agua fresca de la mugrienta pileta, mientras profería blasfemias y obscenidades diversas que había aprendido en sus noches de aplicado mirón de prostíbulo. Había ido con su hermano pequeño a beber y a gozar del puterío de una aldea cercana y regresaba, más ebrio que de costumbre, alardeando de que la fulana que tenían en casa era más furcia que las nativas que se adueñaban de sus rácanas pepitas de oro. Marie presenciaba la escena inmóvil y muda desde su familiar esquina. Su espalda pegada a una pared de madera que le devolvía el sudor. Sentía la tensión del sobresalto y la incertidumbre del desenlace la inquietaba sobremanera. Sus pupilas se dilataron a medida que aquel individuo se acercaba con la mueca de una sonrisa

perversa anunciando un desenfreno carnal que ya no podía reprimir. La prendió con dureza por el cuello y aproximó sus delgados y secos labios buscando piel. Tan solo halló un araño seco que le surcó la mejilla, pero eso no hizo más que aumentar su excitación. Paseó su índice por el araño y se mostró satisfecho por la resistencia. Iba a tomar una plaza hostil que se negaba a rendirse. Aquella mujer no era como las putillas a las que estaba acostumbrado. El forcejeo se hizo más violento. La asió con fuerza por las caderas y tiró frenéticamente para librarla del tejano azul. Marie se enroscaba. La respiración jadeante, el sudor frío, el grito, el braceo angustioso y la derrota en forma de lágrimas ante la inminente y cruda realidad. Cuando ya en el último envite el hombre tomaba posición para adueñarse de la ansiada entrepierna alguien entró en la cabaña; lentamente pero con el paso firme. En la mano un bastón de empuñadura de bronce, que esgrimió con firmeza golpeando a su hijo, en el mismo lugar marcado por aquella hembra. El bastonazo fue la penitencia de sus debilidades. Sus miradas se cruzaron en la estancia, frías, recias y cortantes. Era siempre la del viejo la que prevalecía. El muchacho se arrastró como una bestia malherida y al poco se perdió en la espesura. Entonces, sus maldiciones se confundieron con los rumores del bosque.

-----  
—Mi pobre niña. Que mal lo has tenido que pasar —estaba perplejo y mi rostro lo anunciaba con claridad. Sentado en la silla de aquel cuarto de hostel barato de Cayena apenas podía articular palabra.

—¡Afortunadamente llegó el día en el que conseguí escapar! —Se dio cuenta de mi desconcierto y tomó mi mano apretándola con fuerza. Paradójicamente era ella la que me intentaba infundir calma.

-----  
El tercer día del tercer mes de su prisión sucedió un hecho singular que a la postre sería providencial. Estaban los cuatro hombres a la mesa dando cuenta de la comida que Marie había preparado cuando el hermano pequeño, el débil, enmudeció en la mitad de una frase. Su rostro, moreno de barro, se puso albino. Ella se quedó paralizada en medio de la estancia sosteniendo en sus manos el asado. La primera sacudida lo tumbó de lado, con la silla, en un bloque y el golpe se confundió con el quebrarse de la fuente. La epilepsia volvía a visitarle. Los hermanos reían, pero el padre reaccionó con rapidez; y ella a su lado. Le metieron un trozo de madera en la boca para que mordiese y no se tragase la lengua aguantando el tirón de las sacudidas hasta que vino la calma envuelta en llanto. El padre se volvió y echó a los hermanos de la casa. Ella se quedó en el suelo, abrazada a aquel niño grande consumido por la ansiedad.

Súbitamente Marie decidió interrumpir su relato, quizás porque necesitaba someterlo a un orden y a una inquisición que la estaban traicionando, quizás porque el cansancio pudiera provocar que dijese lo que no quería. Lo cierto es que, aduciendo una fatiga que era real, se paró en seco y se metió en la cama al tiempo que yo hacía lo propio en el sofá, intrigado por un relato tan fantástico que se me hacía difícil el creerlo. Mi mirada se perdió en el techo y mi mente cayó por los agujeros del pasado mezclándolo todo para mi desasosiego.

-----  
En aquella habitación del hostel, mis pensamientos me traicionaban volando por su cuenta a otros lugares; desplazándose en el espacio y en el tiempo; obligándome a recordar lo que leía escrito en aquel techo grisáceo. Me veía con toda claridad; sobrecogido por el silencio de mi casa; con el espasmo en el semblante. Ella yacía en el lecho, inmóvil, lívida. Me precipité hacia ella para auxiliarla, pero era inútil. Estaba muerta. Sentí el tacto frío de sus manos, que así me lo confirmaron. La habitación se llenó de una agonía sorda revestida de gemidos. Me senté en el



borde de la cama y lamenté mil veces haber nacido para vivir en primera persona aquel desenlace tan trágico. Me acusé como si yo hubiese sido el desencadenante de todo aquello, unas veces debido a la ignorancia y otras a la inercia con la que el río de la existencia nos lleva cuando ya no queremos remar. Aquel día no me hubiera importado que me amortajaran en vida y me enterrasen con ella. Al fin y al cabo me había dado sus mejores años; todos los años que yo podía recordar.

—¿Por qué ha pasado esto? ¿Por qué has permitido que esto ocurriera? —Me dirigía a ese Dios del que dicen que a todos protege. A pesar de haber renegado de él mil veces por el castigo que nos había infringido a ambos, en el fondo tenía una necesidad inconsciente de llamarlo en mi auxilio. Aunque una vez más, su contestación era la misma: el silencio más absoluto. ¿A quién podía haber importunado tanto nuestra felicidad que se esforzó por quemarla en la misma pira en la que arden los mezquinos y los malnacidos? ¿A quién, en los cielos, se le pudo ocurrir maldecirnos de aquella manera? Y lo peor es que ya no me importaba contestarme. Sabía que yo también estaba condenado. Mis propias blasfemias me delataban. Culpable: hasta yo mismo lo hubiera pensado, hasta yo mismo lo hubiera querido. Hubiera sido la acusación en el juicio y también el juez, para sentenciarme a la pena más dura. Pero yo no lo hice. Yo no maté a mi mujer. Yo no la maté. Y no fue por mi nobleza, sino por mi cobardía, de otro modo la hubiese aniquilado mil veces.

Al principio fue discreta, y así acallaba mis sospechas de sus desmanes; pero poco a poco fue perdiendo los últimos eslabones que la ataban a mí. Incluso creo que al final gozaba con mis recelos hasta el morbo de hacerlo con otros en mi propia cama, en la que acabó por yacer con su cara límpida totalmente vacía de expresividad. Un vaso de agua en la mesilla y un frasco de pastillas vacío en el suelo eran las únicas pruebas de lo que había pasado. Hasta allí llegó su aguante. Aquella noche puso punto final a su miseria. Como no la pudo desprender en otras camas, ni ahogarla en licores, ni resarcirla con el desprecio que sentía por mí; decidió vengarse suicidándose en nuestro propio lecho. Y a fe que se salió con la suya. Y yo, recaudador de todo su desprecio, me quedé allí, vacilante, nervioso. La maldije, la odié con todas mis fuerzas. Conjuré a todos los demonios del abismo para terminar llorando a su lado y sintiendo que recibía, en aquel mismo instante, el pago de mi fallido amor en forma de un desagravio en el que era el convidado de piedra.

-----

Mis cavilaciones rebotaban contra el techo en penumbra de la habitación de aquel hostel de Cayena. No podría librarme de ellos jamás. Tenían vida propia y gozaban causándome daño. Me incorporé del sofá en el que dormía y miré hacia la cama. Marie estaba dormida y no se había dado cuenta de nada. Respiré aliviado. Poco a poco el sudor frío que se había apoderado de mí fue diluyéndose en el ambiente cálido de la estancia. Pero aquello era solo una tregua, un vano consuelo. En cuanto me recosté de nuevo para intentar conciliar el sueño volvieron a asaltarme todos los espectros que se refugiaban en mi sombra.

Yo sentía la misma culpabilidad que aquel día: culpable de abandono, culpable de desengaño, culpable de hipocresía; porque yo la había matado, sin arma, sin pólvora, sin ruido. La había ido matando, primero de falta de amor y luego de ausencia total de esperanza. ¿A quién podría ilusionar alguien que tenía un hueco en el pecho en lugar de un corazón? ¿Qué naufrago se agarraría a una tabla que se hundiría con toda certeza? Ella se sumergió en el fango de la soledad y nadó para vivir. Nadó con todas las almas que puedes encontrarte en ese fango, que son muchas y todas quieren curarse del mismo mal. Yo en cambio, me dejé llevar, hastiado por el esfuerzo inútil en ella reflejado.

-----

Un día empezó a ausentarse y a llegar tarde. A visitar los garitos donde la gente intenta abandonar sus infortunios. A envolverse en el ambiente bohemio de sus nuevas amistades; y la red se fue tejiendo. Cambió su soledad por el ruido, por el bullicio de los corazones ociosos. Se embebeció de alcohol. Se disolvió en el humo de los locales; pero siempre regresaba, la maldita; después del despertar dolorido en una cama prestada, junto a cualquier alma también perdida que también, como ella, volvía a su infierno.

La policía vino. Yo mismo la había llamado. Así, en esas lamentables circunstancias, fue como conocí al inspector Denis Lamark. Era un hombre perspicaz. Un teniente cincuentón y entrado en carnes, con la mirada ladina de los truhanes a los que perseguía. Estoy seguro de que sintió pena por mí. Aquel individuo que se me antojó extremadamente analítico por el cuidado que puso en la observación de los pequeños detalles parecía ser el único que se esforzaba por comprenderme. Su estampa desperdiciaba la altivez que hubiera podido conferirle su envergadura porque su cara afable la desmentía. Únicamente sus ojos, pequeños y brillantes, hundidos tras una gruesa nariz, podían intimidar premeditadamente.

—¿Sabe usted que alguien pudo estar aquí antes de la muerte? —No era una pregunta sino más bien el inicio de una explicación—. Hemos encontrado huellas de un zapato en el suelo de la cocina.

— Pueden ser mías —contesté engañándome a mí mismo.

—No corresponden a su número. Además hay dos pocillos de café en el fregadero.

—¿Estuvo usted con ella esta tarde? —El tono sonó a una pregunta que guarda en sí misma la respuesta.

—No he vuelto a casa desde esta mañana. Fui al trabajo y luego comí con unos compañeros; sobre la una —me sentí estúpido. No necesitaba ninguna coartada.

—La muerte puede haberse producido esta tarde, sobre las cinco. Evidentemente alguien estuvo con su mujer durante la sobremesa. Alguien con suficiente confianza como para preparar él mismo el café.

A mí no me resultaban sorprendentes aquellas suposiciones, pero sí el hecho de haber sido extraídas con tanta rapidez. Mientras yo asimilaba todo aquello sentado en una sala de usos múltiples de la Gendarmerie el inspector Lamark sacó de su bolsillo una pipa recta de pequeño tamaño y una bolsa de tabaco. Llenó la pipa cuidadosamente y la encendió saboreando con auténtico deleite las primeras caladas.

Hablamos durante largo rato. Dialogaba pausadamente, cuidando hasta el extremo sus palabras para hacerlas menos hirientes. Daba la impresión de haber fundido en un crisol todos los dolores ajenos. Por eso, el interrogatorio, en lugar de lacerarme más me sirvió de alivio. Su presencia fue un continente en el que verter mi rabia, mi desconcierto y mi derrota total. Nunca podré agradecerle bastante su compañía en las primeras horas; sin embargo, lamentablemente llegó el momento de encontrarme con mi soledad. Mi único acierto en aquellos días aciagos fue mantener al margen a mi familia. No podía; no quería repartir mi dolor. Me pertenecía exclusivamente a mí. Hasta en eso era un empedernido egoísta.

Durante varios días estuve deambulando por las calles de París, sin rumbo y sin interés alguno por encontrarlo. Me sentaba en un banco de cualquier jardín y contemplaba el correteo y el bullicio de los chiquillos; el parsimonioso caminar de los enamorados que ronroneaban como gatos en celo; el bullir de las calles atestadas de gente persiguiendo un tiempo gastado. Aquella explosión de vida, de deseo, de juventud, me devolvía a los tiempos en que fuimos felices. Dos jóvenes que se amaron desde la adolescencia; que maduraron juntos en un entorno social confortable y seguro. Llenos de proyectos que un día se encarnaron en Clarice: una preciosa niña

que puso la guinda a nuestra plenitud.

-----  
Todo aquello estaba tan lejano que ya me era inalcanzable y al final se imponía irremediablemente la amargura y todas aquellas estampas solo contribuían a hundirme más en mi depresión. Y era tan espeso mi martirio que al final acabé por no moverme y dejar que pasasen las horas entre las cuatro paredes de un hotelucho, esperando, tal vez, alguna noticia. Pero no todo fueron imágenes funestas aquella noche. Caí en un sueño profundo y espeso que se fue dejando al subconsciente proyectar sus imágenes. Soñé con Marie. La soñé como hacía unas horas la había visto, cuando saliera del baño, envuelta en una toalla blanca. A partir de ahí todo se construía como en las visiones de un adolescente. Ella se daba cuenta y me miraba fijamente. Estaba de pie frente a mí. Me sentía tan azorado como un jovencuelo en su primera cita. Su mirada maduraba desde la sorpresa a la ternura. Cómo me hubiera gustado gozar en aquel mismo momento del cuerpo de aquella desconocida; aquel hermoso cuerpo que yo había descubierto en la playa, que había dibujado en mi mente más de una vez, que había inventado en sus partes más secretas. Ella me tomaba de la mano y me levantaba, acercándose. Entonces sentía su abrazo y yo me deleitaba en el mío asiendo su cintura con una lentitud infinita que me alargase el momento. La besaba, con suavidad, con el respeto que se pone en el primer beso; pero ella, con su lengua, rompía ya definitivamente el poco hielo que quedaba en mí. Cuando me alejaba para mirarla ya no era Marie. Era la mujer lívida de la que yo nunca conseguiría huir.

El sobresalto me despertó envuelto en sudor, con el corazón latiendo desenfrenadamente. Me incorporé del sofá totalmente azorado, con la respiración jadeante, y me reencontré de nuevo en aquel hostel, junto a alguien al que apenas conocía. Desafortunadamente ya no pude volver a conciliar el sueño porque aquella visión horrible se prendió de mi cerebro y me obligó a recomponer los días de mi tortura.

Intenté apartarlos contemplando el bello rostro de Marie. El sol me descubrió mirándola, sentado en el sofá. La luz esculpía irisaciones en sus cabellos que le ondeaban por la espalda, delineando una suave curva que se perdía en el blanco de las sábanas. Se volvió con lentitud hacia mí y después de obsequiarme una sonrisa me dijo:

—Debemos marcharnos inmediatamente. Aquí corremos peligro. Nos encontrarían pronto. Y no quiero pensar lo que podrían hacernos. Son salvajes sin escrúpulos.

Durante unos instantes recordó a su marido muerto a manos de aquellos canallas. Y aunque su evocación no era más que una vaga sombra, sirvió para que las lágrimas acudieran a sus ojos:

—Tengo que vengarlo, no descansaré en paz hasta que sus asesinos estén entre rejas.

Decidimos acudir a la comisaría más cercana a contar todo lo sucedido. Había pruebas suficientes: un avión estrellado, un cadáver enterrado en la selva, un secuestro escrito en cicatrices, el episodio de la casa de Milene. Nos sentíamos protegidos por la contundencia de los hechos. Después de escudriñar con detenimiento la calle, de un lado a otro, bajamos por una larga avenida. Al cabo de unos minutos divisamos el cartel de la Prefecture a unos cien metros. Cruzamos la calle, sorteando los escasos coches que pasaban en ese momento y nos dirigimos hacia el lugar, caminando con paso decidido. Pero unos metros antes del último cruce algo lo cambió todo. Allí estaba él, salido del aura del sol naciente. Allí estaba el hombre del sombrero de ala ancha. Su mueca de satisfacción se acompañó con la risa del triunfador en una partida de cartas. Y a una señal suya sus fieles hijos, del otro lado de la calle.

—Te marchaste muy deprisa y sin despedirte. ¿Así es como tratas a los amigos? —Dio unos pasos al frente mostrándose seguro de controlar completamente la situación.

Marie palideció al instante e instintivamente movió su mano derecha, como queriendo

protegerse. Tras un silencio interminable comenzó una frenética huida por las calles de Cayena.

Tomé a Marie de la mano, nos dimos la vuelta y corrimos desandando el camino hacia el hotel. Volcamos un contenedor de basuras en la acera, cosa que nos concedió unos metros de distancia. Sorteamos de nuevo los coches de la avenida, esta vez más accidentadamente, pues el tráfico era mayor. Una mirada hacia atrás me hizo comprender que la persecución no duraría mucho:

—Tenemos que separarnos. Intentaré darte un poco de tiempo. Nos encontraremos en el aeropuerto —era una medida desesperada pero completamente necesaria.

Me paré en la esquina mientras observaba cómo Marie reanudaba la carrera, primero titubeante y luego convencida de que era la única salida posible. Continué por otra de las callejas, no sin antes asegurarme de que era visto por nuestros perseguidores, que también se vieron obligados a dividirse. Los tres jóvenes persistieron detrás de mí, mientras su padre lo hacía detrás de ella.

## CAPÍTULO TERCERO

### Huir hacia atrás

Miramos el suelo alejarse a través del ojo de buey. El avión adquiría altura y el verde del campo dio paso al oscuro azul del mar. Un cielo límpido se abría a los lados, iluminado por el sol ardiente del mediodía. Abajo, la última huella que despedía aquellas tierras: Las islas de la Salud; un enclave de triste pasado para la historia francesa, ya que durante muchos años albergó el penal al que eran enviados los reclusos más desafortunados. El lugar distaba de ser tético. Incluso diría que era un paraje privilegiado, pues los vientos alisios ofrecen unas condiciones de vida benignas, manteniendo alejados a los mosquitos que transmiten la malaria. Muchos de los reclusos que sobrevivían al viaje, a las fiebres, a la corrupción o a las vejaciones se conseguían adaptar y vivían durante años atrapados en una prisión cercada por la propia naturaleza. Sonreí pensando que yo ni siquiera necesitaba barrotes que me guardaran, porque llevaba dentro de mí el veredicto, la condena y la penitencia.

Después de tantas peripecias regresábamos a Francia. Yo estaba huyendo de nuevo, pero aquella huída no era como la primera: era involuntaria. Además esta vez no escapaba de mí mismo. Era únicamente el acompañante aturdido y perplejo de aquella mujer misteriosa que me desconcertaba. Era una desconocida que había irrumpido en mi vida para sacarme del sopor que la sostenía. Tal vez cuando estaba solo en aquella playa no esperara ya más que el paso monótono del tiempo. Quizás no hubiera sido capaz de soportarlo y un día encontrase el valor de suprimirme, como lo hizo mi pobre Chantal. Estaba asustado, pero no era por todo lo que había sucedido sino más bien por lo que me esperaba. Sin haberlo deseado; sin haberme preparado para ello, iba a regresar a mi pasado. Volvería a pasear por los terrenos de los que había desertado. Volvería a darle a mis recuerdos la fuerza que les confieren los lugares en los que se ha estado y en los que se ha padecido: las calles, la casa, los amigos, mi familia. Todo retornaría de golpe para volver a lacerarme y a abrasarme con los remordimientos.

Me recosté en mi asiento, cerrando los ojos y mi pensamiento retornó a las islas que acabábamos de sobrevolar. Allí vivió muchos años un hombre inocente. Después de muchos intentos de fuga consiguió escaparse y también, como yo, retornó a sus orígenes, pero su vida quedó marcada para siempre, como la mariposa tatuada en su pecho. Yo también tenía mis marcas y también las arrastraría lo que me quedara de vida. Mas después de todo no se consuela el que no quiere y por ello me resarcí de mis desgracias pensando en la mísera existencia que aquel hombre debió padecer en aquella cárcel brutal. No en vano, hacía menos de cien años, los condenados eran ejecutados en la guillotina ante la presencia de los demás presos y los intentos de fuga eran castigados con horribles torturas y con la muerte. Pero el alivio de que otros padeciesen más que yo no me servía. Sentía que mi nueva escapada no era más que una estafa a mí mismo. Como aquel día infeliz en que Papillón se intentó evadir comprando una barca podrida y terminó dando con sus huesos en otro infierno: en la cercana isla de los leprosos. Pensé entonces que no hay naturaleza más contradictoria que la del hombre, que transforma el paraíso en un penal o en una leprosería. Percibía claramente que el retorno no me apartaría de mi condena, sino que me acercaría a ella después de un año de destierro. En pocas horas pisaría de nuevo el suelo de mi París, en otro tiempo añorado. Sentiría la suavidad de la brisa que provoca la Seine a su paso por la ciudad; pero también volvería al recuerdo de unos hechos que me ahogaron hasta la extenuación.

Marie dormía plácidamente a mi lado. Toda la belleza de su rostro era dulzura. Aparté el pelo de su cara para recibirla en mis ojos como la postal de un lugar maravilloso que se fotografía para

ser immortalizado. Eso es lo que yo quería; que aquel rostro perviviera así en mi memoria, incorruptible al miserable paso del tiempo que difumina las cosas bellas y las pierde en la confusa sensación de un bien disfrutado. Sin embargo, a medida que perdía su imagen, mi pensamiento volvía, sin remisión, a trasladarse. Era como si los lugares no pudieran esperarme y se abalanzaran sobre mí.

-----

Por mucho que corras, por mucho que te escondas, tu conciencia siempre te encuentra. No hay castigo más cruel que el horror de despreciarse a uno mismo. Así me sentía yo durante los días que siguieron al de la muerte de mi esposa. Me vi de pie, junto al hoyo, mientras los operarios de la funeraria bajaban su cadáver sepultándolo junto a todos los desengaños de mi vida pasada. No sentí pena, lo confieso; y me reconocía miserable por ello, porque en lugar de llorar la falta de un ser en el que había puesto mucho amor, me sentía bien pagado con su muerte. Me sentía liberado de la última cadena que me unía a ella; la cadena de la inercia de convivir sin compartir nada más que un espacio físico en el que la falta de comunicación vaciaba todos los momentos.

Los servicios funerarios terminaron. Me despedí de los pocos familiares que quedaban a la puerta del cementerio y recuerdo que lo primero que hice fue marcharme a un lugar que para mí era especial; un lugar que guardaba para hablar conmigo mismo. Allí me llenaba de paz, recomponía mis pensamientos, y, sobre todo reflexionaba intentando volver a unir los pedazos de mi espíritu cuando sentía la imperiosa necesidad de parar la vorágine de la vida por unos instantes. Tomé el metro y me dirigí a la Île de la Cité. Allí me aguardaba la Sainte Chapelle: una iglesia gótica muy pequeña, discretamente escondida en el Palais de Justice, alejada de la populosa grandiosidad de los monumentos de París y apartada de los enjambres de turistas que abarrotan esos lugares. Se accede a ella desde el patio del propio palacio. Yo me paré fuera del recinto, como hiciera en otras ocasiones, fuera de las rejas de hierro forjado que lo circundan, coronados por relucientes las puntas de flecha doradas que brillaban al sol de la media tarde. Contemplé pausadamente uno de sus laterales.

Pensaba en aquellos tiempos, hará setecientos años, en los que no existía la prisa. Los tiempos en los que el rey Louis, el Santo, encargó a sus arquitectos su construcción para guardar la Corona de Espinas que había comprado en Venecia. Mi vista se elevó por encima del también dorado y redondo blasón que corona la puerta rectangular de la verja, luciendo tres Lirios de Francia y viajó hasta la punta de la aguja central, a más de setenta metros del suelo. Fui recorriéndola de arriba abajo, admirando el inverosímil encaje de la piedra, hasta el tejado rectangular, extremadamente inclinado, encrestado por un encaje de bolillos que llevan a un ángel sujetando una cruz, en su parte trasera, la que la iglesia ofrece a la calle, al Boulevard du Palais.

Tal vez aquel ángel era el último en derramar lágrimas cuando se abrió una de las puertas anexas a la escalinata del palacio para que pasaran los condenados a morir en la guillotina, en la Época del Terror. Aquel cadalso inmundo, aquel degolladero que hizo templar primero a los nobles y a los hidalgos y luego a todos los franceses. Tal vez aquel ángel las derramase también por mí. ¿Quién lo sabe? Es fácil leer en la memoria de las piedras, al menos para mí que, recogiendo el testigo de la familia, era un arquitecto que había conseguido cierto prestigio; auspiciado, eso sí, por mi apellido. Es sencillo hacer eso, leer en las piedras, pero a nadie se le permite escudriñar en las palabras que se llevó el viento, volver a oír los gritos, los gemidos y las súplicas. Eso solo el ángel lo recuerda. Impávido, altivo, fundido en el paisaje nunca le contará a nadie lo que piensa.

Conté también, como otras veces, los contrafuertes, siete en ese lado, esbeltos y ceñidos al edificio; encajonando otros tantos ventanales rematados en arcos que se desmenuzaban en hilos

de piedra. Esas sensaciones gozosas que produce tanto arte plasmado en tan poco espacio me fueron acompañando mientras rodeaba por detrás el templo, deleitándome con la estudiada simetría de un equilibrio que a mí me era ajeno. Llegué a la fachada principal, angosta, más estrecha si cabe por la presencia de sus dos torres de aguja que se estiraban al cielo, y en el medio, sutilmente bordado, el imprescindible rosetón de las iglesias góticas, recordando en sus dibujos las escenas del Apocalipsis: buen argumento para decorar mi vida.

No me detuve en la Iglesia Inferior, plagada de columnas policromadas; unas soportando los arcos que formaban el techo de la gran nave central y el de las dos minúsculas naves laterales; y otras adosadas en la pared, como pintadas. Verdes, dorados, azules daban al pequeño recinto un aire místico. La desmesurada proliferación de flores de lis y la luz indirecta parecían diseñar un jardín geométrico. Mis zapatos resonaron en las desgastadas losas funerarias. Subí por una escalera de piedra, angosta y oscura para llegar a la Iglesia Superior. Allí estaba lo que yo iba buscando. Allí es dónde se refugia toda la belleza del mundo. La belleza en estado puro. No es piedra, ni mármol, ni tesoros. Allí se guarda toda la luz del universo, como en un pequeño cristal purísimo.

Había estado en ese templo tantas veces que me dirigí instintivamente al lugar donde siempre me sentaba con mi padre. Él fue el que me descubrió aquel santuario y el que me transmitió su devoción por la luz. Había una decena de turistas extranjeros que murmuraban paseando por la única nave, estrecha y alta, o sentados en las dos hileras de bancos de madera que se disponían en los laterales, paralelos a la pared. El techo era similar al del piso inferior, pero se elevaba a unos veinte metros y perdía protagonismo ante quince inmensas vidrieras, de quince metros de altura, apenas separadas por unos centímetros de columna. De él pendían, en toda su longitud, arañas de seis brazos, anuladas por la fuerza de la claridad exterior que penetraba en el recinto leyendo innumerables escenas bíblicas y evangélicas.

Me di aquel baño luminoso que me reconfortaba y dejé viajar mi pensamiento, libre de ataduras. Me quedé inmóvil durante más de una hora. La vida se me hizo soportable otra vez. Pero yo estaba allí buscando más que eso. Buscaba una regeneración que no encontraría en aquella ciudad. Y en aquel instante decidí seguir los consejos de un buen amigo. Buscaría un lugar olvidado del mundo, una playa del otro lado del mar.

Siempre he sido un romántico, a veces a mi pesar, lo reconozco; pero ese aire bohemio que aquel amigo nunca consiguió contagiarme tomó, al fin, forma en la idea de encontrar una playa perdida en el fin del mundo donde la soledad y el murmullo del mar me permitieran nacer de nuevo, sin lazos antiguos, sin deberes incumplidos, sin pleitesías que pagar. Sobre las pilastras del alto zócalo de mármol los apóstoles parecían mirarme con el convencimiento de que había tomado la decisión acertada.

-----

Ahora sé que hice lo correcto. El tiempo que fluye debajo de este puente en forma de agua y lodo me devuelve la razón. Viví y volví a vivir todos y cada uno de los sucesos dolientes impresos en mi memoria para, por fin, aprender a superarlos. Por si eso no fuera bastante recibí también el legado de una nueva vida prometida en dulzura y esperanza. Ahora sé que nada dura lo bastante como para hacerse perpetuo y también que la felicidad es un hada discola que pasa a nuestro lado muy pocas veces. Afortunadamente yo estaba preparado cuando pasó la mía.

-----

Nada más llegar a París, Marie y yo fuimos a mi apartamento. Al espejo de la entrada, una antigüedad barroca capricho de mi difunta esposa que en nada pegaba con el resto, le costó reconocerme. Me devolvió la imagen de un hombre de mediana estatura y de complejión atlética.

Me paré unos instantes analizar los cambios producidos desde la última vez. Mi tez era más morena y más curtida. Los ojos seguían igual de azules, escondidos tras una nariz ligeramente aquilina. El pelo me había crecido considerablemente, ondulándose sobre mis orejas hasta taparlas casi por completo. Su color rubio se había oscurecido y dejaba ver alguna cana asomando en las sienes. No me desagradó aquella visión que me recolocaba en mi sitio. Aquella imagen había perdido la cuadratura con que se barnizan los ejecutivos y me devolvía una estampa más aventurera e intrigante. Sonreí y mi sonrisa se plasmó en el cristal, nítida y limpia. Era yo. Estaba de vuelta; y aquel espejo, que algún día me produjera verdadero rechazo, no había sido demasiado duro conmigo. No como aquellas veces en que me devolviera una mirada gris y vacía, burlándose de mi tristeza, cuando por la noche regresaba del trabajo a un hogar vacío.

Había traspasado casi con indiferencia el umbral de la puerta de mi apartamento de la calle Vignon, cerca de la Madeleine, el famoso templo de estilo griego que Napoleón mandó construir en honor de la Grand'Armée.

—Es un apartamento muy bonito —comentó Marie mientras se lo enseñaba.

—Lo fue algún día, pero ahora solo guarda recuerdos amargos —mi semblante reflejaba con claridad que no quería entrar en aquel tema. Tal vez fui demasiado seco, pero no pude evitarlo. Ella se dio cuenta y se limitó a guardar un respetuoso silencio.

La dejé en el dormitorio para que se cambiara. Confieso que al entrar allí tuve miedo de que algún fantasma se revelase contra el paso del tiempo y permaneciera al acecho, detrás de la puerta, para saltar sobre mí a la menor ocasión. Sin embargo nada de eso ocurrió. Es más, creo que la presencia de Marie, que en aquel momento lo desconocía todo, conjuró para siempre los malos augurios. Había comenzado a notar cierta melancolía, así que salí a la ventana y me entretuve observando la iglesia mientras ella se cambiaba de ropa. El efecto grandioso que ofrece la perfecta disposición de las ocho colosales columnas que, sobre el basamento, sustentan un imponente frontón triangular cuyo friso reproduce las escenas del Juicio Final, pareció resarcirme de mi primera impresión al entrar en mi casa después de un año. Había superado, con cierta distancia la visión de los objetos cotidianos. Entré de nuevo en el salón y me senté en el sofá blanco que presidía la sala, pintada de suave color melocotón. Recorrí con la mirada la estancia rectangular, iluminada a través de dos amplios ventanales. Dos cuadros impresionistas de escaso gusto pendían de la pared, sobre una cómoda en la que destacaba un reloj de péndulo incrustado en un tocón de madera rojiza. Una escultura, también de madera, con la cabeza de tres caballos, y algunos marcos con fotos, una vitrina con algunas copas, una pequeña mesa de cristal y una televisión sobre una mesita completaban la habitación.

Por todas partes se notaba la presencia de Christine, mi madre. Todo estaba impoluto y ordenado. Nada se había resistido a su carácter extremadamente meticuloso. Desde mi ausencia, ella era mi lazo de unión con la vida real. Ella se ocupaba de solucionar los pequeños problemas cotidianos que yo había abandonado y, periódicamente, iba a mi piso y lo mandaba limpiar, convencida, seguramente, de que mi arrebatado hermitaño pasaría y que, en cualquier momento, podría estar de vuelta.

Ella fue la primera que se enteró de mi regreso. Me pidió un poco de tiempo para suavizar la irritación de mi padre, todavía enfurecido por mi repentino abandono del negocio familiar. Estaba a punto de colgar el teléfono cuando Marie salió de la alcoba. Su espléndida figura se dibujaba sutilmente bajo el vestido blanco que acabábamos de comprar. El color resaltaba su tez morena y su larga cabellera. Se la colocó con coquetería en el espejo de la entrada y me miró con afabilidad. Pareció darse cuenta que mi cabeza era un torbellino de ideas confusas e inconexas. Avanzó decididamente hasta mí, me acarició una mejilla y me dijo:



—No te tortures con un tiempo que no ha de volver y disfruta de cada instante, porque puede ser el último.

Después de comer en un restaurante cercano nos dirigimos a la Gendarmerie. La misma en la que había estado un año atrás. El inspector Lamark estaba sentado en su despacho, recostado en un sillón, masticando nerviosamente su pipa. Se levantó con sorpresa para darme la mano. Noté que había engordado un poco. La última vez que le había visto había sido unos días antes de marcharme, cuando me hizo llamar para informarme de que había encontrado al dueño de la huella de la cocina. Era la de un joven disipado que se había convertido en el último acompañante de mi esposa.

-----

Durante todo el proceso de investigación había llegado a trabar cierta amistad con aquel hombre de pocas palabras, entregado completamente a su trabajo. Por eso, cuando me comunicó la noticia agradecí enormemente que fuera él en persona el que me contase lo ocurrido. Mi mujer, metida en la vorágine de la noche, frecuentaba un local de escasa reputación cerca del barrio de Pigal. Era un club donde las mujeres ya maduras, en su mayoría divorciadas o separadas iban en busca de aventura, y por lo tanto el local estaba también frecuentado por jovencitos de escaso porvenir que buscaban en esas mujeres dinero fácil para mantener su estatus de vida relajada y caprichosa. Allí fue donde Chantal conoció a uno de aquellos individuos.

Al inspector no le llevó más que un par de semanas dar con él. Cuando este me comunicó su detención, recuerdo que no sentí ningún rencor hacia el muchacho; es más, he de confesar que cuando le vi por primera vez la cara sentí hacia él más pena que por mí mismo. Este sentimiento me hizo aborrecerme. Me atormentaba el hecho de no odiarlo. Aquella desazón aumentaba por la lástima que me producían las circunstancias de la muerte de mi esposa. Al final se descartó cualquier implicación suya en los sucesos y todo se resolvió archivando el caso y calificando lo ocurrido como un suicidio.

-----

El inspector Lamark escuchó con interés el relato de las peripecias de mi acompañante. Marie empezó situándolo en los hechos acaecidos en su viaje, que terminaron con el asesinato de su marido. Luego describió con precisión a los individuos que la mantuvieron secuestrada. Dio especial importancia al ataque de epilepsia sufrido por el más joven de sus secuestradores. Ella lo cuidó durante los días siguientes, situación que fue determinante para todo lo que ocurrió después.

Una mañana —narraba Marie con afectación—, mientras los demás trabajaban, apareció en la cabaña y Marie vio en sus ojos la promesa de la libertad.

—¿Dónde está enterrado mi marido? —Preguntó con una desmesurada ansiedad mientras le sujetaba por el hombro.

El muchacho no contestó. Se limitó a moverse cansinamente saliendo de la cabaña. Lanzó una mirada de asentimiento para que lo siguiera y ambos se perdieron en la espesura. Tomaron un sendero apenas perceptible en el que la maleza caracoleaba por las lianas que colgaban de los árboles y las hiedras peleaban por encontrar la luz vivificante. De pronto, en un pequeño claro presidido por un tronco caído se apreciaba un montículo de tierra y hojarasca.

—¡Déjame sola! Déjame sola unos momentos. Por favor, te lo ruego.

El chico dudó unos segundos. Construyó cuatro palabras nerviosas, agitando sus brazos en un aspavento grotesco. Pero Marie se apoderó definitivamente de la situación.

—Sabes que me lo debes. ¡Déjame sola! —La voz sonó tan potente y con tanta convicción que no dio lugar a más objeciones.

El joven pareció entender que aquello era inevitable y retrocedió unos pasos perdiéndose entre el espeso follaje. Pasaron unos diez minutos. Marie abandonó el claro y lo encontró sentado en una piedra, afilando un trozo de madera con su navaja.

—Ya podemos volver —estaba sudorosa, temblaba como una hoja al viento.

Desanduvieron la senda en completo silencio y regresaron a la casa sin que nadie se diera cuenta. El chico hizo ademán de dirigirse a sus labores en la poza cuando la muchacha le asió del brazo con fuerza, le miró fijamente a los ojos, con una frialdad agresiva y le dijo.

—¡Tienes que ayudarme! ¡Tengo que salir de aquí! ¡Tienes que ayudarme!

El joven apartó la mano rápidamente y se alejó corriendo, invadido por el miedo inevitable de quien está condenado a hacer algo en contra de su propia voluntad. Minutos más tarde apareció con las llaves del todo terreno que, hasta que se agotó el combustible, le permitió a Marie alejarse lo más posible de su encierro para acabar en mi playa, para acabar en mi vida.

## CAPÍTULO CUARTO

### El artista

Al día siguiente nos fuimos al centro. Quería ver a Richard y a media mañana sabía donde encontrarle: en las inmediaciones de la catedral. Nôtre-Dame presidía una extensa plaza rectangular salpicada de parterres llenos de setos bajos alrededor de los cuales pululaban los turistas. Nos sentamos en un banco, observando la imponente fachada.

—Es hermosa. Descomunadamente hermosa —comenté desde mi mentalidad de arquitecto—. ¿Sabes que hubo un tiempo en que quisieron derruirla? —Marie me escuchaba con atención, sintiendo que mi inminente felicidad la salpicaba.

La iglesia —le contaba— había tardado casi doscientos años en ser construida, hacia mediados del siglo XIV y se convirtió durante cientos de años en el símbolo de París y de Francia; modificando su aspecto según las vicisitudes de las épocas que le tocó vivir.

—La más dura de todas fue cuando, después de la Revolución Francesa, los revolucionarios más extremistas quisieron demolerla. Logró salvarse gracias a un grupo de intelectuales, encabezados por Víctor Hugo, que la escogió como escenario para su famosa historia del Jorobado. Luego, el loco Robespierre la convirtió en el templo de la Diosa Razón.

—¡Qué cosas! —Exclamaba, ensimismada en mis ojos.

—Con el fracaso de la revolución recuperó su finalidad religiosa y vivió momentos de gloria, siendo el marco de la coronación de Napoleón. Fue restaurada, sufrió incendios y volvió a resurgir. Es como el resumen de la historia de todo un pueblo. Cada una de sus piedras cuenta una miseria y una gloria. Caen y vuelven a levantarse, como todos hacemos aunque parezca imposible. Igual que nosotros.

—Igual que nosotros.

Nuestras miradas fueron recorriendo la fachada principal hasta las torres inacabadas para ir a posarse en los seres grotescos, que nos observaban desde las alturas, monstruosas gárgolas que moran en el subconsciente de todos.

Llamé la atención de Marie hacia uno de los laterales de la catedral. Un hombre de unos cincuenta años avanzaba hacia nosotros con un caminar perezoso, cimbreado a cada paso su desgarbado cuerpo, demasiado alto, demasiado delgado. Destacaba de entre el mar de turistas que en ese momento salían por el Portal de Santa Ana. Largos cabellos grises sobresalían de una gorra calada. Unos ojos ligeramente hundidos, una nariz generosa, aquilina y una boca pequeña de labios carnosos conformaban aquel rostro exageradamente alargado por una barba también gris, áspera, pero extremadamente cuidada. Vestía una camisa de lino blanco que contrastaba con el gris del chaleco y unos vaqueros deliberadamente raídos en la rodilla. Nos mantuvimos quietos. Hice un comentario a mi compañera dándole a ver que esperaba que algo sucediera.

A unos pocos metros, sin haberse percatado de nuestra presencia, Richard giró hacia uno de los parterres en el que los setos llegan a la altura del pecho y, metiendo la mano en una pequeña mochila, sacó un trozo de pan. Lo desmenuzó y lo arrojó entre las hojas. A los pocos segundos el seto estaba lleno de gorrioncillos que, respondiendo a la llamada, comían ávidamente el pan. Richard extendía la mano y los pajaritos, sin el menor recelo, se posaban en ella. A su alrededor comenzaban a arremolinarse grupos de chiquillos curiosos e incrédulos ante el espectáculo. Algunos, acompañados de sus padres, sacaban también trozos de pan, pero al extender sus manos los pájaros se mostraban más cautelosos y continuaban acudiendo a la del bohemio personaje. Había quien ofrecía monedas a Richard para que este les diera pan y extendiera la mano del niño sujetándola con la suya por la muñeca; entonces los pajarillos venían a comer confiados. El rostro

de una niña de unos cuatro años rebosaba felicidad y nerviosismo. El espectáculo era verdaderamente curioso. Marie se levantó y se mezcló entre los niños para verlo de cerca. Richard se dio cuenta de inmediato. Era un hombre que sabía apreciar la belleza. Giró la cabeza sonriendo y depositó unas miguitas en su mano invitándola a extenderla. Así lo hizo, con el mismo éxito que los rapaces. Richard puso su palma por debajo de la mano de Marie y tres gorriones acudieron a comer. La podía sentir temblar y estremecerse, como a la pequeña rubita. La infancia le salía por el rostro bajo el sol de la mañana.

—¡Eres incorregible! —Susurré acercándome por la espalda.

Como recuperando una voz perdida en los años, Richard se dio la vuelta, soltando la mano de Marie. Los pardales revolotearon con fuerza. Abrió desmesuradamente aquellos ojos hundidos, al tiempo que gritaba mi nombre. Dio dos pasos titubeantes y me abrazó efusivamente, demostrándome que conservaba impoluta la gran amistad que nos había unido antaño. Balbuceó palabras de alegría, de reencuentro inesperado. Era como un adolescente recibiendo un regalo sorpresa. Luego miró a Marie, que permanecía a nuestro lado, entre sorprendida y emocionada. Un par de miradas sirvieron para que él notara algo especial entre nosotros. Regresamos al banco y comenzamos a hablar atropelladamente; a resumir un año entero de nuestras vidas en unos pocos instantes. Por su parte, los pajaritos, haciendo caso omiso a los requerimientos de los turistas, comenzaron a marcharse. Pasados unos minutos ya no quedaba ninguno y el grupo de gente se comenzó a dispersar.

Se acercaba la hora de comer. Rodeamos la Catedral por uno de los ajardinados laterales. La fuerza del sol del medio día ensalzaba el color de la piedra, llenando de claroscuros los contrafuertes de la nave lateral, sobre los que se sustentaban los esbeltos arbotantes que sujetan el cuerpo central del templo, entre ellos, los esbeltos ventanales de la galería. El magnífico rosetón del crucero, con su descomunal tamaño, parecía captar por sus vidrieras toda la luz del mundo y la estilizada aguja que corona la bóveda del templo parece señalar que Dios es la mano que lo creó. Poco a poco la fuimos dejando atrás; a pesar de que su imagen nos perseguía por la acera plagada de bouquinistes: vendedores de estampas, láminas, libros antiguos; típico cuadro del espíritu bohemio que reina por todas partes. Cruzamos el Pont de Saint Louis, que une la Île de la Cité con la más pequeña Île de San Louis. Allí me giré como había hecho otras veces, en esta ocasión para mostrar a Marie el cuidado equilibrio del ábside. Generalmente, en otras construcciones, este es tosco y carente de armonía, pero aquí parece concentrar toda la fuerza y el ritmo de la iglesia. La piedra parece flotar en el aire, dando al conjunto un aspecto de ligereza difícil de entender si se contempla desde una mentalidad arquitectónica.

—Ya sé que damos un rodeo, pero tenéis que disculpar que necesitase recordar esta vista. Durante el año que he estado ausente la he imaginado muchas veces pero había perdido su frescura.

Marie sonrió. Richard se limitó a llevarse la mano al estómago y a apurar el paso, torciendo a la derecha para cruzar a la Rive Gauche por el Pont de la Tournelle. Desandamos lo andado, por el Quai de Montebello, La mañana era fresca y luminosa. La brisa de la Seine acariciaba dulcemente nuestros rostros jugueteando con los cabellos de Marie, que se movían como queriendo imitar a las alineaciones de árboles cuidadosamente podados en aquel escenario propio de la más hermosa postal. Abandonamos, a mi pesar, la orilla del río y nos adentramos en las estrechas calles del Quartier Latin. Una multitud atropellada de turistas bullía por todas partes mezclando sus ruidosas voces con los gritos de los camareros que reclamaban la atención de los clientes hacia sus negocios. Cada puerta era un restaurante, un garito o un simple puesto de comida: turcos, griegos, chinos, italianos. Multitud de olores de asados, parrilladas, pescados

fritos y especias congestionaban la atmósfera, como franjas invisibles empalagando la calle. Llegamos a su fin y entramos en un restaurante italiano que sobresalía del resto de los locales por su limpieza. Y allí, en una pequeña terraza cubierta, dimos cuenta de una deliciosa comida contemplando a lo lejos las torres de la catedral y conversando sobre nuestras correrías de otro tiempo, tal vez por aquellos mismos lugares.

Un par de horas después tomamos el metro en el Boulevard de Saint Michel y nos dirigimos a Montmartre. Durante el recorrido pasé mi tiempo observando a Richard, que charlaba animadamente con Marie. Aquel hombre espigado en exceso, envejecido por la hirsuta barba teñida de gris y blanco, parecía un hippie anacrónico desplazado de su época. Mientras me sumía el leve letargo que produce el traqueteo del tren, él respondía a las preguntas de la muchacha con complacencia. Le contaba cómo había llegado a París hacía más de treinta años, arrastrado por la energía del Mayo Francés, que colmó sus reivindicaciones políticas y sociales de joven guerrero, indisciplinado y rebelde; pero a la vez le produjo la resignación de la derrota callada que el progreso trae sobre los bohemios. Bajamos del metro y ascendimos parsimoniosamente la colina por una calle rectilínea y estrecha plagada de tiendas de souvenirs. Luego el terreno se inclinó y comenzaron las escaleras que conducen al Templo del Sacre Coeur. El pasaje bajo los árboles evoca las escenas parisinas tantas veces pintadas por los grandes genios. Parecía que, en cualquier momento, se podría cruzar uno con Van Gogh hablando solo mientras subía hacia el barrio de los pintores con sus enseres bajo el brazo; o a Picasso con sus nuevas visiones de las formas y del espacio; o al mismísimo Dalí, que en la delicada línea que separa a los cuerdos de los locos, se hizo proclamar Emperador de aquellos lares.

Superados los árboles, Richard señalaba los lugares de sus correrías de joven por los alrededores, persiguiendo jovencitas de pudor dudoso que solían pulular por allí en busca de incautos. Entre sonrisas y bromas apareció ante nosotros, radiante de luz, la cumbre de la colina, coronada por el templo cuyas cúpulas bizantinas se recortaban sobre un cielo perfectamente azul. La iglesia contemplaba todo París desde las alturas y nos hacía sentir hormiguitas subiendo las incontables pero relajadas escalinatas; primero rectas y luego caracoleantes, que hacen resoplar al turista que sube sin ritmo, ansioso de tocar las piedras del templo para convencerse de que es real y no se trata de un dibujo de nieve, cada día más blanco, cada día más duro, cada día más radiante de belleza.

El templo, mezcla extraña y aparentemente imposible de estilos románico y bizantino, fue construido por suscripción popular en 1867. Las cuatro cúpulas menores, sobre tambores hexagonales con añoranzas de Oriente, rinden pleitesía a la mayor, soportada por un alto tambor cilíndrico en el que se abren amplios y numerosos ventanales. En su interior hay un campanario cuadrado en el que se aloja la Savoyarde, una de las campanas más grandes del mundo, con nueve toneladas de peso. Los dos personajes más queridos de los franceses: Juana de Arco y el rey Louis el Santo adornan el pórtico de tres arcadas desde sus estatuas ecuestres.

Nos sentamos en el césped de los inclinados jardines, rodeados de estudiantes que reían en grupos más o menos reducidos, algunas parejas se demostraban su amor sin ningún complejo, mientras las hordas de extranjeros se disponían, sudorosas por el esfuerzo del ascenso, a invadir las intimidades del templo. Nos unimos a las risas escuchando las peripecias pasadas de Richard, que estrellaba sus sueños de pintor fallido con la socarronería con la que se blindan los fracasados para poder seguir viviendo.

—Recuerdo que llegué con mis veinte años, por primera vez a la Place du Théâtre, que está ahí detrás; dispuesto a pintar un par de cuadros, a codearme con algunos de los grandes artistas que por allí paraban y a ponerme el mundo por montera; pero en su lugar me descubrí pintando

cuadros mediocres, como los del de al lado, el otro y el otro, para terminarlos haciendo a granel para los mirones o para cualquier tienda de mala muerte. Y mi humillación llegó a su plenitud más absoluta cuando, en los ochenta me descubrí pintando caricaturas de cualquiera que quisiese un recuerdo rápido por treinta francos. Si no fuera por Magie, me hubiera muerto de hambre.

—¿Quién es Magie? —Preguntó Marie intrigada.

—Pronto la conocerás —contestó mientras me dirigía una mirada pícaro a la que yo respondí sin la menor dificultad.

Parsimoniosamente, dejamos la iglesia a nuestra izquierda y llegamos a la plaza que el pintor acababa de citar. La media tarde hacía que el lugar entrase inesperadamente en ebullición. En aquella pequeña plaza cuadrada había pintores por todas partes y de todas las edades, con sus caballetes desplegados en los lugares más inverosímiles. En muchos ellos se leía la misma expresión de desencanto y melancolía que en los ojos de Richard, de manera que cada trazo en aquellos lienzos diríase el retrato de su fracaso. Había caricaturistas, paisajistas al óleo, acuarelistas, algún que otro vanguardista pasado de moda, que convivían entre árboles y parasoles bajo los cuales se abigarraban las sillas de las terrazas abarrotadas de charlas y griterío, mientras los camareros se afanaban en cubrir todas sus peticiones. Sobre las fachadas de los laterales se aprovechaba hasta el último metro cuadrado con taperías, bistros, tiendas de artesanía, de antigüedades, de recuerdos y un sin fin de locales coloristas. Y allí, en el centro de la plaza, difuminado en la niebla sonora que produce el bullicio subía el hilo de humo de la pipa del inspector Lamark, al que había citado con una llamada de teléfono desde el restaurante. Nos hizo una señal para que confirmáramos su presencia y nos invitó a sentarnos con una sonrisa suave que resaltaba aun más su gruesa nariz.

—Tengo novedades sobre el asunto que me contasteis. De inmediato me puse en contacto con mis colegas en Cayena y puedo decirles que los tres hermanos han sido localizados y detenidos en el mismo lugar de tu secuestro, pero al padre no hemos conseguido prenderlo. Le perdimos la pista, pero caerá tarde o temprano.

Marie cambió la sonrisa franca que habían propiciado las primeras palabras, por un gesto de preocupación que pude percibir de inmediato.

—Serán acusados de asesinato. Hemos encontrado también el cadáver de su marido y el del piloto. En estos momentos les estarán practicando la autopsia —hizo una pausa tensa y añadió—. Había en todo aquello algo extraño.

Los tres parecimos concentrarnos en su persona suplicando con el gesto que nos ahorrara la intriga, pero el inspector, experto en esas lides, parecía gozar dilatando deliberadamente nuestra espera. Dio un breve trago a su cerveza, aspiró una profunda bocanada de aquel tabaco rubio intensamente aromático y continuó:

—Parece que la tierra de la tumba donde estaba su marido había sido removida anteriormente, en apariencia para nada.

Marie se mostró azorada; aquella noticia turbaría a cualquiera. Tuvo que sentir mi mirada inquisitiva; tuvo que sentirla, pero se limitó a ignorarme. Su reacción de mujer ofendida crispó el ambiente distendido en el que nos encontrábamos. Ello obligó al inspector a buscar una explicación razonable señalando la posibilidad de que algún animal salvaje hubiera intentado desenterrar el cadáver. Yo, por mi parte, intenté desviar la conversación hacia derroteros menos comprometidos. Lamark fue perfectamente consciente de ello, pero se dejó llevar, mientras que Richard, presa de su romanticismo infantil, había tomado el caso como quien ve una mala película de intriga.

El camarero irrumpió groseramente entre nosotros para depositar en la mesa el contenido de su

bandeja y después nos perdimos en los detalles de la detención. Las confesiones contradictorias de los detenidos y otros aspectos de la investigación relajaron a Marie y la devolvieron a su estado jovial del principio, pero yo sabía que aquello no era más que una cortina de humo demasiado evidente. Y ella era perfectamente consciente de que tenía cuentas que rendirme. Al rato nos separamos. El inspector se fue a atender sus asuntos en la Prefecture, Richard a prepararse para sus negocios nocturnos y nosotros regresamos a mi apartamento.

Salimos del metro en el Boulevard des Capulines. En una terraza repusimos fuerzas y luego decidimos dar un paseo. La ocasión era propicia. La cogí de la mano y me aceptó con una inmensa sonrisa. Me sentí tan satisfecho; tan lleno de vida por unos instantes que parecía un chiquillo que descubre por primera vez el amor bajo las luces del viejo París. Pareciera que la maraña que formaban nuestras vidas se hubiera disipado: la muerte de su marido, el suplicio de su secuestro, la huida; todo parecía ya lejano, difuso. Pero yo ya no era un adolescente enamorado y la pesada desazón que me dejaba el saber que el pasado siempre vuelve, me producía leves punzadas que regresaban a veces para recordarme que aquel sueño juvenil que estaba viviendo podía ser una ilusión que se disolvería para ir a ocupar su sitio entre los recuerdos del pasado, los mismos de los que quería apartarme, los mismos de los que quería apartarla.

De nuevo recibía la mirada de Marie, con la promesa del deseo dibujada en sus labios y sentía el alivio del amor, del gozo del que se entrega sin preguntar, sin pedir, sin necesitar más que el hecho de darse por nada. Definitivamente, lo reconozco, me había enamorado por completo sin valorar ni el riesgo ni el beneficio.

Entramos en el portal y allí estaba mi madre. Oronda de cara en consonancia con su pequeño y rechoncho cuerpo. Corrió hacia mí como lo hace una niña pequeña cuando encuentra una muñeca perdida. Gruñó. Farfulló palabras sin demasiado sentido, pero cargadas del cariño inmenso de la madre cómplice, y me abrazó apretándome con una vigorosidad impropia del sexo femenino. Luego reparó en mi acompañante e inmediatamente, su ademán de sorpresa y desengaño, demostró que la estaba acusando de robo, del robo de mi cariño. Marie era, a todas luces, la causante de que la hubiera descuidado; de que ni siquiera la hubiera avisado de mi regreso. Me disculpé como pude. Hice las presentaciones de rigor y los tres subimos al piso para ponerla al corriente de nuestro viaje sin entrar en los detalles escabrosos. Cuando se fue, dos horas después, tuve el convencimiento de que había aceptado por completo a Marie.

—Hablaré con tu padre, pásate mañana por su despacho del centro. Ahora que has vuelto tienes que trabajar —sus palabras fueron tan nítidas que parecía darlo todo por hecho.

Se volvió en el rellano para dedicarnos una última mirada pícaro que reflejaba un halo de envidia de tiempos vividos que ya quedaban muy atrás y luego su sombra se perdió escaleras abajo, dejando tras de sí el murmullo de una vieja canción italiana que solía canturrear continuamente.

Marie apenas esperó a que cerrase la puerta. Me abrazó por la espalda besándome dulcemente en el cuello. Sentí un temblor que me recorrió todo el cuerpo. Me di la vuelta para corroborar en su rostro que había llegado el momento. Mis ojos, contra mi voluntad, no pudieron evitar posarse en los dos diminutos pezones que se erizaban sobresaliendo del suave tejido de su blusa blanca. Ella se dio cuenta y me miró fijamente. Estaba de pie frente a mí. Me sentí tan azorado como un jovencuelo en su primera cita. Su mirada maduró desde la sorpresa a la ternura y se dejó caer en mis brazos. En volandas, la llevé a la que fuera la habitación de mi niña. Las muñecas de las estanterías me miraron como viejas comadres, envidiosas por la promesa de un placer que a ellas se les negaba. La recosté sobre aquella cama estrecha y blanda y comencé a acariciarla. Aquel hermoso cuerpo que yo había conocido en la playa, que había dibujado en mi mente más de una

vez, que había inventado en sus partes más secretas, estaba ahora frente a mí, entregado y complaciente. Yo estaba inmóvil, sorprendido, asombrado. Ella me tomó de la mano y me acercó, en silencio, y entonces sentí su abrazo y yo disfruté en el mío asiendo su cintura con una lentitud infinita que me alargase el momento. Su vientre era nieve como los pétalos de una flor blanca. Sus piernas se hacían infinitas entre mis manos, aprendices osadas, leyendo en sus muslos prietos el camino hacia nuevos rincones bajo su falda. Comencé a sentir un vértigo inconsciente que me empujaba a alcanzar prematuramente la promesa que me aguardaba.

— Despacio, cariño, despacio —me susurró al oído mientras retiraba mi mano del interior de sus muslos frenando mi audacia.

Ella se sintió obligada a corresponder todo aquel arco iris de caricias que estaba recibiendo y dejó de recibir para comenzar a darse. Mis ropas fueron cayendo halagadas por sus manos. Bajó por mi cuerpo con sus dedos, dibujando canciones que fueron cosquillas en mi espalda. Y luego vino su boca para socorrerlos.

La luz de las farolas recién encendidas se filtraba por las ranuras de la persiana semiabierta y vestía su cuerpo de copos de sombra que aumentaban, si cabe, su hermosura, y la claridad jugaba con su piel recorriéndola, haciéndome de cómplice; enseñándome caminos que hacía mucho tiempo que no recorría. Iluminaba su rostro dulce y pícaro a la vez, que comenzaba a entregarse al placer. Bajaba en pompas blancas por su cuello fino y moreno, contorneaba sus hombros, moteaba su vientre liso y apetecible, ensalzaba más la perfecta redondez de sus caderas. Y tuvo que maldecirme el sol, cuando lo obligué a marcharse; cuando me opuse a que siguiera mirando y ahora era mi piel la que lo recibía sobre la espalda.

Se sentó sobre mí. Compartimos miradas que caían en la profundidad del otro. Ella comenzó a moverse acompasadamente y sin prisa y, en cada envite, yo sentía como las templadas aguas de mi playa se rompían en espuma cuando me tumbaba en la orilla a recibirlas. Cerré los ojos y olí todos los perfumes del paraíso en una mujer. En mi oscuridad el placer se hizo más denso, tanto que tuve que abrirlos de nuevo para creerlo. Ella reinaba en mi cuerpo; sin altivez ni distancias. Y así nos poseímos el uno al otro. Pero allí, en aquel instante, descubrimos algo más que el puro placer: nos fue entregado el amor.

Yacimos en el lecho sin decir más palabras que las que permiten las miradas de dos cómplices. Un precioso vals de Strauss sonaba en la radio. La música vestía de elegancia uno de los instantes más felices de mi vida. Tanto que nunca he podido olvidarla. Incluso recuerdo que meses más tarde busqué su título en unos grandes almacenes parisinos: “Voces de Primavera” y todavía hoy la escucho con frecuencia y mi mente viaja por las nubes como lo hizo aquella mañana.

-----  
Mi espíritu se ensortija con el humo del cigarrillo y se eleva haciendo amplios círculos, convirtiendo el puente que propicia mis recuerdos en un tiovivo que gira lentamente, acompasado, solemne y me regresa a un pasado reciente, bohemio y aventurero; contradictorio.

-----  
Los días siguientes los dedicamos a rehacer nuestras vidas. Marie tomó posesión de su casa, empezó a decorarla a su gusto, entraba y salía de las famosas tiendas de los alrededores, paseaba los inalcanzables escaparates de la rue de la Paix y de la Place Vendôme, Y luego, convencida de lo imposible de su intento de adquirir nada en las lujosas tiendas, bajaba a los soportales de la Rue Rivoli, con los hermosos jardines de las Tuilleries a un lado, anunciando el Louvre, esa mole infinita de piedra y arte y allí se resarcía largamente.

Mientras tanto, yo recuperaba mi antiguo despacho, rehacía relaciones laborales con la familia y comenzaba a trabajar en pequeños proyectos que me asignaba mi padre: el diseño de un edificio



de viviendas para una ciudad dormitorio, un chalet para una finquita de las afueras, el garaje de unos grandes almacenes. Así transcurrían las horas, sucesivas e interminables, pero a la vez dulces y seguras. La monotonía y el rigor que exige este trabajo contrastaban bruscamente con la vida desordenada y elemental que había llevado en los últimos tiempos. Pero la recuperación de los viejos hábitos no conseguía desposeerme de mi nuevo espíritu; me encontraba feliz, seguro de mí mismo. Era el pago de la madurez que parecía llamar forzosamente a mi puerta. Yo lo percibía y abriría sin dudar.

Y nuestras noches. Nuestras noches eran como el mar. Eran como el agua que acaricia las arenas dulcemente, sin prisa y sin pausa y es capaz, sin embargo, de romperse apasionadamente contra el acantilado, con desenfreno, con precipitación, sin ritmo aparente; en exuberantes rizos de espuma. La tersura de su piel se convirtió en el emblema de mis sentidos. Su gozo era mi gozo y en ello encontraba mayor satisfacción, más profunda que la propia carnalidad compartida con un ser tan bello, porque era mi propia belleza la que me iluminaba, la que surge de la entrega más completa, del entendimiento perfecto; de ese darse infinito que se llama amor, que no es egoísta, ni interesado, ni se esfuerza en acaparar, sino en dar sin medida; y en ese darse es ola suave que llega a la playa y es también agua encrespada que se rompe en la piedra.

En la mañana del décimo día de nuestro regreso nos reunimos de nuevo con el inspector, que nos convocó en un pequeño café en el Quartier de Châtelet, frente a la torre de Saint Jacques; una espectacular torre gótica, resto de una antigua iglesia que hace medio milenio era una de las más importantes de la ciudad y que marcaba el lugar de salida de las peregrinaciones a Santiago de Compostela. Desde la cristalera del café la veíamos recortarse en el cielo, alzándose majestuosa entre los árboles del jardín que la enmarca. Desde allí se veía también la Place l'Hotel de Ville, el ayuntamiento de París, un soberbio edificio de estilo renacentista.

—¿Ves esa plaza? —comenté para presumir de mis dotes en Historia de la Arquitectura—. Antes se llamaba Place de la Grève, y era un lugar donde se reunían, a finales de la Edad Media, los obreros sin trabajo. También era el lugar de los castigos públicos y de las ejecuciones, delante de la Maison des Piliers, que fue reemplazada por l'Hotel de Ville.

Marie me miraba fascinada, lo cual daba alas a mi exposición.

—¿Recuerdas a Cuasimodo? Sí, el jorobado de Víctor Hugo fue azotado en esta plaza acusado de intentar secuestrar a la gitana Esmeralda, poseído por su belleza.

Mil veces me azotaran a mí, pensaba para mis adentros; que estoy prendado de la tuya y dispuesto a dejarme condenar, a dejarme abatir por las preguntas que comienzan a aflorar en mi mente y de las que no puedo esconderme por más tiempo. Mi mirada se perdía hacia el lugar donde estaba la pequeña celda, al lado de la torre en la que expiaban su dolor voluntariamente las mujeres que habían sufrido una gran pena. Y tras unos instantes de incertidumbre, recuperaba la palabra.

—Allí estaba la ventana con barrotes donde encerraban su tormento las mujeres desdichadas, y por allí les arrojaban comida las gentes piadosas para que no muriesen de hambre. Allí observaba una pobre mujer el suplicio del jorobado mientras odiaba a todos los gitanos, representados en la hermosa cingara que le daba de beber. De ellos era la culpa de su inmenso dolor. Ellos se llevaron a su hijita, y la sumieron a ella en aquel estado de muerte en vida. Desde allí gritaba maldiciéndolos con todas sus fuerzas como una loca histérica.

Su semblante escenificaba la historia que yo iba desgranando. Pasaba de la dulzura al miedo, y de la misericordia a la resignación. Y yo gozaba con todo aquello, porque la veía entregada a mis palabras, como viviendo la tragedia. Pero todo terminó bruscamente, cuando irrumpió Mr. Lamark, moviéndose rápidamente hacia nosotros y comenzando a hablar sin esperar nuestro

saludo.

—El caso se ha complicado de una forma inesperada— dijo el veterano policía—. Hemos recibido un informe de la inspección del avión accidentado. Parece que no se trató de un simple fallo del motor, sino más bien un sabotaje. El aparato sufrió una explosión en su ala derecha, lo cual inutilizó el motor, desestabilizando la aeronave y provocando su caída.

Marie estaba tan extrañada como yo. En su desconcierto no acertaba a articular palabra, así que fui yo el que preguntó por los detalles de tan escabroso asunto.

—Todo parece indicar que tu difunto marido estaba metido en asuntos turbios relacionados con el tráfico de piedras preciosas. Es pronto para decirlo, pero parece un ajuste de cuentas de alguno de sus contactos en Belem, la última ciudad brasileña en la que estuvisteis antes del accidente. ¿Sabes que tu marido llevaba un arma?

El asombro de la mujer crecía por momentos. Solo alcanzó a negar con la cabeza.

—Se encontró en el avión, en una de las maletas. Además había sido disparada. Balística está estudiando la posibilidad de que sea la misma que sirvió para matar a uno de los cabecillas de la mafia brasileña del tráfico de gemas. Es muy posible que tu marido lo matara. ¿En algún momento estuvo solo durante vuestra estancia en aquella ciudad?

—Recuerdo que me dejó en el hotel durante unas horas. Iba a cerrar un gran negocio, dijo. Cuando regresó se comportó de un modo extraño. Estaba nervioso, insistió en abandonar precipitadamente el hotel. Entonces nos dirigimos al aeropuerto y alquilamos la avioneta.

Todo parecía encajar. Incluso a mí me resultaba fácil deducir que los sicarios del cabecilla muerto le habrían seguido, esperando el momento oportuno para vengarse cumplidamente; y ese momento lo encontraron en aquel aeropuerto.

—Esto genera nuevas preguntas: ¿Qué llevó a tu marido a cometer el crimen? ¿Qué relación había entre ellos? ¿Qué ganó con la muerte del traficante? Levará su tiempo, pero terminaremos por averiguarlo.

Marie no pareció ofrecer nuevas luces a estas y otras preguntas del inspector, por lo que este optó por desviar la conversación hacia asuntos más banales; sin embargo, yo podía sentir que tras sus ojos hundidos nos estudiaba meticulosamente, con el rigor del sabueso que ha descubierto la pista del preso huido. A su entender estábamos lejos de ser inocentes. Escrutaba nuestros movimientos, nuestras palabras, nuestros cruces de miradas, para ver si descubría un rastro de complicidad que confirmara sus sospechas. He de reconocer que los acontecimientos me sobrepasaban y me encontraba desconcertado por la multitud de situaciones que me bombardeaban desde todos los frentes. Había regresado a mi vieja vida, a mi estudio de arquitectura, al calor perdido de mi familia y de mi ciudad. Pero el pasado reciente del ser que me había devuelto el amor enturbiaba mis sentidos y me estaba obligando a una racionalidad a la que me estaba negando inconscientemente; ofuscado como un chiquillo que descubre la pasión por primera vez.

Acompañamos al inspector durante un trecho, hasta la Place du Châtelet. Una estatua dorada de la Victoria domina la fuente sobre una gran columna cilíndrica anillada. En la base, cuatro esfinges vierten chorros de agua al estanque. Nos acercamos al borde mientras Lamark se perdía entre la gente buscando la entrada del metro. Allí contemple el reflejo de Marie en el agua: turbio, deformado, ausente de la candidez que le era innata. Pero al levantar la vista la encontré sonriendo, con su cara de juvenil ternura recuperé la calma y retorne a sus brazos dejando que me meciese entre el bullicio de la gente y el torbellino de actividad que nos rodeaba. Me sentí dichoso. Tan dichoso que en su boca se disipó toda mi amargura. Qué me importaba el mundo en aquellos momentos. Toda mi vida daría para sentir de nuevo; por unos segundos, aquel soplo de juventud que arrasaba mi maltrecha existencia. Y Así, cogidos de la mano, paseamos nuestro amor

a las orillas de la Seine sin otra prisa que la de darnos el uno al otro lo antes posible.

Cuando llegamos al apartamento, a media tarde, nos encontramos con que la puerta había sido forzada. Estaba todo revuelto, los cajones fuera de su sitio, papeles y objetos de todas clases sembraban el suelo del salón. También la habitación había sido registrada concienzudamente. Hasta el colchón de la cama había sido rasgado en busca de algo que no había. Caí pesadamente en el sofá, tremendamente afectado, mientras ella se echaba las manos a la cabeza impotente ante tamaño desastre. Era evidente que alguien había estado buscando frenéticamente algo, tal vez a nosotros mismos, y había desahogado su frustración con los muebles, la ropa y los objetos de la casa. Marie hizo ademán de poner un poco de orden en todo aquello, pero terminó sentándose a mi lado, llorando amargamente.

— Es culpa mía. Estoy segura de que es culpa mía. No debí enredarte en mi vida.

Mascullé algunas palabras sin sentido para atenuar su sufrimiento, pero solo conseguí que su llanto se hiciera más lastimero.

—Aquí no estamos seguros —acerté a decir por fin.

Algo pasaba que no podría controlar. Algo se me escapaba de las manos. No alcanzaba a entrelazar los acontecimientos. Aquella irrupción en mi casa me era inexplicable. Además, en aquel momento no podía pensar con claridad. Una única necesidad me atenazaba y dominaba mis acciones. Tenía que protegerla a toda costa. No podía consentir que sufriera daño.

—¡Vámonos! Llamaré a Richard. Él nos ayudará.

## CAPÍTULO QUINTO

### Laberintos de agua

Llegamos cerca de Pigalle, ya en la puesta de sol. Richard nos esperaba junto al edificio de la Comédie. Tras ponerlo al corriente de los acontecimientos, se hizo cargo de la situación con ademán de haber salido airoso de peores lances y nos procuró cobijo para aquella noche.

—¿No queríais conocer a Magie? —Farfulló sonriendo—. Pues ha llegado el momento.

Enfiló por una de las callejas que conducen al submundo del París sórdido, grotesco e impuro; de la ciudad que se desmide en placeres prohibidos y secretos y que sirve de respuesta para el ser lascivo y primario que todos llevamos dentro. Las putas comenzaban su reinado nocturno, ocupando unos puestos ganados a golpe de cintura. Los chulos emprendían la ronda, agujijoneando a sus hembras hacia un celo perpetuo que les llenase a ellos el bolsillo. Los clientes merodeaban en busca de satisfacción rápida y barata, sin ocultar sus rostros, declarando su condición al acercarse descaradamente a las chicas para preguntar el precio, caminando o desde el coche. Los puteros más avezados escudriñaban para elegir a la más complaciente, a la más provocadora, a la más joven o a la que prometiera mayor placer entre sus piernas.

Nosotros seguíamos la estela del pintor, que se manejaba en aquel ambiente con una precisión exasperante, saludando con seguridad, ora a una golfa, ora a un pequeño traficante que salía de trapichear en un portal, ora a un gordo tatuado de aspecto repugnante que reía estrepitosamente sentado en una mugrienta moto que hacía las veces de trono para el rey de la miseria.

Después de transitar por un par de calles entramos en otra menos iluminada, más discreta y sin apenas actividad, en la que los negocios parecían hacerse en el interior de las casas. Nos paramos ante un edificio de dos plantas coronado por un pequeño ático. La piedra gris de la fachada, ennegrecida por el paso de los años, contrastaba con el brillo de las rejas doradas de la pomposa puerta de entrada. Richard llamó tres veces, y al cabo de un minuto la puerta se entreabrió y asomó la cabeza de una mujer de unos cincuenta años, de rostro orondo. Sus cabellos caracoleaban por la frente y los hombros formando grandes bucles trigueños.

—Esta es Magie, mi Magie —comentó Richard mientras la asía por la cintura y la levantaba levemente, no sin cierta dificultad, mientras entraba en el portal.

La mujer se resistía entre risotadas, pero él la aferraba con más fuerza, zarandeando su más que notable corpulencia de un lado a otro. Cuando paró, Magie le dio un beso que acabó siendo lascivo. Comenzamos a subir las escaleras hasta la primera planta. Una gran puerta daba acceso a un salón del que salían unas risas juguetonas. La luz era indirecta. El rojo y el púrpura dominaban la estancia, en la que destacaban tres enormes sofás de terciopelo y una pequeña barra de bar.

—¡Estas son mis chicas! —Clamaba excitado el pintor mientras se perdía en sus carantoñas, intentando robar caricias de sus lugares prohibidos.

En efecto, allí estaban cinco chiquillas demasiado jóvenes para servir de carnaza a los viejos grotescos que circulaban por aquellas calles. Correteaban alrededor del artista, ofreciéndose complacientes a su juego. Confieso que aquello me excitó sobremanera y Marie se dio cuenta al momento.

Con un ¡basta ya!, la madame puso fin al alboroto y entonces salimos del salón y continuamos subiendo a la segunda planta: la vivienda de Magie. Entramos en una pequeña cocina y, mientras saciábamos en hambre con unos bocados fríos y un café, Magie comenzó a contarnos retazos de su vida

Corría el Mayo Francés, en el sesenta y ocho, cuando una veinteañera, estudiante de Filosofía en la Sorbone, conoció a un joven artista llegado de provincias, como ella, dispuesto a

comerse París y a colgar sus cuadros en sus afamados museos. Richard y Magie se encontraron por primera vez en una de las muchas manifestaciones juveniles que clamaban la libertad ideal de la juventud. Se entregó a él desde el primer día y pronto la absorbió la locura de las noches de arrabal, de las fiestas de los bohemios, que la llevaron a ver el dinero fácil de las prostitutas de lujo que se alquilan por horas a cualquier anciano adinerado. Así fue como la niña idealista de la Provenza se transformó en una más de las reinas de la noche. Sin embargo, ella fue más lista que la mayoría. Supo guardar en los tiempos de hartura y cuando sus carnes ya no eran tan prietas ni sus labios tan excitantes, se retiró de los mercados carnales, compró la casa de dos plantas con ático y en ella abrió un burdel que le permitía vivir holgadamente.

Y nuestro artista, después de tragarse sus ansias de gloria con vinos amargos de tascas y bistrots, había arrastrado sus huesos al ático prestado de aquel edificio, para vivir de prestado de los amores pasados, ya perdidos entre la melancolía y la lástima; y para trajinarse, de vez en cuando, a alguna de las chiquillas de la primera planta, si es que el día le era propicio. Pero aquella tarde era Magie la que estaba receptiva, así que, tras un pequeño silencio, que daba por concluida la historia, ambos desaparecieron por el pasillo, entre risitas y arrumacos, dejándonos en la cocina. Tomé la llave del ático, que Richard había depositado en la mesa y volvimos a la escalera.

Al abrir la puerta del ático apareció un saloncito en perfecto orden. Un sofá blanco de tres plazas, quizás retirado de la sala de los clientes, destacaba entre el escaso mobiliario. Por las dos ventanas que daban a la calle entraba la luminosidad difusa del crepúsculo, que moría, quebrada por las persianas entreabiertas, en las estanterías de la pared opuesta. Había muchos libros, meticulosamente ordenados por tamaños. Eso y la limpieza general daban a entender que alguien se ocupaba de adecentar el estudio con regularidad. Tal vez alguna de las putillas de abajo. Una araña de bronce de seis brazos encendió sus bombillas en forma de vela para terminar de descubrir los rincones menos visibles. Al lado de una de las ventanas se dejó ver un lienzo a medio acabar. Cerca, una mesita de mármol, se desperdigaban pinturas y pinceles. La paleta reseca declaraba que hacía tiempo que Richard no intentaba pintar. Aquel rincón no era sino el escenario de otra de sus derrotas.

Tres puertas se ofrecían a la sala. Por la primera, la más cercana, se accedía a una cocina. La siguiente cerraba un minúsculo aseo y la última guardaba la alcoba. Marie sabía de mi calentura, al ver a las chiquillas jugar con Richard, así que se fue directa a mi boca con sus labios húmedos entreabiertos ofreciéndome sus salados sabores. Aun así contuve mi ansia de apretarla con fuerza y la besé suavemente, sin querer desbocar en un desenfreno tan precipitado que no me la dejara gozar poco a poco. Pero ella fue fustigando mi instinto, acariciando en busca de mis declarados deseos. La tomé en brazos, como a una muñeca de porcelana que se cambia de sitio, y la llevé al dormitorio. La bombilla desnuda del techo mostró una gran cama de aspecto mullido. El horrible edredón de color escarlata explicaba para qué había sido utilizada. Y allí, sobre él, deposité a mi amada, dispuesto a darle y a recibirla una vez más como si fuera la última. Así fue. No era una ilusión. Atrapados en mi boca quedaron sus aromas a canela y a menta.

-----  
Tengo miedo ahora, mientras observo las aguas de la Seine pasar bajo mis pies, que mis recuerdos me engañen por ser tan perfectos, demasiado bellos para ser verdad y que todo aquello fuese la quimera de un loco, que por serlo, no discierne lo real de lo ideal; la verdad de los sueños que parecen verdad.

-----  
Me desperté muy temprano. Dejé sus brazos con suavidad. Luego me senté en la cama,

apoyado en los barrotes de metal y la observé durante largo tiempo. La placidez que me volvió su rostro me llenó de bienestar.

Llovía en París. El monótono caer de las gotas mecía mi recuerdo cercano de amor. Me acerqué a la ventana a mirar aquellos grises primeros del día que dan a la ciudad una luz melancólica digna del mejor escenario romántico. La lluvia cayendo fina, pertinaz, incesante, limpiaba la atmósfera densa de los días anteriores y un olor fresco e intenso a humedad comenzaba a inundar los rincones. Sentí frío y volví a la cama de hierros forjados. Puse la radio. Sonaba esta vez una vieja canción de Sinatra: “Something stupid”, lenta e intimista, suave y cadenciosa. Cerré los ojos y me dejé atrapar por su letra. Era el canto de un fracasado cualquiera de los que te miran a la calle cuando bajas las callejuelas del viejo arrabal. Un hombre que espera en la cola por el sueño de una mujer fría e inalcanzable. Cuando por fin le da una cita y la consigue, se siente tan dichoso que le dice que la ama:

—*And them I go spoiling all by saying somenting stupid like I love you...* —canturreé acompañando las últimas notas.

Y mientras cantaba, volví mi rostro hacia ella, la toqué levemente y comencé a sentirme tan frustrado como el hombre de la melodía. Su tez ya no era tan blanca ni tan tersa. Ya no era de fina seda su tacto. Su desnudez, no era más que belleza fría dispuesta a ser atrapada en el lienzo inacabado de Richard. Y de pronto, sentí un torrente de sombras pasar. Supe que había comido de la manzana prohibida de Adán. Un tropel de preguntas sin respuesta se aturullaban en mi mente. Las dudas, los temores, se agolpaban en la penumbra del techo de la alcoba girando, arremolinándose y riéndose de mi desdicha de inocente enamorado. Y con los ojos cerrados comencé a ver que mi paraíso soñado se acercaba más al del hombre de la canción que a ningún otro. Yo estaba de vuelta, pero no venía de ninguna parte. Volvían a invadirme torturas anteriores. ¿Qué sabía de ella? En realidad nada. Su historia me era ahora tan poco creíble. ¿O eran, tal vez los celos del adolescente, que no la podían ver atrapada en la jungla, sometida, y robada su fingida inocencia? No sé qué más pude ver en aquellos instantes que me hizo temblar como una hoja. Me sentía utilizado sin saber para qué fines. No podía ser yo aquel príncipe azul que rescata a su dama y se pierde en el reino de la felicidad eterna. El mundo no era así; yo lo sé. Es calculador, se cobra lo que debes en los peores momentos. Te devuelve a tu sitio cuando sueñas volar; y yo estaba cayendo a la tierra, como otras veces. Entonces sentí la urgente necesidad de encontrarme solo para dar forma de pregunta a las difusas ideas que se enmarañaban en mi cerebro. No podía acusarla de nada, no quería ofenderla ni causarle daño; pero necesitaba desesperadamente respuestas.

La dejé profundamente dormida. Tapé su desnudez con las sábanas y salí del dormitorio haciendo el menor ruido posible. Crucé el umbral de edificio y me encontré solo en la calle. Una neblina espesa y siniestra parecía desprenderse del suelo esforzándose por huir. Por su culpa, la luz de la mañana irrumpía a duras penas en las callejas. El metro me llevó, una vez más, a las orillas de la Seine, cerca del embarcadero de Pont de l’Alma, cerca de la Tour Eiffel de donde suelen zarpar las barcas que recorren el río, rodeando las dos islas que forman el corazón de la ciudad. Como era temprano telefoneé al inspector y nos vimos en uno de los cafés de los alrededores. Tenía preguntas que hacerle y no quería que ella estuviese presente. No pareció extrañado. Es más, me dio la sensación de que estaba corroborando sus sospechas de que algo oculto iba a empezar a mostrarse. Me tranquilizó y prometió hacerse cargo de investigar lo que había ocurrido en mi casa. El encuentro fue muy enriquecedor para mi desconcertado espíritu. Me proporcionó, seguramente, cartas ganadoras para mi baraja de mal jugador, o por lo menos, lo que me dijo acerca del marido de Marie me permitiría, a lo largo de aquella mañana, atar cabos que

de otra manera nunca me hubiese sido posible.

Después regresé al embarcadero y subí a una de aquellas inmensas plataformas. Era su primer viaje, así que no había demasiada gente. El sol había aparecido, tibio y luminoso, por lo que me senté en la cubierta superior, en la popa del barco. Este comenzó a moverse con un balanceo lento y cadencioso que fue aplacando mi estado de nerviosismo inicial permitiéndome ordenar los pensamientos. El velo irracional con que el amor ciega a sus deudos se estaba retirando. Las cosas tomaban otros colores diferentes y los matices se hacían susceptibles de ser vistos. Marie, la bella, la inocente, quizás no me quisiera tanto como yo pensaba. Todo había sucedido demasiado rápido para que yo pudiera asimilarlo y mi necesidad de ser querido era tan grande que hice oídos sordos a las evidencias. La estela esponjosa del barco en el medio del río parecía abrir la negrura del agua al igual que mi mente se abría a las dudas.

Según me contara el inspector, el marido de Marie no era trigo limpio. Los informes de la policía lo relacionaban con el tráfico ilegal de gemas, asunto por el cual había sido arrestado en una ocasión, dos años antes, y puesto en libertad poco después por falta de pruebas. No se descartaban conexiones internacionales. También se le consideraba relacionado con asuntos bastante turbios de compraventa de objetos de gran valor que acababan en el mercado negro. Un joven drogadicto, confidente de la policía había aportado indicios de que ciertas joyas robadas en varios establecimientos de la ciudad podrían haber pasado por sus manos. Pero días más tarde el muchacho había aparecido muerto por sobredosis y no se volvió a tener noticias del asunto, que terminó siendo archivado. Por último, el inspector también apuntó que el tal Alain estaba siendo investigado por blanqueo de dinero, y que sus cuentas en Suiza contenían sumas muy importantes. Pese a todas las sospechas, su habilidad y pericia para el manejo de asuntos poco claros y sus contactos en las altas esferas políticas y judiciales le habían permitido esquivar todos los contratiempos.

Y su mujer... La mujer de un comerciante de piedras preciosas de aquella estofa no podía ser tan inocente como yo la veía. Tal vez su indefensión en aquella playa lejana; o su fragilidad, cuidadosamente escenificada cuando nos perseguían; o quizás su dependencia de mí, me hicieran sentir como un héroe sacado de una de las novelas de Dumas. Me había creído el apuesto caballero que protege a las doncellas indefensas de las garras del villano, y no me había dado cuenta que estaba siendo utilizado al servicio de otros intereses mucho más oscuros. ¿Cómo era posible que Marie no estuviera al corriente de todo lo que rodeaba su lujosa vida? ¿O es que lo sabía y lo consentía? ¿O lo rechazaba? Tal vez, por qué no, aquella podía haber sido la causa del fracaso del matrimonio, al no estar ella dispuesta a asumir que su dinero procedía del crimen y que su marido era un mafioso, capaz de estafar, robar e incluso asesinar.

¿Qué había pasado realmente en Belem? ¿Quién era el mulato que flotaba en el puerto con un tiro en la frente? ¿Era aquello, tal vez, obra de Alain? ¿Hasta qué punto estaba Marie implicada? Eran respuestas que, gracias a la policía brasileña, tendrían contestación en breve y podrían arrojar luz sobre el asunto. También era necesario conocer los resultados de la autopsia, así como las declaraciones de los tres detenidos. Había muchas piezas para mi rompecabezas. Por último, estaba convencido de que había algo que me permanecía oculto, algo que dependía directamente de Marie, si no... ¿para qué habría alguien interesado en registrar mi casa para no llevarse nada de valor?

El barco avanzaba lento por el medio de la Seine en dirección hacia las islas en las que late la historia de la urbe. Los numerosos puentes de la zona pasaban sobre mi cabeza a intervalos casi rítmicos de pocos minutos. Mis pensamientos dejaban de torturarme por unos instantes, permitiendo aflorar aquellos días de mi infancia en los que jugaba con mi padre a repetir el

nombre de los puentes: primero el de Les Invalides, luego el de Alejandro III y el de la Concorde que establece un nexo de unión rectilíneo entre dos fachadas gemelas: la de la iglesia de la Madelaine y la del edificio de la Asamblea Nacional. Luego, el Pont Royal y el Pont du Carroussel, entre los dos el Musée d'Orsay: una antigua estación de trenes reconvertida en museo donde Richard pasaba muchas horas soñando con ser Monet, o Renoir, o Degas y donde terminó tan loco como van Gogh. Una idea me hizo reír y la carcajada me entregó a las miradas perplejas de los viajeros. Richard se parecía a van Gogh en dos cosas: era igual feo y vendía tantos cuadros como lo había hecho su involuntario maestro.

Tras pasar el Pont des Arts los turistas volvieron a ignorarme y yo regresé a mis cavilaciones. Apareció, como un navío gigantesco que pugna por remontar las aguas, la proa de l'Île de la Cité, seccionada a pocos metros por el Pont Neuf, paradójicamente el mas antiguo de la Ciudad; un puente doble que une las dos orillas ofreciendo dos caminos al Bateau: el de entrada y el de regreso tras circunvalar las dos islas. El Pont Neuf, junto los otros cuatro que le sucedían forman los cinco amarres que atan la gran nave flotante, por ese lado, a tierra firme. Mi memoria fallaba; ya no recordaba sus nombres y eso me devolvía al cajón desordenado de mi vida.

Cuanto más lo pensaba más claro tenía que había sido un títere manejado por los dedos hábiles de una mujer. Me sentía irritado, humillado en mi orgullo. La imagen de mi piso revuelto retornaba a mi cabeza. ¿Quién estaría detrás de aquel desastre? En el mismo momento en que lo vi me di cuenta de que Marie corría peligro y yo tenía que protegerla a toda costa. Sin embargo, después, cuando la distancia me permitió razonar con más claridad volvían las preguntas. ¿De qué o de quién tenía que protegerla? ¿Alguien la perseguía? Si eso era así yo estaba siendo engañado. Ella no confiaba en mí y había arrancado páginas a su historia. O tal vez mentía en todo y aquello era una farsa en la que yo era actor involuntario. Esa sensación comenzó a azorarme tanto que podía sentir el latido del corazón en mis sienes. Estaba nervioso, tanto que me embargó la sensación de que el grupo de japoneses que estaban delante de mí se había dado cuenta y se volvían a mirarme con ojos extrañados. Pero no, el grupo estaba absorto en la contemplación de los edificios de las orillas porque la fachada lateral de Nôtre-Dame le entregaba al río toda su filigrana. Mientras, una voz metálica cambiaba de idioma periódicamente, del francés al inglés y luego al alemán. Explicaba el origen y el simbolismo de cada construcción.

La cadencia monótona de la voz de la azafata y el recuerdo del nombre del puente que veía a mi derecha me ubicó de nuevo en el paisaje. Era el Pont de Saint Louis, que une las dos islas como cabo que ata un pequeño bote a la embarcación principal. Y al poco, un nuevo puente sin nombre y luego el Pont Sully, otro puente doble que secciona la popa de la isla de juguete. El barco giraba cansinamente en torno a ella para volver a su origen completando el doble paso bajo las arcadas múltiples. A la vista, inevitable, el Pont Marie; amenazándome con su nombre y devolviéndome al mundo real una vez más.

Tenía que hablar con ella, de una forma directa y clara debía hacerle ver que era su amigo. Igual que me había ofrecido su cuerpo debería hacer lo mismo con sus pensamientos, con sus miedos y con sus secretos. Primero pensé en exigir, en imponer, en pedir cuentas; pero poco a poco me fui convenciendo de que aquella postura sería equivocada. Marie era orgullosa y si la atosigaba de esa manera se volvería más cauta y desconfiada todavía. Debía obrar con sutileza; mostrándome protector, paternal. Ella debía sentir que podía confiar en mí totalmente. La verdad es solo patrimonio de las almas libres; ni el miedo ni la coacción pueden adueñarse de ella totalmente y si lo hacen es a costa de resentimiento o de más temor. Yo la quería y no podía obrar en falso provocando unos acontecimientos que la alejasen de mí. No podría soportarlo. Gracias a ella había recuperado la ilusión perdida y vivía ahora la segunda juventud a la que tienen derecho



todos los hombres, pero que se niega a la mayoría de ellos. Su cara risueña, su sonrisa de niña pícara, la voluptuosidad de su cuerpo, su piel de seda, la calidez de su voz; todo era un regalo, un don precioso que la casualidad quiso otorgarme.

El barco pasó bajo otros cuatro, amarres de las islas a la ciudad, y de nuevo las arcadas del Pont Neuf me devolvieron al río único. La monótona arquitectura del inmenso Louvre, cuya longitud se burla del río, daba paso al verde intenso de los jardines des Tuileries, que mueren en la Place de la Concorde. Tras una hora de navegación el Bateau volvía a su puerto de partida, para reconstruir una y otra vez el mismo viaje. Sin embargo, yo no era ya el mismo. Cuando puse los pies en el embarcadero ya sabía que mi candor se había disipado como la espuma en la que cicatriza el río. Ese sentimiento de poder perder lo que se ama fue retirando de mi cabeza la alegría de su imagen, y me fue sumiendo en un estado de aturdimiento que no me abandonó en el resto de la mañana. Caminé durante un buen rato. Mi ofuscación era, a cada paso, más apremiante. Ya no podía esperar más. Tomé el metro y regresé al burdel dispuesto a averiguar toda la verdad.

Entré en el saloncito del ático fingiendo una serenidad que no tenía. Ella cocinaba, canturreando una vieja canción para niños. Dábamos la imagen de un matrimonio rancio, en el que la esposa esperaba a su cansado marido con la mesa puesta y el hogar perfumado por el olor a comida caliente. Salió de la cocina: el delantal blanco; haciendo su papel de ama de casa con total soltura. En las manos traía una fuente de pasta que colocó en la mesa tras darme un beso de bienvenida.

—Te fuiste muy temprano esta mañana —comentó mientras me servía un plato abundante—. ¿Te ha ido bien? ¿Qué has hecho?

Estaba tentado a interrumpirla con el atropello que produce la ansiedad, pero respiré profundamente y contesté contando las palabras. Tenía que ser sincero pero también prudente.

—He estado paseando por el centro. Necesitaba reflexionar acerca de todo lo que nos está pasando. Le he dado muchas vueltas y estoy convencido de que corres peligro.

—Lo dices por el robo de tu casa —se apresuró a contestar.

—No es solo por eso. Las cosas han sido extrañas desde el principio.

Le conté lo que sabía de Alain, sus antecedentes, el mundo turbio en el que estaba metido. Ella lo fue encajando todo con una naturalidad que me dejó perplejo. Me confesó que siempre había tenido la sospecha de que sus negocios no eran limpios, pero que se dejó llevar por el oropel que envolvía su vida y, poco después de casarse, dejó de hacer preguntas y se limitó a recoger los placeres y el lujo que da el dinero, sin preocuparse de dónde venía. Quizás su marido era un canalla y un mafioso, pero la idea de que pudiera ser un asesino la hizo palidecer. Se esforzó en explicarme que Alain no sería capaz de matar. En el fondo era un cobarde al que el dinero había convertido en un hombre respetado y temido. Sin embargo, bajo el manto casoso de su dureza se escondía un hombre tímido y lleno de complejos, sin el suficiente arrojo para segar una vida, aun a costa de beneficio. Entonces continué exponiendo los hechos. Un trago de buen vino de Borgogne me ayudó a hilar las ideas.

—En las mismas fechas en que estuvisteis en Brasil apareció muerto, flotando en el río, uno de los sicarios del capo de la ciudad. Un hombre sin importancia, un correo encargado de desplazar mercancía para otros que la introducían o sacaban del país.

Confieso que al principio, la idea del inspector de relacionar a Alain con aquel crimen me pareció bastante peregrina; pero después de conocer los antecedentes ya no lo era tanto. Era bastante lógico pensar que el marido de Marie hubiese tenido algún contacto de negocios durante su estancia en Brasil. Era plausible pues, que viese la oportunidad de obtener algún beneficio rápido a costa del asesinato. Las consecuencias del crimen lo encontrarían muy lejos de allí.

—¿Por qué quería tu marido viajar a Santa Elena, si al principio no entraba en vuestros planes? —Aquella era una pequeña población venezolana, en plena selva; en la mitad de ninguna parte. Un lugar al que las transacciones ilegales de gemas convertían en un reducto de comerciantes sin escrúpulos, contrabandistas y matones a sueldo. Un hombre de la posición de Alain nunca iría directamente allí, a no ser que tuviese una urgente necesidad.

—Alain era incapaz de rechazar un buen negocio. Me dijo que en Belem le habían informado de que uno de los comerciantes de más prestigio de Brasil estaba en Santa Elena con la intención de vender un cupo de gemas de extraordinaria calidad —sus palabras sonaban verdad, máxime cuando las defendía con una expresión de total convencimiento.

Marie comenzaba a sentirse incómoda, sometida a un interrogatorio que ya había superado en la comisaría, días atrás. Noté que ella también estaba haciendo un ejercicio de autocontrol.

—¿Por qué crees que lo mataron los buscadores de oro si les hubiera sido más rentable extorsionarlos o pedir por vosotros un rescate? Tu marido no estaba en condiciones de escapar ni de defenderse y tú eras el vehículo ideal para proporcionarles dinero fácil.

—Aquel hombre estaba completamente loco. Cuando me miraba sus ojos brillaban como los de un poseso. Podía más su locura que todo el dinero del mundo. Me quería para él —su voz tembló, seguramente porque anunciaba recuerdos de que pudo morir en aquella selva si no hubiera sido por un golpe de suerte—. Durante mucho tiempo me torturó la idea de que irrumpiera en la casa para violarme. Sin embargo, me protegía de sus hijos y me trataba con respeto. Un día averigüé que se contentaba con mirarme por las rendijas de la madera. Era un hombre ahogado por su fanatismo.

El deseo imposible de satisfacer, la necesidad imperiosa de gozar y la imposibilidad moral de conseguirlo pueden sacar a alguien de la cordura. Hacen que el objeto de deseo se convierta en un fetiche adorado que aplaca la insatisfacción al contemplarlo. El hombre del sombrero de ala ancha escondía sus pecados mirando la carne de la que no podía disfrutar y era así como entendía su gozo: poseyendo y privando a los demás de alcanzar lo que a él le negaba un dios muy poco misericordioso.

—¿Tienes alguna idea de por qué la tumba de tu marido fue removida?

La pregunta había sido desacertada; pero cuando quise reaccionar ya había salido de mis labios. Marie dejó de comer. El cubierto golpeó con fuerza la mesa. Se levantó bruscamente y sin decir una palabra se encerró en la habitación. Había herido su susceptibilidad. Había dado la imagen de que estaba sospechando de ella. Intenté razonar y me acerqué a la puerta dando toda clase de explicaciones, pero mis disculpas se estrellaban contra la madera. Dentro se oían sollozos. Estaba llorando. Me sentí terriblemente culpable. Pude ponerme en su lugar al pensar que tal vez estuviera, como yo, enamorada; que me quería y se había puesto en mis manos y yo la traicionaba con preguntas para las que ella no podía tener respuesta. Pensé que lo más acertado era marcharme y así lo hice.

Al llegar al rellano del primer piso me encontré con Richard, que se despedía cariñosamente de una de las putillas que le habían regalado placer aquella mañana. Juntos bajamos la calle.

## CAPÍTULO SEXTO

### El accidente

El cadáver flotaba panza abajo, hinchado, blanquizco, semidesnudo. El agua sucia del río resaltaba el tono céreo de las piernas. Era un hombre de mediana estatura, grueso y, con el pelo largo y liso estrellado en el agua. La foto no era buena, carecía de nitidez. Había sido recibida por el inspector a través de un correo electrónico y ahora yacía sobre la mesa de mármol de la terraza de un pequeño café en los Elíseos. Acompañado de Richard, me había citado con Lamark allí.

Era media tarde. La avenida estaba poseída por una actividad frenética: el atasco colapsaba la entrada de la Place de la Concorde y ni siquiera el arrogante obelisco de Luxor que la preside era capaz de imponer respeto a la marabunta de vehículos que pretendían conquistarlo a base de bocinas y bramido de motores. Las aceras, sin embargo, dueñas de los kilómetros que arrancan desde l'Étoile, con su Arco de Triunfo, habían cedido paso a los jardines que desparraman la avenida en su tramo final, permitiendo a los viandantes dispersarse cómodamente y frenar el paso autómatas al que te obligan las multitudes.

Aquel bullicio no conseguía distraer mi concentración en la imagen. El caso del asesinato de Belem presentaba nuevos datos relevantes que lo enlazaban con la muerte de Alain. El inspector retiró la foto y la guardó, ante la inminente llegada del camarero, en una cartera de piel vieja y raída que lo acompañaba a todas partes. Luego, con la parsimonia del fumador experimentado, inició el ritual de encendido de su pipa. Aquella era una maniobra que utilizaba cuando quería dejar reflexionar a sus acompañantes.

—El muerto era un correo de mucha confianza de uno de los capos del tráfico de gemas sudamericano. Todo parece indicar que era un familiar: un primo suyo —lo dejó caer al tiempo que exhalaba una bocanada de humo gris. El relato tomaba tintes de telefilme—. Fue encontrado unas doce horas después de morir, flotando en un embarcadero de yates de lujo, de un disparo en la frente, a quemarropa, lo que indica que probablemente conocía a su asesino.

La escena se reprodujo en mi mente con extraordinaria crudeza. Imaginé una tarde calurosa y húmeda. El correo, con su camiseta blanca de asas marcada por el sudor, entra en el embarcadero dispuesto a subirse en una de aquellas barcas de potentes motores. Pronto, aparece por detrás otro hombre, más elegante, más alto. Lo llama por su nombre, lo encañona y dispara sin mediar otra palabra. Luego, la lluvia empieza a caer violenta y diluye el charco de sangre sobre los tablones. Súbitamente retomé el instante y el lugar en el que me encontraba, siendo consciente de que aquello no era más que un montaje imaginativo propiciado por la parsimonia del inspector al hablar.

Richard parecía ajeno a nuestra conversación, más pendiente del grupo de jovencitas que se dirigían al asalto de las tiendas de moda. Sus carcajadas me hicieron seguirlas con la mirada hasta perderlas en un horizonte humano. Pensé en el espléndido escenario en el que se habían convertido las tierras pantanosas que fueran dueñas de aquel sitio en otro tiempo.

—Podría haber relación entre los casos del traficante y de Alain —el pintor estaba más centrado en el asunto de lo que yo había supuesto. Su sonrisa delataba un interés morboso por conocer los detalles más escabrosos del crimen.

Mi amigo era de imaginación fácil, pero no niego que la posibilidad se me hizo atractiva al momento. Sería una explicación lógica al devenir de los acontecimientos. Pronto me di cuenta que aquella opción ya había sido contemplada por Lamark que pareció justificarse diciendo:

—El vuelo de la avioneta que les llevaba fue reservado precipitadamente el mismo día de la muerte. Estaba programado para las nueve de la noche, pero sufrió un retraso debido, según la

torre de control, a motivos técnicos, y efectuó su salida a las once. Hay algo que no me cuadra en este asunto.

Aquella hipótesis me trajo a la mente a Marie al mismo tiempo que el inspector pronunciaba su nombre. Era indispensable saber si había sucedido algo extraño durante el viaje. Parecía inminente que el policía la interrogase de forma explícita. A pesar de que intenté convencerlo de que viniera al ático este insistió en recibirnos a la mañana siguiente en su despacho, quizás para dar al encuentro un carácter más formal.

Dejamos atrás la terraza y al inspector y entramos en la Place. Me sentía mirado por infinidad de ojos de piedra. Las ocho estatuas magníficas que representan ciudades francesas se reían de mí, pareciendo girar sus cabezas a mi paso para contemplarme, como queriendo captar una parte de mi ingenuidad; por ellas perdida después de tantas cosas vistas en aquella plaza. Entramos en les Tuilleries a través de una gran verja negra rematada en puntas doradas, muy al gusto francés. Los jardines geométricos, cuidados, desposeídos de todo desorden natural, tintados del verde oportuno de mayo, me distrajeran las incertidumbres que ya empezaban a acostumbrarse a vivir en mi cabeza. Eso y la embarullada charla de Richard sobre el último de sus devaneos con la putilla de turno terminaron por acercarme al mundo.

—Me dijo que si quería follarla tenía que pagar —reía incómodo. Me sonó grotesco, pero muy propio de él—. Como si no supiera quién soy.

“¿Y quién eres tú?”, pensé para mis adentros. Un pintor fracasado que moja gracias a la limosna de una madame de poca monta. No pude evitar hablar:

—Pero mírate, amigo, no ves que ya no estás para darte muchos lujos. Además, la chica es nueva y no conoce las costumbres de la casa.

Richard gruñía, como víctima de un gatillazo. Se sentía herido en su orgullo de machito acabado. Diríase que se veía como el amo de aquel harén juvenil y variopinto, cuando no era más que un oportunista al que se le daban migajas de placer en ratos libres.

Yo no estaba para muchos cuentos, así que guardé silencio durante un buen rato. Terminados los jardines, ninguneados por la inmensidad del Louvre, nos separamos. Él se fue con sus gorriones y yo a atender unos asuntos en el despacho.

-----

—La avioneta era una Piper de seis plazas. Despegó ya bien entrada la noche. Al tratarse de una aeronave liviana el plan de vuelo incluía un inevitable repostaje a mitad de trayecto. El último contacto con el aparato tuvo lugar hacia la una de la madrugada. Las condiciones meteorológicas en ese momento eran excelentes. El aparato estaba en buenas condiciones y el piloto era un hombre con muchas horas de vuelo...

La cabeza de Lamark apareció detrás de sus gafas de cerca, al depositar el informe sobre los otros. Eran las nueve de la mañana y estábamos sentados frente a él, en su despacho de la Prefecture. El olor del tabaco, que en otros momentos me resultaba agradable, asfixiaba la atmósfera de la habitación. Y aunque la pipa descansaba apagada sobre una mesa de madera exageradamente grande, sus humos parecían perpetuarse, enganchados a unas cortinas ayer blancas y hoy teñidas de un color indefinido, por la nicotina. Pilas de carpetas se desparramaban por la mesa y por el suelo, ante la ausencia de huecos en la pequeña estantería. Carpetas mil veces abiertas y otras tantas cerradas en busca de algo que leer entre líneas.

—Vamos, Marie, ¿Qué tienes que decir? —Fue directo y contundente. Diría incluso que grosero.

Ella no pareció inmutarse, como si supiera que había llegado el momento de hablar y prolongó con su voz aquel informe incompleto como si de su continuación se tratara.

—Al principio el vuelo resultó muy tranquilo. La lluvia cesó y todo parecía normal. El piloto no paraba de hablar. Alain iba a su lado haciendo preguntas sobre el cuadro de mandos y yo detrás, distraída con una revista. Todo cambió súbitamente cuando sacó una pistola y encañonó a mi marido.

La voz cambió de tono, haciéndose intrigante, irreflexiva. Yo a mi vez, perplejo ante el inquietante desenlace, separé mi espalda de aquella silla raída por el uso, esforzándome en creer lo que estaba oyendo. Miré fijamente al inspector para buscar complicidad en mi sorpresa, pero este me ignoró premeditadamente. Parecía no necesitar de más narraciones. Quiso rematar:

—Dos tiros y amén. En el medio de la selva. Limpio, seguro y rápido.

—Pero Alain reaccionó golpeándole la mano y la bala salió por el cristal y alcanzó uno de los motores.

El inspector volvió a sumergir sus gafas en el informe:

—El bimotor intentó un aterrizaje de emergencia en un descampado debido a la explosión de uno de sus motores. El piloto murió en el acto.

—¿Por qué no me contaste esto antes? —No puede evitar que la pregunta sonara como un reproche; pero lo era, así que no me arrepentí de la sequedad con la que la hice.

—Tienes que entenderme. Mi marido había muerto. No quería acusaciones de cosas que no tenían arreglo. Era mejor dejarlo en paz.

—¿Por qué querían cargárselo?

—Le juro que no lo sé, inspector. Él nunca me contaba nada sobre sus negocios —por un momento pareció que iba a derrumbarse.

—Si se tomaron tanta molestia algo ocultaban.

Al levantarse Marie la silla crujió. Puso sus manos firmemente apoyadas en la mesa y se inclinó hacia delante para encarar al policía. Lamark clavó los ojos en el escote del vestido de Lacroix y reprimió sus ganas. Pareció intimidado en las distancias cortas, pero salió medianamente airoso tomando la pipa.

—¡Se lo juro, comisario: yo no sé nada. Le juro que no sé nada!

Rompió a llorar. Pero allí estaba yo para interpretar un papel hecho a mi medida: el de iluso, el de confidente a medias, el de ignorante. Cuántas veces la desdicha del hombre es amar. Te cierra los ojos, te nubla la mente de una manera tan suave que no te das cuenta de nada. Y la realidad no es la misma para ti que para los otros. Donde los demás ven defectos, tú virtudes. Donde ellos oyen truenos, tú campanas. ¿No es esto algo parecido a la locura? Pero el amor no es locura: es entrega. Y el que se da no pregunta; no mide las consecuencias, ni reprocha, ni reclama, ni condena. Solo pensaba en calmarla, en decir algo que pudiera hacerme partícipe de su vacío. Desgraciadamente, ella no había querido aceptarme de todo. Ya sé... No quería hacerme daño. Quería mantenerme alejado de los problemas del ayer que todas las vidas arrastran. Por eso la perdoné en ese mismo instante y se lo hice entender con una caricia. Ella suspiró, recobró la compostura y enfrentó de nuevo la situación.

—Bueno, ya veremos. Tenemos también el informe de la autopsia de tu marido — retomó la carpeta—. La muerte se produjo por estrangulamiento. Presentaba marcas en el cuello producidas por una cuerda ancha. Herida profunda en una pierna y contusiones múltiples. Una vez terminados los trámites se inicia el proceso de la repatriación.

—Alain no tenía más familia que yo.

-----

No había demasiada gente aquella mañana en el aeropuerto Orly, si es que eso era posible. Tras la cristalera se veían llegar los aviones con una periodicidad monótona. De todos los

tamaños, de todas las compañías, de todas las procedencias. Tomaban tierra y desaparecían por la derecha empujados por la inminente llegada de otro que inevitablemente efectuaba la misma maniobra. Aquel goteo continuo pereció hipnotizarme. No sé cuánto tiempo estuvimos allí parados, de pie, ante el cristal, ni por qué lugares volaban mis pensamientos cuando la voz de una azafata me sobresalto.

—Ese es el avión que esperaban. Síganme, por favor.

El Airbús de la compañía AirFrance hacía su aterrizaje en la pista de la Terminal Oeste a las siete y media, después de diez horas de vuelo.

—No era necesario que vinieran. La compañía se encarga de todo —la voz de uno de los operarios de la funeraria sonó poco reconfortante.

Eran dos individuos con una indumentaria idéntica, aunque de aspecto muy diferente. El más grande, desgarrado y fondón parecía el chofer, mientras que el otro, delgado, más bajo y de aspecto gris, se encargaba del papeleo.

Marie y yo esperamos en una sala pequeña y cuadrada, de paredes blancas, sin más muebles que unas sillas de sala de espera y una mesa cuadrada con algunos modelos de aviones a escala como único adorno, en tanto que los operarios se ocupaban a pie de pista de meter el féretro en el furgón. Pasados unos veinte minutos. La puerta se abrió. Entraron el de los papeles y un empleado del aeropuerto.

—Autorización de Entrada, Fotocopia de la Orden y Autorización Judicial Acta de Embalsamamiento, Licencia de Enterramiento —repassaba concienzudamente—. Todo está arreglado. Ningún problema. Firme aquí.

Luego entregó un resguardo al hombre que le acompañaba y se despidieron amigablemente como si se conociesen de pasar por aquellos requisitos en más ocasiones. Volvió a dirigirse a Marie.

—Nos veremos esta tarde a las cinco, en nuestras instalaciones de l'Avenue de la Porte de Saint-Ouen, frente de l'Hôpital Bichat.

—Quiero que lo incineren, Frank. Que lo incineren —me lo suplicaba con lágrimas en los ojos como si yo fuera el responsable de tomar la decisión.

Después del entierro, al que apenas acudió media docena de personas, Marie se sintió indispuesta. Era justificable. Demasiadas emociones para un día. No solo se quemó allí un cadáver de alguien que había sido un referente en su vida durante cinco años. También ardía un pasado que de cuento de hadas se tornara en novela grotesca. Para mí también tenía un simbolismo especial: se borraba toda huella de la existencia del causante de su infelicidad; aquel que la había amargado tanto propiciándome a mí el papel de consolarla y protegerla. No, si aun tendría que estarle agradecido. Fue al salir del crematorio. Se apoyó en mi brazo para caminar cuando estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento. Pasados unos segundos se recuperó pero yo insistí en que nos acercáramos al hospital. Ella no quería, pero mi cara de preocupación pareció frenarla en sus negativas y al final decidió hacerme caso, tal vez para conseguir que me callara. Afortunadamente el hospital estaba muy cerca. En unos minutos me encontré solo en la sala de espera, mientras se la llevaba en una silla de ruedas un celador corpulento tras unas puertas blancas para hacerle las pruebas de rigor.

Me senté en una de las sillas de plástico de aquella sala cuadrada y pequeña. Dos personas esperaban nerviosas: una mujer joven estaba sentada frente a mí mordisqueando las uñas y un chico de unos treinta años medía a pasos cortos la longitud de la habitación. Su aspecto y su comportamiento me hicieron viajar en el tiempo dos años atrás. Era yo el que paseaba de forma mecánica por un espacio muy parecido a aquel. Era Chantal la que estaba sentada hurgando en su

bolso en busca de unos cigarrillos que la calmaran. Y era Clarice la que había desaparecido por tras las puertas blancas. Mi preciosa Clarice. Nuestra pequeña perla, nuestro gran tesoro; mi nexos de unión con la ternura, con la inocencia; la confirmación del profundo amor que nos teníamos a través de unos ojos verdes y una carita pecosa que rebosaba vida.

Y me veía en la acera, paseando con Clarice; de la mano, jugando a pisar nuestras sombras cambiantes bajo las farolas; ora delante menguando hacia nuestras plantas, ora crecientes escapando por nuestra espalda hasta desaparecer para, al instante sorprenderla de nuevo en su monótono viaje de luz en luz. Sonreía y me miraba sin entender el porqué, estremeciéndose cada vez que recuperaba el frente tras ver desaparecer a su último acompañante, al ver que uno nuevo acababa de presentarse. Qué feliz era yo en aquellos días, pleno de todo lo que puede desearse: una hija maravillosa que contagiaba júbilo, una mujer hermosa y complaciente, un trabajo gratificante, una posición social en alza. La cima de la montaña más alta no era un límite, pues yo volaba sobre todas las cimas; dueño de mi existencia, viendo el paisaje de las otras vidas que envidiaban mi suerte. Esa suerte tan simple pero tan esquivada que todo el mundo persigue pero que casi nadie alcanza. Unos porque no la merecen, otros porque aun mereciéndola no saben retenerla y otros porque jamás tendrán la oportunidad de nada más que no sea soñar con ella.

Maldito aquel fatídico instante en el que una motocicleta fuera de control irrumpió en la acera y atropelló, primero a su sombra, luego a ella, arrancándola de mi mano; lanzándola al vacío gris de las losetas y a su madre a la ira de una loca resentida. Yo pagué todas las condenas por estar allí. Perdí a mi niña, mi dulce niña de las trencitas rubias; perdí el amor de mi esposa que me condenó para soportar seguir viva y me perdí a mi mismo, sumido en una depresión peor que la propia muerte. Y ya no volaba. Ya no veía el paisaje de las otras vidas. Eran los otros los que se asomaban al borde del pozo para verme flotar entre los desechos del mundo.

Apareció la cajetilla de tabaco al fin. Chantal encendió un cigarrillo y se puso a fumar compulsivamente al tiempo que se levantaba.

—¿Cómo estará? Quiero verla. Quiero ver a mi niña —su voz se quebraba como un bramido agonizante.

La abracé con fuerza pero no supe que decir. Me hubiese gustado consolarla. Decirle que todo estaba bien, que el accidente no había sido grave. Pero no era así. Cuando recogí su cuerpecito inerte de la calzada ya supe que mi niña se moría. Y con ella se moría también la mejor parte de mí. Los llantos de Chantal me desgarraban el alma. Eran unos quejidos profundos que se propagaban por mi cuerpo resonando en todos sus rincones. Los lamentos de una madre que pierde a su hija. Maldita naturaleza que se empeña en no seguir el curso que tiene marcado.

—¡Condenado al infierno te veas, borracho hijo de puta! —Me sorprendí diciendo en la sala, sobresaltando a mis dos acompañantes. Esboqué un perdón a medias, al tiempo que me sentaba para recuperar la compostura, mientras ellos volvían a su ensimismamiento.

Al cabo de una media hora vinieron a buscarme y me dejaron que acompañara a Marie en otra sala más pequeña en la que únicamente estábamos nosotros, esperando los resultados de los análisis.

—Todo estará bien, no te preocupes. Fue solo un mareo —intentó incorporarse pero me adelanté correspondiendo su esfuerzo con una caricia en la frente.

Me senté a su lado a esperar, sin decir más palabras que las que sirvieron para ponerla más nerviosa de lo que estaba. Esperar, esperar y huir, esa era la historia de mi vida. Esperar que se me diese todo fácilmente y huir, eso sí, cuando la vida te encara por el lado malo y te tuerce los planes de ser el príncipe de los burgueses.

—¿Es usted su marido? —Una celadora enfundada en verde claro entró por una de las puertas

laterales por las que se accedía a los despachos.

—No, no lo es. Es un amigo —contestó Marie inmediatamente, robando de mis labios la respuesta contraria.

—Pues entonces espere aquí. Pase, señorita, el doctor la atenderá ahora mismo.

Y allí me quedé, esta vez yo solo, con sus pertenencias en una gran bolsa de plástico, escuchando susurros ininteligibles tras la puerta. Me sentía traicionado. Ingenuo de mí. Aquella mujer me había puesto en mi sitio. “Es un amigo, solamente un amigo”. ¿Qué pensaba yo? ¿Que a un cuarentón prematuro que peinaba ya algunas canas le sería tan fácil atrapar la belleza y volver a volar sobre las colinas? ¿Que por alguna palabra cariñosa, unos besos ardientes y algún que otro polvo robado a otro joven ya era mía? No era así, ni mucho menos. Era solo un amigo, como dicen las chicas de veinte que no quieren compromisos. ¿Y qué hacía yo? ¿Cómo actuar? ¿Qué decir? No podía humillarme, no más, por favor. Ahora que volvía a ser digno de mí, no podía actuar como un joven exaltado por unas palabras mal dichas. Está nerviosa, pensé. No querrá preocuparme. Sería solo un reflejo. No le des importancia decía mi otro yo: el egoísta. Y así fue que esperé, tragando saliva y limando su desdén para no verlo ni yo mismo.

—Todo estará bien señorita. Cúidese y no deje de hacer lo que le he dicho.

Un médico cincuentón de aspecto risueño, barba canosa y barriga incipiente abrió la puerta y Marie salió, agradeciendo el trato con una sonrisa. Luego la puerta se cerró y nos quedamos solos.

—Tranquilo cariño. Tengo un poco de anemia, pero no es nada. Me han dado unas pastillas y reposo una temporada.

—Pero...

—No te preocupes. Necesito reposo, eso es todo —me besó suavemente y apagó mis tímidas protestas.

—No quería que entrases para no preocuparte. Perdóname mi amor, me equivoqué. Reaccioné sin pensarlo. Seguro que fue peor dejarte aquí. Lo siento, lo siento —me besó nuevamente reclamando consuelo. Cuando me recompuse para volver a insistir regresó la celadora y se la llevó para que se vistiera.

De nuevo solo. Maldito el condenado a revisar sus pensamientos. Pero tenía razón. Fuera un reflejo inconsciente. Ella me quería. En mis labios aun estaba el sabor de los suyos para demostrarlo. Tranquilo Frank, susurraba mi otro yo. Todo está bajo control. No te preocupes por nada. Ella te ama. Ella te ama. Disfruta del perfume de las flores del paraíso mientras puedas. No seas iluso, no pises tu propia suerte con reproches inútiles. Y mi primer yo volvía otra vez para hacer preguntas: ¿Anemia? ¿Reposo? La solución apareció tan rápido como se disiparon mis temores. La casa de campo de mis padres. El lugar ideal para descansar. El retiro espiritual de la familia durante tantos años. Allí dónde mi padre nos refugiaba periódicamente del bullicio de la ciudad. “Los males modernos: el mundo está enfermo de modernidad”. Cuando a la hora de la cena decía esas palabras u otras parecidas era señal de que el agobio de los despachos le había vencido y pasaríamos el fin de semana en el campo.

Cerré los ojos recostándome en el asiento de plástico para recrear la misma imagen que veía cuando era chiquillo y regresábamos de pescar junto al pequeño embarcadero de la parte posterior de nuestra casa, apenas separada de la frondosidad de la orilla por un muro de poca altura superado ya por el seto que lo recorría por el interior de la finca. Cruzábamos la verja de la portezuela que daba al río y mis ojos de niño veían mi mundo soñado: la casa en una esquina, un bosquecito de árboles de muchas especies a las que mi padre solía añadir alguna nueva cada año, el gran estanque con sus peces de colores y sus ranas. Aquel era mi territorio de juegos infantiles. Recorría los pasos marcados en el suelo rojizo y entraba en la casa por la puerta de la cocina con



la alegría del que ha pescado el pez más grande el mundo. Mi madre estaba allí preparando las flores de su humilde jardín para ponerlas en jarrones que llenarían la casa de olores a rosa y a jazmín. Y escuchaba el bullicio de François y Chantal revoloteando entre los manzanos, junto al pequeño cenador de madera en el que en los veranos nos juntábamos con nuestros vecinos para disfrutar de una velada entrañable. Los dos hermanitos. Mis queridos amigos. Siempre jugando, siempre entre risas. Y yo con ellos. Juntos éramos los dueños del bosquecillo. Era nuestro imperio, nuestro refugio. Nos daba seguridad, secreto, nos hacía libres. ¿Por qué os habéis ido? ¿Por qué ya no pueden volver aquellas horas felices? El tiempo es el más traidor de los fantasmas que persiguen a los niños.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### En la campiña de la Marne

La mañana del segundo viernes de julio el coche dejó la autopista que recorre de parte a parte la región Marne la Vallée, al oeste de París. Puse la radio y poco después comenzó a sonar una vieja canción de Christophe:

*J'avai dessiné sur le sable  
son doux visage que ma souriait.  
Puis il a plu sur cette plage,  
dans cet orage, elle a disparu.*<sup>[1]</sup>

—No quiero que desaparezcas nunca ahora que te he dibujado en mi corazón. Me giré levemente para mirarla al tiempo que acariciaba su mano dormida en el muslo. Ella me respondió con su mirada y su voz cálida.

—Por mucho que llueva, las gotas no podrán borrarne de tu playa ni a ti de la mía. Te quiero Frank. Te quiero más de lo que te imaginas —sobrepuso su mano a la mía y la apretó con firmeza. Un escalofrío me subió por el brazo y llenó mis ojos de lágrimas a punto de derramarse.

—Nunca pensé que volvería a amar de esta manera.

—Los dos tenemos unos recuerdos vagos del amor —repuso convencida—. Tenemos mucho en común: nuestros amores murieron antes de lo previsto. Creo que debemos darnos una oportunidad.

—Sí. Míranos. Todo vuelve al principio de la juventud. No es cierto eso que dicen de que la juventud es la única enfermedad que se cura con el tiempo.

Hasta me sentía ocurrente. Me sentía joven. Me sentía vivo. Había recuperado las ganas de amar y de comprometerme de nuevo. Y era correspondido. Lo mostraba su semblante, sus mejillas ruborizadas, su voz al temblar cuando me decía: “yo también te quiero, Frank. Te quiero más de lo que imaginas”. Creo que no haría falta que me lo dijera nunca más. Sus palabras se grabaron para siempre y tan fuerte que me alimentarían de amor durante el resto de mi vida.

La ponía en un pedestal cuando pensaba en lo que había pasado aquella mujer. De princesa de un reino de sombras a prisionera en la selva. De condenada al matrimonio a viuda esclava. Sospechosa a la fuerza, implicada sin querer, mentirosa piadosa.

La canción terminó y con ella se fueron sus malos presagios. La carretera comarcal nos fue alejando del ruido del tráfico. Había pocos coches y los latidos frenéticos de los hombres iban siendo sustituidos por los murmullos de la naturaleza. Los muros de las fincas y algunos tejados me devolvían estampas antiguas avisándome de que me acercaba a la casa de mis recuerdos infantiles. Marie, relajada en el asiento; el paisaje, que de repente se abría, en una loma, haciéndose infinito y mostrando la Marne serpenteando en la llanura: majestuosa, lenta, fabricando la última bruma que nace en hilos de humo con el frío nocturno.

Es precioso. Este lugar es precioso.

—Tú sí que eres preciosa —susurré mientras acariciaba su mejilla.

Luego, una suave bajada, entre árboles viejos y nobles. No sé qué árboles. Y allí estaba. La entrada de mi reino de niño: La casa de campo de mis padres. Dos columnas de piedra muy altas se alineaban con los barrotes de las puertas de forja de la entrada. Nos bajamos del coche y sobre el suelo empedrado, tras un muro invisible devorado por las madreselvas, se veía el ala frontal del tejado rojizo, sobre un fondo azulado. Tres ventanas blancas, como tres penachos emergían simétricamente rompiendo la pendiente suave de las tejas. Eran las tres ventanas delanteras de los

tres dormitorios de la casa, con sus tres tejaditos de juguete.

—Por fin hemos llegado —dije mientras la verja crujía levemente al abrirse.

Entramos unos pasos caminando sobre el empedrado irregular. Todo estaba igual. El estanque a la derecha, con su pequeña caseta de aperos adosada a la pared del cierre; el jardincillo a la izquierda, junto un cobertizo sin paredes cuyo techo nacía también en el muro.

—¡Que verde está todo! Y ese olor a hierba cortada. Me encanta. Es como una casita de muñecas en un bosque encantado —yo era tan dichoso al ver su sonrisa como lo era por volver a aquel lugar.

Aparcamos el coche bajo el cobertizo y comenzamos a caminar hacia la casa sobre el impecable césped que se interrumpía a cada poco por los parterres del jardín que desde la pared lateral de la finca se sucedían a modo de cuadrados, un total de nueve en tres líneas, perfectamente dispuestos hasta el empedrado.

— Buenas tardes, señorito Frank. Cuánto me alegro de verle.

— Maurice, amigo mío —lo abracé sin reparos.

—Cuánto tiempo sin verlo señorito Frank —repitió—. ¡Que alegría! Ya verá mi esposa cuando se lo diga. Está un poco enferma y no ha podido venir para adecentar la casa. Lo he hecho yo y ya sabe...; no es lo mismo.

— Qué le pasa a la Tata? —La afectación que mostré indicaba que me era un ser muy querido.

—No es nada señorito; solo un catarro, pero ya vamos viejos y claro, todo nos afecta.

— Menos mal: un catarro. Cuídamela Maurice. Cuida mucho a la Tata.

—Yo ya me marchaba. He terminado de cortar el césped. Bienvenido a su casa, señorito — señaló mientras se echaba al hombro un rastrillo y miraba complacientemente a Marie. Él sabía lo mal que lo había pasado y parecía darme con aquella sonrisa su aprobación y la de su mujer, de paso, que también había llorado lo suyo por las desgracias ajenas.

—Gracias, Maurice. Iré a ver a la Tata más tarde. Ahora quiero enseñarle todo esto a Marie — hice las correspondientes presentaciones—. Mira, cariño, este es Maurice. Él y la Tata son los abuelos que yo nunca tuve. Son de la familia. Luego iremos a verles. Viven aquí al lado, en el pueblo.

—Encantado de conocerla, señorita. Bienvenida a “la Petite Fôret” —saludó con una leve inclinación de la cabeza y se marchó zarandeando el rastrillo y canturreando una cancioncilla de la Provenza.

Entramos en la casa. A ambos lados del vestíbulo alargado, con las escaleras de acceso a la planta superior al fondo iluminadas por un gran ventanal, se enfrentaban, dos puertas: una en blanco y la otra en roble. La primera, la de la izquierda, encerraba la cocina. La segunda un salón inmenso. Estábamos completamente solos. Únicamente un murmullo natural penetraba por todos los rincones de aquella casona vestida de nuevo por dentro. Todo estaba igual que lo recordaba. Marie entró en la cocina a curiosear. Mientras, yo me entretenía en encender la chimenea francesa que presidía el salón. El fuego no podía competir con la claridad que entraba por los ventanales.

—¡La cocina es grandísima! —Me hizo gracia. Las mujeres, a pesar de todas sus reivindicaciones, siempre se fijan en lo mismo.

Marie estaba sorprendida, supongo, por el orden escrupuloso que había encontrado en ella. Nos sentamos en uno de los sofás que entornaban la lumbre. En aquel rincón de eternas tertulias se paró el tiempo unos minutos para nosotros; abrazados para atrapar la felicidad entre ambos mientras los leños crujían dolientes dentro de la chimenea.

— Los libros... Los libros de mi padre —me incorporé y ella me siguió al otro lado de la estancia. El ventanal posterior lanzaba todo el brillo del sol hacia adentro, respetando únicamente

una librería de roble repleta de ejemplares de coleccionista. Maurice había recogido las cortinas para templar el lugar con el calor de la mañana poniendo cuidado de mantener la zona de los libros en penumbra.

—Este es el gran tesoro de mi padre. Aquí guarda su colección de libros. Los hay de todas las épocas, de todos los temas. Aquí están sus favoritos —abrí un armario parte del propio mueble—. Mira este. Es un Quijote de Ibarra: cuenta las aventuras de un hidalgo español que perdió la cabeza por culpa leer libros de caballerías —cogí uno de los cuatro tomos de aquella edición y lo abrí por el medio. Un olor a cerrado y a rancio me llenó de recuerdos.

—Papá me contaba las historias del caballero loco en las noches de invierno. Es una pena que no pueda leértelas: está en castellano.

Marie cogió el libro y después de mirarlo con fingido interés lo devolvió a su estante. Me cogió de la mano y salimos al cenador, bajo los mismos manzanos de ayer, ahora floridos, y allí recibimos el vientecillo suave que huía del río.

La mañana pasó deprisa y la tarde se hizo aun más breve. Paseamos por mi bosque al atardecer, entre abedules, sauces y tilos: más olores para arrancarme vivencias de niño. Y yo se las iba contando, bajo la copa de cada árbol había una trastada, una anécdota, un suspiro. Hablaba atropelladamente, queriéndolo resumir todo en una frase infinita e imposible. Era mi forma de darme por entero; como un adolescente se entrega por primera vez, sin medir las consecuencias de sus actos.

—Háblame de tu mujer —nos sentamos en un poyo bajo un llorón que ponía sus ramas colgantes repletas de lágrimas verdes al alcance de nuestras manos.

—¿Cómo dices?

—Sí, hombre; háblame de tu mujer —repetió con cierto temor a haberme importunado.

—Poco más puedo contar que ya no sepas.

Habíamos hablado ya en el paseo que aquellos niños que jugueteaban entre los árboles se hicieron jóvenes y de aquel roce infantil un día surgió el primer amor de juventud. Un amor de idas y venidas, de encuentros y desencuentros que al final se hizo maduro para asumir los riesgos de una vida en común. También conocía hacía tiempo del momento en el que se quebró mi vida, el día en que empecé a destilar miserias. Incluso visitamos una vez aquella tumba en el Cimetière de Clichy. Allí estaban las dos: Chantal y Clarice, bajo la misma losa de mármol blanco. En poco más de un año se había abierto dos veces. Una para enterrar a mi niña, la del amor que vino para quedarse por siempre; otra para enterrar a mi esposa, la del amor que perdí.

—Lo que quedaba para mí era lo más triste. Después de la muerte de Clarice, Chantal empezó a beber para intentar ahogar sus penas. No se lo reprocho. Me necesitaba más de lo que yo pudiera entender; pero yo también estaba herido y busqué refugio en mi trabajo. Trabajaba frenéticamente. Apenas descansaba, comía o dormía. Combinaba la euforia inconsciente del despacho con la depresión de las noches en silencio. Sé que ella me gritaba desde sus adentros. Pero no podía, no quería oírlo.

El rostro de Marie mostraba la misma tristeza que el mío en aquellos días en los que vagabundo erraba por las calles sin rumbo fijo; retrasando la hora de regreso a mi casa para no ver su camita, sus cosas, su mundo. Y cuando volvía, cada vez eran menos las palabras que nos dirigíamos hasta que un día, con la brutalidad de los borrachos, Chantal me dijo que la culpa era mía, que era un ser despreciable. Que le había robado a su niña. Me maldijo mil veces, me escupió y en mí se gravó para siempre aquel rostro desencajado y roto, de ojos vidriosos. Creo que nunca podré limpiarme lo suficiente para olvidar el olor del alcohol de su aliento cuando acercándose delectaba: “¡hijo puta, me robaste a mi niña. Tú la mataste. Tú la mataste. Te odio.

Ojala te viera pidiendo la muerte a gritos, cabrón!”

—Se volvió loca y los reproches se hicieron perpetuos. Ya no soportaba mi presencia ni yo la suya. Y el alcohol la llevó de mi lado, hacia las noches vacía que intentaba llenar en los brazos de cualquiera que supiera esconder sus flaquezas.

Bajo aquel sauce llorón hubo más lágrimas que las de sus hojas. No pude evitarlo. Lloré como un niño abrazado a Marie.

—Tranquilo, mi amor, no te preocupes por nada —acariciaba mi pelo arrullándome, como en mis pesadillas de niño lo hiciera mi madre. Lo que no sabía es que estaba haciendo la mejor de las terapias.

Nunca a nadie había hablado de todo aquello tan sinceramente. Siempre había pensado que lo mejor era ocultarlo en lo más profundo para ver si lo enterraba en el olvido, pero desde el fondo me desgarraba porque yo no era culpable de nada. En la muerte de mi hija la llevaba de la mano jugando por la acera. ¡Que aquel motorista borracho cargue con la culpa! ¡Que paguen entre él y la botella la locura de Chantal y que todo el puterío de las noches parisinas venga a velarla en su entierro!

—La depresión de mis noches se ganó también los días. Trabajaba desafortadamente y cuando no, me dedicaba a vagar por la ciudad como un indigente que va a ninguna parte. Así fue hasta el día que encontré muerta a mi esposa. Entonces fue cuando supe que si no huía de París inmediatamente, yo también moriría.

Fue después de cenar. No nos dio tiempo a llegar a la habitación. Creo que fue el cabello de Marie ensortijado en mis manos. Tal vez su semblante de deseo, o aquellas piernas suaves y largas que salían sin permiso de la minifalda negra prolongándose en unas medias oscuras traslúcidas que no hacían sino excitarme más. Me encontré ensimismado en su camiseta blanca, dibujando palabras bajo el fino algodón. Y a cada susurro en forma de caricia ella devolvía otro mil veces crecido. Me coloqué a su espalda, apoyado en la mesa del comedor. Me dejó notarla. Su cuello sedoso se ofrecía a mis labios sin ningún rubor. Sus pezones duros tropezando en mis dedos la delataban, confesaban que ella reclamaba todo lo que de hombre yo pudiera darle. En su vientre cálido conseguí olvidar mis desdichas una vez más, quizás para no encontrarlas nunca. Bendito el día en que te conocí, pensaba. Tú que tienes más poder que el mejor de los psiquiatras. Bendito tu cuerpo que recupera el mío para el mundo. Bendito tu cuerpo que me hace sentir de nuevo con más fuerza que nunca. Entre nosotros el silencio podía ser la mejor de las palabras. Solo un tímido jadeo y su respiración entrecortada me avisaban de que estaba a punto para recibirme. Allí mismo, sobre la mesa, como el mejor de los manjares, que lo era, degustamos el sabor de nuestros cuerpos como en las escenas de amor de los libros que nos miraban desde sus estantes. Su cuerpo temblando con el mío; atlético, escultural, sin más defecto que el de ser perfecto. Me frené, me retuve. No quería que aquello terminara tan pronto. Ella supo entenderlo y dejó de exigir, permitiéndome volver a otros juegos para prolongar el instante. Regresé a la curva de sus caderas; al melocotón de sus muslos dulcísimos, arrancando sus medias. Cada una de mis caricias era saboreada con un gesto complaciente, con un gemido oportuno, con un movimiento reflejo. Me separó de su cuerpo pidiendo perdón con una sonrisa de fulana pícara, sabedora del efecto que iba a causarme. Perdió la compostura de dama pasiva que se luce en los lances y comenzó a tocarse, primero muy lento, sin comprometerse, al poco con la primera malicia de la adolescente que explora rincones a los que nunca ha ido y al fin con las manos expertas de quien sabe el dónde, el cómo y el cuándo se revela el placer. Y yo allí de pie, mirándola entre perplejo y complacido, pero del todo superado por la situación, esperaba ser llamado de un momento a otro para completarme, porque sus dedos en su propia piel habían hecho más mella en mi instinto que el más

prolongado de los roces. Cada mirada que me dirigía me quemaba más que la anterior. Ya no pude más y di un paso al frente para recuperar lo que era mío. Ella supo que había llegado el momento infinito que todas las criaturas buscan y dejó que me apropiara por fin de su terreno sagrado. Primero sosegadamente en un goteo discreto de agua de lluvia; un balanceo sinuoso, húmedo y carnal como si la mesa flotara en un mar de olas largas y moduladas. Luego vino la tormenta, la lluvia frenética de las playas lejanas y encrespó el oleaje haciéndolo breve, imprevisible y cada vez más salvaje. Y en un vuelo invisible ese ser que es la nada nos borró de este mundo durante unos segundos. Y después: el sosiego, la plenitud, la calma. Ni siquiera la aurora, cuyo anhelo es despojar a la tierra de su oscuridad con la que la noche la engaña lo podría entender. Así como ella triunfa cada mañana, así lo hicimos nosotros al intercambiar nuestras ansias.

El pájaro de los buenos días se vino a posar en la rama de un manzano. Endomingado en sus mejores trinos, cantaba para nosotros y así despertarnos del sueño mezclado de nuestra plenitud. Y me desperté; separado de ella por la distancia que marca un aliento. Extasiado al contemplarla de nuevo la escuché:

*Como manzano entre los árboles del bosque,  
Así es mi amado entre los jóvenes.  
Anhelo sentarme a su sombra,  
Y su fruto me es dulce al paladar.*

Procedía del libro de mesilla de noche que mi madre leía antes de dormirse. En la voz de Marie me sonaba: de entre todos los hombres eres tú mi elegido. Tú me protegerás, siempre estarás a mi lado y de paso vas a darme del néctar de tu deseo para llevarte en pago parte del mío. Rubrico y conformo las palabras bellas de Salomón que ahora a mi vida tan bien se adaptaban. Toma mi pago, pensé. Doy fe de que tú eres la imagen más pura de la naturaleza: eterna y cambiante, serena y traviesa; una y múltiple en todos los seres de mis entretelas.

Encetamos la mañana con un paseo por la ribera de la Marne. La bruma mansa que empapaba la tierra subía del río para alimentarla como tú alimentabas mis felicidades. Velo intangible que, como el amor, lo impregna todo. Aquel era, desde luego, el lugar más propicio para la magia. Para la magia de un deseo: manténnos siempre dichosos tú que eres eterno en tu fluir. Luego visitamos en el pueblo, a mi querida Tata. Con el saber de los años concentrado en el rostro, nos dio su aprobación más sentida cuando le decía a Marie:

—Yo también, querida mía —la tomó de la mano—, conocí a un hombre guapo y fuerte: a mi Maurice, y ya ves dónde estamos. ¿Verdad Maurice?

—Verdad, verdad, que cincuenta años son ya muchos años

—Mereces mi aprecio. Has conseguido que vuelva mi niño grande —aquí le regaló un beso y volvió a recostarse en el sillón de brazos.

Y Marie se reía cuando la viejita sacaba mis secretos de niño de todos los rincones en forma de memorias de una abuela: golpes, travesuras, correrías, sustos, chanzas, picardías. Todo un poco deformado por el paso de los años que no sé si lo he vivido, lo he soñado o solo es algo que me cuentan. La visita fue tan reconfortante para todos que al salir de aquella casa humilde de paredes blancas parecíamos haber tomado un brebaje del mejor de los druidas habitantes fantasmas del bosque que nos rodeaba.

Hacia el mediodía llegaron mis padres. Sabía que mi madre se alegraba, pero fue más valiosa en aquel momento la satisfacción con que mi padre había asimilado poco a poco, desde nuestra llegada, mi nueva situación. Era un hombre familiar de las mismas hechuras emocionales que el

propio Maurice: liso y claro en los hablares pero con un rostro de una altivez fingida que no emanaba más que el orgullo del que ha triunfado después de muchos años de trabajo. Una altivez que era traicionada por un cuerpo rechoncho y corto de estatura enfundado en un sempiterno traje azul que le hacía las veces de uniforme de trabajo.

Ellas dos se fueron para la cocina, a comadrear como era debido mientras preparaban la comida. Era como si se hubieran conocido siempre. Sus risas lejanas sonaban cómplices tras los cristales. Nosotros nos sentamos junto a la lumbre y mi padre me contaba sus nuevos planes para la expansión de la empresa. Planes que me incluían a mí como ejecutor de su futuro en el puesto en el que todo padre quiere ver a su único hijo.

—Tú lo heredarás todo, hijo mío. Yo ya voy viejo y necesito tu ayuda para llevar el timón. El proyecto del nuevo centro comercial necesita un impulso. Dejarás de entretenerte con pequeños asuntos. Quiero que te ocupes tú de la planificación.

—Es un reto que no sé si podré asumir —sé que lo dije con la boca pequeña.

—No te preocupes, me tendrás a tu lado en todo momento. Además he pedido a Alfred que se traslade a un despacho cerca del tuyo. Ya sabes que es el mejor colaborador que podríamos encontrar.

Me sentía alagado por aquel alarde de confianza. No es que yo fuera un arquitecto brillante, pero qué padre no se arriesga para devolverle a su hijo la gloria perdida.

—Espero que no te equivoques con esa chica. Parece buena —esa es una palabra que usamos para muchas cosas, pero aquí valía mejor que cualquier otra—. Cuenta con nosotros para lo que necesites.

— Lo sé, papá, lo sé.

No hay nada que pague las palabras amables de unos padres que sufren tus desgracias más que tú mismo. La vida no había sido tampoco fácil para ellos en los últimos años. A las tristezas de sus propias vidas por los que se van porque tienen que irse hubieron de sumar la pérdida de su queridísima nieta y de la que era como una hija y vieron desmoronarse ladrillo a ladrillo cada uno de los pilares de mi vida con la impotencia de no poder hacer nada por evitarlo. Todo parecía estar de nuevo bien. Todo por diseñar, todo por construir; como el inmenso plano de una vida en la que uno, a voluntad, es dueño de situar todo donde quiere que esté.

Llegó la hora de la comida y luego, la tarde pasó entre tertulias y paseos.

—Mañana me ayudarás a adecentar el jardín —propuso mi madre, como queriendo incluir a Marie para que se sintiera cercana—. Lo tengo muy descuidado.

Marie asentía complaciente, sabedora del amor de mi madre por las plantas, cuando mi móvil sonó.

—¿Frank? Soy Richard. Necesito verte. Ven mañana al burdel. Solo. Ven solo ¿Lo entiendes?

## CAPÍTULO OCTAVO

### Otro clavo en mi cruz

Mentí cuando dije que era un asunto de trabajo. El lunes era catorce de julio, el día de la fiesta nacional: un festivo grande de Francia; pero a nadie pareció raro que tuviera que hacer correcciones en los planos de una de las obras de la empresa que se había paralizado por causa de un fallo en el diseño. Así, corregido el defecto, todo podría continuar el martes sin retrasos inoportunos. Es más; creo que mi padre se sintió orgulloso de mi resolución confirmando así su acierto de asignarme obras mayores.

Salí de la finca cuando estaba amaneciendo con la promesa de regresar cuanto antes. Todos dormían plácidamente. Marie estaría ocupada en el jardín y aprovecharía el tiempo para acercarse a la familia por sus propios medios. El día estaba nublado y los grises impedían el derroche de luz de cuando llegamos a la finca. Una niebla blanquecina y pegajosa se prendía en los árboles antes de remontarse y disolverse en las alturas. El paisaje se escondía a pocos metros, camuflando la belleza del valle tras un velo algodonoso al que el sol hacía mil reproches por impedirle llegar puntual a su cita de la mañana. La carretera estaba mojada por el rocío y la lentitud automática con la que tenía que circular permitía que mis pensamientos volaran fuera del coche.

No era la primera vez, desde luego, que el pintor me llamaba pidiendo socorro para salir más o menos airoso de alguna de sus correrías de puterío. Recordaba aquella vez que pasara una temporada mamando del bolso repleto de una cincuentona casada. Pasaba las noches haciendo las veces de gigoló ardiente entradito en años. El muy cabrón aun se reía de que había dejado uno de sus cuadros colgado en aquella casa, mirando hacia la cama de la alcoba. Contaba jocosos que no valía ni el precio de la alcayata; y además, que en el retrato, su amante le había salido fea de cojones, pero que a ella le gustaba. Seguro que aquel posado en el piso de la rue de Rivoli, la de los largos soportales, duró todas las noches que pudo estirarlo; y que, entre rosas y amarillos, alternaba los colores de los óleos con los de los edredones y las sábanas. Yo recordaba aquella frase jocosos de mi amigo en la que afirmaba que le dolía el pincel de darle tanto uso.

-----

En esos años dorados del pintor, una noche de invierno fría y lluviosa, muy de madrugada, el sonido del móvil me despertó. Eran las cinco de la mañana y la voz de Richard sonaba entrecortada:

—¿Frank, eres tú? Tienes que ayudarme, estoy en un aprieto muy gordo.

No me dio más que la dirección de un portal: Rivoli 86. No podría olvidarlo. Nada pude objetar, pues colgó y el pitido continuo en el auricular me dejó con la pregunta en los labios. Llegué con el coche al lugar indicado unos veinte minutos después. Paré el coche en el lugar indicado, junto a los soportales, y una sombra fue adquiriendo forma a la luz de las farolas, atenuada por la lluvia. Lentamente surgió tras unas repisas exteriores que un florista descuidado dejara en el soportal aquella noche. Estaba completamente desnudo, a no ser por los zapatos. Flacucho, blancuzco, huesudo como un esperpento con las manos tapando su pincel maltrecho. Entró en la parte trasera del automóvil, temblando como un conejito blanco salido de la chistera del mago.

—El hijoputa se presentó en el piso esta noche cuando yo estaba en mitad de la faena. No veas la mano de ostias que le metió a la mujer. Me salvó la próstata. Estaba en el baño y salí cagando leches.

Me dolía la mandíbula de la risa y se me hacía difícil conducir. Paré unos momentos para reponerme, pero al verlo comprimido en el asiento de atrás confieso que fue peor.



—¿Qué haces, cojones? Llévame a casa, que me congelo.

Así fue como se le acabó aquel negocio y se esfumó la musa que le inspiraba el arte. Así volvió a las alcobas de las putillas de turno, a las que había dado un merecido descanso. A eso y a pintar los mil veces repetidos paisajes urbanos que aburren a los turistas en los puestos ambulantes de las orillas del río, al ser todos iguales e igual de malos.

-----

Mientras circulaba a buen ritmo por la autopista, algo me decía que la cosa era más grave de lo normal. Ven solo, había dicho. Había sido explícito. No quería que nadie supiera nada de aquel asunto ¿Qué sería esta vez? ¿Otro marido cornudo, quizá más dolorido de lo corriente? ¿Deudas de juego? ¿El ajuste de cuentas de algún chulo? ¿O es que Magie, al fin, se había cansado de hacer de samaritana y le había dado la patada en el culo? Sumido en estas divagaciones fui entrando en la urbe al tiempo que esta se despertaba, más cansinamente que de costumbre. Aparqué en el garaje de mi apartamento y tomé el metro hacia Pigalle. Cuando llegué eran las nueve y media de la mañana. No existía signo alguno de actividad en la calle. Llamé al ostentoso aldabón dorado a juego con los barrotes de hojalata de la puerta y a los pocos segundos Richard me abrió.

—¡Ya era hora que vinieras! Pasa — dijo con inusual precipitación.

—¿En qué lío te has metido esta vez? —Pregunté mientras cruzaba el umbral.

La respuesta fue lacónica y seca.

— Sube. Arriba hablamos.

No fuimos al ático, sino al primer piso, al saloncito rojo y púrpura con sofás de terciopelo. La habitación estaba en penumbra. Sin putillas ni ruidos perdía todo erotismo y únicamente producía una sensación incómoda por el penoso gusto decorativo.

—¿Qué coño te pasa? No me vengas con tanto misterio —Richard se servía el desayuno en forma de copa de licor.

—¡Siéntate, cojones! Estarás mejor sentado. Ahora viene Magie y te lo explica todo —elevó el tono intencionadamente para que la madame se diera por enterada.

—Habla más bajo Richy, que las niñas duermen —se encendieron las luces. Entraba la doña con su grotesca donosura expuesta al público en forma de vaivenes sedosos de un albornoz floreado. Traía en la mano un grueso álbum forrado en piel vieja. Se sentó en el sofá de tres plazas, justo a mi lado; depositó el libro sobre la mesa de mármol y la arrastró hacia mí. Richard se acercó, sentándose en el suelo alfombrado.

—Echa un vistazo chaval —el pintor estaba seguro de que aquello no iba a hacerme ni pizca de gracia.

Abrí aquel mamotreto polvoriento y fui pasando las hojas sin entender verdaderamente lo que se esperaba de mí. Era un álbum de esos que preparan los fotógrafos para dar a conocer a nuevas chicas en las agencias. Primero una morena de grandes pechos constreñidos por una talla incorrecta de bikini blanco. Luego una rubia tras unas gafas de sol mostrando un hombro desnudo exageradamente bronceado. Y luego más, cada vez más bellas y más descaradas. Y cuando ya perdía la cuenta de los rostros, el que ahora abría me dejó completamente paralizado. ¡Era ella! Era Marie, mi querida Marie. Estaba de pie con el vientre pegado en el tronco de una palmera que tapaba pudorosamente sus pechos. La línea recta del árbol contrastaba con la curva de su espalda morena rematada en un minúsculo tanga. Sonreía levemente, como invitando a ser acompañada en la arena fina de aquella playa, con el mar al fondo, absorbiendo una puesta de sol.

Una especie de náusea me subió del estómago a la boca. Tomé el vaso de Richard y le di un buen trago hasta vaciarlo. Fue peor el remedio. Sentí un vértigo que me hizo apartar la mirada del libro y recostarme en el sofá mirando a la matrona totalmente aturdido.

—¿Qué es esto? ¿Alguien me puede explicar qué demonios es esto? —Arrojé con fuerza el álbum sobre la mesita. Estaba perdiendo los papeles.

Magie pareció encontrar el momento de tomar la palabra.

—Sabía que la conocía. Desde el primer momento tuve la sensación de haberla visto antes en alguna parte, pero no sabía dónde.

Lo recordó por casualidad mientras ordenaba el trastero. Aquel sábado había decidido tirar los papeles viejos para hacer sitio a otros que pronto lo serían. Entonces vio el *book* de las tapas marrones y al hojearlo para recordar los tiempos de su agencia de modelos fracasada, antes de invertir su jubilación en el burdel se encontró con su rostro.

—Cuando me retiré, mi socia y yo montamos una agencia para promocionar caras nuevas. Al principio las intenciones eran buenas: publicidad, televisión, moda; pero el negocio era muy duro y se fue torciendo. Terminamos ofreciendo toda clase de servicios: chicas para fiestas, de compañía y otras cosas —hizo una breve pausa cuando emocionada al recordar tiempos mejores—. Este libro es de los últimos. No recuerdo si la de la foto era de las que llegaban al final del servicio o únicamente se dedicaban a calentar a los clientes.

Reaccioné como un resorte. No podía soportar el peso de la duda ¿Qué pintaba Marie en aquel libro? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Era de las que tomaban copas y aguantaban viejos muermos o tenía que subir a las alcobas de los chalets de lujo a vender un cuerpo que ahora era mío?

—¿Cómo que no sabes si se la follaban? ¡No me jodas, Magie! ¡Tienes que saberlo!

—Te juro que no me acuerdo. Hace ya más de seis años. Pasaron muchas chicas. Yo que sé.

—¡Tienes que ayudarme! —No podría soportar esa duda—. Piensa Magie, piensa —mi voz sonaba ya grosera.

—Tranquilo, hombre, tranquilo —Richard me puso la mano en el hombro—. Ya verás como todo se arregla. A ver, nena, ¿cómo se llamaba ese fotógrafo que os hacía las fotos de las chicas? Sí, coño, ese al que le va tan bien últimamente.

—Claro; el fotógrafo. A ver cómo era...—yo contaba los malditos segundos—...era Vincent. Vincent Morais. Ahora vive como Dios. Trabaja para la revista Elle. Hace años que no lo veo. No tengo ni idea de dónde vive.

—No importa. Es suficiente —tomé un pañuelo de papel que llevaba en el bolsillo y apunté el nombre—. El inspector Lamark tiene que saber esto. Él me ayudará a encontrarlo. Gracias Magie. Muchas gracias. ¿Puedo quedarme el libro?

—Desde luego. No es más que un recuerdo que iba a irse a la basura.

Tomé el *book* y en la misma hoja donde estaba ella coloqué el apunte con el nombre del que resolvería mis dudas. Richard insistió en que tomásemos un café para que me tranquilizara antes de llamar a Lamark, y así lo hicimos, cerca del mítico Moulin Rouge, con su fachada vencida por la luz de la mañana. El pobre pintor había entendido su papel a la perfección. Yo haría de plañidera desconsolada y él recogería los pedazos.

—Intenta tranquilizarte, amigo, verás como todo acaba bien —me decía, más forzado por la amistad que convencido de sus palabras.

—¿Pero es que no lo ves? Primero Chantal y ahora Marie. Era una furcia cualquiera que se vendía a viejos carrañosos como ese —señalaba al camarero gordo de barba descuidada que estaba detrás de la barra—. Tienes que entenderlo. No podré soportarlo ¿Cómo vuelvo a mirarla? ¿Cómo vuelvo a hacerle el amor si vería su cara de asco al sentirse asfixiada con un gordo encima? —Otra vez las náuseas. Tal vez el café me ayude. Pero nada. Estaba más amargo que mi propia alma.

Veía la escena como desde dentro. La fiesta en una casa de campo como la nuestra. Los opulentos invitados; todos hombres, y de negro. ¿Por qué de negro? Risitas joviales por todas partes. Risas y murmullos de jóvenes alquiladas retozando por los rincones con aquellos carcamales. Un cincuentón barrigudo con la cara del camarero la elegía y ambos subían por la escalera hacia las habitaciones. Sentía el golpe en las narices de una puerta blanca. “Tienes un buen culo, muñeca. A ver las tetas...”. Me parecía entenderle a aquel gordo de mierda.

—Vamos, Frank, no te pongas en lo peor, hombre. Ya veremos en qué queda la cosa —pero yo no escuchaba. Estaba intentando imaginar lo que pasaría en aquella habitación. El gordo desparramaría su enorme panza en la cama. Ella, sabe Dios lo que estaría haciendo y yo, allí, tras la puerta, golpeando con fuerza; como un fantasma al que nadie hace caso porque no existe.

Confieso que el pintor hizo lo que pudo, pero fue peor. Cada vez que repetía: verás como todo queda en nada, sentía otro golpe en los clavos de mi cruz en la que al final me quedaría solo expuesto al sol y a los cuervos que me comerían los ojos como aquella imagen me había roído las entrañas. ¡Maldita sea mi suerte! Pensé mientras cogía el móvil para llamar al inspector.

—Buenos días señorita. Soy Dussaud; Frank Dussaud. Quisiera hablar con el inspector Lamark —me intenté reponer, moderando deliberadamente el tono, aun sin saber si lo había conseguido del todo.

La voz femenina sonaba lejana y metálica al otro lado.

—Lo siento señor, el inspector ha salido. ¿Desea dejarle algún mensaje?

—No importa gracias. Lo llamaré a su móvil —así lo hice. Lamark estaba en el Louvre. ¿En el Louvre? ¿Qué demonios estaría haciendo ese hombre allí?

Tomé el metro y pronto estaba en el centro del patio, junto a la Pirámide de Pei que dio tanto que hablar. Estaba solo. Richard se había marchado a sus asuntos después de haber hecho mal su trabajo de quitapesares. Aquella cristalera piramidal magnífica sujeta de manera por los brillos cambiantes del agua de las fuentes se estrellaba contra el inmenso recinto de piedra, tan simétrico, tan macizo y vetusto. Sus cientos de metros de ventanas iguales se perdían en el infinito a ambos lados, paralelas al discurrir del río, entregándose al fin al verde de les Tuilleries.

Me encontré con el inspector en el vestíbulo subterráneo al que se accede por la pirámide inverosímilmente sostenida por una fina red de cables metálicos. Se despedía de uno de los agentes. Un loco había intentado dañar una de las obras de arte y había agredido a los vigilantes, que consiguieran reducirlo en los lavabos. Se quedó enormemente sorprendido de verme. Pronto lo puse en antecedentes. Pareció no dar importancia al tema. No se mostró en modo alguno sorprendido por el pasado de Marie. Tal vez supiera algo o quizás solo lo intuía; sin embargo, no hizo ningún comentario. Era evidente que quería evitarme un daño inútil nacido de rumores a los que aun no había encontrado fundamento. Se limitó a llamar a la central y solicitar información sobre el tal Vincent.

—En media hora lo sabremos todo sobre ese tipo. Tal vez nos aclare algunas cosas. Vamos. Demos un paseo.

Pasamos ese tiempo curioseando por la planta baja del ala Sully, una de las tres en las que se divide el coloso de piedra. Esta ala conforma un claustro que encierra un enorme patio cuadrado. Dos de sus lados se prolongan luego en las inmensas alas del edificio: La Richelieu a lo largo de la calle Rivoli y la Denon, paralela al río. Había allí antigüedades egipcias, griegas y romanas, pero mi atención no estaba para aquel sitio. Frisos, mármoles, grabados, tumbas, jarrones. Todo transmitía la inercia de un mensaje indeleble: no se puede borrar el pasado; no se puede destruir; siempre vuelve. Allí, en aquel recinto sin fin, en forma de huellas de piedra, se perpetuaba la herencia de las verdades y mentiras de otros tiempos. Pero aquellos restos no hacían daño a nadie.

Es más, exaltaban el pasado glorioso de las civilizaciones brillantes que los produjeron. No era como el pasado que a mí me acosaba: reciente, carnal, encabalgado en mi presente para deformarlo a su antojo. Mi pasado estaba vivo. Latía con un único propósito: destruir mi nueva dicha sin contemplaciones. Hasta la desmembrada dama griega de torso desnudo, que presidía uno de los interminables salones, parecía reconocermé. Ahí viene ese. El que no tiene derecho a la felicidad. Ese que va a volver a arrastrarse muy pronto. Maldita cara de hielo blanco. No me mires tan fijamente. Olvídame. Distráete con los males de otro.

Un grupo de japoneses apareció de repente y me sacó de mis pensamientos. Me di cuenta de que había seguido al inspector de manera totalmente inconsciente sin prestar atención a una sola de sus palabras. La Victoria de Samotracia, un cuerpo alado sin cabeza, nos recibía en las escaleras de acceso a la primera planta cuando el móvil del inspector sonó.

—Rue Gay Lussac, entendido —pareció deletrear las palabras—. Eso queda detrás del Jardín de Louxembourg. Vámonos, muchacho, ya sé donde localizar a ese fotógrafo.

Salimos del museo por la pirámide de acceso. Lamark encendió su pipa. Había estado demasiado tiempo allí dentro y necesitaba el humo del tabaco para relajarse. Yo caminaba a su lado con una bolsa de plástico en la mano. Una bolsa donde llevaba el álbum de las malditas fotos. El coche del inspector estaba cerca de allí. Al cabo de una media hora llegamos el lugar indicado. Aparcamos delante de una tienda de fotografía. Por su decoración indicaba que al dueño le iba bien. Una dependienta jovencita nos recibió amablemente. El inspector mostró la placa.

—Queremos ver a Vincent Morais. ¿Es suya esta tienda, verdad?

—Así es señor —respondió la muchacha sobresaltada—. ¿Qué ha pasado?

—No se preocupe señorita. No es nada. Solo queremos hablar con él, eso es todo.

—Está arriba, en el estudio, atendiendo a una clienta. Enseguida se lo aviso.

El inspector subió las escaleras tras la joven. No le gustaba esperar. Me limité a seguirlo. En el entresuelo la muchacha llamó a la puerta.

—¿Vincent? Abre, Vincent, es urgente. Está aquí la policía. Quieren hablar contigo.

A los pocos segundos la puerta se abrió. Apareció el fotógrafo acompañado de una jovencita escultural a la cual despidió amablemente.

—Sus fotos estarán para la semana que viene.

La modelo se perdió escaleras abajo acompañada de la dependienta. Vincent nos mandó pasar. Esa un hombre alto y espigado, de nariz aquilina y ojos saltones. De unos cuarenta años. Elegante vestido con una camisa de lino blanco. Tenía cierto ademán que acompaña a muchos artistas. Tras echarle un vistazo a las fotos del álbum no pareció no reconocer a nadie. El inspector necesitó poco tiempo para ponerlo en antecedentes.

—Estas son chicas de poca monta. Estos álbumes no se hacían para ninguna agencia de moda, aunque las modelos se lo creyeran. Estos iban para otras agencias. Las de señoritas. Bueno, ya me entienden.

¡Joder si lo entendía! No estaba sino confirmando mis sospechas —hubiera querido partirle la cara en aquel mismo momento, pero con ello no conseguiría más información así que tragué saliva y me mantuve inmóvil ante la que se me venía encima—. Ahora ya no me dedico a esto. Trabajo para revistas de prestigio y ya no necesito preparar *books* de putillas de lujo.

El inspector fue al grano mostrándole la foto que nos interesaba. El fotógrafo la miró concienzudamente. Parecía más interesado en la calidad que en el rostro que en ella aparecía. Un instante después comentó:

—Esta sí que me suena. No sé como se llama, pero estuvo aquí una vez. Todavía me duelen los cojones de la patada que me dio la muy golfa cuando le expliqué que podía pagarme de otra

manera. No tengo ni idea de lo que fue de ella.

Cerró el álbum y dio la conversación por acabada. El inspector se dio cuenta que poco más podía sacarle a aquel individuo, así que salimos del estudio, no sin antes de que Lamark lo pusiera en su sitio invitándole, con un gesto del brazo, a subirse la bragueta.

La dignidad no es algo que se compre con dinero. Con este puede disimularse, pero el que ha vivido arrastrado por los submundos no recupera la virtud fácilmente. Se puede aparentar y en la apariencia se estrellan casi todas las miradas; mas si rascas un poco la cubierta de escayola blanca aparece el lodazal oculto de las vidas. Así era el fotógrafo seguramente. Seguía aprovechándose de la ingenuidad de las chicas que sueñan con ser estrellas y les bebía así todo el jugo para, al final, no darles a cambio más que la frustración de una mentira. ¡Ojalá te duelan los cojones para siempre! Pensaba mientras salíamos por la puerta del local.

—Parece que tu chica no nos ha contado toda la verdad. Tendremos que hablar con ella —lo dijo en un tono demasiado serio para parecer amigable. Era evidente que emplearía otras dotes de persuasión menos amables de las que había usado hasta el momento.

Me quedé solo en la acera viéndolo alejarse en el Citroën blanco. Sentía un vacío en el estómago y una debilidad que hacía que me flaquearan las piernas. Me obligué a caminar para forzar al cuerpo a una reacción. El titubeo de los primeros pasos se convirtió en una marcha mecánica e inconsciente que me llevó a uno de los vértices del jardín. La Font del Observatoire era la entrada de aquel corazón verde de la ciudad. Remontándose sobre los chorros las estatuas de cuatro jovencitas se afanaban, como un Atlas, en sujetar una bola del mundo metálica construida con los gajos de sus meridianos. Por algo llaman a la fuente la de las cuatro partes del mundo. Así como ellas impedían que cayese al vacío del cosmos, así Marie había sujetado mi maltrecha vida y ahora era dueña todopoderosa de ella. Sin embargo, todo mi júbilo pendía ahora del hilo más vulnerable: el de los celos. La profunda amargura de la traición consumada era el origen de mi malestar. No hay mordedura peor para un amante que la del resentimiento que producen los celos. Son la daga más hiriente. Permiten que se apodere de ti el dueño de tu inconsciencia, ese otro yo que te dicta palabras que en modo alguno dijeras si te fuera permitido el control. Ese otro yo que hace que odies lo que amas, que veas defectos donde había virtudes. Ese que hace que te orines sobre la tierra más sagrada y que te degrades a lo más rastrero que pueda nombrarse. Y al final los reproches, solo quedan los reproches que te destruirán a ti y a quien se ponga por delante.

Pasada la fuente y una pequeña avenida que lo anuncia aparece el jardín, desprovisto de libertad natural de los bosques por un meticuloso trazado de paseos de tierra más o menos anchos. Cuidadosamente dispuestos en líneas rectas y oblicuas que con sus límites acordonaban infinidad de bosquesillos, jardines y parterres. Los árboles, podados con un esmero más propio de un arquitecto que de un jardinero, se ven confinados en sus recintos; condenados a ver la ciudad sin poder huir jamás a los lejanos montes que nunca verán y parecen llorar lágrimas de intenso verde por ello. Había estudiantes enamorados por todas partes. Una de las universidades de París está allí cerca. Retozaban relajados en los bancos, en el césped, inmóviles como las estatuas de las Reinas de Francia y las damas ilustres que se encuentran a lo largo de las terrazas del parque. El sabor de sus besos prestados me amargaba la garganta. Llegué al final del jardín, donde está el palacio. Fue peor porque en él vivió otra Marie: la de Médicis; pues muerto su rey no pudo soportar más la frialdad del Louvre, cuando aun era palacio, y mandó construir otro que le devolviera a su Florencia añorada.

Comí algo, no sé el qué ni dónde; pero no conseguí calmar el vértigo que me aprisionaba. Compré un paquete de cigarrillos. Encendí uno sin el remordimiento de perder los años que

habían pasado desde el último. Una quemazón intensa inundó mis pulmones y fue tal el asco de aquella calada profunda que arrojé al suelo la colilla y regalé el paquete a un pobre que pasaba. Seguí caminando durante mucho tiempo. Por la rue Bonaparte llegué a la Seine, pasé a la rive Droite y recorrí el Quai de les Tuilleries hasta la place de la Concorde. Eran ya las seis. Había estado caminando tres horas. Subí la rue Royale hasta la Madeleine. Cuando llegué al garaje quise hacer balance de mis pensamientos pero era imposible. Únicamente había hecho la cuenta de los despechados: celos, dolor, lástima de mí mismo, desasosiego, cansancio y sobre todo una fijación enfermiza al pensar que el mundo se había aliado contra mí.

Por el camino, con las últimas luces del día, la tortura se hizo carne en forma de un cuerpo de mujer retozando en todas las camas, gozando de placeres más impuros cuanto más viejo y gordo era el hombre que la tocaba. La puta bien pagada disfrutaba tanto con las propinas como de los lametones babosos de cualquier rico cabrón sin escrúpulos. Hazme esto, hazme lo otro, así está bien. Eres una perra cuando jadeas. Toma tú propina golfa, que te la has ganado. Así era como veía en mi cabeza los retazos de amor que ella me había dado, como a tantos otros. Estúpido iluso. Yo que pensaba haber atrapado el goce en un frasco de perfume puro y no era más que hedor de los estercoleros. ¿Eran fingidas sus caricias? ¿Su confesión de amor era una farsa? ¿Todos los placeres que yo pude darle eran fingidos?

No, no podía permitir que aquellas voces que pretendían arrebatarme lo poco que tenía me destruyeran así. Tenía que luchar. Había dudas. Lo había dicho Magie, lo había dicho el pintor, y el fotógrafo. Y tiré al suelo la torre de naipes de mis desgracias antes de entrar por la puerta de la finca, decidido a averiguar la verdad; pero no desde la ira ni el reproche, sino desde la reflexión y el aprecio. Tenía un barco que salvar de la tormenta y en él solo íbamos dos. Si se hundía los dos moriríamos en la tragedia. Hice una llamada.

—Dame un día Lamark. Dame un día y lo sabré todo.

## CAPÍTULO NOVENO

### El bálsamo de las palabras

Cuando entré en la casa todo estaba preparado para la cena. Las mujeres habían vestido de fiesta la mesa del salón. La familiaridad con que se trataban demostraba que habían dado por bueno el compartir mi cariño. Mi padre, que leía uno de sus preciados volúmenes en el sofá, se levantó para depositarlo con extremo cuidado en su estante. Después me preguntó cómo me habían ido las gestiones y me vi obligado a mentir lo más escuetamente posible para eludir su perspicacia.

Una vez más tenía que reprimir la angustia inoportuna que producían mis dudas y tragarme las palabras para una ocasión más propicia. No debía, no quería preocupar a mis padres. Tampoco quería que el pasado de aquella mujer, que se afanaba en disponer la mesa con suma elegancia, trascendiera más allá de mi alcoba. Hay ciertas intimidades que no deben traspasar más umbrales que los necesarios. Muchas veces obligamos a los seres queridos que nos rodean a tomar posturas o a dar consejos que la inoportunidad puede devolverles en forma de reproches porque no han acertado, porque han sido parciales, o simplemente por que la vida va dando bandazos que los cogen a contrapié. Así, luego, las relaciones familiares se tambalean y ya nada es lo que era; destrozando con un consejo errado una relación de años. Por eso, porque no quería que nada de eso ocurriera, mantuve las formas tanto como me fue posible. Aun así no pude evitar la pregunta.

—¿Qué tienes, hijo? Te veo preocupado —la seriedad de mi semblante lo demostraba.

—No es nada mamá. Cosas del trabajo.

La cena transcurrió con normalidad. Creo que bebí demasiado; aunque en mi caso tres copas de vino siempre son demasiado porque no suelo beber más que agua. Eso me produjo una euforia que dulcificó mi comportamiento y escondió hasta los postres la trascendencia de lo que ocurría. Después, el sopor en que deriva el alcohol me sumió en un estado melancólico que intenté superar con una última copa junto a la chimenea. Aduje un cansancio que en verdad tenía y subí a la habitación mientras ellas recogían la mesa y mi padre retomaba la lectura interrumpida.

Me acosté. Por el techo desfilaban las sombras que, de las ramas de los manzanos, proyectaban las farolas. Aquel vaivén de grises en la habitación oscura era el acompañante más idóneo para las ideas que se alborotaban dentro de mí. Ideas a las que, por otra parte, no era capaz de poner palabras porque si lo intentaba eran, unas veces, dardos hirientes con el único destino de inferir dolor y otras, las menos, demasiado indulgentes y únicamente dignas de acarrear compasión. Por eso, cuando Marie entró, me mantuve mudo observándola. En el armario encontró un camisón blanco. Dejó su ropa en el galán y se lo puso, no se si intencionadamente, delante de la ventana. La luz de la luna llena entraba con intensidad suficiente para que su figura, plena de gracia, se insinuara dentro del lino. La tela se pegaba voluptuosamente a su cuerpo sugiriendo lugares que yo conocía. Sin embargo, la contemplación de aquellos rincones rebosantes de sensualidad que yo había gozado infinitamente no conseguía sino causarme más daño. Imaginaba aquel cuerpo retozando con otro que no era el mío; temblando de placer al dejarse recorrer por otras manos.

Se acostó encajando su cuerpo en mi espalda y me acarició con suavidad el pecho con la intención de no quedarse ahí. Recogí su mano con delicadeza y la devolví a la calidez de mi vientre.

—Estoy muy cansado. He tenido un día horrible —mascullé algunas palabras de disculpa.

Ella suspiró y se tragó las ganas. Tal vez la mañana fuera más propicia. Se durmió enseguida, adosada a la piel de mi espalda en un intento de convertirse en prolongación de mí mismo, hasta el punto que nuestras respiraciones se acoplaban. El sinsabor de los celos se había convertido en

lástima. Lástima primero de ella. Sabe Dios qué caminos había recorrido hasta llegar a tener que venderse. Lástima luego por mí, porque había pensado que tenía el timón de ese barco que es la vida y no era, para mi desgracia, más que un grumete inexperto zarandeado por la tempestad. No pude evitarlo. Lloré como un niño.

La mañana me descubrió durmiendo, vencido por el sueño. Cuando abrí los ojos me la encontré sentada a los pies de la cama. Había descubierto la bolsa junto a mi mesilla y estaba contemplándose a sí misma con unos años menos en aquel maldito *book*. Salió de su sorpresa cuando percibió algún movimiento en las sábanas.

—Puedo explicártelo todo. Te juro que puedo explicarlo —su voz temblorosa repicaba en mi cabeza.

En el fondo creo que fue una suerte que encontrara el álbum. Me ahorraba así todas las palabras que no había conseguido articular la noche anterior.

—Me lo dio Magie, yo...

—La vida no ha sido fácil para mí. Pero no es lo que crees. Escúchame, te lo ruego —respiró profundamente y comenzó.

La niña de provincias llegara a París con la maleta llena de las ilusiones que casi todas las niñas bonitas tienen algún día. La ciudad de la moda, decían. Así se bajara del tren, un día lluvioso de invierno, una muchachita de Nantes de familia humilde, dispuesta a abrirse camino entre los miles de jóvenes esbeltas y angelicales que llegan cada año a la ciudad de los sueños con las mismas intenciones. Los primeros pasos, todos iguales: una pensión barata en un barrio vulgar, algún contacto sacado de los periódicos, unas fotos pagadas para las agencias y a esperar. Pero esa espera se convierte en necesidad cuando el dinero se termina y las ofertas no llegan. Es entonces cuando hacen su sucio trabajo los oportunistas que terminan por arrastrar a las chicas al dinero fácil con promesas que ni un ingenuo creería. Así es como acabó su imagen en aquel libro.

—Tenía que comer, Frank, no podía regresar a mi casa —lo dijo, pero sabía que alguien como yo no podría comprenderla—. Así que me arriesgué.

No era tonta. Sabía muy bien que entraba en el vestíbulo de un mundo lleno de sombras, de amargura y de resignación. En las largas colas de las pruebas había conocido muchas chicas como ella. Jovencitas que contaban historias de otras jovencitas que ya no venían por allí. Unas porque se dedicaban a las fiestas, otras porque vendían sus cuerpecitos blancos al precio que les permitía su belleza. Las esculturas de carne más perfectas se cotizaban alto entre las piernas de los pudientes, las menos bellas o las que, por usadas, ya aburrían, tenían que bajar sus tarifas para poder poner plato a la mesa. Tampoco ese dinero ganado a golpes de cintura era totalmente suyo en ninguno de los casos: la madame, el chulo, o el intermediario de turno se llevaban, desde luego, un buen porcentaje.

—Estaba muy asustada. Era muy joven y las cosas que me decían eran horribles.

Muchas chicas intentaban salir poco después de conocer el estercolero, pero casi nunca era fácil. Las deudas, la droga o simplemente la intimidación y el acoso al que se veían sometidas por quienes vivían a su costa las retenían, atenzadas por la cadena invisible que es el miedo. Los casos más comentados eran los de las palizas. A veces aparecía alguna chica marcada en la cara con golpes y contaba su historia llorando en un corrillo. Era una buena propaganda y causaba el efecto deseado en las niñas. En el rostro iba escrito: a ti te puede pasar lo mismo. Muy raras eran las que hablaban de muertes. Las muertes no eran rentables para nadie, pero alguna se escuchaba de vez en cuando, aunque la mayoría no eran ciertas. Habían muerto, decían, cuando habían conseguido salir de la circulación.

—Necesitaba el dinero. Me lo había jugado todo. Entonces hice las fotos y empezaron a



llamarme para ir a las fiestas. Afortunadamente conocí a Éloïse en una de aquellas colas.

Éloïse escondía la misma historia que Marie, pero empezada un año antes. Ya había soñado, ya había caído también, aunque no lo necesario para no volver al sueño de las interminables filas de los castings. Se había buscado la vida por los mismos caminos por los que Marie comenzaba a andar.

—¡Pobre! No sé qué habrá sido de ella. No entendí por qué, pero le caí simpática y me ayudó. Me evitó muchas humillaciones al llevarme a una agencia de las que tenían cierto respeto por las chicas y las trataban bien. Así fue como mi foto llegó a este álbum.

—Mira. Esta es Éloïse.

Tres páginas más adelante apareció aquella chica de calendario, sentada en un suelo de baldosas grises que realzaba la esbeltez de sus piernas bronceadas, levemente dobladas por las rodillas. Una mano adormecía en un regazo vestido de camisón blanco y la otra se clavaba recta en el suelo permitiendo al cuerpo mantenerse inclinado, mostrando la curva de sus caderas. Dos sisas blancas salían de unos pechos bondadosos hacia unos hombros finos que invitaban a la caricia. Su cara sonriente y morena se perdía entre los rizos de unos cabellos largos. El rostro era de una niña, pero la mirada era tan segura y vigorosa que aplacaba su adolescencia dando paso a una mujer completa con todo lo que tiene para ofrecer.

—Es muy linda —comenté recelosamente.

Llamaron a la puerta del dormitorio. Marie cerró el álbum instintivamente.

—¿Se puede? —La puerta se entreabrió y mi madre asomó—. Nos vamos. Tu padre me ha dicho que quiere verte en el despacho a media mañana. Y tú Marie: ¿qué te parece si tomamos café esta tarde?

—Muy bien, nos llamamos —la voz sonó menos dulce de lo que era habitual, pero únicamente yo me di cuenta. La puerta se cerró y volvimos a estar solos.

—Cariño, así fue como llegué aquí —dijo señalando de nuevo la foto—. Comencé a ir a las fiestas con Éloïse. Al principio pasábamos un periodo de pruebas para ver lo que podíamos dar de sí. Ella era mi mentora. Me presentaba a las otras chicas, a sus amistades, a sus contactos, y me advertía de los peligros que podía correr si se acercaba este o aquel otro. Era una experta.

—Esto es mucho para mí —me apresuré a decir—. No sabes que mal lo estoy pasando.

—Ya sé lo que quieres saber. Quieres saber si fui puta —su voz adquirió un tono lastimero y recriminatorio—. Todos sois iguales. Igual de egoístas. Solo pensáis con la bragueta. Pues no. No lo fui. Nunca me tuvo ninguno de aquellos miserables. Y eso que alguno llegó a ofrecerme lo que no puedes imaginarte.

—Entonces...—creo que llegué a sonreír y a dulcificar mi rostro congestionado.

Entonces es muy fácil. Yo solo tomaba unas copas con los invitados, bailaba con ellos y a veces cantaba alguna que otra canción. Sus manos nunca pasaron de algún sucio roce. Algunos que quisieron propasarse se encontraban con Éloïse que venía a rescatarme o se llevaban mis dedos estampados en la cara. Los bailes no daban para mucho, el negocio estaba en las camas, pero sacaba para ir tirando.

—¿Y tus padres? ¿Conocían tu situación? ¿Te ayudaban?

—Mi padre murió cuando yo tenía quince años y mi madre, dos años después, se casó con otro hombre. Yo estaba de más en aquella casa. Aunque ella se esforzaba en darme todo el cariño que podía nos fuimos distanciando. Son las circunstancias. Tú ya sabes que la vida algunas veces da dos oportunidades. A mi madre se la dio en aquel momento pero a mí no. Entonces, a los dieciocho, dejé la escuela y me vine a París a buscar mi sueño y mira..., después de todo..., te encontré a ti.

Parecía concederme un privilegio: el de sustituir sus ilusiones de joven que iba hacia arriba por las esperanzas de quien quería caer sobre blando. Sentía una agitación extraña que estaba obrando un efecto inesperado. La lástima que había sentido por mí mismo durante la noche cambiaba de dueño en aquel instante. Era ella la que era merecedora de compasión. Mi vida en los últimos tiempos no había sido un camino de rosas; pero, al principio, me pusieron en un lugar privilegiado para caminar. Sin embargo, ella no había encontrado más que guijarros y lama desde que recordaba.

—¿Y tu marido?

—A Alain lo conocí en una de aquellas fiestas. Nos caímos bien. Creo que porque los dos éramos parecidos. Él también viniera a París a buscar su sueño y lo encontró, o al menos creía haberlo encontrado. Empezamos a salir y me apartó de aquel mundo. Es una deuda que tendré para siempre. Habría terminado por ser una más de las que subían a las habitaciones. ¿Sabes?, hay cosas que están escritas.

Me imaginaba a la niña que pierde a su padre porque la enfermedad se lo roba. Luego su madre se va porque pasa el último tren. Más tarde ella también coge uno, tal vez el único que pasa. La vida no va nunca por donde queremos. Es la maldita fortuna la que diseña nuestros destinos y nos arrastra como el agua brava lleva a una canoa. Podemos esquivar, esconder, rodear; pero al final el curso del agua es el que manda. La providencia obra casi siempre ajena a nuestra voluntad, aunque queramos engañarnos, y escribe nuestra existencia con renglones torcidos como los meandros del río que nos lleva.

Así, gracias a Alain, nació una nueva Marie. Él le quitó la costra dolorosa que produce el roce indigno de las cosas y la sumergió en un nuevo mundo pintado de blanco. A su lado dejó de ser gogó en los invernaderos de viejos salidos y se fue convirtiendo en dama de las que se dan a respetar con la chequera. Las nuevas amistades aparecieron como lo hacen las setas en un tronco podrido. Los negocios iban como la seda. Ella era la reina de las celebraciones más finas de los ambientes adinerados: la ópera, las tertulias de artistas, compras en las mejores galerías de arte, cócteles, recepciones. Todo parecía barnizado en el mismo papel de oro que recubre muchas estatuas de la ciudad, pero para su marido no era bastante.

—El inspector me ha dicho que tu marido estaba arruinado ¿De dónde sacas ahora el dinero?  
—Demasiado directo, pero ya era tarde.

Pronto, los mismos que introdujeran a Alain en la alta sociedad también le hicieron partícipe de sus más depravados defectos. Empezó a aficionarse al juego y por cada moneda que entraba en caja salían dos en forma de números de ruleta. Ella que veía derretirse su castillo de caramelo hizo lo que pudo por evitarlo, pero cuando el engranaje del vicio te ha enganchado rara vez se consigue la libertad. O saltas o te traga también a ti el embudo.

—Antes de que dilapidara todo el dinero le obligué a abrir una cuenta a mi nombre y a meter una cantidad que me diera alguna seguridad. De ese dinero voy tirando.

Mentira. Aquello me sonó a mentira. No me resultaría difícil averiguarlo, pero la incertidumbre que me produjo era mucho más dolorosa que la presunta falsedad. Si no estaba diciéndome la verdad también podría haber mentido en lo demás. Y entonces volvíamos al desenterrar el origen de mi tormento. No hay peor martirio para un enamorado que regodearse en el desprecio de uno mismo por querer limpiar lo que está sucio para vestirlo de nuevo. Eso es lo que me pasaba a mí. Me sentía fatal porque el egoísmo brotaba de mi boca en forma de palabras amargas que duelen tanto al que las dice como al que las recibe. Y esta vez no pude, no conseguí callarme y escupí tantas sandeces que no puedo acordarme. Puse en duda lo del dinero y eso me sirvió para encadenar detrás las cosas que más daño me hacían para ver si así me libraba de ellas.

—¿Dime lo que escondes? ¿Por qué no confías en mí? ¿Por qué me estás usando?

No sé porqué, pero su reacción no fue la que yo esperaba. Lo más normal habría sido que se ofendiera, que me despreciara por haberla obligado a recordar y que luego le recriminase el haber pronunciado justo las palabras que yo quería oír. Pero no. Ella estaba muy por encima de la situación y por ello, después de atenderme como a un enfermo que lo vomita todo en forma de reproches, se acercó a mí y me abrazó con ternura susurrando palabras reconfortantes que atenuaron mi angustia.

—Te he dicho la verdad. No te he mentado. Te quiero y no te haría daño por nada del mundo.

—Pero...

—Ven, bajemos a desayunar y seguiremos hablando.

Nos vestimos en silencio, cada uno parecía ensimismado en el agua oscura de su propio pozo interior. Bajamos a la cocina. Mientras preparaba el café retomó la palabra.

—Bueno, hay algo que no te he contado. Lo voy a hacer ahora porque quiero que veas que no te guardo ningún secreto. Es algo muy íntimo que quizá no entiendas.

Antes de conocer a Alain había tenido otra relación también nacida de su nuevo mundo de burbujas doradas. Se había mudado a su apartamento a los pocos días y la vida en común, la que nace de los pequeños detalles y la rutina cotidiana fue la que hizo el trabajo de entregar el cariño. Su tono se afectó haciéndose nostálgico, como si aquellas horas, ahora lejanas, hubieran servido para humanizar el desconsolado fin para el que se usaba a sí misma.

—Fue bonito. Te juro que fue algo que no olvidaré y ya ves que con esto me arriesgo a causarte daño. Es verdad. Me lo hacía. Pero estaba entregándome un pedazo que nunca había mostrado a nadie y me sentí agradecido de que continuase. Por primera vez entendió lo que era el amor, pero no ese amor que nace como consecuencia de una pasión, sino el que se confirma a partir de la amistad. Ambas cosas no deberían llevar el mismo nombre, pues si el primero es caliente y lujurioso, el segundo es templado y sereno. Así fue como la amistad llamó al amor y un día, sin más aviso que la propia necesidad que imprime ese sentimiento, dos labios húmedos se encontraron juntos para poner piel a la más usada de las palabras.

—Nos llevábamos tan bien. Todo era cariño y respeto —nos sentamos a la mesa, pero ella no estaba allí. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lo que me estaba dando era un poso de algo que había cristalizado para siempre en su memoria eludiendo el olvido.

—Sabes que lo que siento por ti no cambiará por eso. No tengo derecho a juzgarte —esas no eran más que cuatro palabras hipócritas. La verdad es que aquello me quemaba como un hierro ardiente.

—Durante unos meses lo compartimos todo. Incluso soñamos con alejarnos del camino equivocado. Pero la necesidad puede más que la fantasía. Eso pasa siempre.

—Ojalá algún día encuentres otro hombre como ese que te hizo tan feliz. Y ojalá que sea yo —estaba preguntando, desde una serenidad fingida, a qué altura me encontraba en su corazón.

—Ves como no lo entiendes. No era un hombre. Era Éloïse.

Me quedé atónito, con la tostada en la boca a medio masticar. Había sido una impresión demasiado fuerte que me dejó con la mente en blanco; un color que intenté revestir musitando pensamientos entrecruzados. Por una parte la sorpresa fuera mayúscula y tan inesperada como impropia de Marie, y por otra afloró un indescriptible consuelo de que fuera una mujer su amante. Eso me hizo sentir mucho mejor. Me veía más dueño de ella y con más derecho a poseerla. De repente, se me borraron los celos. ¡Qué cortos de miras somos los hombres para esas cosas! Estamos hechos de la superficialidad que huye de nuestras braguetas. Y al ser tan espantosamente carnales no entendemos ni de lejos el concepto de amor. Nos irritan unos dedos sobre un cuerpo y

toleramos aquellos que se posan en el espíritu. Pero esas simplezas de la existencia me beneficiaban ahora solamente por una cosa: por ser hombre. Lo cierto es que tras una pausa prolongada que me permitió tragar el bocado sin atragantarme acerté a decir:

—Te aseguro que es lo último que esperaba en este momento.

—No me juzgues, te lo ruego. Ni te atrevas a clasificarme. Fue un completo accidente que no se ha repetido ni se repetirá. Pero ocurrió, aunque desgraciadamente las cosas no terminaron muy bien. Éloïse conoció a un hombre. Era un cuarentón de buena fachada al que había visto por las fiestas en algunas ocasiones. Una tarde quedaron fuera de aquellos ambientes y comenzaron a verse con cierta regularidad. Desde entonces la situación económica de mi amiga había mejorado, e incluso se permitía algunos caprichos caros en forma de regalo. Por un lado me alegraba por ella, porque la veía siempre con la sonrisa pintada en carmín y haciendo cábalas acerca de su devenir más cercano. Por otro sentía una profunda pena pues la veía en el entreacto que pasaban todas las chicas antes de dar el paso definitivo hacia la prostitución. Qué eran aquellos regalos sino el pago material por utilizarla, por gozarla con más disimulo que el que permiten los billetes. Pero un día la balanza se inclinó hacia donde el destino la empujaba inexorablemente —Marie hablaba muy afectada por el recuerdo—. Ese día, Éloïse se presentó en el apartamento con aquel elegante señor y entre tazas de café y charlas triviales terminamos hablando de sexo.

A medida que quedaba claro el carácter disoluto de aquel individuo y que Éloïse se alineaba siempre con sus opiniones, Marie se daba cuenta que todo aquello tenía un fin, que no se había llegado a aquel punto por casualidad sino que entre ambos existía alguna alianza de intereses que a ella le eran desconocidos. Todo iba indicando que aquellos dos habían echado cuentas en las que entraba ella. Y cuando los rodeos no dieron más de sí vinieron las proposiciones a exponer claramente su juego. Lo que aquel individuo pretendía era hacer realidad una de las fantasías sexuales que a todo hombre se le pasan alguna vez por la cabeza. Quería acostarse con las dos y pagaría bien por eso. Aquello le satisfaría doblemente, ya que por un lado aplacaría su lascivia y por otro engrandecería su ego porque sabía que aquellas chicas no eran de las que estaban en circulación.

—Te aseguro que haber aceptado me habría proporcionado una vida más cómoda, pero me sentí tan traicionada.

Marie había entendido aquella relación homosexual como algo puro y maravilloso, exento de todo lo que tenía que huir en su extraño trabajo. Sus esperanzas tenían nombre de mujer. Con ese nombre conseguía fuerzas para seguir y tal vez un día el rumbo de sus vidas cambiaría. Por eso, cuando vio que su amiga emprendiera el camino fácil que tantas veces le había ayudado a evitar, se sintió horriblemente frustrada. Las cosas ya no volvieron a ser nunca igual. La confianza sufrió un severo varapalo. No hubo más camaradería ni más noches húmedas. Poco a poco la indiferencia fue haciéndose dueña de todas las esquinas del apartamento y cuando esa misma indiferencia empezaba a dar paso algún que otro reproche Marie cogió sus cosas y se fue. Un mes más tarde conoció a Alain.

No he de negar que aquel relato, contado desde la más estricta intimidad, me turbó más de lo que hubiera deseado. Sin embargo, el que hubiera rechazado aquella proposición me hizo sentir bien.

—Mi niña. Mi pobre niña. ¡Qué mal lo has pasado! —posé mi mano por su pelo como queriendo demostrarle mi gratitud por aquellas verdades regaladas.

Y así fue como vinieron de nuevo las caricias y los besos, entre murmullos de perdón y arrepentimiento acompañados de algunas lágrimas, como dos adolescentes que después de discutir se reconcilian en el interior de un portal. Y el fognazo que produce el consuelo mutuo nos hizo

subir de nuevo al dormitorio para borrar la amargura de los recuerdos con la carnalidad inconsciente de un placer compartido.

—No quiero volver al apartamento —me dijo mientras el humo de los cigarrillos se entrelazaba en el aire.

—Nos quedaremos aquí, si tú quieres.

-----

Sobre la Seine, apoyado en la barandilla de este puente, me fumo también un cigarrillo y contemplo como el humo asciende hacia el cielo de París. Igual que el humo aquel de la habitación de la casita de campo que elevaba nuestro amor hacia el techo encalado, igual que el humo de los clientes del burdel de Magie, que almacenaba mil miserias; igual que el humo de la pipa del Inspector Lamark, que entendía mis miedos y sospechaba de los secretos de Marie. Ha pasado tanto tiempo que podría haber olvidado muchas cosas, pero mis recuerdos no se disipan como el humo. Están aquí, conmigo. Siempre presentes. Siempre vivos.

## CAPÍTULO DÉCIMO

### El Chevalier de la Barre

Mientras yo acudía a la cita con mi padre y luego despachaba los asuntos del día en la oficina, Marie pasó la mañana haciendo algunas compras. Comimos juntos en un Flunch y tomamos con mi madre el café prometido en una cafetería del centro comercial de Les Halles. Pero aquel receso en el devenir de los acontecimientos tenía sus horas contadas y a media tarde estábamos de nuevo sentados frente al inspector, en su despacho cuadrado de paredes grisáceas y cortinas a juego con el humo del tabaco.

Marie relató de nuevo los pormenores de su pasado, obviando lógicamente, los pasajes en los que intervenía Éloïse. Lamark escuchó aquella declaración con hastío. Nada parecía impresionarlo. Era como si aquel relato, que tanta mella había causado en mi ánimo, fuera para él plato de todos los días. Aquel hombre estaba acostumbrado a ese tipo de historias y lo único que le interesaba de ellas eran los indicios de posibles delitos, pero jamás se permitiría vivirlas en primera persona. Era evidente que en aquella historia no encontraba nada aprovechable y decidió dar un vuelco a la conversación remitiéndonos a las nuevas pruebas que obraban en su poder.

—La policía brasileña ha arrestado a uno de los lugartenientes del traficante de Belem. Después del interrogatorio decidió acogerse al programa de protección de testigos, para obtener los beneficios penitenciarios que le prometió el juez a cambio de declarar en contra de su jefe. La declaración ha ocasionado una cadena de detenciones.

Uno de esos detenidos, habitual acompañante del muerto, había afirmado conocer al asesino: un francés que deseaba comprar mercancía. Cuando la policía le mostró una foto de Alain no lo dudó un instante y lo señaló como autor del crimen. Juraba que, oculto en el camarote del barco, lo había visto todo. El crimen había sucedido siguiendo el guión que yo imaginara una vez; pero al fin, aquel rostro indefinido, que caminaba con el arma en la mano taconeando por las tablas del embarcadero, tenía un rostro y una historia en la que yo había entrado sin permiso de nadie, una historia en la que tampoco había pedido estar.

El inspector ilustró lo acontecido con los detalles escabrosos que el testigo había descrito, pero el móvil estaba aun por precisar. Puede que aquel hombre interfiriese más de lo aconsejable en alguno de los negocios de Alain. Era posible que el muerto hubiera decidido que llegara el momento de establecerse por su cuenta utilizando para ello capital del último envío. Cabía pensar en el hecho de que Alain acudiera a su cita en el puerto para cerrar alguno de sus negocios turbios y algo saliera mal. Algo se le fue de las manos y aquel sicario se llevó las de perder. Lo cierto es que el testigo afirmaba que entre ambos hombres se había entablado una conversación que él no alcanzó a escuchar y luego las palabras adquirieron un tono amenazante que terminó en una discusión acalorada, enmudecida con un disparo seco y limpio que dejó tieso al esbirro. Luego escuchó el chapoteo del cuerpo al caer inerte en el agua y por el mismo ojo de buey por el que vio la cara del ejecutor, vio también hundirse el cadáver en las aguas negras del embarcadero.

—Ya ves que tu marido no era trigo limpio —el inspector sentenciaba algo que parecía tener claro hacía tiempo—. Aunque supongo que eso ya lo sabías.

El rostro de Marie estaba lívido. Sabía que su marido había sido un crápula. Sabía que el dinero del que ella gozara no había sido ganado limpiamente. Ya había confesado conocer los trapicheos en los que andaba metido: compra de joyas robadas que luego fundía en los talleres, alteración de la pureza del oro y la plata que pasaban por sus manos, utilización de métodos de venta no muy convencionales. Todo aquello era cierto, pero ahora se estaba hablando de muertes. Nunca lo hubiera creído; es más, hubiera puesto la mano en el fuego afirmando que era mentira.

Pero Marie no tenía un pelo de tonta. La huida precipitada de Belem era una prueba irrefutable de que Alain quería alejarse de la escena a toda prisa. Los argumentos que utilizara para convencerla de volar a Santa Elena no eran más que una disculpa para salir huyendo de las consecuencias de matar al primo del traficante más poderoso de la ciudad. Luego, el retraso en el despegue y por último el intento del piloto de matarlos eran los peones de la jugada de la venganza.

—Mi marido ya ha pagado con la vida sus errores. Déjenlo descansar en paz —las palabras salieron de su boca mostrando cierto resentimiento.

—Es cierto, señorita. Con la muerte se arregla todo. Pero puede que usted también tenga alguna deuda pendiente. La policía brasileña ha solicitado a nuestra oficina central un informe para recabar información sobre usted. Afortunadamente, no cuenta con antecedentes penales que la puedan señalar como cómplice o encubridora; sin embargo, eso puede cambiar en cualquier momento.

Era su forma de preguntar. Su forma de insinuar que si Marie conocía los pormenores del crimen o estaba implicada en él de algún modo, aquel era el momento de dejarse de tapujos y declarar la verdad. La reacción de Marie fue diferente a la de la última vez.

—¿Pero es que nadie va a creerme? ¿Qué tengo que hacer para que os enteréis de que no se nada de ese asunto? Todavía no puedo aceptar lo que me está usted contando porque me parece imposible que haya sucedido.

El inspector se dio cuenta que errara el camino. Aquella mujer, frágil en apariencia, tenía más fuerza interior de lo que había valorado. Por ello, se acogió a un tono más conciliador. Se concedió una tregua para encender la pipa mientras nos observaba con ojos de arqueólogo rastreando la más mínima pista de vacilación. Yo me sentía tan escudriñado como mi acompañante. También entraba en el lote. Podía estar protegiéndola con mi silencio, pero no era así. La amistad trabada con aquel hombre no me hacía sentir intranquilo. Sabía que su verdadera intención era ayudarnos.

—Hace unos días la policía venezolana interrogó a varios contactos que Alain tenía en Santa Elena. Uno de ellos declaró haber recibido una llamada de su marido un día antes de su desaparición. Habían concertado una reunión a la que Alain nunca se presentó.

—Esa llamada de la que usted habla la hizo delante de mí. Ya le he dicho que alquilamos una avioneta para ir a Santa Elena. Mi marido tenía que cerrar allí un buen negocio, pero no sé nada más. Se lo juro.

—Santa Elena no es un lugar al que se vaya a hacer negocios de guante blanco —el inspector volvió a ser mordaz.

—Nunca he estado en ese lugar ni tengo la menor idea de lo que hay allí —se jugó la carta que le quedaba al decir—. Si piensa que soy culpable de algo deténgame, si no déjenos ya en paz.

—No puedes hacernos esto Denis —salí en su defensa desesperadamente—. Es lo último que necesitamos en estos momentos. Eres el único que puede ofrecernos ayuda. Contamos contigo para que todo termine bien. No tienes que sospechar de Marie, porque si lo haces también yo me siento sospechoso. Te hemos dicho todo lo que sabemos. Todo. Por favor, hazte cargo de nuestra situación.

Aquella historia que arrastraba Marie no cesaba de importunarnos. Parecía que los residuos que la vida deja en el pasado se esforzaran por aprisionarla de manera inapelable. Algo extraño y amenazador había dejado la selva con nosotros y nos acompañaba desde hacía tiempo como una sombra. Olía a vendetta. Los cárteles basan su poder en el pánico que son capaces de generar y alimentan ese pánico ajusticiando de forma cruel a los que les traicionan. La red de las grandes mafias se despliega por todo el mundo. Nadie está fuera de su alcance. El asalto de mi

apartamento, para no robar nada, era una forma clara de aterrorizar a la víctima antes de ejecutarla. Los intentos de eludir el desenlace fatal eran la mejor carta de presentación y la mejor propaganda para que otros descartasen la idea de traicionar a algún capo y poner en peligro todo el negocio. Nuestra conversación derivó hacia esos derroteros. Lamark había puesto a trabajar a sus confidentes para localizar los tentáculos que los traficantes brasileños extendían por París, pero hasta el momento no había resultados.

—Creo que pretenden matarte —afirmó con seguridad—. Sabían que acompañabas a tu marido en el viaje y te consideran su cómplice. Está claro que su venganza no será completa hasta que acaben contigo.

El desasosiego que me producía el hecho de pensar que Marie pudiera sufrir algún daño se acrecentó considerablemente cuando mis temores se verbalizaron en la boca de Lamark. El peso de la responsabilidad me pudo hasta el punto de implorar, desde la humillación, que se velase por su bienestar. Rogué al policía que se ocupara de su protección, pero ella reaccionó al momento.

—No quiero que me vigilen. Ya me sentí presa una vez y no quiero repetirlo.

El inspector respondió, después de dar una profunda calada a su pipa, con la calma que en él era habitual.

—No vamos a vigilarte. No puedo dar esa orden sin enredarte más en este asunto —la razón parecía suficientemente lógica para creerle. Sin embargo, yo sabía que aquello no era más que una mentira de las que se usan para contemporar. Desde aquel momento seríamos observados de cerca. No era necesario ser muy listos para entender que Marie era un señuelo andante al cual acudirían los peces tarde o temprano.

Salimos de la Prefecture du boulevard Morland hacia las seis. El sol había sido generoso con la ciudad vertiendo tan abundantemente su luz que la tarde era templada e invitaba a caminar. Por eso decidimos dar un largo paseo, a pesar de que la incertidumbre borboteaba en todas las esquinas. Pasamos por delante del Domo des Invalides: un edificio pequeño pero majestuoso que concilia dos estilos a primera vista difíciles de equilibrar. Tras el frontón triangular soportado por dos niveles de columnas se asienta un tambor circular de columnas pareadas entre las que se intercalan los ventanales y sobre ella una esbelta cúpula decorada con guirnaldas y flores cuyos dorados recogen la luz del sol para materializarla. En la cúspide una esbelta aguja señala al cielo como destino final de los que allí están enterrados. Quise distraerla contándole cosas que ayudasen a que aquella misma luz entrara en nosotros y disolviese los oscuros presagios que poblaban nuestros espíritus.

—Ahí dentro está enterrado Napoleón, en un gran sarcófago de pórfito rojo. Doce Victorias velan su sueño eterno rodeándolo en un anillo mágico que impide su regreso al mundo. Aquí está también su hermano y sus mariscales.

—¿Y Josefina?

—No, Josefina está en Malmaison. Napoleón la repudió. A ella le gustaba la vida disipada mientras su marido conquistaba el mundo y él necesitaba un hijo que no pudo darle.

—Casi todas las historias de amor tienen un final triste —lo dijo como erigiéndose en protagonista de una historia más modesta, pero abocada a un mismo final. Aquella frase era una claudicación. Manifestaba la entrega de la voluntad a un destino desconocido, pero ya escrito. Me rehice como pude, lamentando haber sacado aquel tema, y decidí que en adelante debería ser más cauto, pues ella estaba predispuesta a buscar el lado pesimista de las cosas.

Llegamos a la Escuela Militar, donde estudiara el propio Napoleón durante un año y obtuviera el título de subteniente de segunda en artillería. Un flaco comienzo para un Emperador. En su portada neoclásica, sobria y modesta, nace el Campo de Marte: una pincelada rectilínea inmensa



de verde césped flanqueada por bosquecillos que termina por rendirse a los pies de la gran Torre. Los recorrimos de la mano, ganando privacidad entre los cientos de personas que allí se reunían. Hordas de turistas se disponían a asaltar el monumento más famoso de París. Pandillas de adolescentes charlaban animadamente en los parterres. Solitarios leyendo libros, deportistas corriendo y algún que otro vendedor de souvenirs, ayudaban a construir el estereotipo de la ciudad más bonita del mundo.

—Este lugar ha cambiado mucho con el paso de los años. Primero fue un campo de maniobras militares, luego escenario de acontecimientos singulares como carreras de caballos o pabellón de exposiciones y ahora es conquistado por la gente que pasea, corre o acude a manifestaciones y conciertos. Ves Marie, todo puede cambiar y no tiene que ser para peor. También nuestra vida puede mejorar. Mira esa Torre. Nació para ser desmontada y se ha mantenido orgullosa durante más de cien años.

Estábamos bajo las arcadas de hierro cuando en la Torre se encendieron miles de bombillas convirtiéndola en un faro que se contempla desde varios kilómetros a la redonda.

—Dicen que hay que subir después de un día de lluvia, cuando el agua ha limpiado la atmósfera de polución. Entonces el espectáculo es magnífico.

Cruzamos el Pont d'Iéna. Las fuentes de Trocadéro despegaban su virtuosismo de agua y luz a los pies del Palais Chaillot, protegidas por sus dos alas circulares que albergan varios museos. Nos sentamos en un banco de piedra y nos dejamos mecer por la brisa húmeda y fresca del aire embebecido de gotitas de agua. Aquella grandiosidad lograda con elementos tan sencillos como el agua y la luz consiguió por fin que olvidásemos nuestras cuitas para considerarnos una pareja más de recién casados.

—¿Sabes lo que me ocurrió un día estando allí sentada? —Señaló a un muro de piedra de poca altura que recogía unos parterres—. Un día estaba dando descanso a mis pies doloridos. Confieso que mi blusa tenía un buen escote y mis piernas agradecían el fresco que llegaba desde la fuente. Entonces se me acercó un hombre ya entradito en años y sin más preámbulos me preguntó a las claras si quería acostarme con él.

No pude reprimir una carcajada que volvió sobre mí las miradas de unos turistas españoles que estaban disfrutando del espectáculo.

—¿Y que hiciste? No le darías un tortazo, porque tú eres muy capaz.

—Al contrario. Al principio pensé en responderle con una grosería, pero la cosa me hizo gracia y decidí seguirle un poco la corriente. Aquel hombrecito educado y amable parecía inofensivo. Lo miré y guardé silencio un minuto a ver qué pasaba —sonrió picarona—. ¿Cuánto es? Me preguntó el supuesto cliente, al tiempo que se me acercaba para comprobar si la mercancía estaba al nivel de lo que yo pudiera pedirle —hizo una pequeña pausa, vendiéndome el desenlace—. Así que le pedí una cantidad exagerada de dinero, seiscientos euros o algo así. El hombre me hizo una mueca de desaprobación y se marchó farfullando maldiciones. Conseguí oírle decir: “¡lo que se pierde uno por ser pobre!”

No podía parar de reír y ella disfrutaba al verme tan risueño. Parecíamos una pareja de jovencitos recién casados disfrutando del romanticismo que regala la ciudad a los que la pasean en el crepúsculo.

—Como me hubiera gustado haberte conocido unos años atrás, o que el tiempo viajara al pasado borrando de un plumazo todas las penas que ahora nos ahogan.

Lo decía con una inmensa franqueza. Con la sinceridad del enamorado que reniega de las líneas amargas que se llevan escritas con tinta imborrable. Un cerrar de ojos y todo se disolvería en la nada. Mi mujer sería solo un desliz adolescente. Mi niña el suspiro de algo que no llegó a la

vida y que, por lo tanto, evitó haber padecido. Su esposo un desconocido que cruza la calle llevándose una historia que nunca existió. Y así nos sentaríamos al mismo frescor de la fuente, pero con nuestras almas vacías de amargura, dispuestas a entregarse desde la pureza del primer intento, desde la virginidad inherente a la propia juventud que desea, inexperta, la eternidad a través del amor.

Marie no respondió. No era necesario. Nada se puede decir para materializar un deseo imposible. Se limitó a levantarse y a extender sus manos para ayudarme a que yo lo hiciera. La así por la cintura y nos acaramelamos imitando a los tortolitos que ya nunca podríamos ser.

Tomamos el metro para ir a Les Halles. De nuevo en la calle pasamos junto a la Font des Innocents; una construcción clásica, cuadrada, a modo de baldaquino robusto en el centro de una pequeña plaza arbolada. Sus cuatro gruesos pilares renacentistas parecían esforzarse por sujetar mi vida. Uno pudiera perfectamente representar al inspector, a Denis, pues ese era el nombre del santo que da nombre a una de las calles que limitan la plaza. Otro para el pintor, no en vano en aquel mismo lugar hubiera una iglesia construida para honrar a un tal Richard crucificado por los judíos. El tercero para Marie, ya que junto a la iglesia había un cementerio muy recurrente para los negocios de las Venus parisinas. Y el último era yo mismo, visto que el nombre del lugar daba el cobijo idóneo a mis torpes cavilaciones. El murmullo del agua cayendo al estanque que circundaba la construcción se llevó también mis especulaciones. Sonreí lacónicamente. Rodeé su cintura con mi brazo buscando amparo, como las ninfas y los tritones lo hacían en los bajorrelieves, y volví a sentirme poseedor de sus encantos. Cenamos algo ligero en el mismo lugar en el que habíamos comido y después de recoger el coche en el parking regresábamos a nuestro pequeño oasis a las orillas de la Marne cuando sonó mi móvil. Era Magie. Su voz era temblorosa y sus palabras no lograban la coherencia necesaria para que pudiera comprenderlas. Estaba histérica y el nerviosismo la impedía verbalizar con la mínima fluidez sus aturridos pensamientos. Después de unos segundos desconcertantes acerté a comprender algunas palabras.

—¡Tenéis que venir al burdel! ¡Ha pasado algo terrible!

Llegamos en menos de una hora. Las putillas estaban muy asustadas. Una de ellas presentaba una importante contusión en la cara. Eran las diez de la noche. Cualquiera día corriente ya habrían iniciado su jornada laboral; porque las rameras no lo son todo el día, también tienen su horario. Normalmente, a aquella hora, la música de ambiente, las copas y los arrumacos ya estarían haciendo efecto sobre dos o tres clientes. Pero aquella tarde ocurriera algo que alterara el monótono discurrir de las cosas y el burdel permanecía cerrado. En el aposento reinaba el nerviosismo dibujado en los semblantes preocupados de las niñas que revoloteaban alrededor de la herida intentando reconfortarla. Una de ellas le tendió una copa que la muchachita rubia, con rostro de quince años, aceptó de buen grado.

—Fue un salvaje. No tenía que hacerte esto. No era necesario —las palabras disiparon el bienestar proporcionado por el coñac y la jovencita retornó a sus sollozos.

La madame entró en la habitación con unos cubitos de hielo envueltos en un paño de cocina y mientas se lo colocaba con cuidado en la cara, apartando los cabellos rubios que se alborotaban en la frente le dijo:

—Los hombres son todos unos cabrones de mierda, pero esos tres eran de la peor calaña que he visto. Creo que hemos tenido suerte. Todo ha quedado en un susto. Toma, sujétate el hielo y no llores mujer, que a ti te esperan muchas de estas —lo expresó en un tono tan ponderado que parecía estar dando una lección gratuita que casi todas las meretrices novatas terminan por estudiar en sus propias carnes.

Una de las niñas advirtió a Magie de nuestra presencia. La cincuentona mujer entrada en carnes

se incorporó y volteó pesadamente su cuerpo, enfundado en una bata de flores de pésimo gusto.

—Estoy muy alarmada —dijo mientras se sentaba al lado de la contusionada, invitándonos a nosotros a hacerlo enfrente—. Han venido tres hombres esta tarde preguntando por Richard. Cuando les dije que no estaba uno de ellos sacó una pistola reteniendo a las niñas mientras los otros dos subieron al ático a comprobar si lo que les decía era verdad.

—Carole se puso muy nerviosa. Aquel cerdo le dio un culatazo y perdió el sentido —apostilló la que le había ofrecido el licor.

—Estuvieron arriba unos diez minutos. Buscaron en mi cuarto y en las habitaciones de las crías, pero al no encontrarlo se fueron tan deprisa como habían entrado.

—¿En que lío se habrá metido este hombre? —Comenté intentando repartir un poco de serenidad en aquel ambiente crispado.

—Eso es lo que me preocupa —respondió la matrona con aire afectado—. Esta vez no es asunto de maridos cornudos ni de deudas de juego. Esta vez es algo más serio.

Magie estaba verdaderamente sobrecogida. Su ánimo de hechicera le susurraba al oído que el pintor, aquel artista de barba hirsuta que le hurtara su corazón de jovencuela, corría verdadero peligro. Mas a pesar de los años que le pesaban en las varicosas piernas, a pesar de la negrura de las historias que se guardaba para olvidar, no era capaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo eran aquellos hombres? —Preguntó Marie.

—Eran muy extraños —explicó una de las chicas—. El que daba las órdenes hablaba un francés con acento, como si no fuera de aquí. Se dirigía a sus compinches en portugués. Los acompañantes no hablaron. Se limitaron a revolverlo todo. Eran morenos y corpulentos —Magie la interrumpió.

—No puedo llamar a la policía. Pero aquí está pasando algo muy gordo. Hay que localizar a Richard cuanto antes. Ya he llamado al café al que suele acudir todas tardes pero ya no estaba.

—¿Qué es lo que querían de Richard? —Pregunté sin mucho convencimiento.

—No lo dijeron. Simplemente se aseguraron de que no estaba aquí y luego se fueron —respondió Magie—. No es la primera vez que vienen aquí buscándolo por cosas raras. Hace un año les vendió a unos turistas americanos, de esos que vienen luciendo las chequeras, la estatua que está detrás del Sacre Coeur. La policía apareció aquí con dos estúpidos tejanos para hablar con Richard y aclarar el asunto. Lo pillaron durmiendo en el ático.

Recordaba perfectamente aquella estatua de bronce a la que el pintor tenía un cariño especial tal vez porque mantenía intacto el espíritu rebelde y subversivo al que mi amigo tuvo que renunciar cuando el paso de los años le venció escribiendo unas líneas que él no había dictado. La leyenda de aquella estatua humilde se construyó sobre un absurdo, pero ese calificativo también era perfectamente compatible con el pintor. Se cuenta que aquel hombrecillo del sombrero, que ve desde su pedestal de piedra a los viandantes, vivía en el escepticismo más absoluto. Manifestaba su dudosa locura escribiendo y cantando coplas obscenas, cosa peligrosa en el París de hace cuatro siglos, gobernado por el fanatismo religioso. Un día, al paso de una procesión, se negó a quitarse el sombrero y por ello fue detenido. Por aquellos tiempos torturaban antes de preguntar; así que le arrancaron la lengua, le cortaron una mano y luego quemaron sus diecinueve años para escarnio de los píos. Pero al contrario que a Richard, al hombrecillo impertinente no consiguieron vencerle porque allí sigue impertérrito con el sombrero puesto en la cabeza. La imagen pasó fugaz por mi cabeza y su efímero recuerdo me hizo sonreír levemente y apostillé:

—Mi querido Chevalier; más te valiera haber quitado el sombrero a tiempo.

Magie se sintió ofendida por la breve glosa que hice de aquella anécdota pero muy a su pesar, reconozco que fue oportuno y contribuyó a que las chicas relajaran un poco su estado de ánimo,

más maltrecho que de costumbre. Pero la madame estaba realmente preocupada. Intuía que aquella visita no había sido fruto de una artimaña desatinada del artista. Aquello tenía todo el marchamo de traer consecuencias peores que las de un moflete hinchado. Y el maldito Richard no aparecía por ninguna parte. Por eso zanjó el comentario dando órdenes.

—Niñas, hoy no se trabaja, así que cada una a su rollo. Nosotros vamos arriba, tal vez allí encontremos algo.

Subimos al ático. Magie abrió la puerta y encendió la luz. La araña de bronce vistió la habitación de una etérea claridad. Nada parecía haber sido tocado o movido, lo cual dejaba claro que aquellos individuos no habían venido allí para otra cosa que no fuera echar mano al pintor. El sofá blanco, las pulcras estanterías, la mesita de mármol repleta de pinturas, el atril con el lienzo a medio acabar. Todo estaba exactamente igual que la última vez que estuviéramos allí.

—No, no está todo como siempre. Fijaos en esto.

Sobre la mujer desnuda pintada en la tela, imitación burda de un retrato de Toulouse Lautrec, destacaban unas letras en un tosco bermellón. En dos líneas se leía:

*“Não há pega sen mancha branca,  
não há pega sen mancha negra”*

## CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

### El Mercado de las Pulgas

Era un esfuerzo baldío ponerse a buscar al pintor a ciegas en la inmensidad de la urbe. Además, Magie había llamado ya a los lugares que Richard frecuentaba habitualmente y no había ni rastro del artista. Por ello decidimos volver al campo y buscar algún medio para conocer el contenido del mensaje. La madame nos despidió desde el umbral de la puerta apesadumbrada, rogándonos que la mantuviéramos informada.

—Tened cuidado. Tened mucho cuidado. Esto pinta muy feo —esas fueron sus últimas palabras antes de desaparecer tras los barrotes dorados.

El camino de vuelta a la casa de campo se nos fue en divagaciones acerca de la extraña misiva. Mi primer impulso fue llamar al inspector, pero cambié de opinión enseguida. Había que conocer primero el tipo de lío en el que estaba metido Richard y evitar las repercusiones negativas que todo aquel asunto pudiera traerle a Magie. La precipitación es siempre una mala consejera. Lo primero era descifrar el significado de aquellas palabras que llevaba escritas en un pequeño recorte de papel y eso habría de esperar; al menos hasta la llegada a la casa. Hacía calor y la noche nos envolvía con su negrura implacable. Marie puso la radio y pasaba de una emisora a otra, pero ninguna conseguía librarnos del lastre que nos acompañaba. La apagó con un gesto de fastidio. Ambos nos sentíamos incómodos por no poder poner palabras a nuestras preocupaciones.

Dejamos la autopista y a la noche se sumó la soledad de las carreteras secundarias. La travesía entre los árboles centenarios estaba muy lejos de ser romántica. Era más bien medrosa. Estábamos solos en la mitad de la nada. Esa privacidad era nuestro mejor aliado, pero también podría ser nuestro peor enemigo. Todas las precauciones eran pocas. Necesitábamos estar completamente seguros de que nadie nos seguía. Por eso aminoré el paso y detuve el coche al llegar a lo alto de la colina. Miré hacia atrás pero ninguna luz anunciaba la presencia de otros vehículos.

—Tranquilo cariño, estamos solos —Marie notaba mi estado de ansiedad, o más bien lo compartía.

—Tenemos que asegurarnos —Volví a mirar atrás—. No podría dormir tranquilo sabiendo que pudiera haber alguien merodeando alrededor de la casa.

Llegamos a la puerta de la finca que de día daba acceso al verde intenso del césped. Ahora únicamente encerraba más negrura. Al abrir las puertas del coche, el sonido de algún animal nocturno quebró el monótono zumbido del viento. El bosque no duerme, sueña con sus propios fantasmas. Es un ser vivo que se estremece con la presencia de sus criaturas, como nosotros lo hacemos con los miedos que encerramos en nuestra propia jungla. Los sonidos tácitos de la incertidumbre son lo más parecido al crepitar misterioso de las ramas caídas, pisadas por los hijos del diablo. Sus ecos retumban en las sienas y se propagan por el cuerpo produciendo un vértigo inasequible a la consciencia. Creo que los dos nos sentíamos así mientras empujaba la llave en la cerradura. Entramos en la casa. El contundente golpe de la puerta al cerrarse nos devolvió a la tranquilidad.

Cenábamos algo frío junto a la chimenea cuando recordé que había dejado el portátil en el coche. Puesto que los libros de la biblioteca no podían ofrecernos respuestas, puede que la red nos diera alguna pista que nos permitiera atar cabos. Mientras iba al garaje, Marie terminaba de recoger.

Posé el ordenador en la mesa del salón y lo conecté. Entré en el navegador y busqué un traductor de idiomas:

*“No hay urraca sin mancha blanca.  
No hay urraca sin mancha negra”*

Una urraca, efectivamente, es un pájaro que parece muy lindo con sus colores blancos y negros, pero es un bicho listo, de mal agüero y que anda a la carroña. Los individuos que lo habían escrito nos estaban dando la pista de algo, pero no sabía ni por qué ni para qué. De lo que sí estaba seguro es que el mensaje pretendía llamar nuestra atención buscando una finalidad clara.

Es duro ver que el peso de la responsabilidad recae sobre tus hombros, en especial cuando juegas con la vida de otro. La impotencia es una sensación asfixiante que produce una enajenación que te niega lógica más elemental. Sabía que Richard corría un peligro inminente. La matrona me había contagiado sus malos presagios y ahora tenía el espíritu impregnado de pesimismo. Trataba de poner orden en todo lo que estaba sucediendo. La única cosa que veía con claridad es que nosotros dos formábamos parte de aquel rompecabezas incoherente. Tal vez fuéramos protagonistas o simplemente piezas del paisaje, pero sin nosotros no podría completarse. No sé cuánto tiempo estuve peregrinando por el feudo de la inopia. Ignoro si en algún momento pude cruzarme con sus pensamientos, porque ella estaba como yo; mirando las proyecciones de las sombras alargadas de los manzanos moverse al ritmo impertinente que les marcaba el viento. Tampoco recuerdo si se durmió ella primero o no. Lo que sí me viene a la memoria es que lo hice con esa sensación de desamparo al que nos condena la incapacidad de obrar en algún sentido.

Por la mañana nos despertó un ruido en el jardín. Era Maurice que empezaba sus labores de limpieza diarias. Al principio nos sobresaltamos pero en seguida se oyó la cancioncilla que le hacía inconfundible. Bajé a saludarle mientras Marie terminaba de vestirse.

—Buenos días, señorito. ¿No le habré despertado?

Cerca de la puerta por la que se accedía al río había una especie de comedero de aves en el que el anciano estaba depositando migas de pan.

—Así los pájaros me hacen compañía mientras trabajo —comentó mientras comenzaba a cortar unas malas hierbas.

—Buenos días Maurice. Te veo muy contento.

—Yo siempre estoy contento, señorito.

Los pajaritos comenzaron a llegar, primero tímidamente y luego con más atrevimiento. La mayoría eran gorriones, corriendo ligeros entre alguna que otra paloma. Los brazos de Marie se deslizaron por mi vientre y noté su respiración en mi piel.

—Buenos días, mi amor —susurró con delicadeza al tiempo que me besaba cariñosamente—. Buenos días Maurice —alzó más la voz pero conservó la galanura en cada una de las palabras.

—Buenos días señorita —respondió el jardinero.

Nos mantuvimos abrazados durante unos minutos observando el ir y venir de las aves en su codicia por hacerse con las migas de pan. Los pardales con su laboriosa tarea frenética y recelosa. Las palomas con ademán parsimonioso y confiado. Una urraca se posó en uno de los manzanos y llamó nuestra atención con un graznido grosero y estridente. Mi mente volvió al acertijo.

-----

Ahora sé, pasado el tiempo, en este puente que escucha mis pensamientos por enésima vez, que aquel pajarraco no vino sino a reírse de nuestra impotencia. Miro al cielo para ver los pájaros pasar sobre las aguas mansas del río, indiferentes a mis penas, y regreso a mis recuerdos. La imagen del minero del sombrero de ala ancha hace que los poros de mi piel segreguen rencor. Sin embargo, se aparta pronto, porque en aquellos tiempos felices se había quedado tan lejos, varado

en la Guayana, que Marie y yo casi lo habríamos olvidado si no fuera por las investigaciones que Lamark mantenía abiertas. Simplemente era un personaje truculento de un pasado tan retorcido como él. Creo que nunca llegué a relacionarlo con aquella nota. No tuve tiempo porque ella, por fin, me abrió los ojos a la verdad.

-----

—Vamos adentro. Tenemos que seguir pensando en lo que significa esa frase —vimos alejarse a Maurice hacia los árboles y entramos.

Marie, una vez más, me sorprendió con su respuesta:

—Creo que no es necesario que busques nada. El mensaje se refiere a mí. Yo soy esa urraca de la que habla el mensaje. Frank, tengo que contarte algo —el tono no presagiaba nada bueno—. Hay cosas que no le he contado a la policía; sin embargo, ahora todo ha cambiado. Todos corremos peligro y no quiero ser la causante de ninguna desgracia. Enciende el fuego. Enseguida bajo.

Regresó de la habitación con una bolsita negra en la mano y derramó su contenido sobre la mesita de mármol.

—Esto es lo que buscan. Esto es lo que ha desencadenado todos nuestros problemas. ¡Maldito el día que lo cogí!

Sobre la mesa se esparció un puñado de diamantes perfectamente tallados. Su pureza los hacía chispear como estrellitas doradas emitiendo sus brillos al antojo de las llamas. No sabría explicar la cantidad de imágenes que se entrecruzaron en mi cabeza en el poco tiempo que Marie tardó en empezar a hablar. Me sentía como un niño al que arrebatan un caramelo sus mejores amigos; como el borracho que en la penumbra de un bar construye un castillo de naipes que está condenado a caerse. Toda la ingenuidad del mundo corrió a refugiarse en mí al creer que aquella mujer podía amarme como yo a ella. Pero el castigo del ingenuo es siempre el estrellarse contra la dura realidad. Mis esperanzas se fueron deshojando una a una conforme ella tejía con palabras mi desánimo.

—Alain fue a aquel embarcadero con el único propósito de arrebatarme este cinturón al muerto —no me había dado cuenta que lo traía también en la mano. Con mucha habilidad abrió una cremallera minúscula perfectamente disimulada en un pliegue de la piel.

— Aquí llevaba escondidos esos diamantes. El correo se disponía a llevárselos a un comprador. El intermediario en el negocio había sido mi marido y por eso se embolsaría un buen porcentaje. Pero parece que su parte no le era suficiente y decidió quedarse con todo el envío. Alain mató al mensajero para robarle el cinturón.

Mi rostro reflejaba la mueca de todos los incautos del mundo. Todos tenemos manchas en el alma, manchas negras y blancas que subrayan nuestras imperfecciones. Todos ocultamos la parte doliente de nuestro pretérito más insensato. Nadie se libra de tiznarse con la ceniza de una existencia retorcida. Nadie puede decir que no ha traicionado, mentido, robado, engañado; o cuando menos callado cuando la necesidad o la conveniencia empujan. Eso es siempre lo más recurrente. Son muy pocos los que se enfrentan a su destino. Lo más oportuno suele ser dejarse llevar por él.

—Te prometo que yo no sabía nada. No supe nada hasta que estuvimos en la cabaña de la selva y Alain se dio cuenta de que había llegado su fin. Entonces me llamó y me habló del cinturón. Me dijo que en él estaba mi futuro.

Después de unos instantes de aturdimiento, asimilé que estaba claro que el mensaje era para Marie; pero también concluí que me incluía a mí, pues sería el primer destinatario de la verdad y por lo tanto tomaría también decisiones sobre los pasos a dar a continuación. Sentados en el sofá,

con el calor de las llamas templando el salón, coloqué como pude las piezas de aquel rompecabezas inconcluso.

—Por eso la tierra estaba removida. ¿Fuiste tú, verdad?

—Sí, fui yo. Cuando el pequeño de los hermanos me permitió ir a la tumba de Alain escarbé y recuperé el cinturón. Fue la sensación más horrible que jamás puedas imaginar —su rostro proyectó en mi pupila una mueca que expresaba a las claras la repugnancia de revivir aquel instante—. Tapé la tumba. Limpié el cinturón con unas hojas y luego lo oculté entre mi ropa.

Una arcada le produjo la irremediable necesidad de ir al aseo envuelta en náuseas. Confieso que yo mismo sentí un asco que se prendió de mi estómago hasta el punto de invitarme también a vomitar. Aquello no era la escena de una mala película ni un capítulo grotesco de una novela ensangrentada en crímenes. Era algo que había ocurrido de verdad, algo que había hecho ella. Sentí un azoramiento dramatizado en exceso por el rictus neurasténico que anidó en mi cara. Me quedé unos momentos solo en aquel salón, iluminado por el exceso de luz que le sobraba al día. Pasmado, boquiabierto, inmóvil; como un mueble más que espera indolente a que lo cambien de sitio. Aquel ser que reunía la belleza y la finura de los lirios era capaz de rebajarse a arañar el lodo sucio de una tumba y profanar el cuerpo de su propio marido. Como la Fenice, aquella mujer era capaz de renacer de sus propias cenizas y conservar, para el delirio de los mortales, la misma pureza que antes de bajar a los infiernos. Se demostraba así, una vez más, que en la vida todo tiene su doblez. Así se dicta, una vez más, que no hay rosa sin espinas ni alma sin selva dormida.

Conseguí reaccionar a duras penas:

—¿Por qué no me contaste todo esto desde el principio? Nos hubieras ahorrado a todos muchos dolores de cabeza.

—¿Estás loco o qué? Esto vale un millón de euros. Un millón. Tú mismo podrías haberme matado para quedarte con él. Sería un trabajo fácil y muy rentable. Mucho más que estar ahora conmigo.

—¿Entonces?

—Entonces todo ha cambiado, ¿O es que no lo ves? Estos diamantes me abrasan. No podrían pagar ni una parte pequeña de lo que siento por ti. Además...

—¿Además qué?

El teléfono sonó. Era mi compañero de oficina. Como hacía una hora que tenía que haber ido por el despacho llamó para informarme de un correo electrónico que se había recibido hacía unos minutos. No lo había abierto porque en la cabecera aparecía mi nombre y por eso me llamaba para ver si yo sabía algo. Colgué el teléfono casi sin despedirme. Corrí al ordenador y entre en el correo de la empresa. El último mensaje recibido. Asunto: Urgente. Enseguida la pantalla se llenó de palabras lusas. Estaba muy claro. Los brasileños iban a dar su segundo paso.

*“Temos ao pintor.*

*A mulher sabe o que vale.*

*Puces de Saint Ouen — Brocante 182. 12:30*

*A tua imprudência pode valer unha morte.”*

El traductor hizo bien su trabajo:

*“Tenemos al pintor.*

*La mujer sabe lo que vale.*

*Tu imprudencia puede valer una muerte”*



—Le Marché aux Puces... Eso está cerca de la Porte de Clignancourt —miré el reloj con premura—. Tenemos dos horas. Hemos de darnos prisa.

Llegamos al más famoso Mercado de las Pulgas de París. Eran las doce de la mañana. Al salir del parking nos encontramos con una pequeña ciudad de comerciantes que atiborran las calles con sus productos. En algunos lugares apenas se podía pasar en fila porque los puestos, los toldos y el despliegue de las mercancías ganaban espacios donde parecía imposible. Muebles antiguos, cacharros, cerámicas, prendas de vestir de segunda mano, pinturas, discos usados; todo tiene su sitio en ese gran zoco europeo que bulle como un ser vivo. Y lo que no cabe en las calles cabe en los mercados interiores en los que la aglomeración de objetos llega a ser asfixiante.

El rumor de la multitud solapaba los gritos de los comerciantes llamando la atención de los posibles clientes con las risas distendidas de los turistas al contemplar los objetos raros e inútiles que se ofrecen allí. Algunos puestos son verdaderos museos de antigüedades en los que puede adquirirse un mueble caprichoso o un cuadro original por muy poco dinero. Otros son verdaderas acumulaciones de quincalla y chatarra que estaría mejor en un vertedero. Todo ello unido: el ruido, el color, el desorden y la anarquía confieren a las calles una atmósfera más propia de otra época; aquella en la que el mercado estaba en el centro del París decimonónico y era el corazón comercial de la ciudad.

En la Rue des Rosiers preguntamos a uno de los comerciantes por el brocante 182. El hombre no supo respondernos. Entre los miles de tiendas era como buscar una aguja en un pajar. Repetimos la pregunta en una pequeña cafetería y obtuvimos la misma respuesta. Lo mismo ocurrió en un bazar de rarezas en la que la vejez del tendero pudiera ser una garantía de conocimiento del lugar. Todas las tiendas eran iguales. Las ofertas se repetían a cada pocos metros: un anticuario, una puesto de cerámica, uno de objetos de madera, un café y de nuevo un anticuario que daba paso a una nueva serie. Los toldos, las sombrillas, los carteles abrumaban a los viandantes hasta hacerles perder la noción del espacio y el tiempo.

Entonces decidimos llamar a información telefónica. La operadora nos indicó que esa tienda se encontraba en un mercado interior de la calle que discurría paralela a la nuestra. Faltaban cinco minutos para la hora indicada.

—Entremos por aquí; tenemos muy poco tiempo —un tosco cartel indicaba la entrada del mercado. En la planta baja, la acumulación de objetos rozaba el absurdo. Para nuestra fortuna, todas las tiendas lucían sus nombres con claridad en los carteles que los calificaban en una hilera continua multicolor: marché d'antiquités, materioux anciens, brocante, restauration, reliure; todos ellos con el nombre del dueño, el número del establecimiento y el teléfono. Tantos carteles como tiendas, tantas tiendas como huecos; los huecos de una colmena interminable de insectos humanos.

—¿Brocante 182? —Me dirigí a una señora mayor que parecía manejarse allí dentro a las mil maravillas.

La anciana señaló a la primera planta, de la que solo se veía desde abajo la baranda del inmenso corredor rectangular. Subimos aprisa por una escalera estrecha y desgastada por el paso de los años. Llegamos a la mitad del brazo largo del corredor y lo vimos; justo enfrente, en el brazo paralelo; como un pedazo del tiempo detenido hace cien años. Eran las doce y media. Desde nuestra posición no se apreciaba ningún movimiento dentro de aquella tienda atiborrada de mercancía. Del techo colgaban muchas lámparas de bronce de modelos pasados de moda. Los muebles, jarrones y objetos de cerámica entorpecían el acceso y terminaban por desbordarse por la puerta y robarle sitio al pasillo. Tres grandes vasijas de barro marcaban el límite del espacio de la tienda contigua. Entonces, alguien hizo su aparición en el vértice del corredor.

—Mira, Frank. Lleva una mochila como la de Richard —Marie señaló discretamente a un individuo que acababa de entrar en escena.

En efecto, un mulato de unos veinte años, alto y de complexión delgada, con la cabeza totalmente rasurada; vestido con uno vaqueros raídos y una camiseta blanca llevaba a su espalda aquella mochila ajada que acompañaba al pintor a todas partes. Se detuvo a unos pasos del vértice para asegurarse que lo veíamos. Caminó lentamente, con decidido ademán, hacia el lugar en el que se encontraban las vasijas, al tiempo que se quitaba la mochila de la espalda. Después de asegurarse que los únicos que presenciáramos la escena éramos nosotros, introdujo la mochila en una de las tinajas y continuó caminando hacia el otro vértice del pasillo.

—¿Qué hacemos? —Pregunté presa de un nerviosismo incontrolable.

—Creo que lo que pretende de nosotros es que metamos los diamantes en la mochila.

—Pero ¿Y Richard, cómo sabremos que estará bien?

—No podemos saberlo, pero ahora la pelota está en nuestro campo. Podemos arriesgarnos haciendo lo que nos piden o podemos condenarlo a una muerte segura.

Era la confirmación de algo que no ofrece elección. Nada nos garantizaba que con la entrega la vida nuestro amigo estaría a salvo. Podían matarlo para eliminar testigos, pero aquello no me cuadraba. Si lo mataban a él luego vendrían a por nosotros. No tenía mucho sentido ensangrentar una mercancía que ahora estaba limpia y en Europa. Además nos tenían bien cogidos. Si habíamos llegado hasta allí nos obligábamos a guardar en secreto el asusto de las joyas para siempre. Si hablábamos aquello terminaría por salpicarnos de tal manera que ella podría ser acusada de cómplice de asesinato y yo de encubridor. Nuestra mano de cartas era muy pobre en aquel momento. Únicamente teníamos una jugada con algunas posibilidades de ganar, o mejor, de perder lo menos posible.

Me besó como quien se despide y me vio doblar la esquina de la galería, recorrer su brazo corto serpenteando entre las baratijas y desandar el camino por el corredor paralelo hasta llegar al brocante señalado. Miré hacia el vértice opuesto pero no vi a nadie. Introduje la mano dentro del recipiente y saqué la mochila. Efectivamente: era la del pintor. Busqué en su interior. Había una nota escrita a mano en un pedazo de papel.

*“Coloca los diamantes en la mochila  
y mañana el pintor quedará libre”*

Así lo hice. Luego retrocedí sobre mis pasos. Habían pasado unos segundos cuando el mulato volvió a hacer acto de presencia, recogió su equipaje y se marchó por donde había venido. Lo vi alejarse mientras rogaba a Dios por un feliz desenlace. El mismo ruego servía para agradecer la posibilidad de rehacer de nuevo mi vida con aquella mujer misteriosa que había irrumpido en mi existencia para recoger los añicos que quedaban de ella. Tal vez aquel era el fin de la historia de mis días grises y el comienzo de otros más dulces y serenos. Pero el espejismo de mi paraíso cercano se desvaneció igual que las imágenes falsas de los desiertos. Cuando llegué al punto de partida ella no estaba.

La busqué precipitadamente por los locales del corredor. No aparecía por ninguna parte. Me había dejado con un palmo de narices. Se había asegurado de que todo ocurriría según el plan, su plan; y después se había ido. ¿A dónde? ¿Por qué? ¿Para qué?

—¡Mierda de vida! —maldije. Perjuré de las mujeres hasta la blasfemia. Y debí hacerlo en voz alta, porque la gente se volvía a mirarme, pasmada. Eché a correr. Salí del mercado y me precipité por las calles tropezando con las antiguallas que ahogaban mi horizonte impidiéndome

decidir hacia dónde dirigirme. Comenzó a llover. Los comerciantes recogieron las mercancías, expuestas al chaparrón de verano, con precipitación y los turistas se refugiaron en el interior de las tiendas y cafeterías. Me quedé solo en el medio de la calle, completamente empapado, chapoteando en los charcos con el mismo fastidio que a un niño al que le han roto su juguete favorito. Sonó el móvil. Lo descolgué tan apresuradamente que terminó en el suelo.

—¿Diga? ¿Dígame? ¿Quién es? —La respuesta tardaba en producirse—. ¡Putra mierda de cacharro! —Lo zarandé con la necia pretensión de recomponerlo. Funcionaba por fin. Al otro lado de la línea una voz hacía las mismas preguntas que yo. Era el inspector Denis Lamark.

—¿Oiga? ¿Frank, eres tú?

—Sí inspector, el mismo. ¿Qué desea?

—Tengo que hablar contigo urgentemente.

Guardé silencio unos instantes. Estaba ante un nuevo dilema. ¡Qué mala suerte la mía!; otra vez en un brete trascendental que tenía que dilucidar en unos pocos segundos: hablar o callar. No pensé en el perjuicio que cada una de las posibilidades pudiera causarme. Mi única pretensión era no perjudicar a Marie bajo ningún concepto. La ceguera que produce una pasión renacida se había hecho permanente en mí impidiéndome la más leve respuesta egoísta. Qué descansada vida la del corazón que no late en otro cuerpo; porque si no late no siente, si no siente no es capaz de amar y por tanto no adeuda ningún gesto, ni miente, ni delinque en aras del amor.

—Vuelve a la puerta del mercado. Te estoy esperando —aquella orden me dejó más desconcertado todavía.

—Tu querida mujercita casi nos jode toda la operación —dijo el inspector nada más verme—. Teníamos todo preparado, pero no contábamos con esa reacción. Conocíamos el lugar porque tu padre me informó esta mañana del mensaje. Hace tiempo que se olía algo raro y hemos estado en contacto.

—Pero...

—¡Ni pero ni hostias! He tenido que desmontar todo el operativo. Dos de mis agentes se han marchado detrás del mensajero y otro ha seguido a Marie. Hemos tenido suerte. Ninguno se ha dado cuenta de nuestra presencia. Ya me estas contando qué coño está pasando aquí.

Mi dilema entre hablar o callar se había resuelto repentinamente. Y la verdad es que me sentí aliviado. La inteligencia emocional nos engaña hábilmente cuando pensamos que al eludir las decisiones nos declaramos inocentes de las consecuencias derivadas de ellas; pero eso es congénitamente falso; pues la mayor de las culpas es la que nace de la pasividad, de la inercia. Solo los que luchan contra su destino son merecedores de ser perdonados; pero esos son muy pocos en la masa inerte de la humanidad.

El humo de la pipa del policía formó un hilo espeso y azulado en la atmósfera apática de la terraza de una cafetería mugrienta. Un olor a rancio y un toldo enmohecido pusieron la nota adecuada a mis palabras, que no fueron muchas ya que aquel hombre perspicaz hilvanaba fácilmente todo lo acontecido desde la seguridad que da la experiencia. Los diamantes, el anónimo, la cita en el mercado y al final todo al garete en un suspiro. El intercambio no había servido para nada. Richard continuaba en serio peligro y Marie desaparecida. Todo se había embrollado hasta llegar a un punto de difícil retorno.

—Piensa las cosas, ingenuo. Esa mujer acaba de declararse culpable. ¿Estas seguro que eran los diamantes los que iban en la mochila? Pudo cambiar de opinión o actuar así para ganar tiempo. Nada nos impide ahora pensar que pudo estar implicada en el asesinato del brasileño. Nada nos impide pensar que no fuera ella misma la inductora del crimen. ¡Despierta ya, jodido romántico!

Mal trago era el que tenía que pasar para digerir aquellas palabras, pero la lógica aplastante

de las conclusiones contribuyó a orientar mis delirios hacia donde se encaminan todos los rencores del amante traicionado. Tenía razón. Yo era un títere manejado al albedrío de una mujer extremadamente inteligente e inmensamente fría y calculadora. Durante aquellos meses no había hecho otra cosa que ocultarse en mi sombra hasta que las cosas se torcieron y ya no le servía. Y si yo le importaba menos que los pájaros al viento, entonces Richard estaba condenado a morir en la más insultante ignorancia.

—Iremos a la oficina, a ver cómo cojones termina esto. Y tú, toma mi abrigo, que vas a coger una pulmonía. Anda, vamos.

## CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

### Las cuentas de un ingenuo

Hacia las tres de la tarde de aquel jueves 17 de julio la actividad era frenética en la Prefecture. Un nutrido grupo de gendarmes, que regresaba de una manifestación contra la globalización que había concluido en el Campo de Marte, multiplicaba el barullo producido por el cambio de turno. Llamó mi atención la cantidad de personal femenino que trabajaba allí. Una joven policía en prácticas me trajo un sándwich y un café mientras esperaba sentado en un sillón, frente a una colmena de mesas desparramadas. Un policía negro, de aspecto recio, tomaba declaración a un adolescente que balbucía palabras inconexas; probablemente debido al colocón que parecía tener. A la derecha, en un mostrador, una señora entrada en años presentaba la denuncia del robo de su bolso por el método del tirón. La mujer se volvió con un gesto inconsciente, para mirar la hora en el reloj que pendía de la pared del fondo, tras las mesas, y el caminar de su mirada se encontró con la del detenido. Se puso a gritar como una histérica, señalando a aquel muchacho como el autor del robo. Aquello detuvo unos instantes el bullicio general y se hizo un lapso sonoro que se rompió cuando el joven se levantó del asiento e intentó escapar. Dos o tres gendarmes se abalanzaron sobre el chaval, pero él los esquivó. En su carrera se fue a dar de bruces contra Lamark, que salía del despacho con una carpeta en la mano. El muchacho frenó con el tiempo justo de no tragarse la pipa que colgaba, apagada, de los labios del inspector. Denis cogió la pipa con su mano izquierda y apuntó con ella al delincuente apoyándole la boquilla en el entrecejo. Con un suave movimiento levantó la cara de aquel joven blanco vestido de rapero hasta que las miradas de ambos se cruzaron unos segundos. La del policía tenía el brillo inconfundible de la determinación curtida por los años; la del joven terminó siendo la de un chiquillo asustado que había entendido la diferencia.

—Siéntate muchacho, o te meterás en un lío.

Fueron sus únicas palabras. Sonaron como una frase lapidaria respaldada por el silencio general. El raperillo titubeó unos instantes sopesando la situación y después retrocedió tres pasos para caer en manos de dos agentes que lo esposaron sin que opusiera resistencia y se lo llevaron a los calabozos del piso inferior. En pocos segundos todo volvió a la algarabía del ambiente primitivo. Así era Lamark. Aquel corpachón un poco encorvado era el recipiente idóneo para albergar la firmeza de un policía recocado en las calles y harto de manejar tipejos malencarados que se acojonan al primer envite. Creo que los olía. Podía saber lo que pensaban y predecir sus movimientos. Tenía el respeto de todos sus compañeros y no había llegado a inspector lamiendo ningún culo. Estaba allí por méritos propios; unos méritos reconocidos por sus colegas y subalternos, que le habían dado fama de incombustible. El gesto de la pipa cayó entre los allí presentes como la lección de un ejercicio práctico. Incluso recuerdo que hubo algunos aplausos de los novatos. Pero él no necesitaba ningún reconocimiento. Estaba ya en otro estadio del escalafón moral de un policía. Por eso reaccionó como si no hubiese ocurrido nada y se dirigió a mí para decirme.

—Vamos Frank. Estarás mejor en mi despacho —me dejó solo y volvió a salir. Tuve tiempo bastante para reconcomerme.

Mientras haya incautos como yo existirá el amor. Más me hubiera valido ser como Richard, que un día subió las maletas de sus sentimientos en un tren en el que no se marchó. Únicamente se quedó con los que salen de la bragueta. Aunque desprovisto totalmente de cualquier rastro de moralidad, no era un mal tipo. Además, la vida tampoco fuera con él todo lo benévola que pudiera haber sido. Una tarde me contó cómo se había enterado de que su joven Magie no era la inocente

niña con la que gritaba por delante de las cargas policiales en los alrededores de la Sorbonne. Había llegado antes de tiempo porque aquel día se produjera una redada en los comedores de la facultad y se la había encontrado desnuda en la cama. A las tres de la tarde. ¿A quién le amargaba un dulce aunque fuera en ayunas? Eso debió pensar mientras abría el armario para colgar su chaqueta de pana. Entonces se encontró con el mostacho de un viejo completamente pálido que salió del mueble con toda la dignidad que permite el estar en cueros. “Buenas tardes, caballero”, me contó que dijera el del bigote con aire de conde de opereta. El hombre avanzó hacia la mitad de la habitación ante la mirada atónita del joven, que se quedó petrificado sujetando el pomo de la puerta de espejo. Aquel visitante inesperado recogió sus pantalones precipitadamente y arrojó dos billetes de veinte francos sobre la cama. El pintor reaccionó con la ira que proporciona el peso de una incipiente cornamenta. “¿Cómo te crees tú que pagamos este apartamento desde hace dos meses? No será con la birria de cuadros que pintas”, había repuesto Magie, sonando a mísero reproche. Sabía lo que se hacía la muy jodida. Su mejor arma siempre había sido el ataque. Ahí es dónde termina por refugiarse la debilidad de las mujeres. Gritando más que el propio abochornado se le desprovee de la poca o mucha razón que pueda tener. El artista, privado del poder lacerante de las palabras al saberse un mantenido, salió de aquel piso con lo puesto y el portazo sonó como un signo de interrogación. El tiempo se encargó de contestar a aquella pregunta. No volvieron a verse en varios años. Curiosamente en un burdel y curiosamente fue el pintor el que entró en aquel garito para ofrecerle a la madame los servicios de una nueva chica de las que venían del este. A una madame de cabellos dorados domados en amplios tirabuzones. Su carita de muñeca ya no era de porcelana; estaba más carnosa que antes y había cambiado la limpieza de su mirada por la picardía que da el trato con los mercaderes de cuerpos de los que hacía poco tiempo había conseguido liberarse.

El inspector entró diez o doce veces en el despacho durante las cuatro horas que estuve allí. Al principio el sonido de la puerta al abrirse me sobresaltaba. Me levantaba de la silla y preguntaba si se había algo. A partir de la cuarta ocasión ya permanecía sentado y únicamente le interrogaba con la mirada. Después dejé de prestarle atención y sus idas y venidas ya no conseguían sacarme de mis pensamientos. Durante ese tiempo volví a mis cavilaciones, recorriendo mi vida en forma de retazos perdidos que se fueron mostrando desordenadamente. Recordaba mis años de niño, cuando mi padre, enfadado por alguna trastada de las mías, me decía que yo era un ingenuo y que eso era algo que por mucho que estudiara tenía mala solución. Y concluía la regañina con una de sus frases lapidarias: “la mejor escuela es la vida. Esa sí que te va a enseñar lo que no ponen los libros, pero me parece que tú vas a aprender a golpes”. Yo, naturalmente, no comprendía el significado; pero el paso de los años fue delectándome aquellas frases como lo hace con todos y no solo las terminé entendiendo, sino que incluso las hice mías. En aquel despacho gris, polvoriento y desordenado, plagado de carpetas y de informes, materializaba mentalmente los palos que había recibido en los últimos meses: intriga, duda, resignación, miedo, sorpresa, celos, desconfianza, impotencia, más miedo. Con la ingenuidad que probablemente me acompañaría el resto de mis días, me consolaba con el optimismo de los que dan por bueno todo lo que termina bien sin valorar los avatares del camino. Si todo esto fuera un sueño, pensaba. Si todo lo que yo tuviera que hacer fuese despertar no estaría dispuesto a hacerlo... No lo haría porque eso llevaría implícito que la borraría también a ella y eso era algo que ya no podía permitirme. Ya se sabe; el amor es el más terco de los sentimientos: viene cuando no es llamado, se va cuando lo necesitas, duele cuando no lo tienes; y no se irá nunca, por más que quieras echarlo. No mientras él no lo decida por su cuenta.

En estas divagaciones estaba yo cuando Lamark entró acompañado de un policía vestido de

paisano. Era un joven más alto que el inspector y muy delgado. Su semblante derrochaba viveza, respaldada por unos ojos saltones e inquietos. No era atractivo, pero creo que tenía ese algo que ven las mujeres en los rostros masculinos que convierte en seductores a los hombres.

—Frank, este es Dominique Valmont. Te va a poner al corriente de lo que sabemos —el inspector se sentó en su mesa y se dispuso a escuchar por segunda vez el relato del policía.

El oficial me miró a los ojos y comenzó:

—La mujer salió por la puerta lateral del mercado y se dirigió a la boca de metro de Mairie de Saint Ouen. Realizó una llamada desde un teléfono público del interior y tomó la línea trece. Al llegar a Place Clichy hizo un trasbordo a la línea dos y de nuevo cambió en Stalingrad, a la línea siete, hasta Porte de la Villette.

¿Qué demontre iría a buscar allí? Para saberlo tuve que escuchar primero las líneas accesorias del informe detallado que estaba haciendo el agente.

—Entró en el enorme museo de la Citée des Sciences et de l'Industrie. En la cafetería, comió algo y luego volvió a salir. Hizo tiempo paseando por los alrededores de la Géode. Sobre las cuatro de la tarde volvió al museo. Nada más entrar, a la derecha, hay un acuario. Se entretuvo mirando los peces hasta que llegó un hombre con el que sostuvo una larga conversación. Al principio fue tranquila pero con el paso del tiempo se hizo más áspera y desabrida. Después de unos diez minutos de charla se fueron cada uno por su lado.

Valmont continuó con el seguimiento de Marie y su compañero se fue tras aquel individuo orondo, de baja estatura que, con su elegante traje gris, entró en un coche en el que le esperaba un chofer.

—En estos momentos estamos investigando la identidad de ese hombre —comentó el inspector—. Tal vez nos revele más datos sobre el comportamiento de tu mujercita.

Yo volví a otro hilo del ovillo gigantesco que se estaba liando en mi cabeza:

—¿Y qué pasó con el mulato del Mercado de las Pulgas? El de la mochila.

—¡Ah, Sí! Desgraciadamente le perdimos la pista en el metro.

—¿Cómo que le han perdido la pista? ¿Qué ha pasado? ¿Qué coño ha pasado? —Era evidente que estaba perdiendo la compostura. Pero, ¿qué podía hacer yo?

El metro parisino, al mediodía, está en una de sus horas punta. Miles y miles de viajeros entran y salen de los vagones formando un crisol humano: africanos, de la Europa del Este, asiáticos, sudamericanos, árabes... En el metropolitano parece que el mundo trabaja para los franceses. Es en sus andenes donde se oye latir el verdadero corazón de la ciudad. Sin toda aquella gente, Francia se pararía. Ellos, desde su humildad, son los fabricantes de nuestro estado de bienestar. A esa hora una marabunta humana atesta las galerías y corredores, invade las estaciones con prisa y engulle al viajero en una masa amorfa y cambiante de seres en movimiento. No me debería resultar tan extraño que el mulato se esfumara entre el gentío.

Por lo visto, el mensajero, mochila al hombro, accedió al metro por la misma entrada por la que lo había hecho Marie; unos cinco minutos después de ella, y se dirigió al andén. Allí se subió también en la línea trece. A su perseguidor no le resultaba difícil el seguimiento, pero la rápida llegada del convoy y la enorme cantidad de gente que se bajó en aquella estación lo obligó a subir en el vagón contiguo. Después de siete estaciones el mulato bajó en La Fourche y el agente, atento siempre a la apertura de puertas, hizo lo mismo. Cuando el tren cerraba sus puertas para ponerse de nuevo en marcha el mulato reculó precipitadamente hacia el vagón y el policía no pudo reaccionar a tiempo estrellando su impotencia contra los cristales de las puertas metálicas.

—No creo que lo hubiera descubierto —repuso Lamark—. Esa es una maniobra muy común entre los correos para evitar contratiempos inesperados.

Me calmé. Fue más una imposición de mis propios fueros que un acto consciente. La verdad es que hubiera deseado romper a gritar contra la poca pericia del policía. Además ¿De qué hubiera servido? Había que ser prácticos. Todavía teníamos dos cabos a los que atar la incertidumbre. En uno estaba Marie. ¿Dónde se habría metido? En el otro aquel nuevo actor que había entrado en escena entre los peces del acuario de la Villette. Pero para atar ambos cabos sería necesaria otra larga espera que terminaría por matarme de desesperación.

—Vete a casa, Frank. Aquí no haces nada —era obvio que el inspector se hacía cargo de mi estado y quería evitarme sufrimientos.

Quise protestar, pero Denis insistió con vehemencia; dándome a entender que estaba mejor fuera de allí y, en todo caso, pendiente de si se producían nuevos mensajes a través de la red. Parece que ese comentario me hizo sentir útil por primera vez aquella tarde; así que abandoné las dependencias policiales, no sin antes insistir hasta la saciedad en que se me comunicara cualquier novedad en el caso, por mínima que fuera.

Salí a la calle. Pasaba de las siete de la tarde. Hacía calor. Caminé bajo los soportales buscando un taxi que me devolviese al parking en el que había dejado mi coche por la mañana. Apenas me había sentado en el vehículo cuando mi móvil sonó. Era mi madre. Estaba en conocimiento de parte de lo que ocurría. Sabía lo del anónimo del correo de empresa que mi padre había visto. Sabía también que yo había estado en la Prefecture toda la tarde y era normal que, tanto ella como mi padre, estuvieran tremendamente preocupados. La conversación hizo que me desviase de mi destino original y decidiera ir a verles. Su casa no estaba lejos de allí, en el Boulevard Raspail; entre el Jardin de Luxembourg y la Tour Maine-Montparnasse, una inmensa mole de más de doscientos metros de altura que fracasa en su intento de competir, desde su vanguardismo, con el grandioso espectáculo de la ciudad de la piedra y el agua. Durante el trayecto, sopesé la parte de verdad que me convendría contar para evitarles más preocupaciones. Decidí quitarle importancia a lo que estaba sucediendo, haciendo protagonista a Richard; justificando los acontecimientos con uno de los líos a los que nos tenían acostumbrados. Mi pobre pintor, una vez más era el que acudía en mi auxilio, incluso en aquella situación.

Mis padres sabían de mi relación con el artista desde el día en que le conocí, o más bien le conocimos. No es que les hiciese especial ilusión, más bien al contrario, pero con el tiempo terminaron por aceptarlo.

-----

Recuerdo aquel día con cariño. Estábamos tomando algo en la terraza de un café a las orillas de la Seine cuando Richard se sentó en la mesa de al lado. No nos percatamos de su presencia y continuamos la entretenida conversación en la que estábamos inmersos. Recuerdo que Chantal departía animadamente con mi padre sobre el encanto perdido de las antiguas callejas del viejo París.

—París es una biblioteca de granito y arenisca —reponía mi padre ante los tintes de romanticismo que mi mujer pretendía darle al discurso—. Las callejas medievales ya no tienen sitio en esta ciudad y terminarán por ser devoradas definitivamente por la modernidad.

Entonces el pintor se levantó y se acercó a nosotros, poniendo un dibujo al carboncillo sobre la mesa del café. Era un retrato hecho con especial gusto.

—Tiene usted una mujer muy hermosa —comentó mientras hacía ademán de alejarse; pero Chantal le retuvo, agradecida por el obsequio, e incluso le invitó a sentarse con nosotros.

Mis padres se fueron al poco rato y nosotros iniciamos una conversación que se paseó por los pintores impresionistas a los que imitaba. Abrió su carpeta y nos mostró sus láminas. Imitaciones de Gauguin, Degas, Toulouse, Renoir.



—Estos se los vendo a los turistas. Este no. Este es bueno. Se queda para mí.

Aquel fue el inicio de una amistad prendida en la sonrisa de mi esposa. El artista le cayó simpático y ella insistió en que al día siguiente viniera a casa, con la excusa de tomarse un café, para que viese los pinitos que hacía como pintora. He de admitir que a mí aquello me parecía una nota discordante en el discreto obrar al que Chantal me tenía acostumbrado, pero aquel bohemio tenía un encanto especial que le hacía cercano y afable, por lo que estuve de acuerdo. Así fue como, de cuando en cuando, comenzamos a vernos hasta el día en que ella murió. Entonces el pintor transformó su calidad de conocido para pasar a la de amigo. Estuvo a mi lado para consolarme. Me acompañó muchas veces a los garitos en los que ahogaba mis lágrimas y otras, vino a sacarme de ellos. Sabía siempre qué decirme, tal vez porque él había sentido también el vacío en el que yo había caído. Lo cierto es que a las pocas semanas se había convertido en mi mejor consejero y quizás en el único que era capaz de acercarse al pozo sin fondo que era mi vida.

-----

La voz del taxista me trajo de nuevo al mundo real. Bajé del taxi junto a la fachada de un edificio de piedra de cuatro plantas. Era sobrio y elegante, con la armonía de formas decimonónicas que viste los inmuebles parisinos de cierto abolengo. Vivían en el ático. Mi madre me recibió cariacontecida. Era inevitable que les diera unas explicaciones que no podía negarles. Estas siguieron el sucinto plan que había premeditado en el taxi. Al desplazar el peso de la responsabilidad sobre el pintor mis palabras actuaron de bálsamo, tanto en ella como en mi padre; lo que, al menos eso creo, nos permitió cenar con cierta tranquilidad, no sin que antes hubiese consultado el correo para asegurarme de que no había nuevas misivas. En cuanto a Marie, no me resultó difícil convencerlos de que había ido a visitar a unos parientes. Tras la cena, me asomé a la pequeña terracita que daba al parque. Las farolas lo iluminaban parcialmente, pero sucumbían ante el esfuerzo de la noche por ocultarlo. Las luces y las sombras jugaban unas con otras a ocultarse del viento fresco estival. Al cabo de unos minutos mi madre salió a hacerme compañía.

—¿Por qué no te quedas a dormir esta noche?

—No puedo. Marie irá a la casa de campo y no quiero que esté sola —repuse con poca convicción pero con la coherencia suficiente para que fuera creíble.

—Mira Frank... ¿Tan viejo eres que ya has olvidado que no puedes engañarme?

—No sé a qué te refieres mamá —la poca credibilidad que guardaba se estaba disipando, en parte gracias al tono de regañina colegial que había empleado.

—¿Cómo esperas que crea lo que nos has contado? A tu padre podrás engañarlo cuantas veces quieras. Tras esa máscara de intelectual que lo ampara se esconde la misma ingenuidad que tú has heredado.

Ella no. Mi madre estaba hecha de otra pasta muy diferente que a mí se me negó en el reparto que Dios hace de las virtudes. Era una mujer templada y segura; firme en sus decisiones, incluso arrogante. Poseía la intuición que es inherente a las mujeres pero, en su caso, desarrollada en extremo. Era verdad. No podía engañarla. Y como es de recibo, ella sirvió de paño de lágrimas a mis pesares. En la terraza ajardinada de aquel ático le traspasé la mitad del peso que cargaba en la conciencia y una vez más recibí el ejemplo de su templanza y habilidad para manejar las situaciones difíciles.

—Voy a contarte algo que guardo en secreto hace muchos años —al decirme aquello me dio a entender que estaba haciéndome un pago por haber confiado en ella una vez más. Mi madre sabía manejar a los hombres.

—Tu padre; sí, ese hombre que ahora se llena de frases grandilocuentes y lapidarias en los

foros más selectos de la ciudad. Él también fue joven y más de una vez estuvo en situaciones comprometidas. No creas que nuestra fortuna se amasó siempre con manos limpias. Para llegar a rico es inevitable pisar algunas cabezas y evitar que otros, con la pretensión de lo mismo, te pisen la tuya.

—No sé dónde quieres ir a parar.

—Durante unos años estuvo metido en asuntos turbios relacionados con la recalificación de terrenos y la especulación. En ese tiempo trató con individuos de baja estofa, pero supo salir adelante gracias a que siempre se guardaba una carta ganadora. ¿Y tú hijo, te has guardado la tuya?

—No, yo no guardo nada. Cuanto te he contado es la pura verdad.

—Tú puede que no, cariño —dijo acariciándome la mejilla—. Pero, ¿y Marie? ¿Te has preguntado si ella se ha guardado la suya?

Aquella cuestión contribuyó a agrandar más el interrogante que pendía de mi cabeza y me acompañaba a todas partes. A pesar de ello, debo ser fiel a la realidad y reconocer que la charla con mi madre me hizo sentir aliviado. Siempre es bueno que el alma de uno no se convierta en un cofre hermético guardapesares. El simple hecho de compartirlos con alguien, aunque ese alguien no pueda darte más que palabras de ánimo, te facilita encontrar la liberación al compartir un secreto con otro espíritu que, al ser ajeno, tendrá otra capacidad de análisis, otra visión de las cosas más clara que la tuya. Así lo había demostrado mi madre lanzándome una pregunta que cogí al vuelo para darme, quizás, una salida.

Mi padre insistió en llevarme al apartamento para que yo recogiera mi coche, pero yo rehusé amablemente la oferta para no tener que dar más explicaciones. Había convenido con mi madre no decirle nada más de lo que había contado durante la cena. Su salud no andaba bien últimamente y una situación como la que yo estaba viviendo podría agravar el estado de su fatigado corazón. Llamé a un taxi.

—Hijo, hemos contratado una empresa para adecentar el apartamento de la Madelaine —explicó mi padre desde el quicio de la puerta. Tu madre y yo creemos que sería mejor venderlo.

—Tenéis razón. Han pasado demasiadas cosas allí. Será lo mejor.

Con aquel asentimiento era consciente de que enterraba los indicios físicos del ayer. Los fantasmas burlones que se jactaban de mi desgracia dejarían de tener un lugar donde buscar refugio. Tal vez albergase el anhelo de que deshaciéndome de la casa se entretuvieran en importunar al nuevo propietario, como si entraran ellos también en el contrato de compraventa; una esperanza baldía y, cuando menos, grotesca. Cuando se cerró la puerta del ático sentí que allí se quedaba la mitad de mi fardo; en manos de alguien que no tenía por qué cargarlo, pero en buenas manos al fin y al cabo. De todos modos yo con mi mitad ya tenía más que suficiente.

Durante el viaje en taxi y luego en mi coche seguí dándole vueltas una y otra vez a todo lo que me estaba sucediendo. Lo secuenciaba, lo descolocaba y volvía a recolocararlo. Casi todas las piezas del rompecabezas de mi existencia estaban ya en su sitio. Mi pasado cercano completaba una de las esquinas con las figuras de Chantal y mi pequeña Clarice alejándose en el horizonte. En el vértice opuesto aparecía Alain difuminándose en una espesa nube. En la otra esquina estaba Richard, el encargado enlazar nuestros presentes. En la cuarta el inspector, con su pipa humeante, señalando hacia el centro. Hasta yo encontraba mi sitio de protagonista eventual en aquel puzzle. Pero las piezas que se encontraban a mi lado; esas que hubieran de configurar el rostro de lo que yo más amaba, estaban aun revueltas en el tapete sin que pudiera encontrar el modo de encajarlas.

La casa estaba tan fría y sola como la última vez, más todavía, puesto que era yo el único habitante. Por eso, tras una nueva consulta al ordenador, subí a la habitación para consolarme con

los olores que todavía permanecían en aquella estancia. En lugar de reconfortarme con su recuerdo, mi mente viajó a otros lugares que al principio fueron fieles a la realidad y luego; en los albores del sueño, se convirtieron en algo surrealista e impreciso que terminó apagándose como una vela cuando se agota.

Pensaba en mi querido Richard como el convidado de piedra en la representación teatral que era mi vida. No cabe duda que el pobre tenía todos los atributos para desempeñar a la perfección un papel cómico si me apoyaba en su socarronería y en su desenvoltura; o cuando menos uno melodramático, si lo hacía en su bohemia. Lo que no había previsto el director de escena es que aquella función pudiera terminar en tragedia, siendo el desafortunado artista el primer muerto del último acto. Pero las tragedias no se contentan con cobrarse a un actor secundario; quieren para su final una pieza de más envergadura, y en aquella historia los únicos protagonistas éramos Marie y yo. Parecía irrefutable que la caída del telón estaba cerca y el guión la encumbraba a ella como la mártir adecuada para hacer aflorar las emociones del público. Ella era la hermosa, la inteligente, la intrépida. Tenía todas las cualidades que se exigen a una heroína literaria, incluso el aditamento del misterio que todo lo hace más bello. Era también, a todas luces, la infeliz condenada. Y yo, ¿Qué hay de mí? El otro protagonista, sí, pero únicamente porque en la función se representaba mi vida. Mas a parte de eso, no pasaba de ser un tierno bufón que arranca la lástima del respetable; un incauto que juega a intentar desenmarañarse de un destino cada vez más difuso. Y como bufón no parecía una pieza del agrado para las musas tendenciosas que se alegran con la malaventura de los actores.

A punto de dormirme, el escenario cambió inexplicablemente y mis pensamientos se hicieron incoherentes. De pronto, la imagen del inspector apareció borrosa en un horizonte indefinido. Poco a poco se fue acercando; pero a medida que los andares y los gestos le definían, su gabardina gris adquirió la forma de una túnica de otra época. Su figura fue agrandándose, dejando de ser un elemento del paisaje para comenzar a sobreponerlo y a hacerlo prácticamente inexistente. De pronto, en un lapso imperceptible, dejó de ser él para convertirse en alguien pendiente de identidad. La neblina me impedía percibir con calidad la imagen hasta que un soplo de viento mostró a un hombre descabezado que caminaba hacia dónde yo estaba. Era sin duda el Saint Denis decapitado sujetando la cabeza entre sus manos que puede verse en las fachadas de muchos monumentos de la ciudad. Según se cuenta unos soldados recibieron la orden de ajusticiarlo en la colina de Montmartre, junto con dos de sus discípulos. Le cortaron la cabeza, no se sabe si allí o en la subida, y dejaron su cadáver tirado en el camino. El honorable anciano se levantó, recogió su cabeza y caminó durante un largo trecho hasta que encontró a una buena mujer que le dio sepultura. Pero aquel Santo de la leyenda se resistía a ser llevado a la tumba y no caminaba buscando el auxilio eterno, sino que lo hacía buscándome a mí. Cuando estuvo muy cerca quitó la mano que tapaba el rostro transportado bajo el brazo y me desveló sus facciones. Era yo mismo, con la mueca atroz que da la presencia de la muerte. El degollado alargó los brazos ofreciéndome mi propia cabeza al tiempo que esta recuperaba un aliento de vida y comenzaba a reírse estrepitosamente. Cayó de sus manos rebotando en los adoquines del suelo buscando a su verdadero dueño, al tiempo que el cuerpo blando al que había robado la vida caía inerte al suelo. Me di la vuelta y huí como si lo hiciera de mi destino, perdiéndome en un fondo incierto muy parecido al que había parido aquella visión y, completamente ofuscado por el peso del sueño, perdí la noción del espacio y del tiempo y me quedé profundamente dormido.

## CAPÍTULO DECIMOTERCERO

### La última pieza

Vengo muchas veces al puente y mi primera intención es la de saltar al agua para terminar con mi existencia. Prometo que lo he intentado, pero hay cosas que me retienen aquí. Los recuerdos se me amontonan y casi me atropellan como a esa viejecita que cruza por el medio del tráfico ignorando los pitidos de los coches. A veces confieso que mezclo los sueños con las cosas que realmente pasaron. La vida pasada se deforma al gusto del consumidor. Eso me pasa a mí. Por eso me vienen a la memoria los rostros de Marie y de Éloïse, riéndose dentro de mi propio delirio.

-----

Las soñé irresistiblemente hermosas. Las percibía a ambas sobradas de ese don que a tantas es esquivo. Dos cuerpos como tulipanes rojos y amarillos entregándose al viento. Sus labios se rozaron levemente y luego intercambiaron sus humedades de carmín. La impresión cosquilleante que les produjo aquel primer contacto sedoso y recatado auspiciaba la necesidad de perfilar aquellas bocas jugosas con las yemas de los dedos. Las lenguas intercambiaron sus sabores salados elevando el tono su primer impulso adolescente. Bajo las camisetas coloreadas afloraban dos parejas de botones definidos. La grana guardaba unos pechos pequeños que se dejaban abarcar por unas manos largas, expertas en repartir la delicadeza. La amarilla otros, grandes y macizos, pugnando por un espacio que se les había negado.

La luz era tenue, pero me permitía ver con claridad a aquellas dos jóvenes entregadas al más sensual de los juegos, tan ensimismadas en intercambiar sus aromas que no se apercebieron de mi presencia.

Pronto pude soñarlos, mostrando toda la bondad de la piel: firmes, elásticos, alborotados y bailarines; se sometían a la conveniencia de las manos que los manejaban con habilidad, volviendo siempre a recuperar la forma orgullosa y tersa que les confiere la juventud. Los pezones pugnaban por salirse de su privilegiado lugar sometidos a unas bocas afanadas en robarlos de su sitio. Los unos eran fresas de un rosa manso, frágiles y diminutos frente al marrón profundo de los otros; pero ambos frente a frente reunían las exigencias de la perfección; pues cada uno goza mejor de lo que no tiene.

Aquella escena era una mezcla inocente y salvaje de instintos primarios degustándose desde la más genuina sensualidad. Puede que Eros mirase a otra parte para no corroborar sus miserias cuando sus ninfas terrenales le despreciaban para amarse y gozarse entre ellas. Pero a aquellas dos no parecía importarles lo más mínimo importunar al dios antiguo aquejado de la debilidad propia de los hombres al creerse los únicos responsables de repartir los placeres carnales por el mundo.

Deseaba salir de la penumbra que me protegía y convertirme en otro actor de aquella representación lujuriosa de las musas, tañendo sus notas de carne; pero nunca fui dado a tomar decisiones que revistiesen el riesgo de ser rechazado, así que frené el instinto que me incitaba a salir y me mantuve inmóvil y con un sudor frío que me delataba.

Se pusieron de pie. Bajo los pliegues de dos diminutas faldas las manos se percataron de que había más cuerpo por descubrir. La de los pechos de fresa asumió el protagonismo. Su falda cayó por su propio peso, liberando unas mariposas virginalmente blancas.

Era tan circunstancial el hecho de que fueran dos mujeres. Lo que importa es el amor, no el pasajero en el que viaja. Si se sabe entregar, como aquellas dos muchachas lo hacían, es un ignorante el que no aprecia el regalo que se nos ha dado al permitirnos ofrendar placer al ser amado. Los sentimientos no se guardan en ningún frasco, ni se remiten a ningún género. La

sexualidad es libre de compartirse con quien se quiera. El que se siente más ofendido es dueño, casi siempre, de las perversiones más inconfesables; pero lo que no se sabe no existe, y lo que no existe no mancilla las verdades fatuas de los moralistas de medio pelo. La virtud no se esconde bajo los barnices de los convencionalismos; es una gracia que mora en las almas y esas no tienen sexo.

Un sofá blanco las acogió como la mejor de las alcobas. Las caricias se hicieron más densas. Dejaron de ser simples notas salpicadas para convertirse en estudiados compases. Los gestos se imitaban multiplicados, haciendo entender que la naturaleza inhibida que se esconde en los cuerpos ya no necesita más invitaciones para derramarse sin ningún pudor. El ambiente perfumado que lo envolvía todo desapareció de repente y únicamente ellas permanecían como dos ángeles sobre un fondo nevado. Los roces perdieron su cuidado balanceo para hacerse más vigorosos porque llega un punto en el que el placer pugna por hacerse el dueño inconsciente de las cosas.

Aquellas dos muchachitas de seda y miel eran las causantes de mi supuesto martirio. Creo que eran Marie y Éloïse. Sí. Lo eran. Temblorosas, gemían entre susurros entrecortados, vigilando el momento para coincidir ambas en el prodigioso segundo en el que el alma se va del cuerpo a pasear a ninguna parte. Dulce arrebató. Los diablos arañaban los poros luchando por huir hacia el edén donde reina la diosa carne. Es de sabios entrar en ese vergel dándose la mano. Así el deleite que uno recibe como premio es doble porque es suma del otorgado y el recibido. Así administraban los manoseos aquellas dos diosas romanas. Y cuando la diligencia por recibir se hizo invencible también lo fue la prisa por dar, de manera que así se hallaron ambas a las puertas del paraíso, dispuestas a morder juntas la misma manzana de Adán.

Impagables son los minutos en el que el frenesí se apodera de nosotros. Bondadoso el Creador, que nos han otorgado el don de gozar y hacer gozar. Clarividentes los que entienden desde la franqueza el amor y no lo revisten más que de lo que le es intrínseco: ternura, entrega, generosidad, verdad. Desventurados los que combaten el aliento natural de la vida con moralinas corruptas desde su gestación. Infructuosos los intentos de engañarnos con filosofías baratas de la virtud. Legado inservible y dañino el que heredamos revestido de decencia, cuando lo que verdaderamente esconde es el pus de los milenios de nuestra historia. No ha aprendido nada la humanidad en todos sus años de viaje. A veces es más rico el que no sabe que el que se ha dejado castrar por las argucias noveladas de quienes gozaban con la abstinencia del orbe, pensando así que los placeres ahorrados servirían para dilatar el suyo propio.

La extremada excitación que salía de mi cuerpo debió extenderse por la habitación como un perfume de olor a hombre porque una de las mujeres se percató de mi presencia, haciendo partícipe a la otra de su descubrimiento. Todos los rojos del universo se pusieron de acuerdo para compartir mi rostro. Pero ellas, lejos de azorarse por lo delicado de la situación, parecieron encontrar en mí un nuevo aliciente para sus juegos y me llamaron sin el menor de los pudores. Me senté entre ellas. Era el más afortunado de los mortales. Recibiría allí mismo lo que tantos hombres sueñan cuando el hastío invade sus camas. Estaba dispuesto a coger cuanto se me otorgara y a dar cuanto se me pidiera.

Me desperté. ¡Maldita sea! Para una vez que las cosas se me ponían bien. Me desperté, sí. Muy a pesar mío. Una voz me despertó.

—Hola cariño —una voz sonó desde los pies de mi cama como si quisiera huir de mi sueño y flotar en el mundo real.

—Dios mío, eres tú. —Con la tienda de campaña puesta, aturdido, azorado, asustado—. ¿Estás bien? ¿Dónde te has metido? ¿Por qué me has hecho esto? —Me recompuse entre las sábanas, disimulando mi excitación.

Marie ni se dio cuenta. Estaba a otras cosas más urgentes.

—No me abrumes a preguntas y vístete que tenemos mucho que hacer esta mañana.

Con el sobresalto me había erguido y me hallaba sentado frente a ella. Se acercó lentamente y me besó en los labios dejando un aroma tenue a jazmín que terminó por convencerme de que estaba despierto. Las sensaciones físicas de su presencia se cruzaron con todas las que poblaban mi mente confusa. La alegría del regreso se mezclaba con la ingratitud del abandono, el placer de mi verdad con el dolor de sus mentiras, la certeza de su dulzura con las dudas que produce la desconfianza. Aquel beso era de sal e hizo yagas en mi boca al maldecirla por tratarme así. Recuerdo que hice muchos reproches que al principio fueron más violentos de lo que hubiera previsto y al final se diluyeron en un sermón impreciso farfullado sin la ligazón necesaria para tener consistencia. Ella, lejos de dejarse arrebatar por el furor propio del agredido, dejó pasar todas aquellas amonestaciones como si fueran incluidas en el precio de su regreso. Se levantó. Se colocó delante de mí, impidiéndome la repetición de los bruscos vaivenes que estaba dando por la habitación. Puso su dedo índice en mis labios, invitándome a tragarme lo que quedaba por salir y se sobrepuso diciendo:

—Ya sé que te debo muchas explicaciones. Ven, bajemos al salón y te contaré lo que ha pasado.

No le fue fácil conseguir que dejara de interrumpirla cada dos palabras; unas veces indignado, otras inquisitivo e impertinente las más; pero ella, de nuevo, mostraba ese temple y esa dignidad que no se aprende.

—No vuelvas a decir que te he utilizado. No quiero ni que lo pienses. Las cosas sucedieron así porque no podían ser de otra manera. ¡Déjame hablar de una puñetera vez!

Me senté, o más bien me arrojé sobre el sofá.

—¿De veras te creíste que entregando las joyas volveríamos a ver a Richard con vida? Eres un cándido si lo piensas. Esa gente se maneja de otra manera y no entiende otra cosa que su propio beneficio. Si lo hubiéramos hecho así a estas horas tu amigo estaría flotando en el río.

—Entonces, ¿qué fue de los diamantes que yo puse en la mochila?

—Entregué una parte, como un anticipo; pero la otra mitad me la quedé yo y con ella me fui a negociar con alguien que pudiera ayudarnos.

—¿Ese alguien es el pez gordo con el que te citaste en el acuario de la Citée? —Por una vez me anticipaba, aunque fuera de rebote. Eso me dio un poco más de ímpetu en aquellas explicaciones que habían mudado a interrogatorio.

—¿Cómo sabes tú eso?— Repuso Marie con cierto aire contrariado.

—La policía te ha seguido. Sabía parte de lo que se coció en el Marché y estaba preparada para intervenir. Luego, tu inesperada desaparición les hizo cambiar de estrategia.

—Debí esperar algo así. Ese Lamark es un zorro viejo.

—¿Quién cojones es el tipo con el que te entrevistaste?

—Ese tipo que tú dices es un antiguo socio de mi marido; un hombre muy influyente que controla los hilos de todas las marionetas que intentan hacerse un sitio en el mercado europeo de piedras preciosas. Él es el salvador de Richard. A estas horas tu querido pintor tiene un buen abogado.

—Y a mí me llamas cándido. ¿No me digas que le entregaste a ese hombre los diamantes?

—Sí, lo hice, era la única carta que me quedaba por jugar.

—¿Y por qué estás tan segura de que no va a quedarse con ellos?

—Mira, Frank, ese hombre va a ayudarnos, estoy segura. Mi marido guardaba papeles, documentación comprometida que podría un día salvarle el pellejo. Esos papeles y no los

diamantes son el precio de la cabeza de Richard.

—Pero ¿Por qué no confiaste en mí? ¿Por qué te fuiste y me dejaste tirado como a un estorbo?

—Tú no eras un estorbo. Nunca lo has sido. Yo no quería meterte más en esto. No quería exponerte a más riesgos. Eres lo único que hace que me sienta viva. Comprendo que no tengo ningún derecho a que me creas, pero te pido que confíes en lo que te estoy diciendo. Es la pura verdad.

Por fin comenzaba a verlo un poco claro. Ella tenía razón en todo, aunque a mí me pesara el hecho de no poder jugar más que el papel pasivo de ver el discurrir de los acontecimientos. La estrategia que había trazado era bastante mejor que aquella que yo pretendiera llevar adelante. Ante mis ojos se desvelaba la verdadera razón que la había empujado a actuar así. Era yo, sin la menor duda, el que valía para ella más que aquel saquito de diamantes, y eso solo podía significar una cosa: que era verdad que me quería. Con su huida no había hecho más que revelarme su amor más absoluto. De pronto, aquellas piezas que habían quedado esparcidas se fueron colocando una a una sin el menor esfuerzo. Su rostro se formó diáfano a mi lado, en mi puzzle imaginario; sonriente, limpio, plagado de gratitud. Una gratitud que yo le devolvía multiplicada por diez.

—¿Dónde has pasado la noche?

—La he pasado en un hotel. No quería volver antes de tener noticias. Entiéndelo, todo podría salir mal y no podría mirarte a la cara.

—¿Eso quiere decir que ya sabes algo?

—Esta mañana, muy temprano, me llamó el negociador y me dijo que todo estaba arreglado; que veríamos libre a Richard antes del mediodía. Por eso he vuelto.

Parece ser que aquel hombre habría contactado con los secuestradores, sabe Dios por qué medios, y les había hecho la entrega de madrugada a cambio de la promesa de la liberación del pintor.

—Pero eso no es más de lo que nosotros teníamos —repuse con perplejidad.

—Te equivocas, cariño. Te equivocas en todo. Es verdad que la jugada es la misma, pero lo que cambia es el jugador. Nosotros no somos más que simples peones que pueden ser eliminados de la partida a las primeras de cambio; pero él es un hombre fuerte que les sirve de apoyo en todas sus transacciones comerciales. Es una pieza importante del tablero y no se puede prescindir de ella sin desencadenar una serie de acontecimientos que terminarían por arruinar la partida. Todos saldrían perdiendo. ¿Lo comprendes?

Claro que lo comprendía. No era necesario ser muy listo para hacer aquella cuenta. La carta ganadora que se había guardado había sido jugada de manera muy oportuna. Confieso que sentí admiración por ella. Tras su halo de fragilidad había obrado con la astucia de un habilidoso estratega. Eso volvía a producirme desconcierto y a confinarme en mi ridículo papel de figurante. Pero, ¿qué más me daba? Al fin y al cabo todo parecía dirigirse a un desenlace ventajoso. En aquel reparto hasta yo salía ganando porque Marie aparecía ahora ante mí cargada de honestidad y de razón. Todas mis dudas, todos mis recelos por su comportamiento, incluso las sospechas que pudiera albergar sobre su grado de implicación en toda aquella trama, habían encontrado por fin una respuesta clara. ¡Qué paradoja entraña nuestra existencia! Al principio no confió en mí porque no me conocía y hubiera podido traicionarla y al final porque no quería causarme daño, pues sus sentimientos habían traspasado el umbral del cariño.

—Tenemos que ir a París. Ahora soy yo quien tiene que cumplir mi promesa. He de entregar los papeles de los que te hablé a su dueño.

Cuando estábamos a punto de salir sonó el timbre de la verja. Desde la ventana del salón podía entreverse un coche del que descendió Lamark. Nos hizo señales para que abriésemos y así lo

hicimos. Minutos después estaba sentado en el sofá. Encendí la chimenea, mostrando más sosiego del que yo mismo esperara, mientras Marie preparaba café. Aquella visita había sido inoportuna; pero, al fin y al cabo, inevitable. Después de expresar una sorpresa fingida y de intercambiar con el policía algunas frases corteses, los tres estuvimos sentados con los pocillos humeantes en nuestras manos.

El inspector había seguido a Marie hasta la casa de campo y exigió explicaciones. Marie volvió a deletrear su papel con ponderada delicadeza y yo, entre sorbo y sorbo, apuntillaba alguna frase o incluía un comentario que me convenciera a mí mismo de que era partícipe de lo acontecido. El inspector pareció seguir el relato de los acontecimientos con el gesto de quien conoce lo que se va a decir. Es más, parecía que la táctica diseñada por Marie era de su agrado. Sopesaba, evidentemente, los riesgos que estábamos corriendo; pero en su tic estudiado al llevarse la pipa a los labios se podía apreciar un cierto aire de consentimiento. Obviamente, de todas las salidas posibles, la que aquella mujer dulce y serena había tomado era la más racional.

—¿De qué conoces a Leclerk? —Como siempre, directo al asunto.

Marie había evitado citarlo en todo momento pero, en vista de que no podía eludirlo ya, cambió su tono contenido por otro más afectado y nervioso.

—Ese hombre debe desaparecer de esta historia. Nunca se le debe relacionar con nosotros. Lo digo por nuestro propio bien. Usted lo tiene que conocer perfectamente. Es alguien muy influyente que nos puede borrar de un plumazo a los tres.

—Ya sé que solía hacer negocios con tu marido. O más bien que Alain era uno de sus servidores más rentables. Pero algo más habrá para que ese tipo se haya prestado a colaborar. Esa gente no suele hacer nada por simple gratitud.

Dejó la frase en suspenso intencionadamente, como si supiera con exactitud todas las palabras de una respuesta que no se produjo. Y en el aire quedó también la sensación plausible de que el policía estaba valorando su próximo paso. Le llevó poco tiempo pronunciarse:

—De todas maneras, de momento, solamente nos queda esperar. Veremos lo que sucede con vuestro amigo. Me voy. Estaremos en contacto. Haced lo que tengáis que hacer —sonó como un epitafio a la conversación.

Lamark se marchó en su coche y nosotros nos quedamos abrazados junto a la puerta de la entrada viéndolo perderse entre los viejos robles hasta que desapareció. Pero aquella frase lapidaria dejaba de sí más de lo que yo apreciara en un principio. Era irrefutable entender que aquella sentencia se pronunciaba a nuestro favor. Daba por bueno lo que estábamos sucediendo y se retiraba a esperar el desenlace. Además aquellas palabras encerraban otro significado más profundo que únicamente pude ver cuando Marie me miró y susurró aliviada.

—¡Por fin me ha declarado inocente!

¿Inocente?, pensé para mis adentros. Eso eras para mí desde el principio, a pesar de que yo mismo te condenara en más de una ocasión: inocente, testigo, víctima, heraldo de una misión ingrata que iba a finalizar con un guión distinto del trazado. Me congratulaba que el inspector se posicionara a nuestro lado porque podía afinar bastante más de lo que los sentimientos permitían a mi nublada razón. Él, que vivía de elucubrar con las más retorcidas posibilidades, te había situado en una posición imprecisa, caminando en el filo de la navaja; con las mismas probabilidades de caer para un lado que para otro. Ahora, al fin podía verte, con la misma claridad que yo, como a una marioneta accionada por una mano maliciosa.

Sonó el móvil de Marie. Estaba hecho. Todo había salido según lo previsto. Era necesaria la contrapartida. Dejamos la casa y nos dirigimos a un apartamento que Alain tenía en una de las ciudades dormitorio de París: en Créteil. Dejamos la autopista y aparcamos junto al canal que



limita la parte norte de la villa. Multitud de edificios nuevos, todos similares, conformaban una especie de colmena donde residen muchas de las personas que mueven París. Eran las once de la mañana y parecía un pueblo deshabitado. Las abejas habían ido a sus labores en el centro y el único movimiento se circunscribía a un pequeño supermercado en la cabecera de la calle.

Ella no había vuelto a aquella casa. No por los recuerdos que pudiera traerle; sino más bien porque no albergaba ninguno, ni bueno ni malo. La habían comprado simplemente para invertir cuando las cosas les iban bien y la propiedad había entrado en el paquete que Marie se reservara para los tiempos malos. Por ello estaba a su nombre; pero solo había estado allí en contadas ocasiones, para proveerla de los enseres básicos que la hicieran habitable. Era un apartamento pequeño con dos habitaciones. Olía a nuevo y a rancio a la vez, por la falta de uso. Estaba totalmente desprovisto del calor hogareño que derraman las casas en las que se habita; aquellas en las que las vivencias y los recuerdos pueblan, como testigos mudos, las paredes y las repisas. Muy al contrario, aquel apartamento carecía totalmente de latido. La sensación fría de entrar en una habitación totalmente desangelada, para mí, no lo fue tanto.

—¿Por qué no me has hablado nunca de este apartamento?

Entendió al momento el mensaje que llevaba implícita mi pregunta. Podía intuir el dolor que me hubiera causado saber que en aquella cama cubierta por un edredón barato, pudiera haber acogido los gemidos de sus noches de pasión. Yo no dudo que las hubiera tenido, como era natural, pero se habían difuminado en una atmósfera turbia que ya no me afectaba. Sin embargo, el hecho de que se materializaran en un lugar, en una estancia o en un mueble podría hacer que escapasen del subconsciente las preguntas inútiles asociadas a los celos irracionales de los enamorados; esas preguntas que llevan la respuesta implícita y que luego evolucionan hacia las comparaciones odiosas y los reproches más inconfesables. Por eso, mientras abría las puertas de un armario empotrado y retiraba el falso suelo para acceder a una diminuta caja de caudales, me contestó cumplidamente:

—No te tortures mi amor. Yo nunca me acosté en esta cama. Nunca te hablé de este apartamento porque no ocupa ningún lugar en mis recuerdos. Estuve a punto de hacerlo cuando nos fuimos a la casa de campo, pero te vi tan entusiasmado con la idea de quedarnos allí que decidí callarme.

Sentí la necesidad de abrazarla. De recostarla sobre las flores azules de aquel edredón y cobrarme el rescate de mis remordimientos en su piel de terciopelo. De competir con el tacto de la blusa de seda amarilla que mimaba su espalda hasta adquirir su color. De repasar con mis dedos los pliegues que el tejano marcaba osadamente sin aconsejarse conmigo. Quizás con aquello la casa saliese de su letargo y cobrase la vida que se le niega a los recintos vacíos de humanidad. Por eso, cuando ella se levantaba con una carpeta granate en la mano, la así fuertemente por la cintura y la traje hacia mí buscando sus labios desde la comisura para retardar el encuentro de nuestras bocas lo suficiente para olerla antes de adherirme a ella como un poseso. La carpeta cayó en el suelo enmoquetado y sus brazos me rodearon el cuello acariciándome la nuca. Era el anticipo de lo que no podía disfrutar en aquel instante. Por la mirada todo lo dijimos. Yo también lo sabía. Tenía que parar inmediatamente o el deseo me descontrolaría ya de modo definitivo. No era el momento. Los otros asuntos, los mundanos, nos reclamaban con inaplazable premura. No lo sé; pasó un ángel que me desprendió de ella. Me agaché a recoger el portafolios y se lo entregué para que, sobre la cama, seleccionara los documentos que debía entregar. Luego, cerramos la puerta del apartamento y allí se quedó atrapado de nuevo el vacío inerte de la ausencia; sin esperanza alguna de recuperar el atisbo de la más tenue palpitación.

La acompañé a la Villette, al espléndido acuario de la entrada del Museo. Durante unos

minutos estuvimos viendo las evoluciones lentas y sistematizadas de los peces. En la mayor de las peceras acristaladas, un enorme besugo paseaba su dignidad encarcelada con elegancia. Su monótono deambular me condujo a fijarme en una mujer joven de escasa estatura situada a nuestro lado. Sin volverse a mirarnos se limitó a decir:

—¿Traéis lo convenido?

Marie le entregó la carpeta. La muchacha de pelo rizado nos dio la espalda y se fue andando cansinamente como si se hubiera contagiado del ambiente pausado y pegajoso de las vitrinas.

Ya solo nos quedaba esperar. Salimos y cruzamos la pasarela que salva el inmenso estanque que circunda el edificio. Acompañando a nuestros pasos caminaban mis dudas. Todos los naipes que habíamos colocado podían caerse fácilmente. Habíamos cumplido nuestra parte del trato, pero el peligro podía asomar por otros frentes. De ellos, el más evidente era el de Lamark. El inspector estaba en una posición privilegiada. Nos tenía completamente a su merced y podía realizar movimientos inesperados. Era muy lógico pensar que podía echarle mano al intermediario y ello le comportaría unos excelentes méritos en su hoja de servicios. El policía iba unos pasos por delante. Conocía la identidad del mediador, seguía a sus correos y tenía constancia de los comprometedores documentos.

Sentados en el césped del parque hablamos largamente. Ella siempre acertaba a responder con palabras alentadoras a mis funestas elucubraciones. Parece que un hado pesimista se había apoderado de mi estado de ánimo. Pero después de un buen rato de jugar a esperanzarme me sorprendí a mi mismo creando argumentos parecidos a los suyos. Argumentos que obligaron seguramente al hado de la fatalidad a marcharse a buscar otra víctima entre la gente que pasaba por allí.

El inspector; mi amigo Denis, tácitamente, había demostrado su compromiso con nuestra causa. “Haced lo que tengáis que hacer” habían sido sus palabras exactas. Eso equivalía para mí a decir que aquel hombre iba a sentarse en una butaca entre el público para presenciar el final de la representación. Eso era bastante. Venía también en su ayuda o en la mía, el convencimiento de que Denis Lamark no tenía nada que demostrarle a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Poco tardó otro de esos duendes en volver a atosigarme. ¿Qué sería de ella? Un bosque enmarañado de imputaciones, sospechas y recelos parecía perseguirla a todas partes, afanándose por arrebatármela. Podía ser condenada como cómplice de asesinato, como encubridora, como ladrona, como traficante; estaba implicada en un secuestro, en un intercambio del todo ilegal... El diablo se había servido de su presencia para vengarse así de la belleza del mundo, para cobrarse una pieza de luz y sumarla a su colección de injusticias y de paso se reiría de mí; ya se había acostumbrado. Hace tiempo que mis infortunios eran la alegría de los corrillos en el infierno. Pero... ¿qué estaba pensando? Ella era inocente. Además estaba yo. Por fin me desprendería de mi máscara de bufón. Era mi turno. Desempolvaría mi armadura de caballero andante, como la del Quijote de Ibarra que me traducía mi padre, y recompondría mi dignidad hecha pedazos para salvarla; aun a riesgo de enloquecer como el infortunado español. Utilizaría la influencia de la familia, acudiría a mis amigos, a Lamark, a quien fuera, para verla de nuevo immaculada; con el mismo halo de pureza con que se me había entregado por primera vez. Mi convicción, mi amor, harían de piedra de toque, de sagrado talismán para salvarla. Y estaba seguro. Sería capaz, al final, de volver a ser protagonista de mi propia vida.

Nos levantamos de la hierba y caminamos a lo largo del canal; contemplando a los turistas, en la otra orilla, apearse del Canauxrama.

—Algún día, cuando todo pase, subiremos en ese barco por el Canal de Saint Martin y mientras viajemos por los túneles bajo la ciudad, contando los tragaluces como lo hacen todos los

enamorados. Te diré que tus ojos me han robado el brillo de los míos, que mi boca ya no desea más miel que la que tu boca vierte, que eres la ladrona de mis sentidos y por eso te condeno a prenderte para siempre a mí. Y cuando, de nuevo a la luz del día, las exclusas nos eleven, nos besaremos como los jovencitos que ahora se bajan en ese embarcadero.

Ella sonreía y se aferraba a mi cintura, haciéndome sentir el heredero de toda la dicha del mundo.

—¿Sabes que fue Richard el culpable de que estemos juntos? —Me miró profundamente sorprendida—. Sí. Después de todo lo que pasó me dijo: “Tienes que nacer de nuevo. Márchate al fin del mundo, a un lugar en el que no conozcas ni te conozcan. Báñate en el mar y vuelve a nacer. Hazme caso.” Recuerdo que me hizo reír por primera vez en mucho tiempo con aquella locura respaldada por dos o tres cervezas en un bistró mugriento. Pero unos días después, en uno de esos momentos en los que la pena se hace insufrible, hice la maleta y me marché sin decir nada a nadie.

—¿Y cómo acabaste en la Guayana? —Se reía—. Mira que no hay playas y mares en el mundo para acabar allí.

—No te lo vas a creer, pero la culpa la tuvo un anuncio de televisión.

—¿Qué?

—Sí, mujer, un anuncio, un simple anuncio. Encendí el televisor y apareció una playa una chica anunciando un bronceador. Y yo dije. Ahí, ahí es dónde me voy a bañar.

—¡Qué tonto! Me tomas el pelo.

—Que no. Te lo juro. Llamé a la cadena y me dijeron que era una playa de la Guayana. Así de sencillo. Dicho y hecho.

—¿De verdad? No puedo creerlo.

—A los tres días había hecho caso a todo lo que me dijera el pintor. Pero las penas no se fueron con la primera marea en aquella playa. Sin embargo, en aquel pedazo de arena encontré poco a poco una paz extraña y consoladora. Una mezcla de soledad y melancolía terminó sustituyendo a la depresión que sufría y de ese modo fui aplazando el momento de volver hasta que ya no hubo momento, o al menos no me importaba.

El día se fue nublando poco a poco y la brisa que, socorrida por el sol, era reconfortante se había convertido en un vientecillo impertinente que comenzó a incomodarnos. Decidimos volver sobre nuestros pasos para recoger el coche en el parking de la parte trasera del museo. Estábamos a punto de entrar en el acceso subterráneo cuando mi móvil sonó. En la pantalla aparecía el nombre del inspector. Descolgué con precipitación y contesté.

—¿Frank? Soy Lamark —sonaba lejano—. ¿Me oyes? Richard ha aparecido.

## CAPÍTULO DECIMOCUARTO

### Un lugar para la sonrisa

El Bois de Boulogne siempre había sido uno de mis lugares favoritos. Mi padre me lo había descrito paso a paso desde mi niñez. Lo habíamos recorrido en innumerables ocasiones. Los domingos por la mañana, acompañados de mi madre, paseábamos por los senderos que serpentean entre las arboledas, los lagos y los estanques; y lo concluíamos comiendo en uno de los restaurantes que hay cerca de la Grande Cascade. Otras circunvalábamos una gran parte del parque en bicicleta. Pero lo que se aparece en mi memoria con más viveza eran las rutas a caballo. Recuerdo que se juntaba con sus amigos de la peña ecuestre y realizábamos salidas que, con la disculpa de una merienda en el campo, a mí me parecían auténticas expediciones de exploradores en busca de un país lejano.

Era la una del mediodía. Entramos con el coche por la Avenue de Saint—Cloud y, después de rodear el Lac Inférieur por su parte sur, aparcamos en unos de los estacionamientos que hay al lado del Racing Club de Paris. Las indicaciones de Lamark nos habían llevado hasta allí porque Richard había aparecido hacía una hora en el bosquecillo que hay enfrente.

Caminamos unos metros y divisamos a Lamark apoyado en su coche, departiendo animadamente con una pareja de gendarmes. En cuanto se apercibió de nuestra presencia puso fin a la conversación y se despidió de los agentes. Estos continuaron su ronda diaria por el parque y el inspector nos recibió con una sonrisa franca por la que terminó saliendo una bocanada de humo espeso y azulado.

—¿Por qué nos habrá dicho el inspector que le trajéramos ropa? —Le preguntaba a Marie para disipar nuestro nerviosismo; el mismo que me hacía bromear—. Tal vez lo hayan remojado en algún estanque para vengarse de su mal genio.

—Aquí lo tenéis —señaló a la ventanilla entreabierta de la puerta trasera del coche—. Todo ha salido bien. Él y su brocha están en perfecto estado —sonó una carcajada de las que se sueltan en las situaciones ridículas. ¿Él y su brocha? ¿A qué se refería? Introduje la cabeza a través de la ventanilla. Iba a decirle cuánto me alegraba de verlo, pero en lugar de eso me quedé mudo. Saqué la cabeza y me uní a la risa del inspector. Al hombre se le saltaban las lágrimas. Marie repitió mis gestos desde el principio al final hasta que los tres terminamos por carcajearnos estrepitosamente ante el asombro de los paseantes.

—¿Qué cojones pasa? —Asomó la cabeza del pintor por la ventanilla—. ¿Es que nunca habíais visto a un tío en pelotas o qué?

Richard estaba sentado en el asiento trasero totalmente desnudo, a excepción de un ejemplar de Le Figaró con el que se tapaba sus partes. Sus barbas grises se perfilaban sobre su pecho flaco y blanquecino salpicado por un bello ralo que ya se había tornado blanco.

—¡Ríete, cabrón, ríete! ¡Reíros todos del viejo! —No parecía enfadado, sino más bien haciendo un esfuerzo por ser el cuarto en unirse al jolgorio.

—Le encontraron dos ancianas que paseaban por allí —el inspector señaló a unos arbustos que formaban una estampa multicolor en un parterre.

—Les di un susto de muerte a las viejas cuando salí de detrás de los árboles y les pregunté si tenían un teléfono. Va usted a coger frío, joven, me dijo una. Alargó el brazo y me dio este periódico mirando al tendido. ¿Queréis dejar de reíros? ¡Cojones! Me estáis poniendo nervioso.

—Anda, ponte esto, a ver si es de tu talla —Marie introdujo por la ventanilla la bolsa con la ropa e hizo ademán de querer arrebatarme el periódico.

—¿Qué haces? ¡Estate quieta! —Eché unas cuantas pestes que solo sirvieron para prolongar el

regodeo.

Un grupo de escolares salían del Jardin Shakespeare en dirección al lago. La algarabía que formaban en una hilera irregular que dos maestras se esforzaban por organizar se vio perjudicada por nuestro alboroto y los niños, de unos seis o siete años, pasaron junto a nosotros sonriendo extrañados ante las carcajadas que, en el caso del inspector, habían terminado por provocarle un ataque de tos.

—Ha dicho que no se movía de aquí si antes no le conseguíamos algo de ropa. Es tozudo este pintor de brocha gorda.

El comentario no hizo más que provocarle más tos y a nosotros intensificar, si era posible, nuestras risotadas. Los niños más rezagados se volvieron y terminaron por contagiarse con las risas.

—Ya estoy. Podemos irnos —el rostro de Richard volvió a asomar por la ventanilla—. Esta vez enmarcado por una camisa blanca de rayas azules que le devolvía parte de su dignidad.

—Menos mal. Ya era hora —sentenció el inspector recuperando en parte su serenidad habitual—. Coged coche. Nos veremos en Jefatura. Hay que tomarle declaración al de la brocha —las carcajadas no tardaron en repetirse, aunque más atenuadas por la fatiga.

Nosotros retrocedimos los escasos doscientos metros que nos alejaban del aparcamiento y Lamark entró en su Peugeot gris. Cuando llegamos a su altura encabezó la marcha que parecía una salida triunfal por la Allée de Longchamp, la avenida que corta longitudinalmente el Bois desde el Noreste, cerca de l'Etoile; al Suroeste, hasta que termina por salir del parque rodeando l'Hippodrome.

Al cabo de media hora estábamos los cuatro en el despacho de la Prefecture. Tomamos asiento en aquellas incómodas sillas azules. Al cabo de unos minutos entró una policía con un portátil y se colocó en una mesa auxiliar dispuesta a tomar nota de la declaración de nuestro amigo. Este, sabiéndose el protagonista invitado de lo que al final había derivado en una comedia, comenzó a hablar.

—Yo estaba dando de comer a los gorriones, como hago muchas tardes cuando una muchacha se me acercó y después de charlar durante un rato, cosa que en la que a veces los pajaritos me son tan útiles, me dijo que la acompañara a tomar algo. Tenía el coche aparcado cerca de allí. La idea era acercarnos al Quartier Latin.

Hasta aquí todo normal en nuestro amigo. Una vez más el cerebro que guardaba en la bragueta era más convincente que el que paseaba sobre sus hombros. Además ya no estaba para muchas elecciones, así que era bastante normal que viese en aquella jovencita la ocasión de recuperar el prestigio de don Juan que había ido perdiendo por los burdeles.

—No te pierdas en divagaciones y vete al grano —el inspector cortó así el amago de descripción que el pintor estaba haciendo de la muchacha, que tenía de todo menos de retrato robot.

—Cuando estaba bien acomodado en el asiento del acompañante, viendo las espléndidas piernas de la chiquilla asomando de la falda —no perdía ocasión el muy capullo—, entraron dos tipos en el asiento trasero. Uno me encañonó con una pistola impidiéndome girar la cabeza y el otro me colocó un pasamontañas al revés para que no pudiera ver nada.

—De película. Esas cosas son de película.

—Cállate Frank. ¿Es que no te has cachondeado bastante ya? —El tono fue tan espeso que me pareció oportuno guardar silencio.

—Después de una hora de viaje, cerca del río, creo, porque pasamos varios puentes, terminamos en una nave industrial abandonada. Lo sé porque me encerraron en una especie de

despensa que debió ser en tiempos una cámara frigorífica. Tenía un pequeño ventanuco en la puerta por el que podía ver un enorme espacio cubierto bajo un tejado metálico.

—¿Puedes darnos alguna pista sobre cómo eran los hombres que te secuestraron?

—No los vi en ningún momento. Mi único contacto con el mundo era a través de la chica. A esa sí que la recuerdo bien. Era una jovencita de pelo negro y rizo. No era muy alta. Tenía un pequeño lunar cerca de la comisura de los labios —sus ojos brillaron como lo hacían siempre que hablaba de mujeres—. Ellos debían ser altos y corpulentos, porque me llevaron en volandas y me arrojaron allí dentro como si fuera un fardo.

—¿Qué nos puede decir del recinto en el que le encerraron? —Preguntó la policía levantando los ojos de la pantalla.

—No tengo la menor idea de dónde estaba. Lo único que vi en los tres días que estuve allí metido era aquella habitación llena de estanterías y ganchos de metal en la que habían metido un colchón y unas mantas. Por la mañana venía la chica a traerme la comida. Por mucho que le pregunté no me dijo ni palabra.

Pasaban las horas y el pintor fue pasando por todas las fases por las que pasa un secuestrado. El aturdimiento inicial provocado por el inesperado suceso dio paso a las valoraciones racionales en las que se busca la causa. Por su cabeza desfilaron sus andanzas de truhán; desde las más picarescas, como la del Chevalier, hasta otras más oscuras y sórdidas, que no conviene recordar. Y por más que repasó y repasó sus correrías más patéticas no consiguió encontrar una deuda que fuera merecedora de aquella situación. Luego vino la ira en forma de golpes que reverberaron una y mil veces en los muros de la nave pero no le sirvieron más que para desahogar su cólera. La desesperación que la acompañó terminó por quedarse a solas con el pintor y no fue precisamente benévola con él. Lloró amargamente; maldijo su miserable destino, perjuró de sus errores hasta convencerse de que toda su vida había sido un desacierto. Era como si unos ángeles negros estuvieran haciendo de fiscales inexorables para garantizar un morador más en el infierno. Pero esos maltitos no siempre tienen las de ganar, así que la vaga idea de colgarse de uno de aquellos ganchos de la carne, en lugar de agravar más la situación, lo ayudó a aplazar su juicio final. Decidió que debía ser más analítico. Estudiar el punto flaco de la muchacha e intentar entablar algún tipo de contacto con ella, con aquella jovencita que se limitaba a abrir una pequeña portezuela a ras de suelo y a introducir, dos veces al día, una bandeja con comida.

Puso en práctica su paciencia de pescador aficionado en los ríos pintorescos de su Languedoc natal. Esos ríos que serpenteaban entre colinas verdes y onduladas en las estribaciones de los Pirineos. Por eso la tarde de aquel día pasó más rápida que la del anterior. Hizo mil especulaciones acerca de cómo entrarle mejor a la mujer. Incluso escenificó de viva voz sus cavilaciones hasta que, después de desechar las que nacían de la escasa dignidad que le quedaba, se decidió por ganarse a la muchacha desde la lástima, fingiendo sentirse mal.

—Fue a la cuarta vez cuando me habló y me dijo que aquello no iba conmigo, que todo iba a salir bien y que no hiciera tonterías.

—¿Qué aquello no iba conmigo? No te jode ¿Y con quien iba entonces?

Las cuentas del pintor se hicieron entonces más sutiles. Si no estaba pagando por algo que había hecho entonces estaba siendo usado para algo. Pero, ¿quién podía tener interés en él? ¿Para quién podía ser lo suficientemente importante para tomarse tantas molestias? Necesitaba tener ideas urgentemente para sentirse un poco mejor. No le habían hecho pregunta alguna. No les interesaba lo más mínimo lo que pudiera contarles. Únicamente tenían intención de mantenerlo allí encerrado por alguna razón que no conseguía comprender. La desesperación de saberse pendiente de las decisiones de alguien al que ni por asomo podía imaginarse lo había desmoralizado hasta

tal punto que se sumió en una especie de letargo. A medida que el tiempo transcurría, la incertidumbre pesaba cada vez más y las cábalas se fueron haciendo más imprecisas y más fúnebres. Podía darse por muerto. Si ni siquiera se importaba a sí mismo qué podía valer para los que le habían traído allí. Cuando hubiera dejado de ser útil se desharían de él por el método rápido y seguramente acabaría alimentando a los peces en el fondo del río.

—Tuve tiempo de pensar en todo el mundo. Magie sería la primera en echarme de menos. Pero solo habían pasado dos días, poco tiempo para que comenzara a buscarme. Y de todas maneras qué iba a hacer ella... ¿Ir a la policía?

Un gendarme entró con unos cafés y unos sándwiches. Richard hizo un alto en su declaración para comer arrebatadamente un par de aquellos bocadillos. Lo hacía como si no hubiese comido nunca o como si fuera la última vez que lo iba a hacer. Entre bocado y bocado, después de forzarse en pasar la comida a medio masticar con un trago de café, iniciaba alguna frase que quedaba en suspenso ante la ansiedad de dar un nuevo mordisco.

Por fin, después de recorrer mentalmente el perfil de sus variopintas amistades, le tocó el turno al más raro de sus amigos: a mí. Y por mí accedió a Marie. En aquella esquina de la cámara, con las piernas recogidas y entrelazadas por sus brazos flacos y lacios, se atrevió a elucubrar en la posibilidad de que aquello que le sucedía podía estar relacionado con nosotros. Desechó pronto la idea, pero ante la ausencia de otras mejores volvió a ella y se deshizo en nuevas visiones que no le condujeron a ninguna parte.

—¿Qué coño pinta tu mujercita en todo esto? —La señaló realmente furibundo. Casi me matan y lo que más me jode es que no sé porqué.

—Tranquilo Richard. Todo está bien. Controla tus nervios —mi petición rebosaba condescendencia. El inspector se dio cuenta enseguida y vino al quite. Hizo una señal al agente que tomaba la declaración y detuvo la grabadora.

—Por ella estás metido en este embrollo, pero ella también te ha sacado de él; así que no te acalores tanto. Deja que sea ella misma la que te explique todo este lío. Y para de caracolear tanto en la silla, que me estás poniendo nervioso —no era así, puedo asegurarlo, pero era una manera idónea de quebrar el tono inconveniente que estaba aupando al pintor hacia la impertinencia.

—Lo siento mucho. Siento que hayas tenido que pasar por todo eso por mi culpa. Te juro que nunca pensé que ocurriría algo así.

Marie sabía como ablandar a los hombres. Creo que es algo que todas las mujeres llevan escrito en los genes. Con un tono sumiso y comedido fue relatando, con la ayuda de mis comentarios y las puntillas apropiadamente colocadas por el inspector, todos los avatares que habían hecho que diera con sus huesos en una oscura cámara de una nave industrial.

—Lo más doloroso de todo es la incertidumbre. No os podéis imaginar lo que se siente cuando te dan a través de la rejilla una capucha negra para que te la pongas sin saber si es únicamente para cambiarte de sitio o para que no veas venir la muerte. Uno de aquellos tipos era muy cachondo el hijoputa y fue el de la idea de dejarme en pelotas en el parque. Así que me metieron en un furgón y me dejaron tirado a media mañana a pocos metros de donde me encontrasteis. Gracias que aquellas dos viejas llevaban un móvil.

—Y un periódico... —quise añadirme al tono jovial por el que el artista se había decidido al final.

Desde los tiempos de las correrías de mi desesperanza, en los que el me escoltaba unas veces como vieja alcahueta, otras como plañidera acompañante y las más como paño de lágrimas, siempre terminaba así sus desatinos y los míos. Sabía sacar partido de las situaciones más bochornosas desvirtuándolas hasta tal punto que obtenía hilaridad de las piedras. Así era mi

amigo. El rey de los despropósitos se reía de sí mismo. Después de pegar cuatro gritos, mal dados en el mejor de los casos, volvía a su papel de cómico de cabra y pianola. Tal vez el único papel que le permitía salir con un poco de dignidad en todo aquel embrollo.

El inspector mandó salir a la gendarme. Esta salió con su portátil entre risitas, pero a nadie pareció importarle. El buen humor se había apoderado ya de todos.

— ¡Que muera aquí el cuento! —Sentenció el inspector—. Voy a poner todos los medios a mi alcance para que se archive este caso. Nada consta en los informes acerca de los diamantes. Nada se sabe oficialmente de la intervención de Leclerk. Creo que los mejor parados con todo esto sois vosotros dos. Si tiramos de la manta el asunto puede ponerse peligroso y no creo que obtengamos ningún beneficio a cambio. Intentaré que toda la investigación abierta vaya como la seda y os salpique lo menos posible.

Las semanas siguientes nos permitieron recuperar lentamente nuestras vidas. Lamark cumplió su promesa. Un buen abogado ayudó a apagar los rescoldos del pasado. Vendí el apartamento de la Madelaine. La monotonía del trabajo en el despacho convirtió mis recuerdos sombríos en un vago y confuso espejismo que se desvanecía como el paisaje que muere cuando el tren se aleja. Nos instalamos definitivamente en la casa de campo y gracias a los contactos de algunos amigos de mi padre, Marie consiguió un trabajo como relaciones públicas en una galería de arte de bastante prestigio en la ciudad. Todo parecía haber vuelto a su sitio, o mejor, haber sido colocado según mi antojo para proporcionarme la alegría y la tranquilidad de la que estaba tan necesitado.

—Tenemos que celebrarlo —dijo mi padre uno de los muchos días que nos acercábamos a cenar a su casa—. El próximo fin de semana reservaré cena para cuatro en un buen restaurante. ¿Qué os parece?

A los tres nos pareció una idea excelente. Creo que Marie se había adaptado de maravilla a mi familia. Con mi madre hacía muy buenas migas. Solían salir juntas muchas tardes, de compras, o simplemente a chafardear un poco sobre alguna comidilla de moda en la ciudad. Se las veía cómplices en la tarea de agradarme a través de su relación. Ambas tenían un mismo objetivo: que yo fuera feliz. Y lo buscaban desde la franqueza, no desde el resentimiento y los celos que se dan muchas veces en ese tipo de convivencia. Mi padre, por su parte, se deshizo, no sé cómo, de la desconfianza que lo acompañaba a todas partes. Creo que perdió la batalla ante el encanto y la personalidad de Marie. Ella era una mezcla extraordinaria de fragilidad y fortaleza, de mesura y energía, de ternura y misteriosa persuasión; y todo ello sabía fusionarlo produciendo un halo que terminaba por encandilar a quien la oyerá.

—¿Por qué no nos llevas a Le Train Bleu? —Propuso mi madre. Sabes que me gusta mucho y hace tiempo que no vamos.

—Es una idea excelente, Christine. Iremos a cenar el próximo sábado —determinó mi padre.

—Te encantará ese restaurante, Marie —añadí—. Es uno de esos lugares con sabor a gloria.

—La que fuera novia de Antoine Saint Exupéry, la escritora Louise de Vilmorin, dijo una vez de aquel lugar que no existe en París más bello restaurante que el de la Gare de Lyon —mi padre, como siempre, con su vena intelectual terminó proverbiando—. Ese lugar es un museo ignorado en el que arte está por todas partes, incluso en la comida.

Una sonrisa fue el pago de mi niña ante tan ceremonioso despliegue. Una sonrisa y un hasta luego afectuoso que ya la hacía sentir de la familia. Habían pasado casi cinco meses desde que nos encontramos en aquella playa desierta. Cinco meses en los que fueron ardiendo, como en una pira funeraria los lazos que nos amarraban a unos barcos condenados al naufragio. Barcos distintos que se hundían en un mismo mar: el de la desesperanza. Mi desdichada mujer y sobre todo mi niña Clarice prometían renacer tras los ojos verde oliva de Marie. Su marido también se



había evaporado, muy a duras penas, de nuestras vidas, aunque el muy mezquino se había esforzado, desde la tumba, en arrastrarnos hacia el abismo por el que él había caído. Pagadas también las cuentas con la justicia y con el hampa nos quedaba únicamente una por saldar: la de reparar los daños de nuestras propias vidas.

Aquel primer sábado de septiembre llegamos muy temprano a la Gare de Lyon. Hacia las siete y media de la tarde. El enorme edificio de hierro y cristal con que Paris se glorificó hace un siglo en el estilo de la Belle Époque estaba poco concurrido. Había sido levantado, junto con otras construcciones hermanas, para la Exposición Universal de 1900. El restaurante al que nos dirigíamos había sido originalmente el buffet de la Gare y muchos años después, más de sesenta, pasó a llamarse Le Train Bleu en honor a un mítico tren francés.

Ella estaba realmente seductora, con un traje negro, cortado como una túnica clásica; con estratégicos pliegues que envolvían sutilmente su cuerpo. La única nota de color la daba un pequeño broche colgado de una de las tiras del vestido, que regalaba a la vista sus hombros desnudos. El pelo recogido resaltaba sus facciones haciendo que su cara perdiese el aspecto juvenil, adquiriendo un singular tono de belleza serena y altiva. Ella se sentía elegante. Se sabía elegante.

—Ven. Vamos a dar una vuelta por el local antes de que lleguen mis padres. Verás como te quedas impresionada. Yo era un chiquillo de unos quince años la primera vez que vine aquí con mis padres y recuerdo bien que no comí nada de tan absorto que estaba contemplándolo todo.

Era verdaderamente hermoso. Al más puro estilo del Segundo Imperio. Un escenario de magnífica suntuosidad que guardaba un tiempo dormido de glamour y magia. Entramos en uno de sus cuatro salones. La profusa decoración, en un escenario amplio de techos altos y decorados hasta en el más escondido rincón, estremecería a cualquiera. Dorados y púrpuras, molduras y tapices, esculturas, madera y cuero, arañas de cristal flotando en el aire. Pero sobre todo ello, destacaban los enormes frescos de colores vivos que eran dueños absolutos de paredes y techos.

—Esto es como un cuento de hadas —Marie no podía atender a tanta belleza junta. Intentaba disimular su excitación ante los contados clientes que iniciaban su cena en aquellos momentos.

Pero yo sabía que estaba realmente impresionada. Y yo era tan cándidamente feliz. Con verla a ella me bastaba. No había reparado en ninguno de aquellos hermosos objetos. Solo la veía a ella, como a una musa que danza en el más exótico de los escenarios.

—¿Monsieur Dussaud?, madame. Los esperan en el salón Tunicien.

Era el maître. Lo seguimos a través de la gran sala a un salón de dimensiones más reducidas, pero no por ello menos impresionante. No había demasiados clientes y se respiraba un ambiente plácido y distendido. Mesas rectangulares, guarnecidas de manteles de hilo blanco se desplegaban geométricamente ofreciendo una sensación de limpieza, pulcritud y orden que contrastaban con el exceso artístico que las enmarcaba.

—Muchas gracias, André —mi padre se dirigió al maître con familiaridad, levantándose ligeramente—. Buenas noches Marie, hijo.

—¿Qué te parece este lugar? —Preguntó mi madre a Marie mientras esta se sentaba ante el atento ofrecimiento de André retirando su silla.

Marie depositó sobre la mesa un pequeño bolsito de mano y sonrió con franqueza.

— Es el sitio más hermoso que he visto en mi vida. Parece la casa de la reina de las hadas. Estoy verdaderamente impresionada.

André pareció inflarse dentro de su impecable esmoquin. Él también era parte del decorado, o mejor, se sentía uno de los actores secundarios que tenían el privilegio de actuar todas las noches en tan fastuoso escenario. Apareció al cabo de un par de minutos para traernos la carta.

—¿Qué nos recomiendas para hoy, mi querido André? —Mi padre se las daba de anfitrión, un papel que, he de reconocer, interpretaba con total solvencia.

—Como primer plato me permitiría recomendarles nuestra *Gourmandise ou foie gras de canard aux figues*. Es verdaderamente exquisita. Y de segundo tenemos dos platos realmente soberbios. Si son amantes de la carne les sugiero nuestra *Rosace de rognon de veau grillé* o, en otro caso, el *Turbot rôti aux champignons de bois*.

Nunca me ha gustado excesivamente la carne; así que tanto yo, como mis dos mujercitas, nos decidimos por el rodaballo, en tanto que mi padre daría buena cuenta de los riñones de ternera a la crema.

—Y en cuanto al vino...

—El vino lo dejamos a tu sabia elección, André. Tu sugerencia nunca será equivocada.

—Muchas gracias por su confianza, señor —el maître se retiró al tiempo que un camarero depositaba sobre la mesa dos platos de canapés de refinada decoración para hacer más agradable la espera.

La velada transcurrió con celebrada normalidad. Departimos animadamente sobre infinitos temas: el nuevo trabajo de Marie, el proyecto del centro comercial, los nuevos acontecimientos que nos deparaba el futuro. Mi madre refrenaba experimentadamente los excesos de virtuosismo de mi padre, no en vano llevaban más de cuarenta años casados. A mí no me importaban, incluso los agradecía. Cuando se esforzaba tanto en parecer agradable era porque tenía un interés definido: el impresionar a mi acompañante. Era su forma peculiar de manifestar su aceptación. Amistades, planes familiares, buenos deseos; todo desfilaba desordenadamente en el excepcional marco que el restaurante ofrece a los sueños.

—Espero que todo sea de su agrado —André se expresó con diligencia.

—Excelente, mi querido amigo. Y el vino es espléndido.

—Si me permite sugerirles el postre les recomendaría el *Vacherin glacé Train Bleu*; es ciertamente delicioso.

—Sea pues —otorgó mi padre después de requerir nuestro asentimiento con una mirada cargada de afabilidad

—He leído en el periódico que tenéis una excelente exposición de artistas jóvenes en la galería —indicó mi madre para dar un golpe de timón a la conversación, pues mi padre la había derivado hacia la exaltación de uno de los óleos de la pared. El que le había servido para iniciar su paseo por los demás.

—Efectivamente, Christine. Hay un par de ellos especialmente buenos y a un precio interesante. Sería interesante que se pasasen por la galería. Podrían hacer una buena inversión—. Era la guinda del pastel: Marie preocupándose por el patrimonio familiar.

—Lo haré, querida, lo haré —sopesó mi madre antes de una nueva aparición de André.

Abandonamos el restaurante hacia las once de la noche. El verano estaba siendo especialmente generoso con la ciudad. De la Seine subía una brisa liviana y fresca que invitaba quedarse para ver el río pasar. Pero era ya demasiado tarde. Apenas había más movimiento en las calles que el que se circunscribía a la estación por lo que, después de prometernos volver a aquel paraíso de los buenos gourmets, nos despedimos de mis padres y regresamos a la casita de campo. Me sentía tan feliz que la luna redonda que contemplaba nuestro avanzar parsimonioso por la autopista no podía evitar ocultarse tras las nubes para disimular su envidia.

—¿Sabes lo que me gustaría, Frank? Me gustaría ir a la ópera. Siempre he tenido ilusión por ir y nunca tuve la oportunidad —era un capricho de mujer digno de ser atendido con prontitud.

—Eso está hecho. Yo me ocuparé de comprar las entradas cuando haya unas que merezcan la

pena.

Llegamos a la casa. Ya no olía a cerrado ni rezumaba la melancolía de la niñez. Se había convertido en nuestro verdadero hogar. Ya sé que había sido muy egoísta al privar a mis padres de su justo retiro de fin de semana, pero ahora éramos nosotros los que necesitábamos reponernos de las vicisitudes amargas de nuestro pasado cercano; así que aplazaba la idea marcharme, a pesar de que Marie insistía en que debíamos ir buscando un sitio dónde vivir.

—Me siento mareada, Frank. Ayúdame a subir las escaleras —se apoyó en mi brazo al tiempo que palidecía súbitamente.

—Tal vez he conducido demasiado rápido —quise asumir la culpa de tan desafortunado contratiempo.

—No es nada Frank. No te preocupes. Anda, ayúdame a acostarme y prepárame un té. Son cosas de mujeres. Estate tranquilo.

## CAPÍTULO DECIMOQUINTO

### Ámame siempre

¡Me hizo el mejor de los regalos! La más grande de las noticias que pueden salir por boca de una mujer. ¡Estaba embarazada! El atributo más genuino de su naturaleza vino a mí desde sus labios en forma de dulces palabras prendidas del hilo de ternura que era su voz. Estaba tan agradecido, tan enamorado, que la idea que me venía rondando por la cabeza hacía semanas se fue concretando en un espacio y en un tiempo.

-----

Lo recuerdo con tanta viveza que me produce todavía un escalofrío intenso. No es la brisa que sube del río hasta la baranda en la que estoy apoyado. No. No es eso. Es que el día que decidí pedirle que se casara conmigo quedó tatuado en mi corazón. Aquí. En este mismo lugar en el que estoy ahora.

-----

Aquel jueves de mediados de septiembre entré en una joyería de la Place Vendôme. Una inmensa columna de bronce preside la plaza como un falo impertinente sobre el cual el propio Napoleón se ríe de la vulgaridad que los turistas, admirados de tanta profusión de lujo y vanidad. Cuando salí, lo observé fijamente y me pareció que estaba de acuerdo con mi elección. La simplicidad de la plaza octogonal, rodeada de palacios neoclásicos de perfecta simetría donde antaño vivieron personajes ilustres como Chopin o Eugenia de Montijo guarda en las arcadas de sus soportales las tiendas más ostentosas de la ciudad. Por eso fui allí. Todo era poco para mi princesa encantada. Por eso repetí lo que tantos y tantos sueñan con hacer: comprar el anillo más hermoso en el marco más incomparable. Solo se vive una vez. Pensé cuando cedía a la elegante dependienta la tarjeta para dilapidar mis pequeños ahorros.

—¡Diamantes no! —Le había dicho con cierta ironía.

Lo que no pensé, y ahora es lo primero que se me viene a la cabeza, es que el infortunado Napoleón, a pesar de estar soportado por cuarenta metros de bajorrelieves en los que se narran sus innumerables gestas, no hace más que llorar sus miserias, pues el bronce de su columna trajana es el de los cañones de la batalla de Austerlitz, su última y gran derrota. Pero... ¿qué me importaba a mí ese pobre hombre? Ni bajándose de su pedestal podría impedir que yo fuera feliz. Y lo era tanto que la emoción me estaba sobrepasando por lo que decidí tomarme una tila en un café cercano para aplacar, si era posible, aquellas ansias juveniles que terminarían por delatarme.

—¿Por qué me has traído aquí? —Me preguntó Marie aquella misma tarde.

El sol iluminaba magnánimamente el puente y una brisa fresca invitaba al paseo en las cercanías del río. Un coro de turistas se asomaba a una de las gruesas y verdosas barandillas para ver una escena que se repite muchas veces. Al pie de la arcada, unos novios posaban para su álbum de fotos, intentando así evitar que el olvido terminara por borrar los pequeños detalles de su gran día como la Seine engulle las estelas los barcos.

—Tengo algo muy importante que decirte —respondí precipitadamente.

—No seas tonto. Habla de una vez, que me estás poniendo nerviosa.

¿Nerviosa? Yo lo estaba como las hojas de un árbol cuando sienten llegar la tormenta. Pero en el esfuerzo de controlarme me iba el conseguir que aquel instante de nuestras vidas se grabara en nuestros corazones, sin la necesidad de ningún fotógrafo y con la suficiente solemnidad y apariencia para permanecer bello y eterno.

—¡Cásate conmigo! —Imploré mientras sacaba la cajita de mi americana gris.

Sus ojos verde aceituna me miraron fijamente sin predecir ningún gesto en su semblante.

Tintinearón cada vez más hasta que terminaron por llenarse de lágrimas. Mis ceremoniosas pretensiones casi se desbarataron cuando se arrojó a mis brazos y el anillo a punto estuvo de irse a nadar con los peces. Me besó dando un sí sin palabras que me supo a golosina. ¿Quién me lo iba a decir? Así, tan fácil. Un grupo de turistas que se esforzaban por ver a la novia de abajo se dieron cuenta que tenían a otra parejita más cerca e incluso se atrevieron a aplaudir. No lo negaré. Era para foto.

—Envíanosla por Internet —fui directamente al de la cámara tendiéndole mi tarjeta para salir del paso. Las risitas se hicieron más evidentes; pero, qué más me daba si yo me alejaba de allí asido a la cintura de lo que más quería en el mundo.

—Creo que nuestro querido Richard debería ser el primero en saberlo. Se lo tiene merecido —Marie acertaba, como siempre.

—A esta hora estará con sus pajaritos. Démonos prisa.

Apuramos el paso y unos quince minutos después lo estábamos viendo, en su salsa, entre los niños de los turistas que, para ganarse el derecho de tocar a los gorriones daban al artista una propina. Aquello siempre me causaba incomodidad, pues veía a mi amigo como un mendigo, pero en vano habían sido todos mis intentos de darle una colocación estable, incluso en la propia empresa de mi padre. “Yo no he nacido para los despachos. Nací para ser libre. Déjame que viva mi vida como me dé la gana”, me había contestado en más de una ocasión.

Y era verdad. Vivía como los pocos bohemios que van quedando en París. A pesar de su halo de artista, era un hombre al que nada complacía más que satisfacer los instintos básicos: comer cuando se tiene hambre, dormir cuando se tiene sueño y follar cuando se tienen ganas... A pesar de su aureola de intelectualidad fingida eso era Richard: un tipo simple y llano que se moriría ante el menor atisbo de una vida organizada. Yo, por mi parte, me había rendido después de mil intentos de reformarlo y lo admitía tal como era. No cabía otra posibilidad.

—¿Que os casáis? ¡No puedo creerlo! —repitió varias veces mientras apuraba su cerveza en un pequeño café. Aun medró más su asombro cuando le conté que estaba embarazada.

La tarde se deshizo en discutir los pormenores del acontecimiento. La iglesia, el convite, los invitados. El pintor se reía como si ese sueño de casarse que tienen casi todos los mortales fuera para él un argumento burlesco con el que los enamorados acuden a un juez que los condena a encadenarse para siempre. Lo que para nosotros era algo incuestionable porque repite los gestos autómatas de todas las parejas, para él era objeto de crítica, ya que su irreverencia era lo que lo hacía distinto. Pero sus impertinencias nunca trascendían a lo irrespetuoso. Eran, todo lo más, jocosos matices con los que todos estamos de acuerdo pero al final soslayamos por las conveniencias sociales. Él mismo lo describía muy bien cuando decía que las personas no somos de carne y hueso sino de hipocresía y envidia. Ese es el verdadero barro del que estamos hechos.

—¡No pretenderéis que os vaya a la boda! —Sentenció al concluir su perorata —. Yo no pegaría ni con cola entre vuestras estiradas amistades.

—¿Qué te parece si lo dejamos en una comida contigo y con Magie para después de la boda? —Creo que le ofrecí una retirada digna.

—¡Eso está hecho! Veréis cuando mi gorda se entere de que os casáis. Se me pondrá melosa la muy cordera. Bueno, y ahora os dejo, que estoy perdiendo dinero —y muy ufano se alejó por la acera con su mochila nueva a la espalda y torció la esquina para volver a su criadero de pajaritos hambrientos.

No tardé mucho en cumplir mi promesa de llevarla a la ópera. A principios del mes de noviembre el taxi nos dejó frente al famoso teatro lírico: l’Opéra Garnier. El que algunos consideran la construcción más bella de París. La noche ya era dueña de las calles y la excelente

iluminación exterior del edificio le confería un cálido color dorado a la piedra, resaltando la esbeltez de las columnas, el formato perfectamente rectilíneo de la estructura, engalanado por una profusión decorativa propia del Segundo Imperio. Esa luminosidad contrastaba con su cúpula verdosa de escasa curvatura, como una corona fundida en la oscuridad del cielo. No era muy normal que se programase una ópera, pues la mayoría van a l'Opéra de la Bastille, pero algún problema de fechas había derivado allí una de mis favoritas: La Traviata.

Entramos en el vestíbulo del magnífico edificio. Reinaba gran animación y un buen número de personas iban llegando en un goteo continuo. La antesala carecía de la profusión ornamental que el exterior parece anunciar. En su lugar, se revelaba un esbelto equilibrio pétreo producido por la Grand Escalier que, antes de morir en brazos de las dos musas que soportan el frontón de la puerta que da acceso a la sala de espectáculos, se abre en dos escalinatas laterales por las que se accede a las balconadas que se ofrecen a la vista desde todas las perspectivas. Una cantidad insólita de faroles, con sus bugías encendidas, conferían al lugar un efecto intimista y romántico que servía para realzar, más si cabe, aquel soberbio espectáculo de luces y sombras.

—Aquí todavía bromean los trabajadores con el fantasma —comenté mientras esperábamos unos instantes para acceder a la Grande Salle—. Cuando ven una sombra extraña entre bastidores suelen decir: “¿ha visto usted al fantasma?”

Marie, con su vestido de fiesta; el mismo con el que había acudido a la cena en el Train Bleu, ahora complementado con un gran chal, sonreía. Llamaba la atención de muchas miradas que, discretamente, se maravillaban de su belleza. No me importaba; es más, me enorgullecía que aquella hermosa mujer me hubiera escogido a mí entre todos los mortales para hacerme dichoso. Cuando llegamos a la puerta que da acceso a la sala de espectáculos las dos musas parecieron también observarla y complacerse de que un ser tan distinguido accediera al gran templo que guardan.

—Fila cuarta. Asientos dos y cuatro —señaló amablemente uno de los acomodadores, que con un gesto lleno de reverencia, pareció presentarnos el patio de butacas.

—¡Esto es fascinante! —Repetía Marie mientras ganábamos el pasillo central a través de la escalera que muere en él, descubriendo la lluvia de infinita hermosura que desprende el recinto. Con forma de herradura; rojo y dorado; iluminado por la inmensa araña de cristal; con el techo coloreado en azules, verdes, rojos y amarillos que relajan el ambiente solemne aportando un carácter más acogedor y entrañable. Pronto nos acomodamos en los asientos de terciopelo rojo y nos entretuvimos hojeando el programa de la inminente representación. Sonó el aviso que precede a la función. Las luces bajaron su intensidad y la penumbra realzó el majestuoso telón del escenario.

La música de la overtura surge de la nada con especial delicadeza subiendo por la sala hasta abrazarla por completo y, al poco, despliega todo su contenido romántico balanceándonos como en un hermoso vals.

Cerré los ojos y me dejé mecer por las notas que parecían llover en mi alma como chaparrón de frescura limpiando mis viejas heridas haciendo el efecto del mejor de los bálsamos que pueda inventarse. Marie pareció darse cuenta que yo volaba por mundos muy ajenos al teatro.

—Vuelve de las profundidades, cariño, que ya empieza —y me trajo con un leve codazo. El telón se levantó lentamente y dio comienzo el primer acto. En su parte superior, anacrónica pero muy útil, una pantalla digital traduciría toda la obra p. ¡Bendita tecnología!

En el escenario aparece el salón engalanado de fiesta de la mansión de Violeta: la cortesana. La dama de las camelias; libertina y despreocupada, goza cumplidamente de la vida. Hay tres puertas: dos laterales y una al fondo. Una chimenea francesa ricamente decorada la izquierda y en

el medio de la escena una mesa repleta de manjares. Violeta está recostada en un diván, conversando con sus refinados amigos. Más invitados llegan para gozar de la fiesta que se avecina. Violeta canta al placer de gozar de la vida y todos la acompañan. Entre ellos se encuentra Alfredo, que es presentado a la cortesana y se enamora al instante. El gran brindis compromete a Alfredo a protagonizar la fiesta:

*Bebamos alegremente de este vaso  
resplandeciente de belleza  
y que la hora efímera  
se embriague de deleite.  
Bebamos con el dulce estremecimiento  
que el amor despierta  
puesto que estos bellos ojos  
nos atraviesan el corazón.  
Bebamos porque el vino  
avivará los besos del amor.*

Y era cierto, el vino ayudó a Alfredo a ser valiente y a declarar su amor a un alma perdida que solo se preocupaba de procurarse el placer fácil que regala en dinero, el lujo y la ostentación de la propia vanidad. Alfredo no era muy distinto a mí. Más joven quizás, pero igual de inocente y de ingenuo. Aunque él viviera su primer amor y ella fuera una experimentada amante supo asediarla con requiebros sinceros y ablandar su fingida frialdad hasta derretirla en sus brazos. Yo, pese a no ser primerizo, podía verme en sus carnes y a Marie en las de Violeta. Aunque con menos refinamiento, su historia de lujo regalado y fiestas tórridas la identificaba, al menos en parte, con la cortesana.

—No va a tardar en rendirse a su amor —susurró Marie mientras la soprano, a solas, se esforzaba por resistirse al ímpetu de una pasión que ya se había apoderado de ella. El telón cayó majestuosamente dando por hecho su amor.

—Violeta es muy valiente por abandonar toda una vida de suntuosidad para entregarse a su gran amor sin importarles nada más. Tú también lo has sido al aceptarme a mí. Tuviste la oportunidad de parecerle a la Violeta frívola que todo lo tiene y en cambio elegiste ser mi amor y a cambio perder la riqueza y el lujo que te daría el ignorarme.

—¡Calla, tonto! Yo no soy tan valiente como tú crees. Además, igual que a Violeta, tú eres lo mejor que me ha podido pasar en la vida —me presentó la mejilla para recibir un tierno beso.

—Vamos a ver si tienen tanta suerte como nosotros —bromeé mientras se levantaba el telón que daba inicio al segundo acto.

Aparece un salón parecido al anterior pero desprovisto de todo lujo y boato. Ahora es sobrio y contenido. En su casita de campo Violeta y Alfredo viven su amor. Pero los dineros de la joven se terminan y la enfermedad la va devorando poco a poco.

—¡Si lo quieres déjalo! Le va a decir el padre de Alfredo. ¿Sabes lo que me dijo mi padre?

—Ssss. No ves que nos van a oír —era cierto, por un momento el silencio fue total. Pero yo insistí ante la irrefrenable necesidad de emparejar una respuesta a mi pregunta.

—Mi padre me dijo: si la quieres cuidala —Le susurré que mis padres estaban encantados con la boda y con la idea de ser abuelos.

Ella apretó mi mano entre las suyas y pude notar su agradecimiento infinito a través de una presión enérgica que me recompensaba por haber sido obediente.

—Sin embargo Violeta, la pobre Violeta renuncia a su amor por considerarse indigna de él y de su familia y sufre, enferma y sola, la tortura de volver a la corte a enterrar entre la alegría de los demás su inmensa desdicha.

Llegó el descanso. Salimos unos momentos de la sala. Antes, el público acostumbraba a subir por la escalinata para fumarse un cigarrillo en el Grand Foyer: una enorme sala en el primer piso, que discurre de punta a punta de la fachada principal. Ahora lo hace por el simple placer de darle a la vista el magnífico espectáculo de su grandiosidad; de sus pinturas en el techo y sus arañas vertiendo luz infinita sobre un dorado que puebla todos los rincones. Parece una hermosa cajita de oro fabricada para guardar todos los sonidos que el arte pueda engendrar. Y, por qué no, también sirvió para adornar apropiadamente las palabras que me entregaban por siempre a mi amada.

—Deja que Alfredo cuide de su Violeta que yo cuidaré de ti. Te quiero, Marie. Te quiero tanto que nada ni nadie podrá separarnos —su perfume suave olía a jazmines frescos y el roce de sus cabellos en mi rostro era una caricia.

—Yo también te quiero, Frank. Estoy viviendo un sueño en un palacio dorado. Quiero quedarme para siempre en él. No despertarme nunca —me tendió su mano para que, al besarla, compartiese la ternura inmensa que manaba de su semblante.

El aviso de la reanudación del espectáculo nos bajó de las nubes del paraíso y nos llevó de nuevo a la sala para deshojar el desenlace de una historia de amor tan profunda y sincera como la nuestra.

Violeta vuelve al ambiente de fiesta en un nuevo salón tan ricamente ataviado como el primero. Pero ella ya no es la misma. Está enamorada y padece la imposibilidad de su amor. Ni las cingaras ni los toreros que representan su farsa son capaces de arrancarla de la melancolía. La alegría no existe si no se lleva en el corazón.

Así había vivido yo durante más de un año. Toda la algarabía que me rodeaba no hacía más que agravar mi pena al compararme con los jubilosos mortales que resultaron más afortunados en el reparto de las desdichas. Miraba para el delicado perfil de mi amada y pensaba que mi infortunio se lo había llevado Alfredo a la escena. Eso, en el fondo no era muy grave porque, al fin y al cabo, solo era una función y aquel tenor recibiría el aplauso y el reconocimiento del público y saldría también beneficiado de las penurias de su personaje.

Súbitamente todo se tuerce cuando Alfredo entra en escena. Entonces libera su escarnio contra su amada, contra el Barón que la protege, contra sus amigos. Ella le confiesa, al fin, que ha jurado evitarlo y le miente diciendo que ama a Douphol, el hombre que la mantiene.

A veces la mentira piadosa también duele. Marie también me mintió a mí para protegerme.

—Pobre Violeta —solo eso salió de su boca, pero fue suficiente para que yo supiera que Marie también estaba viviendo un martirio desde su propia historia.

El tercer acto, el del reencuentro, el del arrepentimiento, el del perdón, el de la muerte, comienza en el dormitorio de Violeta. Al fondo, una ventana cerrada con unas contras interiores. Cerca de la cama, una mesilla baja sobre la que se encuentra una botella de agua, un vaso de cristal y algunas medicinas. Hacia la mitad de la escena, una mesa con utensilios de aseo y una lamparita. La puerta está a la izquierda; enfrente una chimenea con el fuego encendido. Violeta duerme en su cama. Su criada, sentada en una silla cerca de la chimenea, está adormecida. La cortesana sueña con vivir, pero la tisis ya la ha condenado y clama por su amado, huido en el extranjero por haber matado al Barón en un duelo. Violeta, Alfredo y su padre arrepentido se entrelazan en cantos de amargura, de penitencia y de desolación.

Así reza lo que puede ser la glosa perfecta del más puro amor:



*Alfredo, ven más cerca.  
Escucha amado mío.  
Toma, esta es la imagen  
de mis días ya terminados.  
Que ella te pueda recordar,  
a la que tanto te ha amado.  
Si una púdica doncella,  
En la flor de sus años,  
Te diese su corazón...  
Sea tu esposa... así lo quiero.  
Entrégale esta imagen;  
Dile que es un regalo  
De quien en el cielo, entre ángeles,  
Reza por ella y por ti.*

—¡Ámame como Alfredo amó a su Violeta! —Tomó mis manos entre las suyas y el folleto cayó sobre la moqueta roja del patio.

Amarte siempre será la más dulce de las penas a las que me pueda condenar Dios, pensé para mis adentros. Amarte a ti y a lo que contigo lleves en lo dulce de tu sonrisa, en lo sublime de tu mirada, en tus entrañas de nieve cálida. Sí, que te amaré, pero el siempre se me queda pequeño si no alcanza al más allá. Y si el más allá no permite permanecer nuestro amor pactaré con el demonio para que nos lo deje vivir en su reino. Jamás renunciaré a ti. Antes vendería mi propia eternidad.

Violeta muere. Muere feliz porque es amada y el telón cae sin el menor remordimiento. Las luces de la sala se encienden. La gente se levanta y aplaude enardecida. Los actores saludan y reciben su premio. Pero mi Violeta no se le levanta. Permanece inmóvil con el cuello echado hacia atrás y la vista perdida en el techo; la boca abierta en un rictus cadavérico. El bullicio ahoga mis gritos desgarrados hasta que los más cercanos se dan cuenta que algo va mal. La confusión se propaga por la sala. Se forma un corro. Vienen dos empleados. El telón vuelve a abrirse, pero ya son pocos en el patio de butacas los que aplauden. Algunos actores bajan del escenario alarmados. Yo la noto en mis brazos, lacia, inerte, con un soplo de vida latiendo en sus sienas. Las pupilas, vidriosas y enormes se comen el blanco de sus ojos y su alma parece que va a salirle por la boca en cualquier momento.

—¡Marie!, ¡Marie! — Grito desesperado—. ¿Qué te pasa, amor mío? Despierta. ¿Qué tienes? —Pero ella solo tiene silencio. Silencio—. ¡Un médico! ¡Una ambulancia! —Noto un hilillo de sangre en mi camisa de seda. Tiene una herida pequeña en la nuca. El revuelo se propaga definitivamente por la sala. Hay prisa. Salimos a la carrera. El tiempo apremia. La espera se hace infinita a las puertas del teatro. Su pulso late muy débil. Puede morir y yo me siento tan impotente que rompo a llorar como un miserable condenado a la más cruel de las penas.

## CAPÍTULO DECIMOSEXTO

### El eco

Todo estaba sucediendo igual que la otra vez. Las mismas voces huecas resonando en mi cabeza mil veces mientras la sujetaba en mis brazos, sentado en la escalinata. El sonido de la ambulancia entrando en la plaza, infectado el aire de ansiedad. Sus luces hirientes, clavadas en mi retina, centelleando como ascuas rojas y amarillas se unían a las de dos coches de la gendarmería.

—¡Quiero ir con ella! —Me aferré con tal fuerza al asa de la puerta trasera de la ambulancia que el enfermero no tuvo más remedio que admitirme, por muy irregular que fuese aquello.

Luego, la marcha atropellada esquivando los coches de las atestadas calles de la ciudad para llegar, lo antes posible, al hospital más cercano. Entrada de urgencias, pasillos, prisa, nervios; y como premio, la soledad de una sala blanca despersonalizada de toda compasión. Allí me quedé, sufriendo el desamparo de la incertidumbre, soportando el peso inexorable de la losa de la impotencia. La asepsia que se respiraba por todas partes en lugar de calmarme me producía más vértigo. Estaba mareado. Decidí sentarme en uno de los asientos de plástico púrpura que confesaban el dolor que se encierra entre aquellas cuatro paredes de nieve. Mi espalda agradeció el descanso; pero no así mi mente, que fue rigurosamente cruel al recordarme, paso a paso, el día en que se murió mi niña.

Yo ya había estado así; con la cara entre las manos y los codos apoyados en los muslos. Haciendo el mismo viaje espiritual hacia la morada de mi desatendido Dios para pedirle un poco de benevolencia. La otra vez también le había rezado, mendigado, reprendido, amenazado, maldecido; pero no me había servido de nada. Ese Dios que todo lo ve y todo lo puede no estaba ese día para mí, y desde entonces supe que no lo estaría nunca. Por eso tenía la certeza de que en unos minutos alguien entraría por aquella puerta, enfundado en una bata blanca, para decirme que Marie había muerto.

—¿Es usted su marido? —Me preguntó la doctora que salía a informar. Su semblante no demostraba nada más que el exceso de trabajo.

— No. No lo soy. Soy su prometido. ¿Qué le ha pasado a Marie? ¿Cómo está? ¿Se ha despertado? —A cada pregunta más impaciencia, más angustia, más recelo.

— Será mejor que venga conmigo —eso solo era un eco del pasado ¿O lo había escuchado realmente?

La seguí por el corredor del área de consultas. Veinte puertas, treinta, todas iguales, todas blancas. Entramos en su despacho y la puerta se cerró tras de mí formulando la gran pregunta: ¿está viva?

—Sí, su prometida está viva —contestó la doctora al tiempo que se sentaba tras su mesa metálica pulcramente ordenada.

—¡Gracias, Dios mío! —Murmuré sopesando con hipocresía las ofensas que le había hecho.

—Necesito que me dé algunos datos ¿Cómo se llama?

—FrankDussaud—respondí, nervioso.

— Usted no, hombre, su prometida.

Se llama Marie, Marie Rossignol —volví a responder dándome cuenta de mi torpeza.

—¿Edad?

—Veintinueve años —ya no la dejé continuar. ¿Cómo podía estar contestando a tantas tonterías sin saber lo que pasaba? Me arranqué con cierta impertinencia, pero me di cuenta enseguida de lo errado de mi tono y fui modulando la voz hasta convertirlo en súplica. La doctora pareció enternecerse y me habló directa y claramente:

— Su prometida está viva, pero no voy a negarle que su situación es muy delicada. Sufre una herida en la nuca producida por un arma blanca fina y puntiaguda: posiblemente un estilete. Su estado en estos momentos es crítico. Afortunadamente la hemos estabilizado.

—¡Santo Dios! ¡Es imposible! Yo estaba a su lado en el teatro. Todo el tiempo —era incapaz de argumentar nada que pudiera explicar lo que había sucedido.

—Sabemos por las primeras pruebas que sufre un derrame cerebral. No puedo decirle más de momento. Su situación es muy grave. La evolución de los próximos dos días es crucial, por eso permanecerá en la UCI.

—¿Y el bebé? ¿Está bien el bebé? —inquirí suplicante.

—Sí. Es una niña y de momento todo va bien. En cuanto tenga nuevos datos se lo haré saber. Lo siento. Le ruego que espere aquí unos momentos. La policía quiere hacerle unas preguntas.

—Una niña... —suspiré.

Volví a quedarme solo entre cuatro paredes. Estado crítico, evolución crucial, nuevos datos... Toda una cadena de términos que en el pasado no hicieron más que anunciarme una tragedia volvían ahora a esgrimir todo su empeño en causarme daño impunemente. Esperaba que uno de los agentes que entrara por la puerta fuera mi amigo el inspector. Hacía una hora que le había dejado un mensaje en la gendarmería ante la imposibilidad de localizarle. Un porqué, un para qué, agonizaban en el mar de las preguntas sin proporcionarme ningún consuelo. En un intento de serenarme repasé pormenorizadamente todos los detalles del escabroso episodio de los diamantes, pero no encontraba ninguna justificación que fuera plausible. Con aquella agresión todos teníamos que perder. Ellos ya habían conseguido lo que querían; incluso más. Tenían las joyas en Francia, limpias, sin rastro. El causante de todos los problemas había muerto, y por lo tanto, la afrenta vengada. No tenían por qué ir por ella, a no ser para demostrar un exceso de saña que no les convenía en absoluto. Marie había negociado con una de las cabezas invisibles de la organización, poseía papeles comprometedores y podía tener más. No merecía la pena arriesgarse tanto para no obtener ningún beneficio.

Lamark entró con el gesto compungido. Venía escoltado por dos agentes, pero ante el sobresalto que me produjo la apertura de la puerta al sacarme del entumecimiento en el que me habían sumido mis conjeturas, les pidió que esperasen fuera. Lejos ya de la vista de sus compañeros se acercó a mí y me dio un abrazo que en lugar de confortarme me supo igual que los que se dan en los funerales.

—Mi querido Frank, lo siento mucho —sé que lo lamentaba verdaderamente.

—Te llamé varias veces a la oficina. Prefiero que seas tú el que se encargue de esto —no había soltado todavía su mano, templada y áspera. Nos sentamos. Permanecimos en silencio unos segundos que se alargaron como un rosario interminable de augurios nefastos.

—¿Por qué le han hecho esto, Denis? ¿Por qué a ella? —El inspector notó que todo el desconsuelo acumulado en aquella sala se concentraba en mis palabras.

Hablamos durante una media hora. Datos, preguntas con respuesta evidente, otras sin pies ni cabeza, suposiciones, movimientos sospechosos, visitas inesperadas, lazos del pasado, familiares, amigos, costumbres.

—¡Nada! ¡Joder, te digo que no hay nada! No sé nada que pueda ayudaros a comprender esto. Yo soy el más confundido. No tengo explicación para nada.

—Dame un poco de tiempo. Hablaré con Leclerk. Veremos lo que hace para que no lo salpique la mierda. Mañana podré decirte algo —eran las cuatro de la madrugada. Esperar y resistir, esa fue la consigna. Demasiado pesada para mí.

La doctora entró en el momento en el que el inspector abría la puerta para irse. Nos informó

que Marie iba a ser sometida a una resonancia magnética para evaluar el alcance de la lesión. Por la mañana tendría los resultados.

—Váyase a casa y descanse un poco —insistió educadamente.

El inspector la ayudó en su intento. Pero yo no estaba para irme a ningún sitio. Ni mucho menos a la casa de mis padres. No quería que supieran nada aquella noche. Ya les había dado suficientes quebraderos de cabeza. Lo tenía muy claro. Aquello tenía que comérmelo yo, al menos por el momento; así que volví a la sala de espera. El resto de la noche no estuve solo. Primero un matrimonio que traía a su hijo por un dolor abdominal; luego un joven que acompañaba a su madre para el ingreso; más tarde tres familiares de un accidentado. La mañana nos encontró a todos allí, cabizbajos, alicaídos; pero expectantes ante el menor ruido tras la puerta. Alguno intentó hablar conmigo para interesarse pero yo no estaba para conversaciones, así que fui bastante parco en las respuestas. Eso hizo que volviera a aislar me en mi mundo interior de incógnitas y reproches fallidos.

Mi desesperación se fue haciendo profunda y silenciosa porque ahora no podía deshacerla ni con gestos ni con rabia. ¿Cómo exorcizar los demonios que me atormentaban? Me limité a estar sentado en la silla, con la mirada ausente y el ademán preocupado, dejando que me devorasen. Hacia las ocho de la mañana no pude más y mandé llamar al médico para saber algo. Fue inútil. Acababan de cambiar el turno y el nuevo tendría que hacerse cargo de la situación antes de decirme nada.

Hacia la diez de la mañana una enfermera vino a buscarme. Salté del asiento como un resorte y la seguí. Esta vez no fuimos a la zona de consultas. Subimos a la primera planta por una escalera interior y tras muchos pasillos, antesalas y puertas, que hicieron que perdiese completamente la orientación, llegamos a la UCI. La enfermera llamó en uno de los despachos y me abrió amablemente la puerta para que pasara.

—Buenos días —la voz salía de entre las barbas canosas de un hombre de unos cincuenta años, sentado tras una mesa más grande y más aparente que la del primer despacho—. Siéntese, por favor —las palabras sonaron recias, pero indulgentes—. Le seré sincero. Su mujer está en estado crítico. La herida le ha ocasionado un derrame cerebral que la ha sumido un coma profundo. Además la situación se agrava por el embarazo. En estos momentos luchamos para mantener a su mujer estable para intentar llevar el embarazo a término.

—¿Morirán? Séame sincero doctor. No estoy para medias tintas —fue más una angustiada premonición que una pregunta.

—Mantenemos estables las constantes de las dos. Las próximas horas son vitales. Es todo lo que puedo decirle.

A media mañana recibí una llamada de la Gendarmerie. Lamark me citaba en su despacho. Esa era la única razón que podía sacarme de allí, así que acudí a la cita, no sin antes llamar a mi oficina aduciendo un compromiso ineludible que justificara mi ausencia en el trabajo.

—Siéntate Frank. ¿Cómo está Marie? ¿Ha mejorado? —Su cara se tornó más lúgubre cuando recibió mi escueta pero detallada explicación.

—Esto no tiene nada que ver con los brasileños. Estoy seguro. He hablado con Leclerk. Él mismo se ha cuidado mucho de dejar claro que tienen las manos limpias. Este asunto puede perjudicarle.

—Entonces, ¿qué tienes Denis? ¿Has conseguido poner algo en claro? —Hacia mi reclamación desde el más profundo desasosiego.

—No tengo nada más, pero quería sacarte del hospital, al menos un par de horas —hablaba el amigo—. Tienes que comer algo, ir a casa, darte una ducha. Porque tú te maltrates ella no va a

mejorar.

Tenía razón. Mi aspecto no era muy presentable. Acepté de mala gana su invitación y fuimos a comer a un restaurante cercano donde suelen acudir los agentes al terminar el turno. Durante la comida acaparó casi toda la conversación haciéndome de nuevo las mismas preguntas que ya había respondido antes. Yo únicamente respondía con monosílabos y, en algunas ocasiones ni eso; era el mismo el que elaboraba la respuesta apoyándose en el propio informe. En los postres me vio tan derrotado que abandonó definitivamente sus intentos y se tornó comprensivo y paternalista, procurando darme ánimos; sin embargo, aquel papel no era el suyo y únicamente me condujo a la resignación.

—Esta vida es una mierda, Denis —las palabras sonaron como el epitafio que debiera figurar en mi tumba—. Una mierda... —repetí mientras escudriñaba el poso del fondo de mi café—. Te crees que tienes algo, que la felicidad se ha decidido a tocarte por una vez y cuando te das cuenta ha pasado sin hacerte el menor caso.

Él volvía a sus intenciones de darme alientos mientras encendía su pipa en un ritual enésimamente repetido.

—No puedes rendirte ahora. Tú has pasado muchas y tienes que ser fuerte. Verás como todo se arregla —mentira piadosa para un reo de muerte.

—Lo que más me duele, es no saber por qué. Ver este sacrificio inútil que no beneficia a nadie. Eso es lo que me reconcome —el dedo índice lo apuntaba con un aire amenazante que trascendía aquella sala buscando al culpable—. Cogedlo vosotros primero, porque si lo hago yo desparramaré sus tripas por las cloacas de París —quizás lo salvaje de mis pretensiones me devolviera a Marie. Vano intento. Únicamente conseguí sentir asco de mí mismo.

Los dos días siguientes fueron los del peregrinar de mis familiares y amigos por la sala blanca de la consternación. Sus rostros repetían por tercera vez el lamento austero y callado que albergaban sus corazones. La pena que sentían por mí se agrandaba esta vez hasta la lástima, al pensar que la diosa del destino puede triplicar tu dolor sin inmutarse siquiera. Mis padres, mis compañeros de trabajo, Richard, la propia Magie; todos desfilaron ante mi, ante un cadáver en vida y de cuerpo presente. A veces conseguía ánimos incluso para mostrar un poco de fortaleza; pero ellos, con sus rostros desencajados y su mirada perpleja, se encargaban de ponerme pronto en mi sitio.

Nadie debe dejarse acomodar por un falso sentido de la seguridad. La desventura nos acecha a la vuelta de cada esquina esperando ensañarse con nosotros de la manera más vil. Conmigo había acertado de pleno. Me había vencido, tal vez irremediablemente. A la tercera, he de decirlo en mi favor, para no parecer débil en exceso. Solo quedaba un pequeño cabo al que asirme para no ahogarme en lamentaciones. Las próximas horas son cruciales, habían dicho los médicos. Eso me repetí hasta la saciedad para espantar a las brujas que ya danzaban sonrientes rifándose los ropajes de sus despojos.

La UCI me parecía la antesala del cementerio. Marie estaba tumbada en una cama metálica, cubierta hasta los hombros por una sábana blanca quebrada por unas rayas verduzcas descoloridas que encuadraban el nombre del hospital. Su piel había perdido el brillo y tenía un aspecto cerúleo. Al tacto su mano estaba fría y lacia como un trozo de carne inerte, incapaz de aceptar la menor caricia. Sus ojos estaban cerrados y su semblante parecía sereno, pero estaba intubada por nariz y boca y eso hacía que su semblante careciese por completo de humanidad. Era como si su alma estuviera ausente. Sin embargo, yo sabía que aún quedaba algo que merecía la pena. Algo por lo que luchar, por lo que seguir clamando al Altísimo un poco de clemencia para nosotros. Su cuerpo conservaba todavía la semilla de la resurrección, el latido sutil y monótono que renace de las

cenizas de todos los mortales y que nos asegura nuestra presencia continua en el universo.

—No te rindas, cariño, no te rindas. Estoy aquí y lucharé contigo. Lucharé con vosotras —murmuré en su oído mientras posaba mi mano en su vientre.

El parte médico fue concluyente:

—Su prometida ha entrado en un coma irreversible —la doctora renegaba de ser portadora de aquellas noticias—. Hemos conseguido estabilizarla. La situación puede mantenerse días, semanas o meses. Tenemos que valorar las ventajas y los inconvenientes de esta particular situación. En todo caso, usted es la parte más interesada en este asunto. Irremediablemente tendrá que tomar decisiones muy duras, pero inevitables.

Salí de aquel despacho con un ahogado grito que clamaba por salir de mi interior. ¡Que vivan! ¡Quiero que vivan! Esa es mi única e irrevocable decisión. Quiero que vuelva a mí con toda su dulzura, con toda la promesa que se anunciaba a nuestro futuro. Deseo, buen Dios, que vuelva a hacerme sentir lleno de vida y de esperanza. ¡Déjamela! No te la llesves tan pronto ahora que me has mostrado que puede existir la dicha en este mundo tarado y traidor que devuelve mal por bien. Esa voz interior que me latía en las sienes como unos golpes de martillo no podía, en absoluto, liberarla de una sentencia que ya había sido dictada de forma inapelable.

Uno de los ayudantes de Lamark me esperaba en la puerta de la sala blanca que se había convertido en el santuario de mis plegarias.

—El inspector lo está esperando abajo, acompáñeme —se limitó a decir ejecutando la orden sin manifestar ningún interés. Luego comenzó a caminar por el pasillo en dirección a la salida, seguro de que yo lo seguiría sin el menor titubeo.

Efectivamente, Denis me esperaba en la puerta de la residencia. Estaba apoyado en la pared. Tenía un aire cansado que lo hacía más viejo de lo que era en realidad.

—Vamos a tomar algo al café de la esquina —propuso, despegando de la pared su abrigo azul de lana.

Traía una carpeta en la mano. Informes rutinarios, supuse. Comencé a sospechar que era una nueva artimaña para sacarme del hospital. Sin embargo, cuando estuvimos sentados en la cafetería pude leer en la cara la convicción de haber dado con la verdadera causa de mi desdicha.

—Creo que sé lo que ha pasado —cerró la carpeta, pero la mantuvo en la mano—. No tengo una certeza absoluta pero creo que estoy cerca de descubrir la verdad. Volvió a desaparecer tras el informe; solo unos momentos, porque enseguida lo volvió a dejar en la mesa, esta vez abierto y a mi alcance. Casi recitó de memoria.

—Mira estas fotos. No lo recuerdas ¿Verdad? —Pareció tener la respuesta en su propia exposición.

En el informe aparecían las imágenes de un hombre de pelo negro, largo y greñado, con una barba rala y espinosa teñida parcialmente de gris. Eran las fotos de una ficha policial. De perfil mostraba una nariz afilada, larga y levemente aquilina. De frente ofrecía un rostro alargado con los pómulos marcados y unas cejas pobladas en un negro crispado del que sobresalía una vieja cicatriz.

—Este es el tipo que se os escapó en la Guayana. ¿Es ese, verdad? —Había visto la foto hacía meses, cuando todo empezó.

—Ese es, efectivamente. Se llama Maurice. Maurice Leblanc. Tenemos la seguridad de que ha llegado a París, probablemente hace una semana.

—Pero, ¿por qué?, Denis, ¿por qué? Dame una razón que valga la pena —mi voz sonaba como el clamor de un náufrago errante en la inmensidad del desierto.

—No tiene por qué haber ninguna razón. De hecho no creo que la haya. Ya has visto el perfil

de este individuo —pasó un par de páginas y señaló las que correspondían a la descripción de su personalidad. No necesitó leer—. Personalidad psicópata. Fanatismo religioso. Manía persecutoria. En Francia está buscado desde hace años porque mató a su hermano por una discusión sin importancia relativa a unas tierras. Escapó del país en el último momento.

¿Así que fue ese el malnacido el que prendió fuego a mi jardín de las delicias? Con él me iría al infierno con el único propósito de verle arder. Qué crueldad tan gratuita. Qué inútil ensañamiento con lo que yo más quería. La premeditación y la frialdad con que había obrado no hacía más que acrecentar su monstruosa naturaleza. La saña meticulosa y la limpieza de su crimen hablaban de su inteligencia para la maldad. La espera destacaba su paciencia y el lugar elegido su audacia. Frío, calculador, limpio, paciente, osado. No sería fácil coger a ese hijo de Satanás. Únicamente una cosa lo traicionaba: que estaba completamente loco.

—¡Lo mataré! ¡Te juro que lo mataré! —Me levanté del asiento y salí a la calle. El inspector me siguió, intentando tranquilizarme. En el medio de la acera estaba dando un espectáculo lamentable. La lluvia comenzó a caer, fina, persistente.

—Cálmate, Frank. Lo cogemos. Te lo garantizo. Aunque sea lo último que haga verás a ese tipo pudrirse entre rejas el resto de su vida.

Me cogió del hombro y nos alejamos por aquella calle sin nombre de una ciudad vacía. Solo quedó atrás un humo azulado y aromático que se fue disolviendo en el aire igual que mi vida.

## Epílogo

Un cementerio en las afueras de París es el reclamo de todos mis sábados desde hace más de dos años. Allí, ante la cruz blanca directamente clavada en el tapizado verde del suelo, recupero la robada paz de los silencios que habitan en mi memoria. Y aunque ahora he de reconocer que la visita ya no me duele tanto y que la historia ya no se me aparece tan lineal y diáfana como lo fuera antaño, sí debo reconocer que, a veces, una agonía de grito callado me achica el corazón y me produce una ansiedad que a duras penas puedo controlar. No he de negar que aquí está enterrada la razón última de mis días; la que tatuó en mi espíritu para siempre los sentimientos más buenos hechos de palabras inciertas. Entonces, cuando el mudo intercambio de pensamientos con la muerte se pone insostenible me siento en un pequeño banco de madera y, observando a la gente venerar a sus seres queridos, rememoro la ternura de las imágenes bellas. Cierro los ojos, no me importa el paisaje, y me dejo llevar por la brisa que, en la incipiente primavera, juega con los cipreses. Siento el dulzor de los suaves rayos que se filtran entre las nubes y evoco, imploro al regreso del ayer huido que solo recupera el viento.

Luego me marché al centro de la ciudad. Salgo del metro cerca del Boulevard des Invalides y en toda su longitud retomo mis viejas andanzas de amante loco, reconstruyendo nuestro último paseo. Aquel espléndido conjunto de edificios formado por l'Hotel, el Domo y la Iglesia de San Louis me grita su nombre coreado por el frescor del aire húmedo que asciende desde la Seine; serpenteando entre las hileras de árboles cuidadosamente dispuestos que arrancan desde el río; subiendo por la explanada inmensa de Les Invalides, cuadrículada por calles perfectamente rectilíneas. Arrastrándome hacia el puente, me siento como los tullidos y enfermos soldados del rey Sol, que pululaban por aquellos lugares en busca de una limosna en pago por los servicios de su fracasada vida. Bien está que el despótico rey construyera aquella inmensa mole de piedra para albergarlos; pero ni todas sus salas podrían alojar mi melancolía. No podrían guardar la agonía sorda y ciega de un amor hallado y perdido, regalado y robado, verdadero y fingido, completo y carente de ser y ahora ausente, ausente para siempre, angustiosamente ausente. Soy un alma silenciada que vaga una pena a la que me llevó un destino que no estaba escrito, pero al que tampoco fui capaz de dictar una sola línea. Y las estatuas me despiden desde la severa y recia fachada. Louis XIV entre la Justicia y la Prudencia, y más adelante los cañones apostados en el patio me hacen reo de mis remordimientos.

Por fin llego al puente, al que dicen de Alejandro III; el lugar donde nos juramos el más sincero de los amores y sellamos con aquel cálido beso que todavía enciende mis labios el compromiso aventurero de nuestra existencia. Es el lugar dónde revivo la verdad que nos condenó: a ella a una irremediable muerte y a mí a este existir incierto que se tambalea cada mañana con el nacer del día.

Ábreme tu entraña. Acógeme en el fluir intemporal de tus aguas impuras, teñidas de glorias humilladas, de misas ganadas, de amargos amores, de pasiones sordas, de fracasados sueños de oropeles grandiosos. Los ardores de la guerra se pierden en tus murmullos líquidos, que apagan el fugaz tintineo de las espadas. El grito del guerrero vencido resuena en la tarde. Maltrecho y herido, el luchador rendido se enfrenta al reflejo de tu cristal oscuro, sin fondo. Guiado por nadie, tu instinto maligno te obliga a seguir adelante. Hilaron con piedras tu cauce salvaje. Metraron tu altura, fecharon tu alcance y te dominaron. Contra paredones se mueren las ondas de tus libertades. Recortas con descaro el París que disuelve mis dolores. Grandioso monumento en forma de ciudad de granito y arenisca, de forja y dorados, de verde y de agua.

Pero aun así, río de mis pesares, permaneces altivo contra los desaires. Nos regalas brisas,



meces con suavidad las naves que te cicatrizan sin ningún reparo. Adornas la estampa de las catedrales. Bajas a mazmorras, subes a palacios de reyes y obispos y recuerdas a todos que tú estabas antes; que reinas las islas de celtas parisios, de romanos césares, de bárbaros hunos que buscaban sangre, de los carolingios con sus bellas ropas y de hordas normandas simples y salvajes. Que tú estabas antes que todos los emperadores, y los monarcas y los generales. Antes que las férreas tiranías y revoluciones, tú pasabas antes. Rodaron cabezas cerca de tus márgenes. Viste a Genoveva, a Juana, a María Antonieta, la del Louis cobarde, llorar sus finales y guardas su historia junto a las de un don nadie que llora en el puente lamentos al aire.

Soy un necio que arrastra su destino por las calles, por las avenidas, que me ofrecen su belleza de las formas más diversas. Los parterres encienden sus rojos y amarillos bajo la luz que se filtra entre las nubes. El viento que sube de la Seine endulza el rostro de los paseantes suministrándoles nuevas fuerzas en su largo peregrinar de monumento en monumento. El incesante pasar de los coches ensordece el ambiente sin conseguir robar a los lugares el romanticismo de antaño, tatuado en los besos de las parejas de jóvenes que flirtean por los malecones. Yo, aunque puedo flotar entre todo eso, ya no puedo sentirlo, ya no me hace vibrar como antes, cuando era compartido, cuando los rojos y amarillos salían de mi deseo, cuando la brisa enredaba sus largos cabellos, cuando el paseo era nuestro y los besos venían a sellar nuestra dicha. Yo no soy como ella. Yo soy un cobarde y como cada sábado paseo mi cobardía hasta este puente pintado en el espacio, esperando que uno de los ángeles de su arcada de metal me roben el entendimiento, o por lo menos la desdicha, o solo los recuerdos. A ellos les daría todo mi pasado para que lo repartieran con las cuatro estatuas doradas que reposan en sus pilares. Tú, Francia Medieval, quédate con la ira que me retuerce el ser. Y tú, la Moderna, para ti el desasosiego. A ti, la Renacentista, te doy mi soledad y para la del Sol todas las oscuridades de mi alma.

Ya el aura del río me tiene a sus puertas. Escuché mi juicio y estoy condenado. Los hados del agua vienen a buscarme. Soy reo de amores, por darme sin pagos. Culpable de entregarme más de lo acordado. Víctima y verdugo, sonrisas y llanto. Pago con mis culpas la desdicha de todos los amantes del mundo que ven marchar a su amada sin poder sujetarla ni con rezos ni con rabias. Teñidas de plata las sienes, no consiguen borrar la escritura que, ahora de hielo, deletrea en el fondo del alma, uno a uno los momentos más mágicos que nadie esperara.

Y cuando ya nada parece que pueda salvarme, una mano de nieve me acaricia suave la palma y me mira, desde su estatura menuda; con sus ojos, de ella en oliva teñidos. Es nuestra hija; el regalo que Marie me dejó antes de marcharse. Me la trae mi madre para recordarme que la vida deja siempre abierta una puerta al aire. Y me rescata de nuevo a la vida, me arrebató el anhelo de irme a su lado porque aun la tengo tan cerca y tan diáfana, y más inocente y limpia de lo que nunca imaginara.

—¡Vámonos ya, papá! ¡Quiero ir al parque!

Dándonos la vuelta, de espaldas al agua, despido al puente, sin más voluntad que la de quien me arrastra. Y a vosotros, angelillos y genios marinos que habitáis silenciosos entre las barandas os pido, os imploro, os suplico: ya que no podéis elevarme a los cielos donde está ella, esperadme impávidos hasta que Dios tenga a bien reclamarme.

Imagen de portada de  
prettysleepy1 en Pixabay

[|||](#)

---

Dibujé en la arena //su dulce rostro que me sonrió. //Luego llovió en esta playa, //en esta tormenta, ella desapareció.